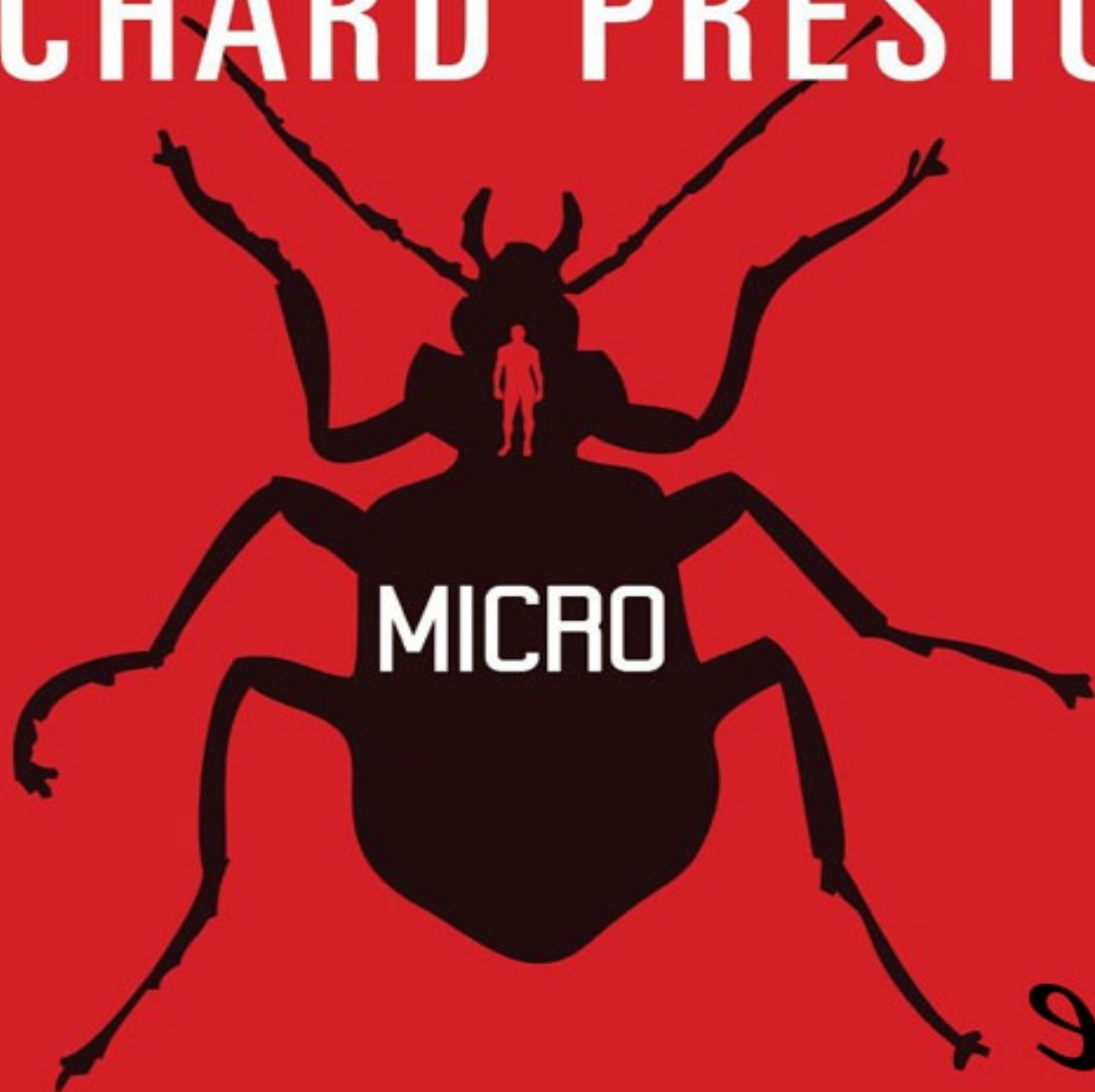


MICHAEL CRICHTON

RICHARD PRESTON



MICRO

se

En *Parque Jurásico* **Michael Crichton** nos enseñó un nuevo mundo terrorífico. En *Micro* nos descubre un universo demasiado minúsculo para ver, pero demasiado peligroso para ignorar.

En la densa selva de Oahu, Hawai, un grupo de científicos de los laboratorios Nanigen MicroTechnologies se dedica a estudiar las drogas naturales presentes en trillones de microorganismos y miles de bacterias. Su intención es aprovechar todas las aplicaciones comerciales posibles.

En Cambridge, Massachussets, Nanigen MicroTechnologies pretende fichar a siete estudiantes postgraduados para trabajar en sus laboratorios de Hawai. Allí participarán en descubrimientos microbiológicos que jamás hubieran podido siquiera imaginar. Pero una vez en la selva de Oahu los siete se encontrarán inmersos en un mundo hostil tan peligroso como sorprendente. El único recurso que podrán utilizar será sus conocimientos especializados, que les ayudarán a encauzar las fuerzas de la propia naturaleza.

Una novela sensacional, otro clásico de **Michael Crichton**, terminada por el prestigioso escritor científico, **Richard Preston**. El resultado es un thriller apasionante sobre el futuro fascinante de la microbiología.



Michael Crichton
& Richard Preston

Micro

ePub r2.7
GONZALEZ 02.08.2018

Título original: *Micro*

Michael Crichton & Richard Preston, 2011

Traducción: Fernando Garí Puig

Editor digital: GONZALEZ

Corrección de erratas: leyendoaver, jpneira, Homer, Prometheus, Sial & Patroclo58

ePub base r1.2



A nuestro alrededor pululan criaturas diminutas... objetos de potencial estudio y admiración siempre que estemos dispuestos a ampliar el horizonte de nuestra visión para que abarque lo que se halla al alcance de nuestra mano. Podemos pasar toda una vida en un viaje magallánico alrededor del tronco de un árbol.

E. O. WILSON

¿En qué clase de mundo vivimos?

En el año 2008, el célebre naturalista David Attenborough expresó su preocupación porque nuestros escolares no sabían identificar plantas e insectos comunes que se encuentran habitualmente en la naturaleza, mientras que las generaciones anteriores eran capaces de hacerlo sin dudar. En su opinión, los niños de hoy en día carecen de experiencia en el contacto con la naturaleza y no juegan en un entorno natural. Las causas de ello son diversas: la vida urbana, la pérdida de espacios abiertos, los ordenadores e internet o el aumento de deberes escolares. En cualquier caso, la consecuencia es que nuestros niños ya no conviven con la naturaleza y no adquieren una experiencia directa de ella. Resulta particularmente irónico que esto esté ocurriendo en un momento en el que Occidente se muestra cada día más preocupado por el medio ambiente y en el que se están proponiendo iniciativas cada vez más ambiciosas para protegerlo.

Enseñar a los niños a pensar conforme a criterios ambientalistas ha sido una de las características distintivas del movimiento verde. De tal modo que nuestros jóvenes han aprendido a proteger algo que no conocen en absoluto. Resulta imposible no fijarse en que esta ha sido precisamente la fórmula que condujo en el pasado a la bienintencionada degradación de nuestro medio ambiente. La degradación de los parques nacionales estadounidenses constituye un buen ejemplo; y la política de prevención de incendios forestales, otro. Semejantes iniciativas nunca se habrían puesto en marcha si la gente hubiera comprendido realmente el medio ambiente que intentaba preservar.

El problema fue que creyeron que lo comprendían. No es descabellado pensar que los escolares de las generaciones venideras estarán aún más convencidos. Aunque, al menos, la escuela enseña que existe una respuesta para cada pregunta; pero es solo en el momento de enfrentarse con el mundo real cuando nuestros jóvenes descubren que muchos aspectos de la vida son inciertos, misteriosos e incluso imposibles de comprender.

Cualquiera que haya tenido la oportunidad de jugar en la naturaleza, que haya sido rociado por un escarabajo, cualquiera a quien se le haya pegado en los dedos el polvo de las alas de una mariposa o que haya contemplado a una oruga tejer su capullo, habrá experimentado una sensación de misterio e incertidumbre. Cuanto más observamos el mundo natural, más misterioso se vuelve y más nos damos cuenta de lo poco que sabemos.

Al tiempo que su belleza, también podemos experimentar su fecundidad, su derroche, su agresividad, su implacabilidad, su parasitismo y su violencia. Los libros de texto no plasman adecuadamente ninguna de estas cualidades.

Es posible que la lección más importante que podamos aprender mediante la experiencia directa es que el mundo natural, con todos sus elementos e interconexiones, constituye un sistema complejo y que, por lo tanto, no estamos en situación de entenderlo ni de predecir su comportamiento. Resulta engañoso pretender que podemos, de igual modo que resultaría engañoso pretender que podemos predecir el mercado de valores, que es otro sistema complejo. Si alguien nos asegura que es capaz de

predecir con exactitud cómo se comportará la bolsa en los próximos días, pensaremos inmediatamente que se trata de un delincuente o de un estafador. Sin embargo, todavía no hemos aprendido a tachar de locos o de falsos profetas a los ecologistas que hacen afirmaciones parecidas acerca del medio ambiente o de un ecosistema.

Los seres humanos interactuamos eficazmente con los sistemas complejos. Lo hacemos continuamente, pero lo hacemos manejándolos, administrándolos sin pretender que los comprendemos. Como administradores interactuamos con el sistema, hacemos algo, observamos la respuesta y a continuación hacemos algo diferente en nuestro intento de conseguir el resultado que pretendemos. Así se produce una interacción iterativa y permanente que demuestra que no sabemos exactamente qué hará el sistema. Podemos intuir qué va a ocurrir, podemos acertar la mayoría de las veces, pero nunca estamos seguros a ciencia cierta.

La interacción con el mundo natural está desprovista de certezas y siempre lo estará.

¿Cómo pueden los jóvenes adquirir experiencia del mundo natural? Lo mejor sería que pasaran un tiempo en algún bosque tropical, en ese entorno vasto, incómodo, alarmante y hermoso que es capaz de acabar con nuestras ideas preconcebidas.

(Inacabado)

MICHAEL CRICHTON,

28 de septiembre de 2008

EL PALI



CRATER DEL TANTALO

Base del Tántalo
Gran Peñasco

Kilo

Golf

Jardín botánico de Waipaka

Foxtrot

Delta

FERN GULLY

Eco

Lanzadera de Nanigen

Bravo

Alfa

Charlie

Zona de bioprospección de Nanigen

Los siete posgraduados

Rick Hutter	Etnobotánico, estudioso de las medicinas utilizadas por los pueblos indígenas.
Karen King	Aracnóloga (experta en arañas, escorpiones y ácaros) y especialista en artes marciales.
Peter Jansen	Experto en venenos y envenenamientos.
Erika Molí	Entomóloga y coleopteróloga (experta en escarabajos).
Amar Singh	Botánico, estudioso de los virus de las plantas.
Jenny Linn	Bioquímica, estudiosa de las feromonas, las sustancias que secretan los animales y las plantas y que actúan como señales.
Danny Minot	Estudiante de doctorado que está escribiendo una tesis sobre «Códigos lingüísticos científicos y cambio de paradigma».

PRIMERA PARTE

Tensor



Prólogo

Nanigen

9 de octubre, 23.55 h

Conducía por la autopista Farrington, al oeste de Pearl Harbor, dejando atrás los campos de caña de azúcar de color verde oscuro a la luz de la luna. Aquella había sido durante mucho tiempo una zona agrícola de Oahu, pero hacía poco que había empezado a transformarse. A su izquierda, a lo lejos, vio los techos planos y metálicos del nuevo polígono industrial Kalikimaki, una mancha plateada en medio de un entorno verdoso.

En realidad, y Marcos Rodríguez lo sabía, aquello no tenía mucho de polígono industrial. La mayoría de los edificios eran simples almacenes que se alquilaban por un módico precio.

Había una tienda de artículos náuticos, el taller de un tipo que hacía tablas de surf por encargo, un par de talleres y una herrería. Eso era todo.

Y, naturalmente, la razón de su visita aquella noche: Nanigen MicroTechnologies, una nueva empresa del continente que ocupaba un gran espacio al final del polígono.

Rodríguez salió de la autopista y se internó entre los silenciosos edificios. Era casi medianoche, y el polígono industrial estaba desierto. Aparcó delante de Nanigen.

Desde fuera, el edificio era igual que los otros: una fachada metálica alta de una sola planta con un techo de plancha ondulada; en realidad, no era más que un enorme cobertizo tosco y barato. Sin embargo, Rodríguez sabía que había algo más. Antes de erigir esa construcción, la empresa había excavado un pozo profundo en el suelo de lava y lo había llenado de equipos electrónicos. Fue entonces cuando se levantó aquella fachada anodina, que en esos momentos estaba cubierta del polvo rojizo y fino de los campos de los alrededores.

Rodríguez se puso los guantes de goma y se guardó la cámara digital en el bolsillo junto con el filtro infrarrojo. Luego, salió del coche. Llevaba un uniforme de guardia de seguridad, pero se bajó la visera de la gorra, por si hubiera cámaras vigilando la calle. Sacó la llave que le había cogido a la recepcionista de Nanigen algunas semanas atrás, cuando el tercer cóctel Blue Hawai que se tomó la había dejado fuera de combate.

Hizo una copia de la llave y la devolvió antes de que la chica recobrar el conocimiento.

Gracias a la recepcionista había averiguado que Nanigen ocupaba más de tres mil setecientos metros cuadrados de laboratorios e instalaciones de alta tecnología donde, según ella, se llevaban a cabo trabajos de robótica avanzada. No sabía exactamente en qué consistían esos trabajos pero sí que los robots eran sumamente pequeños.

—Investigan con plantas y productos químicos —dijo ella vagamente.

—¿Y necesitan robots para eso?

—Sí, eso parece —contestó, con un gesto de indiferencia.

Pero también le dijo que el edificio no tenía sistema de seguridad. Ni alarma ni detectores de movimiento ni guardias ni rayos láser ni cámaras.

—Entonces, ¿qué utilizan? ¿Perros?

La recepcionista negó con la cabeza.

—Nada —contestó—. Solo una cerradura en la puerta principal. Dicen que no necesitan medidas de seguridad.

En aquellos momentos, Rodríguez sospechó que Nanigen no era más que una empresa fantasma, una tapadera para blanquear dinero. Ninguna empresa de alta tecnología establecería su sede en un almacén tan cutre, lejos del centro de Honolulu y de la universidad, de donde se nutrían todas las compañías del sector. Si Nanigen estaba en una zona tan apartada, sin duda era porque tenía algo que ocultar.

Eso mismo pensaba su cliente. Y esa era la razón de que lo hubieran contratado a él. Lo cierto era que investigar empresas de alta tecnología no constituía su campo habitual de trabajo.

Lo normal era que lo llamaran abogados para que siguiera a los maridos infieles que iban a Waikiki para echar una cana al aire.

En este caso, también lo había contratado un abogado local, Willy Fong, pero Willy no era el cliente y tampoco quería desvelar la identidad de este.

Rodríguez tenía sus sospechas. Supuestamente, Nanigen había gastado millones de dólares en equipos electrónicos procedentes de Shangái y de Osaka. Lo más probable era que algunos de esos proveedores desearan saber qué estaban haciendo con sus productos.

—¿De eso va el asunto, Willy, de si chinos o japoneses?

Willy Fong se había encogido de hombros.

—Ya sabes que no puedo decírtelo, Marcos.

—Pero no tiene sentido. Ese lugar carece de sistemas de seguridad. Tus clientes no tienen más que abrir la puerta cualquier noche y verlo por sí mismos. No me necesitan para nada.

—¿Estás rechazando un trabajo?

—Solo quiero saber de qué va todo esto.

—Quieren que entres y averigües lo que hay en ese edificio, que saques algunas fotos. Eso es todo.

—No me gusta. Creo que se trata de una estafa.

—Probablemente lo sea.

Willy le lanzó una mirada cansada, como diciéndole «y a ti ¿qué más te da?» y añadió:

—Pero al menos nadie se levantará de la mesa y te dará un puñetazo en la boca.

—Cierto.

Fong se repantigó en su silla y cruzó los brazos sobre su abultada barriga.

—Bueno, Marcos, ¿vas a hacerlo o no?

Mientras Rodríguez caminaba hacia la puerta principal a medianoche, empezó a sentirse nervioso. «Dicen que no necesitan medidas de seguridad». ¿Qué demonios significaba eso? Hoy en día todo el mundo disponía de medidas de seguridad, de muchas medidas de seguridad, en realidad, especialmente en los alrededores de Honolulu. No había elección.

No vio ventanas en el edificio, únicamente una puerta metálica. En un rótulo, junto a ella, se leía:

Metió la llave en la cerradura y la giró. La puerta se abrió.

«Demasiado fácil», se dijo mientras miraba atrás, a su espalda, antes de escabullirse dentro.

Las luces nocturnas de seguridad iluminaban la recepción de paredes de cristal, con un mostrador y una sala de espera con sofás y algunas revistas y publicaciones de la empresa. Rodríguez encendió la linterna y se adentró por un pasillo, al final del cual había dos puertas. Entró por la primera y pasó a un segundo pasillo con las paredes de cristal. Había laboratorios a ambos lados, mesas de trabajo largas y llenas de material, y filas de botellas en los estantes superiores. Cada diez metros había una nevera de acero inoxidable en funcionamiento y algo que parecía una lavadora.

Tablones llenos de mensajes, pósitos en la nevera, pizarras llenas de fórmulas. La impresión general era de desorden, pero Rodríguez tuvo la abrumadora sensación de que aquello era una empresa de verdad y que realmente Nanigen desarrollaba allí una labor científica. ¿Para qué necesitaban robots?

Entonces los vio. Eran extraordinariamente raros: unos artilugios cuadrados, de metal, dotados de brazos mecánicos y apéndices. Se parecían a esos cacharros que enviaban a Marte.

Los había de distintos tamaños y formas. Algunos tenían el tamaño de una caja de zapatos y otros eran mucho más grandes.

Entonces reparó en que junto a cada uno había una versión más pequeña del mismo robot, y que al lado de esta, otra aún más reducida. Y así sucesivamente hasta los que eran del tamaño de una uña, diminutos pero con todos los detalles. Los bancos de trabajo disponían de lupas potentes para que los técnicos pudieran ver los robots. Rodríguez se preguntó cómo lograban construir algo tan pequeño.

Llegó al final del pasillo y vio una puerta con un pequeño cartel: NÚCLEO TENSOR. Abrió y sintió una corriente de aire frío. La sala que había al otro lado era grande y oscura. A la derecha distinguió una hilera de mochilas que colgaban de unos ganchos de la pared, como si tuvieran previsto salir de excursión. Por lo demás, el lugar estaba desierto. Oyó un zumbido intenso de corriente alterna, pero nada más. Reparó en que el suelo estaba surcado de profundas líneas que dibujaban formas hexagonales, aunque también cabía la posibilidad de que se tratara de grandes baldosas con esa forma. Con tan poca luz, no podía estar seguro.

Pero entonces se dio cuenta de que había algo debajo del suelo, un entramado enorme y complejo de tubos hexagonales y de cables de cobre apenas visibles. Comprendió que el suelo era de plástico y que podía ver a través de él los equipos electrónicos que habían sido enterrados allí.

Se agachó para ver mejor y, mientras miraba a través de los hexágonos, vio que una gota de sangre salpicaba el suelo.

Y luego otra. Las miró con curiosidad antes de llevarse la mano a la frente. Estaba sangrando justo por encima de la ceja derecha.

—¡Qué demonios...!

Se había cortado con algo. No había notado nada, pero tenía sangre en el guante y la ceja le seguía sangrando. Se levantó. La sangre rodaba por su mejilla y la barbilla, y le estaba manchando el

uniforme. Presionó la herida y corrió al laboratorio más cercano en busca de un pañuelo de papel o un trapo.

Encontró una caja de Kleenex y se acercó a un lavamanos que tenía un pequeño espejo encima. Se enjugó la herida, que ya había dejado de sangrar. El corte era pequeño y fino. No sabía cómo había podido ocurrir, pero parecía uno de esos cortes que se hacen con un papel.

Miró la hora en su reloj. Las doce y veinte. Hora de volver al trabajo. Entonces vio que en la mano tenía un corte profundo desde los nudillos hasta la muñeca y que la piel se separaba y empezaba a sangrar. Gritó de miedo. Cogió más pañuelos de papel y después una toalla del lavamanos.

La desgarró y se vendó la mano herida. De repente, notó un dolor lacerante en la pierna y vio que algo le había cortado el pantalón, a la altura del muslo, y que también sangraba.

Rodríguez dejó de pensar. Dio media vuelta y echó a correr.

Trastabilló por el pasillo, de vuelta a la puerta principal, arrastrando la pierna herida. Era consciente de que estaba dejando un rastro con el que podrían identificarlo, pero no le importó. Lo único que quería era salir de allí.

Poco antes de la una de la madrugada, Rodríguez detuvo el coche ante la oficina de Fong. La luz del segundo piso seguía encendida. Subió a trompicones por la escalera de atrás. Se encontraba débil por la pérdida de sangre, pero estaba bien.

Entró directamente por la puerta trasera, sin llamar.

Fong estaba allí, con un hombre al que Rodríguez no había visto nunca, un chino de unos veinte años que fumaba un cigarrillo e iba vestido con un traje negro. Fong se volvió.

—¿Qué demonios te ha pasado? Tienes un aspecto horrible. —Se levantó, cerró la puerta con llave y regresó—. ¿Te has metido en una pelea?

Rodríguez se apoyó en el escritorio. Seguía sangrando. El tipo chino retrocedió un paso sin decir nada.

—No, no me he metido en ninguna pelea.

—Entonces, ¿qué diantre te ha ocurrido?

—No lo sé. Ha ocurrido, sin más.

—¿De qué demonios estás hablando? —dijo Fong, irritado—. Desvarías, amigo. ¿Qué ha pasado?

El joven chino tosió. Rodríguez levantó la vista y vio que bajo su barbilla se acababa de abrir un corte rojo de lado a lado. La sangre empezó a mancharle la camisa. El muchacho parecía conmocionado. Se llevó las manos a la garganta, y la sangre se le escapó entre los dedos. Luego, cayó hacia atrás.

—¡Santo Dios! ¿Lo has hecho tú? —exclamó Fong, que se acercó corriendo al joven tendido en el suelo. Entre estertores, el chino golpeaba la moqueta con los talones.

—No —contestó Rodríguez—. Es lo que intento explicarte.

—Esto es una mierda —dijo Fong—. ¿Tenías que traer esto a mi despacho? ¿No se te ocurrió pensarlo mejor? Porque limpiar todo esto...

Un hilo de sangre salpicó el lado izquierdo del rostro de Fong. La arteria seccionada de su cuello bombeaba a borbotones. Se cubrió la herida con la mano, pero la sangre siguió manando entre sus dedos.

—¡Qué mierda...! —farfulló y se desplomó en la silla. Miró a Rodríguez—. ¿Cómo...?

—No tengo ni idea —contestó Rodríguez, que sabía lo que se avecinaba.

Apenas tuvo que esperar. Casi no notó el corte en la nuca.

El mareo llegó rápidamente y se desplomó. Quedó tumbado de costado, en un charco formado por su propia sangre, mirando la mesa de Fong y los zapatos de este, que asomaban por debajo. «El muy cabrón ni siquiera me ha pagado», pensó.

Luego, la oscuridad lo envolvió.

El titular decía: TRES MUERTOS EN UN EXTRAÑO PACTO DE SUICIDIO y ocupaba buena parte de la primera página del *Honolulu Star-Advertiser*. Sentado a su mesa, el teniente Dan Watanabe dejó el periódico a un lado y miró a su jefe, Marty Kalama.

—Me están acribillando a llamadas —dijo Kalama, que llevaba unas gafas de montura metálica y parpadeaba constantemente. Tenía aspecto de profesor más que de policía. Sin embargo, era un *akamav*^[1] y sabía lo que se hacía—. He oído que tenemos problemas, Dan.

—¿Con lo del suicidio? Puedes estar seguro. —Watanabe asintió—. Y de los gordos. En mi opinión, este caso no tiene sentido.

—¿Y de dónde lo han sacado los periódicos?

—De donde lo sacan todo —repuso Watanabe—. Se lo han inventado.

—Dame los detalles —dijo Kalama.

Watanabe no tuvo que consultar sus notas. Aun después de varios días, la escena seguía viva en su mente.

—Willy Fong tenía un despacho en el segundo piso de uno de esos pequeños edificios de la calle Puhui, al otro lado de Lilihi, al norte de la autopista; una casa de madera medio desvencijada, con cuatro oficinas. Willy tenía sesenta años. Seguramente lo conocías, se dedicaba a delitos por conducir borracho y asuntos parecidos. Nada importante. Siempre ha estado limpio. Los otros inquilinos del edificio empezaron a quejarse del olor que salía de su despacho, así que fuimos a echar un vistazo y nos encontramos con tres fiambres. Tres varones. El forense dice que llevaban muertos entre dos y tres días. No puede precisar más. El aire acondicionado estaba apagado, de modo que los cuerpos se encontraban en avanzado estado de descomposición. Los tres habían muerto a causa de heridas de arma blanca. Willy murió en su silla, tenía la carótida seccionada. En el otro extremo de la estancia había un joven chino al que todavía no hemos podido identificar. De todas maneras, creemos que es de aquí. Tenía el cuello y las dos yugulares cortadas, así que se desangró rápidamente. La tercera víctima era el portugués ese de la cámara, Rodríguez.

—¿El que se dedicaba a hacer fotos de los que vienen a Hawai a montárselo con su secretaria?

—El mismo. Ese al que siempre acababan dando una paliza. El caso es que estaba allí y con cortes por todo el cuerpo: la cara, la frente, una mano, las piernas y la nuca. Nunca he visto nada parecido.

—¿Puede que fueran autoinfligidos?

—El forense dice que no, que alguien se los hizo y, además, a lo largo de cierto período de tiempo, puede que una hora. Tenemos sangre de Rodríguez en la escalera de atrás, huellas tuyas subiendo y también en el coche aparcado ante el edificio. Eso quiere decir que ya estaba sangrando cuando llegó.

—¿Y qué crees que pasó?

—No tengo ni idea —repuso Watanabe—. Si se trata de un suicidio, tenemos a tres tíos y ni una sola nota, lo cual no me cuadra. Además, tampoco hemos encontrado ningún cuchillo, a pesar de que pusimos el despacho patas arriba. Y por si fuera poco, estaba cerrado por dentro, tanto la puerta como las ventanas, así que nadie pudo haber salido de allí. También buscamos huellas en los cristales, por si alguien había entrado por las ventanas, pero no encontramos ninguna huella, solo mugre.

—¿Tal vez alguien tiró el cuchillo por el retrete?

—No —contestó Watanabe—. No había rastro de sangre en el cuarto de baño. Eso significa que nadie entró allí después de los cortes, lo que nos deja con tres tipos muertos a cuchilladas en una habitación cerrada y sin móvil, sin arma y sin nada.

—¿Y ahora qué?

—Rodríguez era detective privado y venía de algún sitio.

Ya se había cortado en alguna parte. Estoy intentando averiguar dónde pudo ocurrir, dónde empezó todo. —Watanabe hizo un gesto de impotencia—. Rodríguez llevaba un recibo de la gasolinera de Kelo's Mobil, en Kalepa. Llenó el depósito a las diez de la noche. Sabemos cuánta gasolina consumió, de modo que podemos trazar un radio de hasta dónde pudo conducir desde la gasolinera hasta su destino y volver.

—Va a ser un radio muy amplio. Abarcará casi toda la isla.

—Estamos haciendo algunos progresos. En los neumáticos de Rodríguez encontramos restos de gravilla, arenisca triturada. Parece probable que estuviera en alguna zona en construcción o algo parecido. Comprobaremos las opciones. Puede que nos lleve un tiempo, pero encontraremos el lugar. —Watanabe empujó el periódico en la mesa—. Entretanto, yo diría que la prensa ha dado en el clavo. Un triple pacto de suicidio y ya está. Al menos por el momento.

Avenida Divinity, Cambridge

18 de octubre, 13.00 h

En el laboratorio de biología del segundo piso, Peter Jansen, de veintitrés años, introdujo lentamente las pinzas en el terrario de cristal y, con un rápido movimiento de muñeca, sujetó a la cobra a la altura de la capucha. La serpiente bufó cuando Jansen metió la mano, la agarró con fuerza justo por detrás de la cabeza y la levantó hasta el vaso de precipitados. Limpió la membrana del recipiente con alcohol, clavó en ella los colmillos del ofidio y observó cómo el amarillento veneno se deslizaba por el cristal.

La cantidad fue decepcionante, apenas unos milímetros. Lo cierto era que Jansen necesitaba media docena de cobras si quería conseguir veneno suficiente para analizar; desgraciadamente, el laboratorio no disponía de sitio para más animales.

Había un terrario cerca, en Allston, pero los reptiles de allí solían enfermar, y a Jansen le gustaba tener a sus animales cerca, donde pudiera supervisar su estado.

El veneno se contaminaba fácilmente con bacterias; por esa razón era importante limpiar el recipiente con alcohol y colocarlo sobre una base con hielo. Las investigaciones de Peter giraban en torno a la bioactividad de ciertos polipéptidos presentes en el veneno de la cobra. Su trabajo formaba parte de un proyecto más amplio que incluía serpientes, ranas y arañas, todas ellas productoras de toxinas neuroactivas. Su experiencia con las serpientes lo había convertido en un especialista en venenos a quien los hospitales acudían a veces para que los asesorara en casos de mordeduras exóticas. Aquello era motivo de envidia entre otros posgraduados del laboratorio. Formaban un grupo sumamente competitivo y percibían rápidamente si alguno recibía una atención particular por parte del mundo exterior. Así que habían optado por protestar diciendo que resultaba demasiado peligroso tener una cobra en el laboratorio y que semejante animal no debía estar allí en ningún caso. Hablaban de las investigaciones de Peter como de «trabajar con un herpes maligno».

Nada de todo eso molestaba a Peter, cuyo carácter era alegre y tranquilo. Provenía de una familia de académicos, de modo que no se tomaba aquellas pullas demasiado en serio.

Sus padres habían fallecido en un accidente de avioneta en las montañas del norte de California. Su padre había sido profesor de geología en la Universidad de California en Davis, mientras que su madre había dado clases en la facultad de medicina de San Francisco. Su hermano mayor era físico.

Peter estaba devolviendo la cobra a su terrario de cristal cuando entró Rick Hutter, un etnobotánico de veinticuatro años. Llevaba tiempo estudiando los analgésicos que se encontraban en la corteza de los árboles de los bosques tropicales.

Como de costumbre, vestía pantalón vaquero, camisa vaquera y botas de campo. Lucía una barba pulcramente recortada y una expresión permanentemente ceñuda.

—Veo que no llevas guantes —dijo.

—No —reconoció Peter—. La verdad es que empiezo a tener confianza.

—Cuando hice mi trabajo de campo, era obligatorio llevar guantes —comentó Rick.

Hutter nunca perdía la oportunidad de recordar a sus compañeros que él había realizado un auténtico trabajo de campo, y hacía que sonara como si hubiera pasado años en algún rincón perdido del Amazonas, cuando lo cierto era que había estado cuatro meses en un parque nacional de Costa Rica.

—Uno de los porteadores de nuestro grupo —prosiguió— no se puso los guantes, se agachó para apartar una piedra y ¡paf! Terciopelo le clavó los colmillos, una barba amarilla de dos metros. Hubo que amputarle el brazo. Tuvo suerte de salir con vida.

—Desde luego —repuso Peter, esperando que el otro se olvidara de él. Rick le caía bien, pero tenía la costumbre de sermonear a todo el mundo.

Si había alguien en el laboratorio que realmente aborrecía a Rick era Karen King. Karen, una joven alta, morena y de hombros angulosos, estudiaba el veneno y las telas de las arañas. Oyó que Rick sermoneaba a Peter acerca de las mordeduras de serpiente en las selvas y no pudo contenerse. Estaba inclinada sobre su mesa de trabajo y habló por encima del hombro.

—Rick, no sé si te acuerdas, pero pasaste tu estancia en Costa Rica en una cabaña para turistas.

—¡Y una mierda! Acampamos en la jungla...

—Sí, dos noches —lo interrumpió Karen—, hasta que los mosquitos te obligaron a refugiarte en la cabaña.

Rick fulminó a Karen con la mirada. Se ruborizó y abrió la boca para replicar, pero no dijo nada. No tenía nada que decir.

Era cierto: convivir con los mosquitos había sido un infierno hasta el punto de que le entró miedo de que pudieran transmitirle la malaria o el dengue y acabó refugiándose en la cabaña.

En lugar de discutir con Karen, se volvió hacia Peter.

—Por cierto, he oído que hoy llega tu hermano. ¿Es verdad que se ha hecho millonario fundando una empresa de nuevo cuño?

—Eso me ha dicho.

—Bueno, el dinero no lo es todo en la vida. Por mi parte, yo nunca trabajaría en el sector privado. Es un páramo intelectual. Los mejores cerebros se quedan en las universidades. De ese modo no tienen que prostituirse.

Peter no estaba dispuesto a discutir con Rick, que siempre manifestaba opiniones tajantes, fuera cual fuese el tema. Sin embargo, Erika Molí, una entomóloga llegada hacía poco de Munich, dijo:

—Creo que eres demasiado inflexible. A mí no me importaría en absoluto trabajar en una empresa privada.

Hutter levantó las manos.

—¿Lo veis? Lo que yo decía: prostituirse.

Erika, a quien no parecía importarle que se supiera que se había acostado con más de un miembro del departamento de biología, levantó el dedo corazón.

—Súbete aquí y baila —contestó.

—Veo que ya dominas el argot —contestó Hutter—, entre otras cosas.

—De las otras cosas no tienes ni idea ni la tendrás. —Se volvió hacia Peter—. La verdad es que no veo nada malo en trabajar para una empresa privada.

—¿Y a qué se dedica esa empresa, exactamente? —preguntó una voz tranquila.

Peter se dio la vuelta y vio a Amar Singh, el experto del laboratorio en hormonas de las plantas. Amar era conocido por su forma de pensar, eminentemente práctica.

—Me refiero a que cuál es su actividad —prosiguió—, lo que la hace tan valiosa. Se dedica al campo de la biología, ¿verdad?, y tu hermano es físico. ¿Cómo se combina eso?

En ese momento Peter oyó que Jenny Linn exclamaba desde el otro extremo del laboratorio:

—¡Uau! ¡Mirad eso!

Miraba por la ventana hacia la calle, más abajo. Todos oyeron el rugido de unos motores potentes.

—Peter —dijo Jenny—. ¿No es ese tu hermano?

Todos en el laboratorio se dirigieron a las ventanas.

Peter vio a su hermano, en la calle, sonriendo igual que un niño y saludándolos con la mano. Eric estaba de pie junto a un reluciente Ferrari descapotable de color amarillo, rodeando con el brazo a una rubia espectacular. Tras ellos había un segundo Ferrari, igualmente reluciente, pero negro.

—¡Dos Ferrari! —exclamó alguien—. Ahí abajo hay medio millón de dólares.

El ruido de los motores resonaba en los laboratorios científicos que bordeaban la avenida Divinity.

Un hombre se apeó del Ferrari negro. Era de complexión fuerte e iba bien vestido a pesar de su aspecto informal.

—Ese es Vin Drake —dijo Karen King, mirando desde la ventana.

—¿Cómo lo sabes? —le preguntó Rick Hutter, de pie junto a ella.

—¿Y cómo es que no lo sabes tú? —replicó ella—. Vincent Drake es seguramente el inversor de capital riesgo más famoso de Boston.

—Si quieres saber mi opinión —dijo Rick—, es una vergüenza. Estos coches deberían estar prohibidos desde hace años.

Pero ya nadie le prestaba atención. Todos, corrían hacia la escalera, apresurándose hacia la calle.

—Pero ¿se puede saber qué es tan importante? —preguntó Rick.

—¿No te has enterado? —respondió Amar, pasando junto a él—. Están aquí para contratar gente.

—¿Contratar? ¿A quién?

—A cualquiera que esté haciendo un buen trabajo en cualquiera de las especialidades que nos interesan —dijo Vin Drake, dirigiéndose a los estudiantes que se apelotonaban a su alrededor—. Microbiología, entomología, ecología química, etnobotánica, fitopatología... En otras palabras, todo lo que sea investigación del mundo natural a nivel micro o incluso nano. Eso es lo que buscamos y hemos venido a contratar. No hace falta que posean un doctorado. Eso no nos importa. Si tienen talento, podrán hacer la tesis con nosotros; pero deberán mudarse a Hawai, porque allí es donde están ubicados los laboratorios.

De pie, en un aparte, Peter abrazó a su hermano.

—¿Es cierto? —le preguntó—. ¿Ya habéis empezado a contratar gente?

La mujer rubia respondió por Eric.

—Sí, es verdad. —Tendió la mano y se presentó como Alyson Bender, directora financiera.

Peter pensó que Alyson Bender tenía un apretón de manos frío y unos modales secos. Llevaba un traje de chaqueta de color tostado y un collar de perlas naturales.

—Antes de final de año necesitamos al menos un centenar de investigadores de primera categoría —dijo—. No son fáciles de conseguir, y eso que ofrecemos lo que seguramente es el mejor entorno de investigación de la historia de la ciencia.

—¿De veras? ¿Y cómo es eso? —preguntó Peter, pensando que probablemente exageraba.

—Es la verdad —intervino Eric—. Vin te lo explicará.

Peter se volvió hacia el coche de su hermano.

—¿Te importa si...? —No podía evitarlo—. ¿Puedo subirme? Solo será un momento.

—Claro, adelante.

Se sentó al volante y cerró la puerta. El asiento deportivo era ajustado y envolvente. Olía a cuero. Los instrumentos eran grandes y prácticos; el volante, pequeño y con unos curiosos botones rojos. Los rayos del sol se reflejaban en la carrocería amarilla. Todo desprendía tal ambiente de lujo que se sintió ligeramente incómodo. No sabría decir si aquella sensación le gustaba o no. Se movió en el asiento y notó algo bajo el muslo.

Metió la mano y sacó lo que parecía una palomita de maíz. Era igual de ligero que una palomita, pero se trataba de una piedra.

Pensó que los cantos ásperos rayarían la piel del asiento, de modo que se la guardó en el bolsillo y bajó del coche.

Un poco más atrás, Rick Hutter contemplaba con el ceño fruncido el Ferrari negro, mientras Jenny Linn lo admiraba.

—Debes comprender, Jenny —dijo Rick—, que este coche constituye una ofensa para la madre tierra, por la cantidad de recursos que han sido necesarios para fabricarlo.

—¿De verdad? —repuso Jenny—. ¿Y eso te lo ha dicho ella? —Acarició la carrocería con los dedos—. Yo creo que es precioso.

Vin Drake se situó en la cabecera de la mesa, flanqueado por Eric Jansen y Alyson Bender. Estaban en una sala subterránea, amueblada únicamente con una mesa de formica y una máquina de café. Los posgraduados se arremolinaron alrededor de ellos, algunos sentados encima de la mesa, otros apoyados contra la pared.

—Todos ustedes son jóvenes científicos que están empezando —comenzó Drake—. Por lo tanto tienen que enfrentarse a la realidad de cómo funciona su campo. ¿Por qué, por ejemplo, se pone tanto énfasis en la vanguardia de la ciencia? ¿Por qué todo el mundo quiere estar en ella? La respuesta es que todos los premios y el reconocimiento van a los nuevos campos. Hace treinta años, cuando la biología molecular era una novedad, hubo numerosos premios Nobel y muchos descubrimientos importantes. Luego, los descubrimientos fueron menos fundamentales, menos innovadores. La biología molecular ya no era una novedad. Para entonces, la gente ya se había pasado a la genética o a la proteómica^[2], o bien trabajaba en áreas muy especializadas, como las funciones cerebrales, la

conciencia o la diferenciación celular, donde los problemas eran inmensos y seguían sin resolverse. ¿Fue una buena estrategia? La verdad es que no, porque los problemas siguen ahí. Al final, resulta que no basta con que el campo sea nuevo. También es necesario que haya nuevas herramientas. El telescopio de Galileo nos proporcionó una visión distinta del universo; el microscopio de Leeuwenhoek, otra perspectiva de la vida. Y así ha sido hasta la actualidad. Los radiotelescopios han revolucionado nuestros conocimientos astronómicos, y las sondas espaciales no tripuladas han reescrito nuestros conocimientos del sistema solar del mismo modo que el microscopio electrónico ha cambiado la biología molecular. Nuevos instrumentos significa mayores avances. Así pues, como investigadores jóvenes que son, lo que deberían preguntarse es quién dispone de esos nuevos instrumentos.

Se produjo un breve silencio.

—De acuerdo —dijo alguien finalmente—, voy a morder el anzuelo. ¿Quién tiene esas nuevas herramientas?

—Nosotros —declaró Vin—, Nanigen MicroTechnologies. Nuestra empresa dispone de las herramientas que definirán las fronteras de los descubrimientos de la primera mitad del siglo XXI. No estoy bromeando ni tampoco exagerando. Sencillamente estoy diciendo la verdad.

—Eso son palabras mayores —intervino Rick Hutter, que estaba apoyado contra la pared, sosteniendo un vaso de papel con café.

Vin Drake lo miró tranquilamente.

—No hacemos declaraciones a la ligera.

—¿Y cuáles son exactamente esas nuevas herramientas? —insistió Rick.

—Eso es información reservada —repuso Vin—. Los que deseen saberlo no tienen más que firmar un acuerdo de confidencialidad y venir a Hawai para verlo con sus propios ojos. Nosotros les pagaremos el billete.

—¿Cuándo?

—Cuando quieran. Mañana mismo, si les va bien.

Vin Drake tenía prisa. Acabó la presentación, y todos abandonaron el sótano y salieron a la avenida Divinity, donde estaban aparcados los Ferrari. El aire de aquella tarde de octubre era cortante, y los árboles resplandecían con los ocres y amarillos del otoño. Hawai parecía hallarse a millones de kilómetros de distancia de Massachusetts.

Peter se fijó en que su hermano no prestaba atención. Rodeaba con el brazo a Alyson Bender y sonreía, pero parecía que sus pensamientos se hallaran en otra parte.

Peter se acercó a Alyson.

—¿Te importa si te robo un momento a mi hermano? —Y cogiendo a Eric del brazo, lo llevó calle abajo, lejos de los demás.

Peter era cinco años menor que Eric. Siempre había admirado a su hermano y casi le envidiaba la facilidad con la que este resolvía las cosas, desde los deportes, pasando por las chicas y acabando con sus estudios académicos. Parecía que su hermano nunca tuviera que esforzarse, sudar la gota gorda o preocuparse. Ya se tratara de un *play-off* con su equipo de *lacrosse* o de los exámenes orales

de su doctorado, Eric siempre parecía saber cómo enfrentarse a las situaciones. Siempre se mostraba confiado en sí mismo, siempre tranquilo.

—Alyson parece agradable —comentó Peter—. ¿Cuánto tiempo lleváis saliendo?

—Un par de meses, y sí, es agradable —repuso Eric, que no parecía particularmente entusiasmado.

—¿Tiene algún «pero»?

Eric se encogió de hombros.

—No, en realidad no. Alyson tiene un máster en administración de empresas y la verdad es que está volcada en su trabajo y puede llegar a ser bastante dura. Ya sabes la historia, «papá quería un chico» y esas cosas.

—Pues, para ser un chico, es francamente guapa.

—Sí, lo es —repuso en el mismo tono.

Peter miró a su alrededor y después a su hermano.

—¿Y qué tal es ir de la mano de Vin Drake?

Vincent Drake tenía una reputación dudosa. Había sido objeto de dos demandas federales y en ambas ocasiones había conseguido derrotar al fiscal, aunque nadie sabía muy bien cómo. La gente lo consideraba un tipo duro, inteligente y sin escrúpulos; pero, sobre todo, una persona de éxito. Peter se había sorprendido al enterarse de que su hermano se había asociado con él.

—Vin sabe conseguir dinero como nadie —explicó Eric—. Sus presentaciones son brillantes y, como se suele decir, siempre acaba llevándose el gato al agua. —Hizo un gesto de resignación—. Por mi parte, acepto los inconvenientes, que básicamente son que es capaz de decir lo que sea con tal de cerrar un trato. De todas maneras, últimamente está siendo más... cuidadoso, va más de ejecutivo serio.

—Así que Vin es el presidente de la empresa, y Alyson la directora financiera. ¿Y tú...?

—Yo soy el vicepresidente encargado de tecnología.

—¿Y te va bien?

—Es perfecto. Lo que quiero precisamente es estar a cargo del área tecnológica. —Sonrió—. ... Y conducir un Ferrari.

—¿Y qué pasa con los coches? —preguntó Peter mientras caminaban hacia ellos—. ¿Qué vais a hacer con tanto Ferrari?

—Los conduciremos hasta la costa Oeste —explicó Eric— e iremos parando por las universidades importantes, a lo largo del camino, para montar nuestro pequeño espectáculo y atraer candidatos. Luego devolveremos los coches en Baltimore.

—¿Devolverlos?

—Son de alquiler —dijo Eric—. Solo es una forma de llamar la atención.

Peter contempló la cantidad de gente que se arremolinaba alrededor de los vehículos.

—Pues funciona.

—Sí, eso pensábamos.

—De modo que es cierto que buscáis personal.

—Exacto, estamos en ello.

Peter detectó nuevamente cierta falta de entusiasmo en la voz de su hermano.

—¿Qué pasa, Eric? ¿Hay algo que no marcha bien?

—No, nada.

—Vamos...

—En serio, nada. La empresa está funcionando. Estamos haciendo grandes progresos, y la tecnología es impresionante. Todo va sobre ruedas.

Peter no quiso insistir. Siguieron caminando en silencio durante un rato. Eric iba con las manos en los bolsillos.

—Todo va bien. De verdad.

—De acuerdo.

—Sí, en serio.

—Te creo.

Llegaron al final de la calle, dieron media vuelta y se dirigieron hacia el grupo que rodeaba los coches.

—Bueno —dijo Eric—, cuéntame con cuál de las chicas de tu laboratorio estás saliendo.

—¿Yo? Con ninguna.

—Entonces, ¿con quién?

—Por el momento, con nadie —dijo Peter en tono de abatimiento.

Eric siempre había tenido todas las chicas que había querido, pero la vida amorosa de Peter era errática y poco satisfactoria. Había salido con una chica de antropología que trabajaba en el Museo Peabody, al final de la calle; pero la historia acabó cuando ella lo dejó por un profesor visitante recién llegado de Londres.

—La chica asiática es mona.

—¿Jenny? Sí, muy mona, solo que juega en el equipo contrario.

—Qué lástima. —Señaló con la cabeza—. ¿Y la rubia?

—Se llama Erika Molí —explicó Peter—. Es de Munich y, según parece, no le interesan las relaciones estables.

—Vaya, aun así...

—Olvídalo, Eric.

—Pero si tú...

—Ya nos lo hemos montado, ¿vale?

—Vale. ¿Y esa alta y morena?

—Esa es Karen King. Es una aracnóloga que se dedica a estudiar la formación de las telas de araña y también participó en la redacción de un libro de texto, *Living Systems*. Lo malo es que es de las que intentan que nadie lo olvide.

—¿Un poco engreída?

—Un poco.

—Parece estar en forma —dijo Eric, sin apartar la vista de Karen.

—Sí, es una fanática del cuidado del cuerpo. Gimnasios, artes marciales y esas cosas.

Se acercaron al grupo y Alyson llamó a Eric con la mano.

—¿Estás listo, cariño? —le preguntó.

Eric asintió y abrazó a su hermano antes de estrecharle la mano.

—¿Y ahora qué te espera? —le preguntó Peter.

—La carretera. Tenemos una cita en el MIT, el Instituto de Tecnología de Massachusetts y, por la tarde, iremos a la Universidad de Boston. Luego seguiremos camino. —Dio un puñetazo amistoso en el hombro de su hermano—. No seas tonto y ven a verme.

—Lo haré —repuso Peter.

—Y trae a tu grupo contigo. Te prometo, a ti y a todos, que no os llevaréis una decepción.

El laboratorio

18 de octubre, 15.00 h

Cuando regresaron al laboratorio, aquel entorno familiar les pareció repentinamente trivial y anticuado. Y también abarrotado. La tensión llevaba tiempo acumulándose. Rick Hutter y Karen King se habían caído mal desde el primer día, y Erika Molí había aportado su grano de arena eligiendo a sus amantes; además, al igual que los posgraduados de cualquier otra universidad, eran rivales entre sí y estaban cansados de trabajar.

Daba la sensación de que todos se sentían igual. Un silencio pesado cayó sobre el laboratorio cuando cada uno regresó a su mesa y reanudó el trabajo con evidente desgana. Peter sacó el vaso de precipitados del hielo, lo etiquetó y lo guardó en uno de los estantes de la nevera. Entonces oyó algo que entrechocaba con las monedas que llevaba en el bolsillo y, sin darle mayor importancia, metió la mano y lo sacó. Era el pequeño objeto que había encontrado en el Ferrari de alquiler de su hermano. Lo dejó sobre la mesa sin pensar, y el objeto dio vueltas sobre sí mismo.

—¿Qué es eso? —preguntó Amar Singh, el virólogo, al verlo.

—No lo sé. Algo del coche de mi hermano que ha debido de romperse. Lo cogí porque pensé que podría arañar la tapicería de cuero.

—¿Puedo verlo?

—Claro. —No era mayor que la uña de su pulgar—. Toma.

Peter se lo entregó sin fijarse demasiado en él.

Amar se lo puso en la palma de la mano y lo examinó entornando los ojos.

—A mí no me parece que sea una pieza de un coche.

—¿No?

—No. Yo diría que es un avión.

Peter se quedó mirando el objeto. Era tan pequeño que le costaba distinguir los detalles, pero, observándolo de cerca, sí parecía un pequeño avión; un modelo a escala como los que construía de niño. Quizá fuera un caza que había que pegar en la cubierta de un portaaviones. Pero si se trataba de eso, no se parecía a ningún caza que hubiera visto anteriormente; tenía el morro chato, un asiento abierto y sin cabina y una parte trasera cuadrada, con pequeños alerones en lugar de alas de verdad.

—¿Te importa...? —dijo Amar, alargando la mano para coger la lente de aumento de su mesa. Colocó el pequeño objeto debajo y lo hizo girar despacio—. Es realmente fantástico.

Peter se acercó para mirar. Bajo la lente, el avión —o lo que fuera— resultaba muy bonito, con todo lujo de detalles. La carlinga tenía unos controles increíblemente complicados y tan pequeños que costaba imaginar cómo los habían hecho. Amar pensaba lo mismo.

—Puede que con litografía láser —comentó—. Como los chips de ordenador.

—Pero ¿es un avión?

—Lo dudo. No veo que tenga un sistema de propulsión.

No sé, quizá solo sea una especie de maqueta.

—¿Tú crees?

—Quizá deberías preguntárselo a tu hermano —contestó Amar, devolviéndoselo y regresando a su sitio.

Peter llamó al móvil de Eric. Oyó voces de fondo.

—¿Dónde estás? —preguntó Peter.

—En Memorial Drive. Hemos triunfado en el MIT. Han entendido perfectamente de lo que les hablábamos.

Peter describió el pequeño objeto que había encontrado.

—La verdad es que no deberías tenerlo —dijo Eric—. Es propiedad de la empresa.

—Pero ¿qué es?

—En realidad se trata de una prueba. Una de las primeras pruebas de nuestra tecnología robótica. Es un robot.

—Parece como si tuviera una cabina, con su asiento e instrumentos diminutos, como si alguien fuera a sentarse dentro.

—No, no. Lo que me estás describiendo es la ranura donde encaja la microunidad de potencia y los controles para poder dirigirlo a distancia. Te lo repito, Peter, se trata de un «bot»^[3], una de las primeras muestras de nuestra capacidad para miniaturizar más allá de cualquier proporción conocida. Te lo habría enseñado si hubiéramos tenido tiempo. De todas maneras, preferiría que te lo guardaras y no lo fueras enseñando por ahí, al menos por el momento.

—Claro, como quieras —contestó Peter, que no creyó oportuno contarle que Amar lo había visto.

—Tráelo cuando vengas a vernos a Hawai.

Cuando llegó Ray Hough, el jefe del laboratorio, se metió en su despacho y pasó el resto del día allí, revisando trabajos. Una regla no escrita decía que era de mala educación que los posgraduados hablaran de otros empleos en presencia del profesor Hough, de modo que, sobre las cuatro de la tarde, se reunieron todos en Lucy's Deli, en la avenida Massachusetts. La animada conversación tuvo lugar alrededor de un par de pequeñas mesas. Rick Hutter siguió insistiendo en que la universidad era el único lugar donde se podía desarrollar una investigación de forma ética, pero nadie le prestó atención. Estaban todos más interesados en lo que había dicho Vin Drake.

—Estuvo bien —dijo Jenny—, pero era el discurso de un vendedor.

—Sí —convino Singh—, pero al menos en parte tenía razón. Es cierto que los nuevos descubrimientos se producen con nuevas herramientas. Si esa gente tiene el equivalente de un nuevo tipo de microscopio o una nueva técnica PCR, entonces hará un montón de descubrimientos en muy poco tiempo.

—¿De verdad creéis que tienen el mejor entorno del mundo para investigar? —preguntó Jenny Linn.

—Siempre podemos ir allí a comprobarlo —contestó Erika—. Dijeron que nos pagarían los

billetes.

—¿Qué tiempo hace en Hawai en esta época del año? —quiso saber Jenny.

—¡No puedo creer que alguno de vosotros esté dispuesto a apuntarse! —protestó Rick.

—El tiempo siempre es bueno —dijo Karen, haciendo caso omiso de Hutter—. Hice mi entrenamiento de taekwondo en Kona y fue fantástico.

Karen era una fanática de las artes marciales y ya se había puesto un chándal para su sesión de ejercicios de la tarde.

—Oí decir a la directora financiera que antes de que acabe el año tienen previsto contratar un centenar de personas —intervino Erika para desviar la conversación de Karen y Rick.

—¿Y eso se supone que debe asustarnos o animarnos?

—Quizá ambas cosas —terció Singh.

—¿Sabe alguien en qué consiste esa nueva tecnología que aseguran tener? —preguntó Erika—.

¿Sabes tú algo, Peter?

Hutter volvió a la carga.

—Desde un punto de vista curricular, sería una locura que antes no os doctoraseis.

—No tengo ni idea —repuso Peter. Miró a Amar, que no dijo nada y se limitó a asentir.

—Francamente, tengo curiosidad por ver sus instalaciones —comentó Jenny.

—Y yo —convino Singh.

—He echado un vistazo a la web de Nanigen MicroTechnologies —anunció Karen—. Dice que fabrican robots especializados tanto a micro como a nanoescala. Eso significa desde unos pocos milímetros hasta milésimas de milímetro. Tienen los planos de unos robots que parecen medir cuatro o cinco milímetros de largo; y otros que quizá midan la mitad, unos dos milímetros. La verdad es que parecen muy detallados, pero no hay ninguna explicación de cómo los hacen.

Amar miró fijamente a Peter, pero este no dijo nada.

—¿Tu hermano no te ha hablado de nada de esto? —preguntó Jenny.

—No, lo ha mantenido en secreto.

—Bueno —prosiguió Karen—, no sé qué quieren decir cuando hablan de robots a nanoescala. Eso significaría un tamaño inferior al grosor de un cabello humano. Nadie puede fabricar nada de esas dimensiones. Sería necesario construir un robot átomo por átomo, y nadie es capaz de hacer algo así.

—¿Y ellos dicen que pueden? —preguntó Rick—. ¡No es más que una táctica empresarial!

—Esos coches no eran ninguna táctica.

—Pero eran de alquiler.

—Tengo que ir a clase —anunció Karen, levantándose de la mesa—, pero os diré algo más: Nanigen se ha mantenido en un perfil muy discreto, pero en algunas web de negocios hay referencias de hace un año. Según parece, la empresa consiguió casi cien mil millones de dólares de financiación de un consorcio reunido por Davros Venture Capital.

—¡Cien mil millones!

—Sí, y ese consorcio está formado principalmente por multinacionales farmacéuticas.

—¿Farmacéuticas? —se sorprendió Jenny—. ¿Por qué iban a interesarles los microrrobots?

—¡La trama se complica! ¡Farmacéuticas al acecho! —bromeó Rick.

—Puede que busquen nuevos métodos de administrar medicamentos —aventuró Amar.

—No, eso ya lo han conseguido con las nano esferas. No necesitan gastar cien mil millones en ese campo. Deben de estar esperando nuevos compuestos.

—Pero cómo... —se preguntó Erika, perpleja.

—Pues aún hay más en esas web de negocios —aseguró Karen—. Poco después de conseguir la financiación, una empresa de microrrobótica de Palo Alto acusó a Nanigen de haber hecho afirmaciones falsas para conseguir dinero y no tener la tecnología que decían tener. Esa otra empresa también desarrollaba robots microscópicos.

—Vaya, vaya...

—¿Y qué ocurrió?

—Al final no presentaron ninguna demanda. La empresa de Palo Alto quebró y eso fue el final, salvo que hay unas declaraciones de su presidente diciendo que Nanigen sí tenía la tecnología necesaria.

—O sea, que tú crees que todo esto es verdad —dijo Rick.

—Lo que creo es que voy a llegar tarde a clase —contestó Karen.

—Yo opino que todo es verdad —declaró Jenny Linn—, y pienso ir a Hawai a comprobarlo.

—Y yo también —aseguró Amar.

—¡No me lo puedo creer! —farfulló Hutter.

Peter caminaba por la avenida Massachusetts con Karen, hacia Central Square. Era última hora de la tarde, pero el sol todavía calentaba. Karen llevaba su bolsa de deporte en una mano y tenía libre la otra.

—Rick me saca de mis casillas —dijo—. Va por la vida con su discurso sobre la ética en el trabajo y todo eso, pero en realidad es un vago.

—¿A qué te refieres?

—A que quedarse en la universidad representa seguridad —contestó Karen—, representa una vida confortable y segura, aunque Rick no esté dispuesto a admitirlo. —Hizo una pausa y añadió—: Hazme un favor, si quieres caminar conmigo, ponte al otro lado.

Peter se situó a la izquierda de Karen.

—¿Puedes decirme por qué?

—Porque así tengo la mano libre.

Peter le miró la mano derecha. Karen tenía las llaves del coche en el puño, y una de ellas le sobresalía entre los dedos como un punzón. Colgando de la cadena, junto a la muñeca, llevaba un spray irritante. Peter no pudo evitar sonreír.

—¿Crees que aquí corres peligro?

—El mundo es un lugar peligroso.

—¿La avenida Massachusetts, a las cinco de la tarde?

Se encontraban en el corazón de Cambridge.

—Las universidades no suelen hacer público el número de violaciones que se producen en sus comunidades —explicó Karen—. Sería mala publicidad, y los ricos no enviarían a sus hijas.

Peter no apartaba la vista de aquel puño cerrado, con la llave sobresaliendo.

—¿Qué harías con eso?

—Un golpe directo a la tráquea. El dolor sería paralizante, y quizá se produciría una perforación. Si con eso no fuera suficiente, un chorro de espray en la cara y una patada en la rótula, para romperla a poder ser. Después, no creo que volviera a moverse.

Hablaba en serio y con aire severo. Peter contuvo la risa.

La calle les era tan familiar que resultaba casi vulgar. La gente salía del trabajo y volvía a casa para cenar. Pasaron junto a un aturullado profesor vestido con una arrugada chaqueta de pana y cargado con un montón de exámenes por corregir, seguido por una mujer anciana con un bastón. Más adelante había un grupo haciendo *jogging*.

Karen metió la mano en el bolso, sacó una pequeña navaja y abrió una hoja ancha y serrada.

—Llevo mi cuchillo Spyderco y puedo destripar a cualquier cabrón si hace falta. —Miró a Peter y vio su expresión—. Te parezco ridícula, ¿no?

—No —repuso él—. Es solo que... A ti no se te ocurriría destripar a nadie, ¿verdad?

—Escucha, mi hermanastra es abogada en Baltimore. Un día caminaba hacia su coche en el aparcamiento, a las dos de la tarde, cuando un tipo la asaltó. Ella cayó, se dio de cabeza contra el cemento del suelo y perdió el conocimiento. La violaron y le dieron una paliza. Cuando volvió en sí, sufría amnesia retrógrada y no recordaba nada de su agresor, ni cómo ocurrieron las cosas ni qué aspecto tenía. Nada. Estuvo un día en el hospital, y la mandaron a casa.

»Pero en el bufete había un colega con arañazos en el cuello, y ella creyó que podía haber sido él. Imagínatelo, ¡un colaborador del bufete podía haberla seguido y violado! Pero, como no recordaba nada, no podía estar segura y eso la hacía sentirse tan incómoda que, al final, acabó marchándose de la empresa y mudándose a Washington, donde tuvo que empezar de nuevo en un puesto de menor categoría. —Karen blandió el puño—. ¡Y todo porque no llevaba las llaves de esta manera! Era demasiado buena persona para protegerse. ¡Valiente chorrada!

Peter intentó imaginar si Karen sería realmente capaz de clavar la llave a alguien o de rajarlo con la navaja y tuvo una mala premonición. En el mundillo universitario, la mayoría de la gente se limitaba a hablar; Karen, en cambio, parecía dispuesta a pasar a la acción.

Llegaron a la entrada de una escuela de artes marciales con las ventanas tintadas. Oyó gritos al unísono procedentes del interior.

—Bueno, esa es mi clase —dijo Karen—. Nos veremos más tarde, pero escucha: si hablas con tu hermano, pregúntale por qué las farmacéuticas invirtieron tanto dinero en una empresa de microrrobótica, ¿vale? Tengo curiosidad.

Cruzó las puertas giratorias y entró en clase.

Esa noche Peter volvió al laboratorio. Cada tres días tenía que dar de comer a la cobra y solía hacerlo por la noche, puesto que se trataba de serpientes principalmente nocturnas. Eran las ocho, y las luces de la habitación donde guardaban los animales estaban casi todas apagadas cuando metió un tembloroso ratón en el terrario y cerró la tapa. El roedor corrió a refugiarse en un rincón y se quedó muy quieto. Solo su hocico se movía. Lentamente, la serpiente se desenroscó y miró a su presa.

—Odio ver esto —dijo Rick Hutter, que había entrado sin hacer ruido.

—¿Por qué?

—Porque me parece cruel.

—Todos tenemos que alimentarnos, Rick.

La cobra atacó, hundiendo sus colmillos en el cuerpo del roedor. El ratón se estremeció, se alzó sobre sus patas traseras y cayó muerto.

—Esta es la razón de que sea vegetariano —declaró Rick.

—¿Crees que las plantas no tienen sentimientos? —preguntó Peter.

—No empieces con eso —protestó Rick—. Tú y Jenny siempre estáis con lo mismo.

El campo de investigación de Jenny era la comunicación entre las plantas y los insectos mediante feromonas. En los últimos veinte años, se habían hecho enormes avances en ese terreno. La joven insistía en que había que considerar a las plantas como criaturas activas e inteligentes, muy parecidas a los animales. Además, disfrutaba incordiando a Rick.

—Eso es ridículo —añadió este—. Los guisantes y las judías no tienen sentimientos.

—Claro que no —respondió Peter con una sonrisa—. Pero es porque antes has matado la planta sin el menor remordimiento para que te sirva de cena. Haces ver que no gritaba de dolor cuando la mataste porque no quieres enfrentarte a las consecuencias de tu asesinato a sangre fría de un vegetal.

—Eso es absurdo.

—No, es especismo^[4] —replicó Peter—. Y tú lo sabes.

Sonreía, pero lo que decía era cierto. Volvieron al laboratorio y a Peter le sorprendió ver allí a Erika y también a Jenny.

Casi ningún estudiante de posgrado se quedaba a trabajar por la noche. ¿Qué estaría ocurriendo?

Erika Molí se encontraba de pie ante la mesa de disecciones, abriendo un escarabajo negro. Era coleoptóloga, es decir, una entomóloga con un interés específico en los escarabajos. Como solía decir, era muy útil para acabar con las conversaciones tediosas en las fiestas («Y tú ¿a qué te dedicas?». «Estudio escarabajos».) Pero lo cierto es que los escarabajos desempeñan un papel muy importante en los ecosistemas. Una cuarta parte de todas las especies conocidas son escarabajos. Años atrás, un periodista preguntó al famoso biólogo J. B. S. Haldane qué se podía deducir del Creador contemplando la creación, y Haldane respondió: «Pues que siente un amor desmedido por los escarabajos».

—¿Qué tienes ahí? —le preguntó Peter.

—Un escarabajo bombardero —dijo Erika—. Uno de esos *pherosuphus* africanos que rocían con tanta eficacia.

Mientras hablaba, volvió a su disección, moviendo el cuerpo de manera que tocó a Peter. El contacto pareció accidental, y ella no dio señales de haberlo notado; pero Erika era conocida por su afición a coquetear.

—¿Y qué tiene de especial este bombardero? —preguntó Peter.

—Los escarabajos bombarderos se llaman así por su capacidad de disparar en cualquier dirección un líquido caliente y tóxico desde una especie de torreta giratoria que tienen en el extremo

del abdomen. El líquido es lo bastante repelente para evitar que los pájaros y los sapos se los coman. También resulta suficientemente tóxico para matar en el acto a otros insectos más pequeños. El mecanismo que utilizan se ha estudiado desde principios del siglo XX y es bien conocido.

»Los bombarderos lanzan un chorro de benzoquinona hirviente que producen mezclando componentes activos que almacenan en su cuerpo. Tienen dos cavidades en la parte posterior del abdomen. Ahora estoy cortando una de ellas. ¿Lo ves? La primera contiene hidroquinona y un oxidante, peróxido de hidrógeno. La segunda es una cámara rígida que contiene una enzima que cataliza la descomposición del peróxido de hidrógeno. Cuando el escarabajo se siente atacado, pasa el contenido de la primera cavidad a la segunda, donde los elementos se combinan para producir un chorro explosivo de benzoquinona.

—¿Y este en particular?

—Este añade algo más a su arsenal —explicó Erika—. También produce cetona 2-tridecanona. La cetona tiene buenas propiedades repelentes, pero también actúa como surfactante que acelera la difusión de la benzoquinona. Quiero averiguar dónde se fabrica la cetona —concluyó, apoyando la mano en el brazo de Peter.

—¿No crees que la produzca el escarabajo?

—No necesariamente. Es posible que haya acumulado bacterias y dejado que estas fabriquen la cetona para él.

Aquello era algo frecuente en la naturaleza. Producir sustancias químicas para defenderse consumía energías, y si un animal podía incorporar bacterias para que hicieran el trabajo por él, tanto mejor.

—¿Esta cetona se encuentra también en otras partes? —preguntó Peter, pensando que eso indicaría un origen bacteriano externo.

—Sí, en varias orugas.

—Hablando de otra cosa, ¿qué haces trabajando hasta tan tarde?

—¿No lo estamos haciendo todos?

—Sí, pero ¿por qué?

—No quiero retrasarme con el trabajo —contestó Erika—. Doy por hecho que la semana que viene me habré ido... a Hawai.

Jenny Linn sostenía un cronómetro mientras observaba una instalación compleja: en un gran matraz, unas orugas devoraban un montón de plantas con hojas; un tubo de aire conectaba el primer matraz con otros seis, que contenían más plantas del mismo tipo, pero sin orugas. Una pequeña bomba controlaba el flujo de aire entre todos ellos.

—De momento conocemos la situación básica —dijo—. En el mundo existen trescientas mil especies conocidas de plantas y novecientas mil de insectos, muchos de los cuales se alimentan de plantas. La pregunta es: ¿por qué las plantas no han desaparecido, devoradas hasta las raíces? Pues porque hace mucho tiempo las plantas desarrollaron defensas contra los insectos que las atacan. Un animal puede huir de un depredador, pero las plantas no. Así que han desarrollado sus propias armas químicas. Las plantas producen pesticidas y también toxinas para que sus hojas tengan mal sabor; en algunos casos, liberan productos químicos volátiles que atraen a los depredadores de insectos. En ocasiones, también expelen productos químicos con los que avisan a otras plantas para que hagan sus

hojas más tóxicas, menos comestibles. Es lo que llamamos comunicación entre plantas y es lo que estamos midiendo aquí.

Las orugas que devoraban las plantas en el primer matraz provocaban que estas liberaran una sustancia química, una hormona vegetal, que sería transportada a los demás matraces, donde las otras plantas incrementarían su producción de ácido nicotínico.

—Estoy midiendo el nivel de respuesta —dijo Jenny—. Esa es la razón de que tengamos tres matraces. Cortaré algunas hojas en distintos sitios para medir la cantidad de ácido nicotínico en ellas, pero en cuanto corte una...

—La planta reaccionará como si la atacaran y liberará más sustancias volátiles.

—Exacto. Por eso mantenemos separados los matraces. Sabemos que la respuesta es relativamente rápida, cuestión de minutos. —Señaló una caja que había cerca—. Mido los volátiles con un cromatógrafo de gas de alta velocidad, y la extracción de hojas es sencilla. —Miró el cronómetro—. Ahora, si me perdonas...

Abrió el matraz y empezó a cortar unas cuantas hojas, comenzando por la base, y poniéndolas a un lado cuidadosamente ordenadas.

—¡Eh, eh! ¿Qué está pasando aquí? —exclamó Danny Minot mientras entraba en el laboratorio, agitando las manos.

Rubicundo y corpulento, iba vestido con una chaqueta deportiva de tweed con coderas, corbata de punto y pantalón ancho. Tenía el aspecto del típico profesor de inglés, lo cual no se alejaba demasiado de la verdad. Minot iba a doctorarse en estudios científicos —una combinación de psicología y sociología con grandes dosis de posmodernismo francés—. Estaba licenciado en bioquímica y en literatura comparada, pero esta última había acabado ganando. Minot citaba continuamente a Bruno Latour, a Jacques Derrida, a Michel Foucault y a otros que creían que no existía la verdad objetiva, solo la verdad establecida por las instancias de poder. Iba al laboratorio para completar una tesis sobre «Códigos lingüísticos científicos y cambios de paradigma». En la práctica, eso significaba que era una molestia para todo el mundo porque incordiaba a la gente y grababa sus conversaciones con otros posgraduados mientras estos trabajaban.

Todos lo aborrecían y a menudo habían discutido sobre por qué Ray Hough le había dado libre acceso al laboratorio.

Al final, alguien se lo preguntó, a lo que Ray contestó: «Es primo de mi mujer, y nadie más lo admitía».

—Vamos, amigos —siguió diciendo Minot sin dejar de mover las manos—, nadie trabaja hasta tan tarde en este laboratorio, pero aquí estáis todos.

—¡Gesticulador! —bufó Jenny, despectivamente.

—Te he oído —dijo Minot—. ¿Qué has querido decir con eso?

Jenny le dio la espalda.

—No me des la espalda. ¿Qué has querido decir con eso?

Peter se acercó a Danny.

—Un «gesticulador» es alguien que no ha trabajado a fondo sus ideas y no sabe defenderlas. Así

que cuando se presenta en un coloquio y llega a la parte que no ha preparado, empieza a mover las manos y a hablar deprisa, como cuando alguien hace un gesto con la mano y dice «etcétera, etcétera». Entre los científicos, un «gesticulador» es alguien que no vale.

—No es eso lo que yo hago aquí —protestó Minot, haciendo un gesto con la mano—. La semiótica os resulta ilegible.

—Sí, claro.

—Pero como dice Derrida, la tecnotraducción es muy complicada. Lo que intento es señalaros a todos vosotros con un tipo de gesto inclusivo. ¿Se puede saber qué está pasando?

—No se lo digas, Peter, o querrá venir —le advirtió Rick.

—Claro que quiero ir —replicó Minot—. Soy el cronista de la vida de este laboratorio y debo ir. Por cierto, ¿adonde vais?

Peter le contó la situación.

—¡Oh, sí, claro que pienso ir! ¡Un cruce entre comercio y ciencia! ¡La corrupción de la juventud! No me lo perdería por nada del mundo.

Peter se estaba sirviendo una taza de café en la máquina que había en el rincón del laboratorio cuando Erika se le acercó.

—¿Qué harás más tarde?

—No lo sé. ¿Por qué?

—Pensaba que quizá pudiera pasarme esta noche.

Lo miraba abiertamente. Había algo en la forma tan directa de manifestarse de Erika que lo incomodaba.

—No sé, es posible que me quede aquí hasta tarde —contestó, aunque en realidad pensaba: «Hace tres semanas desde la última vez que nos vimos».

—Yo casi he terminado —dijo ella—, y solo son las nueve.

—No lo sé. Ya veremos.

—¿Mi oferta no te resulta interesante? —Seguía mirándolo fijamente, estudiando su rostro.

—Creía que estabas saliendo con Amar.

—Amar me gusta, me gusta mucho. Es muy inteligente. Pero tú también me gustas, siempre me has gustado.

—Quizá hablemos más tarde —contestó Peter, añadiendo un poco de leche en el café y alejándose tan deprisa que derramó un poco.

—Eso espero —repuso Erika.

—¿Algún problema con el café? —preguntó Rick, mirando a Peter y sonriendo con malicia.

Sostenía un ratón bajo una lámpara halógena y medía con un pie de rey la hinchazón de la pata del animal.

—No —repuso Peter—. Solo que no me esperaba que estuviera tan caliente.

—Ya, claro. Sorprendentemente caliente, diría yo.

—¿Lo que tienes ahí es una preparación de carrogeno? —preguntó Peter para cambiar de tema.

El carrogeno se solía utilizar para producir un edema en la pata de un animal de laboratorio. Se

trataba de un modelo de edema animal estandarizado y se empleaba en los laboratorios de todo el mundo para estudiar una inflamación.

—En efecto —repuso Rick—. Le inyecté carrogeno para que se le hinchara la pata. Luego se la envolví con un extracto de la corteza del *Himatanthus succuba*, un árbol tropical de tamaño mediano, y ahora, con un poco de suerte, espero demostrar sus propiedades antiinflamatorias. Ya he demostrado las del árbol del látex. El *Himatanthus* es muy versátil, cicatriza heridas y cura úlceras. Los chamanes de Costa Rica dicen que también tiene cualidades antibióticas, antipiréticas y anticancerígenas, pero no he podido verificarlo todavía. De lo que no hay duda es de que el extracto de su corteza ha reducido con sorprendente rapidez el edema de este ratón.

—¿Has determinado qué elementos químicos son los responsables de la reacción antiinflamatoria?

—Unos científicos brasileños la atribuyen al cinamato de alfa-amirina y a otros compuestos parecidos, pero aún no lo he comprobado. —Rick acabó de medir, dejó el ratón en su jaula y anotó los resultados en su portátil—. De todos modos, te diré una cosa: los extractos del árbol parecen completamente no tóxicos. Es posible que algún día podamos dar esto incluso a una mujer embarazada. Vaya, mira eso. —Señaló el ratón que se movía por la jaula—. Ya no cojea.

Peter le dio una palmada en la espalda.

—Será mejor que tengas cuidado o de repente aparecerá una empresa farmacéutica para robarte los resultados.

—Eso no me preocupa. Si esa gente se dedicara realmente al negocio de desarrollar medicamentos, ya estarían trabajando con este árbol —contestó Rick—. De todas maneras, ¿por qué iban a molestarse en hacerlo? Para ellos es mejor dejar que sea el contribuyente quien financie la investigación. Prefieren dejar que un puñado de estudiantes pasen meses trabajando para hacer el descubrimiento; luego se lo compran a la universidad y después lo venden al público a un precio multiplicado por no sé cuánto. —Estaba lanzándose a otro de sus sermones—. Créeme cuando te digo que estas empresas...

—Lo siento, tengo que marcharme, Rick —lo interrumpió Peter.

—Sí, claro. De todos modos, nadie quiere escucharlo, ya lo sé.

—Debo centrifugar mi veneno de naja.

—No hay problema. —Vaciló y miró a Erika por encima del hombro—. Escucha, ya sé que no es asunto mío, pero...

—Tienes razón. No lo es.

—Vale, pero no me gusta ver que un buen tío como tú cae en manos de alguien que es... Bueno, ¿conoces a mi amigo Jorge, el que estudia informática en el MIT? Si quieres saber realmente lo que pasa con Erika, llama a este número —entregó una tarjeta a Peter— y Jorge accederá a su registro de llamadas, a sus mensajes de voz y de texto. Así podrás averiguar la verdad acerca de ella y de su... promiscuo comportamiento.

—¿Eso es legal?

—No, pero es condenadamente útil.

—Gracias de todas maneras —dijo Peter—, pero no...

—Mejor quédatela —insistió Rick.

- No voy a utilizarla.
- Nunca se sabe. Los registros de llamadas no mienten.
- Está bien. —Le resultaba más fácil guardarse la tarjeta que discutir. Se la metió en el bolsillo.
- Ah, oye. Acerca de tu hermano...
- ¿Qué pasa con él?
- ¿Crees que está diciendo la verdad?
- ¿Acerca de su empresa?
- Sí, de Nanigen.
- Eso creo —repuso Peter—. Pero, para serte sincero, no sé demasiado del asunto.
- ¿Él no te ha contado nada?
- Lo cierto es que ha sido muy reservado.
- ¿Piensas que innovan de verdad?

«Sí, creo que innovan», pensó Peter mientras miraba por el microscopio. Estaba estudiando nuevamente aquella piedra blanca, el microrrobot o lo que demonios fuera, intentando asimilar la explicación de su hermano de que no se trataba de una carlinga, sino de una ranura para una microunidad de energía o de control. No se parecía en nada a una ranura. Tenía todo el aspecto de un asiento con un panel de mandos, sumamente detallados, delante.

Seguía dando vueltas a aquella idea cuando, de repente, se dio cuenta de que en el laboratorio reinaba el más absoluto silencio. Alzó la vista y vio que la imagen del microscopio aparecía también en una gran pantalla plana montada en la pared.

Todos los miembros del equipo la miraban fijamente.

—¿Qué demonios es eso? —quiso saber Rick.

—No lo sé —respondió Peter, apagando el monitor—. Y no creo que lo averigüemos a menos que vayamos a Hawai.

Avenida Maple, Cambridge

27 de octubre, 6.00 h

Uno tras otro, los siete estudiantes decidieron aceptar la oferta de Vin Drake. Reunieron información, prepararon resúmenes de sus trabajos de investigación y enviaron cartas y datos a Alyson Bender, de Nanigen. Ella les explicó, uno a uno, que la compañía los llevaría a Hawai en avión y que, para simplificar, viajarían en grupo. A medida que el mes de octubre tocaba a su fin, se fueron preparando para partir. Todos tenían muchas cosas que hacer, concluir experimentos, dejar sus proyectos en orden para poder reiniciarlos más adelante y, naturalmente, preparar las maletas. Tenían previsto salir el domingo por la mañana, temprano, del aeropuerto Logan de Boston, hacer escala en Dallas y llegar a Honolulu la tarde de ese mismo día.

Habían acordado permanecer cuatro días en la isla y regresar a finales de semana. Sus reservas habían sido confirmadas y todo estaba en orden.

A primera hora de un sábado plomizo, la víspera de su partida, Peter Jansen se encontraba en su apartamento trabajando con el ordenador. También estaba allí Erika Molí, preparando huevos con beicon mientras tarareaba «Take a chance on me».

De repente, Peter reparó en que había olvidado encender el móvil. Lo había apagado la noche anterior, cuando Erika se había presentado de improviso. Lo conectó y lo dejó encima del escritorio. Al cabo de un minuto, el aparato zumbó. Era un mensaje de texto de su hermano Eric.

No vengas

Lo miró, perplejo. ¿Acaso era una broma? ¿Había ocurrido algo? Tecleó una respuesta.

¿Por qué no?

Se quedó mirando la pantalla unos instantes, pero no recibió respuesta. Entonces marcó el número del móvil de Eric, pero saltó el contestador.

—Eric, soy Peter —dijo—. ¿Ocurre algo? Llámame, por favor.

—¿Con quién hablas? —le preguntó Erika desde la cocina.

—Con nadie. Solo intento localizar a mi hermano.

Abrió el mensaje de Eric. ¡Había llegado a las 21.49 de la noche anterior! A esa hora, en Hawai, era por la tarde.

Volvió a marcar y saltó nuevamente el contestador. Colgó.

—El desayuno está casi listo —anunció Erika.

Peter cogió el móvil y lo llevó a la mesa. La joven torció el gesto. No le gustaban los móviles a la hora de comer.

—He seguido la receta de mi abuela, con leche y harina... —dijo mientras le servía los huevos.

El móvil sonó.

Peter lo cogió rápidamente.

—¿Diga?

—¿Peter? —dijo una voz femenina—. ¿Peter Jansen?

—Sí, soy yo.

—Soy Alyson Bender —dijo—, de Nanigen. —En la mente de Peter apareció la imagen de una joven rubia cogida del brazo de Eric—. Escucha, ¿cuándo sería lo más pronto que podrías venir a Hawai?

—Tenemos todos un vuelo previsto para mañana —contestó Peter.

—¿No podrías adelantarlo y venir hoy?

—No lo sé, yo...

—Es importante.

—Bueno, podría mirar si hay alguna plaza en...

—La verdad es que me he tomado la libertad de reservarte un asiento en el vuelo que sale dentro de dos horas. ¿Podrías cogerlo?

—Sí, creo que sí. ¿Se puede saber qué ocurre?

—Me temo que tengo malas noticias, Peter. —Se quedó en silencio unos instantes—. Es sobre tu hermano...

—¿Qué pasa con él?

—Ha desaparecido.

—¿Cómo que ha desaparecido? —De repente, se sentía aturdido—. ¿Qué quieres decir con eso?

—Que no ha aparecido desde ayer —repuso Alyson—. Sufrió un accidente de navegación con el barco. No sé si te dijo que se había comprado uno, un Boston Whaler. El caso es que ayer salió a navegar por el norte de la isla y parece ser que tuvo una avería mecánica. Había un fuerte oleaje que batía los acantilados. Los motores perdieron potencia y el barco fue arrastrado...

Peter sintió que la cabeza le daba vueltas. Apartó el plato con el desayuno. Erika lo miró, muy pálida.

—¿Cómo sabes todo eso?

—Porque había gente en los acantilados. Lo vieron todo.

—¿Y qué le pasó a Eric?

—Intentó poner en marcha los motores, pero no pudo. Las olas eran muy grandes y arrastraban el barco contra las rocas. Saltó al agua y nadó hacia la costa, pero las corrientes... El caso es que no llegó. —Suspiró profundamente—. Lo siento mucho, Peter.

—Mi hermano es un buen nadador, y muy fuerte —objetó.

—Lo sé, y esa es la razón de que sigamos confiando en que regrese —contestó Alyson—. De todas maneras, la policía nos ha dicho que... Bueno, que les gustaría hablar contigo tan pronto como llegues y repasar lo ocurrido.

—Salgo ahora mismo —dijo y colgó.

Erika fue al dormitorio y regresó con la bolsa de viaje que Peter tenía preparada.

—Será mejor que nos marchemos ya, si quieres coger ese vuelo.

Le rodeó los hombros con el brazo, y los dos bajaron la escalera para coger el coche.

Cabo Makapu'u, Oahu

27 de octubre, 16.00 h

Se suponía que se trataba de un paraje turístico, con unos acantilados muy altos que ofrecían una vista espectacular del océano. Sin embargo, una vez allí, Peter se sintió impresionado por la desolación del lugar. Un viento fuerte azotaba los escasos matorrales verdes que tenía a sus pies y le tiraba de la ropa, obligándolo a inclinarse hacia delante mientras caminaba. Tuvo que gritar para hacerse oír.

—¿Siempre sopla tan fuerte?

Le comentó el policía que lo acompañaba, Dan Watanabe.

—No. A veces es muy agradable, pero los alisios empezaron a soplar con fuerza anoche. — Watanabe llevaba unas Ray-Ban. Señaló un faro que quedaba a su derecha, a lo lejos—. Ese es el faro de Makapu'u. Hace años que se automatizó. Nadie vive allí desde hace tiempo.

Justo delante de ellos, los acantilados caían a pico hasta el mar, sesenta metros más abajo. Las olas batían las rocas, levantando grandes rociaciones de espuma.

—¿Fue aquí donde ocurrió? —preguntó Peter.

—Sí —contestó Watanabe—. El barco acabó encallando en aquellas rocas —dijo mientras señalaba hacia la izquierda—. Los guardacostas han conseguido rescatar los restos esta mañana, antes de que acabaran hundiéndose.

—Eso significa que el barco estaba a cierta distancia de la costa cuando ocurrió el accidente, ¿verdad? —preguntó Peter mirando el océano. El mar estaba muy agitado, con grandes olas y crestas blancas.

—Sí. Según los testigos, estuvo un rato yendo a la deriva.

—E intentando poner en marcha los motores.

—Sí, al mismo tiempo que las olas lo arrastraban hacia los rompientes.

—¿Cuál fue la avería? —quiso saber Peter—. Tengo entendido que se trataba de un barco nuevo.

—En efecto. Apenas tenía un par de semanas.

—Mi hermano tenía mucha experiencia con barcos. Mi familia siempre había tenido uno para navegar por el canal de Long Island, íbamos todos los veranos.

—Estas aguas son otra cosa —repuso el policía—. Lo que está contemplando ahora es el océano profundo. La porción de tierra más próxima se halla a más de dos mil kilómetros de distancia, y es el continente. De todas maneras, no se trata de eso. Está bastante claro que su hermano tuvo problemas por culpa del etanol.

—¿Del etanol? —repitió Peter.

—El gobierno de Hawai obliga a añadir un diez por ciento de etanol a toda la gasolina que se vende aquí, pero el etanol estropea los motores pequeños. Además, hay mayoristas que echan demasiado y aumentan la proporción hasta el treinta por ciento. El resultado es que los conductos de

combustible se atascan y que todo lo que sea goma o neopreno acaba convertido en chicle. Es una cuestión que ha provocado muchos problemas a los que tienen embarcaciones. La gente se ha visto obligada a instalar conductos metálicos en sus barcos. El caso es que creemos que su hermano tuvo un problema similar. Los carburadores debieron de atascarse o la bomba dejó de funcionar. Fuera lo que fuese, no consiguió arrancar los motores a tiempo.

Peter miraba fijamente las aguas a sus pies. Eran de un tono verde claro cerca de la orilla, pero mar adentro se tornaban de un azul oscuro y estaban surcadas de crestas blancas que el viento arrastraba.

—¿Cómo son las corrientes de por aquí?

—Depende —dijo Watanabe—. Casi siempre un buen nadador se las puede arreglar. El problema es encontrar un sitio por donde salir del agua sin cortarse con las rocas de lava. Lo normal sería nadar hacia el oeste para intentar llegar a la playa de Makapu'u, que está en esa dirección. — Señaló una franja de arena a menos de un kilómetro de distancia.

—Mi hermano era buen nadador.

—Eso tengo entendido, pero los testigos dicen que no volvieron a verlo después de que se lanzara al agua. Ese día había muchas olas y desapareció entre la espuma. Lo perdieron de vista casi en el acto.

—¿Cuánta gente lo vio?

—Dos personas. Había una pareja haciendo picnic, justo al borde del acantilado. También había algunos excursionistas y otras personas, pero no hemos podido localizarlas a todas. ¿Le parece si nos escondemos un poco de este viento? —Dio media vuelta y empezó a remontar la pendiente, seguido por Peter—. Creo que con esto hemos terminado nuestro trabajo aquí, a menos, claro, que quiera ver el vídeo.

—¿Qué vídeo?

—La pareja que estaba de picnic grabó algunas imágenes cuando se dio cuenta de que el barco tenía problemas. Grabaron unos quince minutos de cinta, incluido el momento en que su hermano saltó al agua. No sabía si querría verlo.

—Desde luego que quiero —contestó Peter.

Se hallaban en la segunda planta de la comisaría, mirando la pequeña pantalla de una cámara de vídeo. La sala estaba abarrotada y era ruidosa. Peter tuvo que hacer un esfuerzo para concentrarse en la grabación. Las primeras imágenes mostraban a un hombre de unos treinta años, sentado en la hierba, comiendo un sándwich, y después a una mujer de una edad similar que bebía una Coca-Cola y hacía gestos para que apartaran la cámara.

—Esta es la pareja —dijo Watanabe—, Grace y Bobby Choy. En la primera parte salen ellos en distintas situaciones. Dura unos seis minutos. —Pulsó la tecla de avance rápido y después puso modo de pausa—. Como verá, la hora aparece en la imagen. —Unas cifras indicaban 15.50.12—. Ahora verá que Bobby apunta con la cámara hacia el mar. Ha visto el barco en apuros.

La cámara giró hasta mostrar el océano. Recortándose contra el horizonte azul, el casco blanco del Boston Whaler subía y bajaba entre las olas. La embarcación se hallaba todavía mar adentro, y Peter no pudo distinguir a su hermano. La cámara volvió a girar para mostrar a Bobby Choy, que miraba con unos prismáticos.

Cuando Peter volvió a ver el barco, este se encontraba mucho más cerca de la costa. Entonces logró distinguir la figura de Eric, inclinado, que aparecía y desaparecía.

—Creo que debía de estar intentando desatascar los conductos obturados —dijo Watanabe—. Al menos, eso es lo que parece.

—Sí —repuso Peter.

La cámara pasó a mostrar a Grace Choy, que meneaba la cabeza y marcaba un número con el móvil.

Luego volvió a centrarse en la embarcación, que estaba cada vez más cerca de los rompientes.

Una vez más, apareció en pantalla Grace, hablando por teléfono con aire agitado.

—En ese acantilado no hay buena cobertura —explicó Watanabe—. La mujer llamó al 911, pero tardó un rato en poder comunicarse con ellos. La línea se cortaba constantemente. Si hubiera podido contactar, el 911 habría avisado a los guardacostas en el acto.

La cámara se movía mucho, pero Peter creyó ver algo que...

—¡Pare!

—¿Qué?

—Detenga la imagen —dijo rápidamente—. Ponga pausa.

Cuando la imagen se congeló, Peter señaló la pantalla.

—¿Quién es esta persona que aparece al fondo?

La imagen mostraba a una mujer, vestida de blanco, situada unos metros por detrás de los Choy. Miraba fijamente hacia el mar y parecía estar apuntando hacia la embarcación con algo.

—Es uno de los otros testigos —explicó el policía—. También había tres excursionistas más. Todavía no hemos podido identificar a nadie, pero dudo que nos dieran más información de la que ya tenemos.

—¿Esa mujer no tiene algo en la mano? —comentó Peter.

—Yo diría que solo está señalando el barco.

—No estoy seguro —insistió Peter—. Me parece que tiene algo en la mano.

—Diré a los del laboratorio que lo comprueben —contestó Watanabe—. Quizá tenga usted razón.

—¿Y qué hace esa mujer a continuación? —quiso saber Peter.

La grabación se puso en marcha de nuevo.

—Se va —dijo Watanabe—. Sube por la pendiente y desaparece de la vista. Mire, ahora se va. Es como si tuviera prisa. Puede que fuera en busca de ayuda, pero nadie ha vuelto a verla. Tampoco tenemos constancia de que hubiera más llamadas al 911.

Momentos después, en la grabación, Eric Jansen saltaba desde la borda del Boston Whaler a las agitadas aguas. Resultaba difícil asegurarlo, pero en esos momentos parecía hallarse a unos treinta metros de la costa. No se zambulló de cabeza sino de pie, y desapareció entre la espuma.

Peter observó atentamente para ver si emergía, pero Eric no apareció. Es más, su hermano había hecho algo sorprendente, incluso preocupante: no se había colocado el chaleco salvavidas antes de saltar, a pesar de que tenía la experiencia suficiente para saber que debía hacerlo en caso de emergencia.

—Mi hermano no llevaba puesto el salvavidas —comentó.

—Sí, ya me había fijado —contestó Watanabe—. Puede que se le olvidara. A veces estas cosas ocurren, ya sabe.

—¿No se envió ninguna llamada de auxilio desde el barco? —preguntó Peter.

Sin duda la embarcación estaba equipada con una radio VHF. Y Eric, que era un navegante experimentado, habría enviado una llamada de socorro por el Canal 16, que la guardia costera escuchaba constantemente.

—Los guardacostas no oyeron nada.

Aquello resultaba muy extraño. Ni salvavidas ni llamada de socorro. ¿Se le había estropeado también la radio? Peter sintió que el corazón se le encogía de pena e incertidumbre, pero siguió contemplando el vaivén de las agitadas aguas en el vídeo, un océano donde no se veía rastro de su hermano.

—Apáguelo —dijo al cabo de un momento.

Watanabe detuvo la grabación.

—Seguro que desapareció en el osario.

—¿El qué?

—El osario. Es el remolino de agua y espuma que queda cuando rompen las olas, donde baten. Puede que se golpeará con las rocas que hay debajo. Algunas están a menos de un metro de la superficie. La verdad es que no lo sabemos. —Hizo una pausa—. ¿Quiere ver de nuevo la cinta?

—No, ya he visto bastante —contestó Peter.

Watanabe cerró la pantalla y apagó la cámara.

—Esa mujer de la pendiente, ¿la conoce? —preguntó el policía, como si no le diera importancia.

—¿Yo? No, podría ser cualquiera.

—Me lo preguntaba porque ha reaccionado tan bruscamente que...

—Lo siento. Solo me sorprendió verla aparecer de repente. No tengo ni idea de quién puede ser.

Watanabe lo miró fijamente.

—Si lo supiera me lo diría, ¿verdad?

—Pues claro.

—De acuerdo. Gracias por su tiempo. —El policía le entregó su tarjeta—. Diré a uno de nuestros detectives que lo lleve a su hotel.

Peter apenas abrió la boca durante el trayecto de vuelta. No tenía ganas de hablar, y el detective no lo presionó. Ciertamente, la imagen de su hermano desapareciendo bajo las olas resultaba inquietante, pero no tanto como la de la mujer en el acantilado, la mujer de blanco que apuntaba hacia el barco con un objeto que sostenía en la mano. Porque esa mujer era Alyson Bender, la directora financiera de Nanigen, y su presencia en la escena del accidente lo cambiaba todo.

Waikiki

27 de octubre, 17.45 h

Tumbado en la cama de su hotel, Peter se sentía invadido por una extraña sensación de irrealidad. No sabía qué hacer a continuación. ¿Por qué no le había dicho a Watanabe quién era Alyson Bender? Estaba agotado, pero aun así no podía descansar. Las imágenes de aquel vídeo seguían desfilando por su mente, y veía a Alyson sosteniendo algo en la mano mientras contemplaba la muerte de Eric como si no le importara lo más mínimo. Luego, ella se marchaba a toda prisa.

¿Por qué?

Entonces se acordó de algo que Rick Hutter le había dicho acerca de Erika Molí, sobre cómo comprobar la verdad sobre alguien. Cogió la cartera y empezó a rebuscar en ella, sacando tarjetas y dinero, hasta que por fin encontró la tarjeta que Rick le había dado una semana antes en el laboratorio. Tenía un número de teléfono y un nombre —Jorge— escritos de puño y letra de Rick.

El tipo que podía acceder a los registros telefónicos. El *hacker* telefónico del MIT.

El prefijo correspondía a Massachusetts. Marcó el número.

El teléfono sonó y sonó. Al ver que no saltaba el contestador, Peter lo dejó sonar un poco más. Al final, alguien respondió con una especie de gruñido.

—¿Sí?

Peter se identificó y explicó lo que deseaba.

—Soy amigo de Rick Hutter. ¿Podrías facilitarme una lista de las llamadas recientes realizadas desde cierto móvil?

—Sí, ¿por qué?

—Rick me dijo que eras capaz de conseguirlo. Te pagaré lo que me pidas.

—No es una cuestión de dinero. Lo haré solo si me parece interesante —dijo la voz con un ligero acento hispano.

Peter le resumió la situación.

—Es posible que una mujer esté involucrada en la... muerte de mi hermano.

«Muerte». Era la primera vez que utilizaba aquella palabra para hablar de Eric.

Se hizo una larga pausa al otro lado de la línea.

—Escucha —prosiguió Peter—, tengo el número de teléfono de esa mujer. ¿Podrías averiguar a qué otros números llamó? Doy por hecho que se trata de su móvil.

Le dio el número de Alyson.

La línea quedó en silencio durante un largo momento, y Peter contuvo el aliento. Al fin, Jorge respondió.

—Está bien. Dame... un par de horas.

Peter se dejó caer en la cama, con la cabeza martilleándole. Oía el ruido del tráfico en la avenida Kalakaua porque su habitación daba al interior de la isla y sus vistas se perdían más allá de la

ciudad, entre las montañas. El día transcurrió lentamente, el sol declinó y la habitación se llenó de sombras. Quizá Eric había alcanzado la orilla, quizá sufría amnesia y había acabado en algún hospital, quizá todo era un gran error... Peter necesitaba confiar, mantener la esperanza de que Eric reapareciera en algún sitio. Siempre quedaba una posibilidad, por remota que fuera. Pero... ¿y si Eric había sido... asesinado? Al final, no pudo soportar quedarse un instante más en su habitación y salió.

Estaba sentado en la playa, frente a su hotel, contemplando cómo los reflejos rojizos de la puesta de sol se oscurecían sobre el mar. ¿Por qué no le había dicho al policía que había reconocido a la mujer del vídeo? Reservarse la información había sido algo instintivo. Las palabras habían brotado de sus labios sin más, pero ¿por qué? ¿Qué lo había movido a hacerlo? De pequeños, su hermano y él siempre se habían ayudado mutuamente. Él había cubierto a Eric, y este lo había cubierto a él...

—¿Pero si estás ahí!

Giró la cabeza y vio que Alyson Bender se acercaba en la penumbra del atardecer. Llevaba un vestido hawaiano estampado y sandalias. Tenía un aspecto muy distinto del que había mostrado en Cambridge, con su traje de chaqueta y su collar de perlas. Allí parecía una chica joven e inocente.

—¿Por qué no me has llamado? —preguntó Alyson—. Pensaba que me telefonarías cuando hubieras acabado con la policía. ¿Qué tal ha ido?

—Bien —repuso Peter—. Me llevaron a ese sitio de los acantilados, el cabo Makapu'u, y me enseñaron el lugar donde había ocurrido.

—Vaya... ¿Y se sabe algo más? Sobre Eric, me refiero.

—No. No lo han encontrado, y tampoco el cuerpo.

—¿Y el barco?

—¿Qué pasa con el barco?

—¿La policía ha examinado el barco?

—No lo sé —contestó Peter, encogiéndose de hombros—. No me lo dijeron.

Alyson se sentó en la arena, junto a él, y apoyó una mano en su hombro. Su tacto era cálido.

—Lamento que hayas tenido que pasar por todo esto, Peter. Habrá sido horrible.

—No ha sido fácil. La policía tenía una grabación de vídeo.

—¿Un vídeo? ¿En serio? ¿Y lo viste?

—Sí.

—¿Y qué tal, fue de alguna ayuda?

Peter se preguntó si realmente ella no había visto a la pareja en los acantilados, grabando con la cámara. ¿Era posible que solo hubiera estado mirando el barco? Notó los ojos de Alyson escrutándolo en la penumbra.

—Vi a Eric saltar al agua, pero no lo vi salir.

—¿Qué horror! —susurró ella.

Peter notó que la mano de la joven le acariciaba el hombro.

Deseó decirle que dejara de hacerlo, pero no se atrevía a hablar.

La situación se le antojaba increíblemente escalofriante.

—¿Y qué dice la policía? —preguntó ella.

—¿Sobre qué?

—Sobre lo ocurrido. En el barco, me refiero.

—Creen que se trató de unos conductos...

El móvil sonó de repente. Peter lo sacó del bolsillo de su camisa y contestó.

—Sí.

—Soy Jorge.

—Un momento.

Se levantó y se volvió hacia Alyson.

—Perdona, pero tengo que atender esta llamada.

Se alejó por la playa. Las estrellas empezaban a asomar en el cielo nocturno.

—Dime, Jorge.

—Tengo la información acerca del número que me diste. Figura a nombre de Nanigen MicroTechnologies Corporation, con sede en Honolulu, y está asignado a una empleada de la empresa llamada Alyson F. Bender.

Peter se volvió y miró a Alyson, que no era más que una sombra oscura en la distancia.

—Sigue —pidió.

—A las 15.45, hora local, llamó tres veces seguidas al número 646-673-2682.

—¿Qué número es ese?

—No está asignado. Corresponde a uno de esos teléfonos de usar y tirar que puedes comprar y utilizar hasta que se acaba el saldo.

—¿Y dices que llamó tres veces?

—Sí, pero muy brevemente. Tres segundos, dos segundos y otra vez tres segundos.

—De acuerdo. ¿Eso puede querer decir que no podía contactar?

—No. Está claro que estableció comunicación. No había contestador, y la llamada entró directamente. Por lo tanto, ella sabía que había conectado. En un caso así, caben dos posibilidades: una, que siguiera llamando porque esperaba que alguien contestara o que estuviera activando algún tipo de dispositivo.

—¿Un dispositivo?

—Sí. Se puede conectar casi cualquier artefacto para que se active con una llamada entrante de móvil.

—De acuerdo. Tres llamadas seguidas. ¿Y después?

—A las 15.55 llamó a otro número de Nanigen, a un móvil asignado a un tal Vincent A. Drake. ¿Quieres escuchar la llamada?

—Desde luego.

Oyó un timbre de llamada y después un «clic» de conexión.

Vin: ¿Sí?

Alyson, sin aliento: Soy yo.

Vin: ¿Y bien?

Alyson: Escucha, estoy preocupada. No sé si ha funcionado o no. Tendría que haber

habido humo o algo.

Vin: Perdona, pero...

Alyson: Es que estoy preocupada.

Vin: No sigas.

Alyson: Es que no lo entiendes.

Vin: Sí, sí que lo entiendo. Escucha, estás hablando por teléfono, así que necesito que te expreses con... más exactitud.

Alyson: Oh.

Vin: ¿Entiendes lo que estoy diciendo?

Alyson, tras una pausa: Sí.

Vin: De acuerdo. Ahora, ¿dónde está el objeto?

Alyson, tras una pausa: No está disponible, ha desaparecido.

Vin: Muy bien, entonces no veo el problema.

Alyson: Pero yo sigo preocupada.

Vin: Pero dices que el objeto no reapareció, ¿no?

Alyson: Sí.

Vin: Entonces no hay problema alguno. Podemos hablarlo después en persona, pero no ahora. ¿Vas a volver inmediatamente?

Alyson: Sí.

Vin: De acuerdo, nos vemos enseguida.

«Clic».

—Hay otras dos llamadas, ¿quieres escucharlas? —preguntó Jorge.

—Puede que después.

—De acuerdo. Te las he enviado por correo electrónico como archivos wav. De esa manera podrás escucharlas en tu ordenador.

—Gracias. —Peter lanzó una mirada a Alyson y se estremeció—. ¿Puedo llevar este material a la policía?

—¡Ni se te ocurra! —exclamó Jorge—. Se necesita un mandamiento judicial para poder tener acceso a estas cosas. Si se lo entregas a la policía, no podrán utilizarlo en un juicio porque será apropiación ilegal. Eso sin contar con que me meterías en un lío muy gordo.

—Entonces, ¿qué debería hacer?

—No lo sé, tío —masculló Jorge—. Haz que confiesen.

—¿Cómo?

—Mira, no puedo ayudarte con eso, pero si necesitas más registros telefónicos, solo tienes que llamarme. —Y colgó.

Peter caminó hacia Alyson sintiendo que lo invadía un sudor frío. Ya había oscurecido y le resultaba imposible leer la expresión de la joven, que estaba sentada muy quieta en la arena. La oyó preguntar:

—¿Va todo bien?

—Sí.

En realidad, Peter tenía la sensación de estar ahogándose, abrumado por el peso de aquellos terribles acontecimientos.

Toda su vida había sido estudiante y hasta ese momento creía que sus experiencias le habían dado una visión clara —e incluso escéptica— de lo que eran capaces los seres humanos. Había tenido que enfrentarse con estudiantes tramposos, estudiantes que hacían favores sexuales para pasar de curso, estudiantes que falsificaban sus notas, y con profesores que se apropiaban del trabajo de sus alumnos; incluso había conocido el caso de un supervisor de tesis que era adicto a la heroína. A sus veintitrés años creía haberlo visto todo.

Pero ya no. La idea de un asesinato, de que alguien hubiera intentado premeditadamente matar a su hermano le provocaba escalofríos y sudores. No se veía con ánimos para conversar con aquella joven que se suponía que había sido la novia de Eric pero que evidentemente había conspirado contra él; de hecho, ni siquiera había derramado una lágrima y no parecía afectada en lo más mínimo.

—Estás muy callado, Peter.

—Ha sido un día muy largo.

—¿Qué te parece si te invito a tomar algo?

—No, gracias.

—Los Mai Tai de aquí tienen fama.

—Creo que será mejor que me vaya a la cama.

—¿Has cenado?

—No tengo hambre.

Alyson se levantó y se sacudió el vestido.

—Sé que debes de estar muy afectado. Yo también lo estoy.

—Sí.

—¿Por qué te muestras tan frío conmigo? Solo estoy intentando...

—Lo siento —se apresuró a decir, porque no quería que ella sospechara nada. Eso sería tan imprudente como peligroso—. Es que todo esto ha sido un shock terrible.

Alyson alargó la mano y le acarició la mejilla.

—Llámame si hay algo que pueda hacer por ti.

—Lo haré. Gracias.

Caminaron de regreso al hotel.

—Tus amigos llegan mañana —comentó ella—. Lo ocurrido a Eric los ha afectado, pero la visita a nuestras instalaciones está preparada. ¿Quieres seguir adelante con ella?

—Desde luego —contestó Peter—. No me siento capaz de quedarme sentado, esperando.

—La visita empezará en el jardín botánico de Waipaka, en el valle de Manoa. Está en unas montañas no lejos de aquí —le explicó ella—. De allí es de donde obtenemos muchos de los materiales de la selva que utilizamos en nuestra investigación. A las cuatro en punto, mañana. ¿Quieres que te recoja?

—No hará falta —repuso Peter—. Cogeré un taxi. —De algún modo se las arregló para darle un beso en la mejilla—. Gracias por venir, Alyson. Significa mucho para mí.

—Solo pretendo ayudar —dijo ella, mirándolo con aire dubitativo.

—Y lo haces —le aseguró Peter—. Créeme, lo haces.

Incapaz de dormir, incapaz de comer, atormentado por la información de Jorge, Peter Jansen decidió quedarse en el balcón de su habitación. Las vistas se alejaban del mar y se perdían, más allá de la ciudad, en una serie de picos montañosos, oscuros y vírgenes, sin luces, que se perfilaban contra el fondo estrellado del cielo. Alyson Bender había hecho tres llamadas breves a un número de móvil. Peter no podía quitarse de la cabeza la hora de dichas llamadas, las 15.47. Recordó que en el vídeo de la pareja estaba registrada la hora y, como tenía buena cabeza para los números y los manejaba constantemente en su trabajo, no le costó demasiado acordarse de la hora que marcaba: las 15.50, más o menos. Solo tres minutos después de que Alyson hiciera aquellas tres breves llamadas, el barco de su hermano se averiaba.

Un momento. ¿Y el mensaje de texto de Eric? Entró en la habitación, cogió el móvil y revisó los mensajes. El mensaje «No vengas» había llegado a las 21.49, hora de la costa Este.

Había seis horas de diferencia entre Hawai y Boston, lo cual significaba que Eric lo había enviado a las 15.49. ¡Dos minutos después de que Alyson Bender realizara sus tres llamadas a un móvil de usar y tirar! Había sido un mensaje de solo dos palabras porque su hermano se hallaba en una situación de vida o muerte y no había tenido tiempo de escribir un texto más largo. Eric lo había enviado desde su barco mientras intentaba desesperadamente poner en marcha los motores. Instantes después, había saltado por la borda. Peter tenía las manos sudorosas y el móvil estuvo a punto de resbalársele de los dedos.

Contempló fijamente el mensaje: «No vengas». Tenía ante sus ojos las últimas palabras de su hermano.

Ala Wai, Honolulu

28 de octubre, 8.00 h

Akamai Boat Services se hallaba en el bulevar Ala Moana, junto al Ala Wai Boat Basin, en un extremo de la playa de Waikiki. El taxi dejó a Peter allí a las ocho de la mañana, pero el astillero ya estaba en plena actividad. No era muy grande, puede que solo hubiera una docena de barcos fuera del agua, de modo que no le costó trabajo localizar el Boston Whaler.

Estaba allí por culpa de la pregunta que le había hecho Alyson Bender la noche anterior: «¿La policía ha examinado el barco?».

¿Por qué se lo había preguntado? Se suponía que debía estar preocupada por su novio; sin embargo, parecía más interesada en el barco. Eric había saltado de él.

Peter dio una vuelta alrededor de la embarcación, examinándola atentamente.

Teniendo en cuenta los golpes que había recibido, el Boston Whaler parecía sorprendentemente intacto. Ciertamente el casco de fibra de vidrio blanco estaba arañado por todas partes, como si hubiera caído en manos de unas garras gigantescas, que tenía una rotura de casi un metro a lo largo de la amura de estribor y que se había desprendido un trozo de la proa, pero los Whalers eran famosos por su capacidad para mantenerse a flote aun habiendo sufrido graves daños en el casco. Además, Eric tenía experiencia con ese tipo de embarcaciones y se habría dado cuenta de que no corría riesgo de hundirse. En cualquier caso, los daños sufridos no justificaban que Eric hubiera abandonado el barco. Sencillamente, su hermano no tendría que haber saltado al agua. Habría sido mucho más seguro para él quedarse a bordo.

Así pues, ¿por qué lo había hecho? ¿Por un ataque de pánico? ¿Por confusión? ¿Por algo más, quizá?

Había una escalera de madera apoyada en el extremo más alejado del casco. Peter subió por ella hasta la popa. Todas las escotillas y la entrada de la cabina estaban selladas con cinta de la policía. Deseó echar un vistazo a los motores fuera borda, pero también estaban sellados.

—¿Puedo ayudarlo? —gritó un hombre desde el embarcadero. Era fornido, tenía el pelo canoso y llevaba un mono de trabajo manchado de grasa. Una gorra de béisbol sucia le ocultaba los ojos.

—Ah, hola —dijo Peter—. Me llamo Peter Jansen. Este era el barco de mi hermano.

—Ya... ¿Y se puede saber qué está haciendo en él?

—Bueno, quería ver...

—¿Sabe usted leer?

—Sí, claro.

—Pues no lo parece, porque hay un cartel en la entrada que dice que las visitas deben pasar primero por la oficina principal para identificarse. ¿Es usted una visita?

—Supongo que sí.

—Entonces, ¿por qué no se ha registrado?

—Pensaba que podía...

—Se equivoca, no puede. ¿Qué demonios hace ahí arriba?

—Este era el barco de mi hermano...

—Sí, ya lo he oído la primera vez. Era el barco de su hermano. ¿Ve toda esa cinta amarilla? Sé que la ve y también que sabe leer, porque me lo ha dicho, ¿verdad?

—Sí.

—Bien, pues está usted en la escena de un crimen y no se le ha perdido nada ahí. Ahora haga el favor de bajar inmediatamente, vaya a la oficina a registrarse y de paso muéstrenos alguna identificación. Porque tendrá usted alguna, ¿no?

—Sí.

—Muy bien. Pues baje de ahí y deje de hacerme perder el tiempo —ordenó antes de dar media vuelta y alejarse.

Peter bajó por la escalera apoyada en el otro lado de la embarcación. Cuando estaba a punto de llegar al suelo, oyó de nuevo la gruñona voz masculina.

—¿En qué puedo ayudarla, señorita?

—Estoy buscando un Boston Whaler que la guardia costera rescató ayer —contestó una voz de mujer.

Era la voz de Alyson.

Peter se detuvo, oculto por el casco de la embarcación.

—¡Maldita sea! —exclamó el hombre—. ¿Se puede saber qué pasa con ese barco? ¡Recibe más visitas que un tío rico en su lecho de muerte!

—¿Por qué lo dice? —preguntó la mujer.

—Porque ayer se presentó un tipo diciendo que era su barco, pero como no tenía ninguna identificación lo envié a paseo. Esta mañana ha venido un joven, diciendo que era el barco de su hermano, y he tenido que hacer que se bajara de la cabina. Y ahora aparece usted. ¿Qué pasa?

—No sabría decirle. En mi caso ocurre que me dejé algo a bordo y quería recuperarlo.

—Ni lo sueñe, a menos que venga con una autorización de la policía. ¿La tiene?

—La verdad es que no.

—Pues lo siento, pero es la escena de un crimen. Ya se lo he dicho al joven.

—¿Y dónde está ese joven?

—Hace un momento estaba bajando por la escalera que hay al otro lado del barco. Seguramente estará ahí todavía. Ahora vendrá. ¿Quiere pasar por la oficina?

—¿Para qué?

—Puede llamar a la policía desde allí, a ver si le dan algún tipo de autorización para que pueda recoger sus cosas.

—Me parecen muchas molestias. Se trata solo de mi reloj. Me lo quité y...

—Claro.

—Supongo que podría comprarme otro, aunque me costó lo suyo.

—Ya se lo he dicho.

—Pensaba que sería más fácil.

—Lo mejor es que pase y se identifique.

—No veo la razón.

—La razón es que tiene que hacerlo.

—No me convence —dijo ella—. Prefiero no tener nada que ver con los asuntos de la policía.

Peter esperó unos minutos más y entonces oyó que el hombre decía:

—Ya puedes salir, muchacho.

Salió de detrás del casco. No vio rastro de Alyson en el astillero. El hombre lo miraba con curiosidad.

—¿Qué pasa, no querías toparte con ella?

—Es que no nos llevamos demasiado bien —contestó Peter.

—Ya me lo figuraba.

—¿Quiere que pase y me identifique?

El hombre asintió lentamente.

—Por favor.

Peter entró en las oficinas, se identificó y firmó en el registro de visitas. No veía qué diferencia podía suponer. Alyson Bender ya sabía que había ido a ver el barco y, por lo tanto, ya sabía que él sospechaba algo. A partir de ese momento iba a tener que actuar con rapidez. Se dijo que al final del día tendría que haber acabado con aquello.

Regresó a su hotel, donde encontró un correo de Jorge en su ordenador. No tenía texto, pero sí tres archivos adjuntos. Uno era la grabación de la conversación entre Alyson y Vin Drake. Escuchó las otras dos. Eran dos llamadas que Alyson había hecho desde su móvil en las horas posteriores a la desaparición de Eric.

Ambas le parecieron bastante rutinarias. En la primera, había llamado a alguien, puede que del departamento de compras de Nanigen, y había solicitado un nuevo desglose del presupuesto. En la segunda, había hablado brevemente con un hombre, seguramente un contable, acerca de una cuestión de gastos.

Alyson: Omicron ha perdido otros tres... esto... prototipos.

Hombre: ¿Qué ha pasado?

Alyson: No me lo han dicho. Vin Drake quiere que lo contabilicemos como gastos ordinarios y no como disminución de capital.

Hombre: ¿Una pérdida de tres Hellstorms? Representa un gasto considerable, la gente de Davros...

Alyson: Tú simplemente ponlo como gasto, ¿vale?

Hombre: Desde luego.

Peter guardó los archivos después de escucharlos, aunque para él no tenían ningún sentido ni le revelaban nada que pudiera utilizar.

A pesar de lo que le había dicho Jorge, también guardó la conversación entre Alyson y Vin. Descargó el archivo en un lápiz de memoria, que se guardó en el bolsillo, y también lo grabó en un

CD. Acto seguido, bajó al centro de negocios del hotel y pidió que le imprimieran una etiqueta en la que ponía «Nanigen. Datos 5.0. 28-10». Cuando hubo acabado, miró la hora. Faltaba poco para las once de la mañana.

Bajó a la terraza para tomarse un desayuno tardío y sentarse un rato al sol. Mientras daba cuenta de unos huevos y un café comprendió que estaba dando por sentado muchas cosas. La más importante era que Nanigen tendría una sala de conferencias equipada con los aparatos electrónicos de costumbre. Aun así, le parecía que era una suposición bastante razonable, ya que todas las empresas de alta tecnología tenían salas así.

En segundo lugar, suponía que la visita llevaría a todos los estudiantes de un lado para otro en grupo, en vez de dividirlos o enseñarles las instalaciones individualmente. Sospechaba que Vin Drake dirigiría la visita en persona, y a Drake le gustaba tener cuanto más público mejor. Además, si iban todos juntos, Nanigen podría controlar con más facilidad cuánta información recibía cada uno.

Para Peter era importante que todos los estudiantes se mantuvieran juntos, porque necesitaba todos los testigos posibles para lo que pretendía hacer. Pero ¿y si lo organizaba delante de uno o dos testigos solamente...? No. Su mente funcionaba a toda velocidad. No. Lo mejor sería hacerlo ante mucha gente.

Calculaba que esa sería la mejor manera de conseguir que la fachada de Vin Drake se desmoronara y confesara lo que él y Alyson le habían hecho a su hermano. Por último, debía confiar en que Drake —o como mínimo Alyson— perderían su sangre fría, especialmente si los ponía nerviosos de antemano.

Y eso era algo que creía saber cómo lograr. Si concluía su plan con éxito, Drake y Alyson acabarían perdiendo los nervios delante de los estudiantes. Y eso era justo lo que deseaba.

Jardín botánico de Waipaka

28 de octubre, 15.00 h

El taxi dejó atrás el océano y no tardó en adentrarse en las montañas por una carretera empinada. Grandes acacias daban sombra al camino.

—Eso es la universidad; abarca ambos lados de la carretera —explicó el taxista al tiempo que señalaba unos edificios grises que parecían casas pareadas.

Peter no vio estudiantes por ninguna parte.

—¿Dónde está todo el mundo?

—Eso son los dormitorios. Ahora están en clase.

Pasaron ante un campo de béisbol y una zona residencial con pequeños bungalows. Siguieron adelante. Los edificios se fueron haciendo más escasos a medida que los árboles incrementaban su tamaño. Se dirigían hacia una montaña que era como un gran muro verde, con una densa vegetación, y que se alzaba a seiscientos metros de altura.

—Eso es Ko’o lau Pali, los famosos acantilados de Oahu —dijo el taxista.

—¿No hay casas allá arriba?

—No. Allí no se puede construir nada. No es más que una pared abrupta de roca volcánica. No se puede ni siquiera escalar. El que sale de la ciudad y viene hasta aquí se encuentra en medio de una selva tropical. Demasiada lluvia en el *mauka*^[5] cerca de la montaña. Nadie vive allí.

—¿Y qué me dice del jardín botánico?

—Está a un kilómetro, siguiendo en esta dirección. —La carretera se había convertido en una vía de un solo carril que discurría bajo una espesa cobertura de árboles altos—. Por aquí tampoco viene nadie. La gente suele visitar Foster u otros jardines botánicos más bonitos. ¿Está seguro de que quiere ir?

—Sí —aseguró Peter.

La carretera ascendía, zigzagueando entre la vegetación exuberante, a lo largo de la ladera de la montaña.

De repente, un coche les dio alcance, tocó la bocina y los adelantó a toda velocidad. Peter vio que iba lleno de gente que saludaba y reía. Tuvo que mirar dos veces. Eran sus compañeros del laboratorio los que se apelotonaban en aquel automóvil, ni más ni menos que un Bentley descapotable, un coche extraordinariamente caro. El taxista masculló algo acerca de unas gambas chifladas.

—¿Gambas? —quiso saber Peter.

—Sí, turistas. Con el sol se ponen colorados como gambas.

No tardaron en llegar a la verja de seguridad de la entrada.

De acero, enorme y nueva, se abría ante la boca de un túnel.

Un cartel advertía que la entrada estaba prohibida a cualquier persona no autorizada.

El taxista aminoró y detuvo el coche ante la verja.

—Últimamente han hecho algunos cambios por aquí. ¿Por qué quiere visitarlo? —preguntó.

—Por asuntos de trabajo —repuso Peter.

A pesar de todo, cuando contempló la boca del túnel tuvo un mal presentimiento. Con aquella verja delante, se le antojaba un camino sin retorno y se preguntó si la habrían instalado para mantener a la gente fuera o para impedir que saliese.

El taxista suspiró, se quitó las gafas de sol y se adentró en el túnel. Era un pasadizo estrecho excavado en una protuberancia lateral de la montaña. Al cabo de unos metros, salieron a un pequeño valle densamente arbolado y encajonado entre las laderas del Ko'olau Pali. Unas cascadas de agua se precipitaban al vacío envueltas en la bruma de la jungla tropical. La carretera descendió y no tardaron en llegar a un claro dominado por un gran cobertizo con el techo de cristal. Ante él había una zona de aparcamiento embarrada. Vin Drake y Alyson Bender ya estaban allí, de pie junto a un BMW deportivo. Ambos iban calzados con botas y vestidos de excursionista. Los posgraduados estaban apeándose del Bentley. Todos bajaron la voz cuando vieron que Peter descendía del taxi.

—Lo siento, Peter.

—Lamento lo de tu hermano.

—Sí, tío, lo sentimos.

Erika le dio un beso en la mejilla y lo cogió del brazo.

—No sabes cuánto lo siento. ¿Hay noticias?

—La policía sigue investigando —repuso Peter.

Vin Drake se acercó y le estrechó la mano con firmeza.

—No hace falta que te diga que ha sido una gran tragedia. Si al final se confirma, y ruego a Dios para que no sea así, será una pérdida terrible para todos nosotros, por no hablar del golpe que representa para la empresa de la que Eric formaba parte. Lo lamento muchísimo, Peter.

—Gracias —contestó este.

—Es una buena noticia que la policía siga investigando.

—Sí.

—Quiere decir que no han perdido la esperanza.

—Desde luego —dijo Peter—. Parece que muestran un interés renovado por el barco de Eric. Me dijeron algo acerca de un móvil en el compartimiento de los motores, pero no acabé de entenderlo.

—¿Un móvil en el compartimiento de los motores? —preguntó Drake, frunciendo el entrecejo—. Me pregunto qué puede tener que ver con...

—Como digo, no lo entendí bien —dijo Peter—. No sé por qué creen que podía haber un móvil allí. Es posible que a mi hermano se le cayera el suyo, no lo sé. El caso es que quieren comprobar los registros de llamadas.

—Ah, sí, los registros de llamadas. Bien, así no habrá cabos sueltos.

¿Drake había palidecido? Peter no supo decirlo a ciencia cierta. Alyson Bender se mordía el labio nerviosamente.

—¿Has podido descansar al menos, Peter?

—Sí, gracias. Me tomé una pastilla.

—Bien.

—Bueno... —dijo Drake frotándose las manos y volviéndose hacia los demás—. En cualquier caso, bienvenidos al valle de Manoa. ¿Les parece que entremos en materia? Acérquense y les explicaré por encima cómo funciona Nanigen.

Drake los condujo desde el aparcamiento hacia la espesura. Pasaron junto a un cobertizo que albergaba maquinaria para el movimiento de tierras.

—Seguramente —dijo Drake—, no han visto nunca máquinas como estas. Fíjense en lo pequeñas que son.

A Peter le recordaron diminutos cochecitos de golf en los que hubieran montado palas retro excavadoras en miniatura y una antena.

—Estas excavadoras las fabrican especialmente para nosotros en Siemens Precisión AG, una empresa alemana especializada. Son capaces de excavar el terreno con una precisión milimétrica. Luego colocan lo que han recogido en esa especie de bandejas cuadradas y planas que ven al fondo del cobertizo. Tienen unos treinta centímetros de lado y entre tres y seis de profundidad.

—¿Y la antena?

—Como ven, la antena cuelga directamente encima de la retro. Eso nos permite localizar con toda precisión dónde vamos a excavar y anotar en nuestra base de datos el punto de donde procede la muestra de suelo que hemos tomado. Todo esto irán viéndolo más claro a medida que transcurra el día. Entretanto, echemos un vistazo al lugar.

Se adentraron en la jungla, y el suelo del estrecho sendero que serpenteaba entre los grandes árboles se volvió repentinamente irregular. Los enormes troncos estaban rodeados de plantas trepadoras y la maleza llegaba a la altura de la rodilla.

Daba la sensación de que hubiera mil matices de verde. La luz que se filtraba a través de la bóveda que formaban las copas de los árboles era de un color verde amarillento.

—Esto puede parecer un bosque tropical natural... —empezó a decir Drake.

—Pero ni lo parece ni lo es —intervino Rick Hutter.

—En efecto, no lo es. Toda esta zona lleva siendo cultivada desde 1920, cuando era una tierra experimental para los campesinos de Oahu, y más recientemente para los estudios ecológicos que lleva a cabo la universidad. Sin embargo, en los últimos años nadie se ha ocupado de ella y toda la zona ha vuelto a un estado más natural. Esta área la llamamos Fern Gully.

Se volvió y continuó por el sendero, mientras los estudiantes lo seguían, caminando lentamente y mirando en derredor, deteniéndose a veces para examinar una planta o una flor.

—A medida que vayamos avanzando —prosiguió Drake en tono animado—, verán una gran profusión de helechos. A nuestro alrededor destacan los grandes árboles de helecho, el *Cibotium* y el *Sadleria*, y de menor altura, los pequeños *Blechnum*, *Licopodium* y naturalmente —señaló con un gesto de la mano toda la ladera de la montaña—, los helechos uluhe, que cubren las laderas de prácticamente todo Hawai.

—Se ha olvidado de este —comentó Rick—, un *Platyterium bifurcatum*. El falso cuerno de ciervo.

—Sí, seguramente —repuso Drake, reprimiendo un destello de irritación—. Este sendero está bordeado de helecho *spe'abi*. Los más grandes son *maku'e*, los predilectos de las arañas. Ya se habrán dado cuenta de la gran cantidad de arañas que hay por aquí. Solo en esta pequeña zona hay representadas más de veintitrés especies. —Se detuvo en un claro donde los árboles se abrían y ofrecían una amplia vista de las laderas del valle. Levantó el brazo y señaló un risco que dominaba el paisaje—. Ese pico se llama Tántalo. Es el cráter de un volcán extinguido que mira hacia el valle. Estamos llevando a cabo trabajos de investigación tanto en el cráter como en las zonas más bajas.

Alyson Bender se situó junto a Peter.

—¿Te ha llamado la policía hoy?

—No, ¿por qué?

—Me preguntaba cómo has sabido que estaban registrando el barco o lo de los registros telefónicos.

—Bueno, lo dijeron en las noticias —contestó Peter, que en realidad se lo había inventado.

—¿Ah, sí? Pues no lo he visto. ¿En qué canal?

—No lo recuerdo. El Cinco, creo.

Rick Hutter se acercó.

—Oye, Peter, no sabes cuánto lo siento.

Jenny Linn, que caminaba detrás de Drake, le preguntó:

—No sé si entiendo bien lo de su programa de investigación. ¿Qué es exactamente lo que están haciendo en esta selva?

Drake le sonrió.

—Todavía no lo he explicado. Para expresarlo sencillamente, planeamos recoger muestras de una sección transversal del ecosistema hawaiano, desde el cráter del Tántalo hasta el valle de Manoa, que es donde estamos ahora.

—¿Qué tipo de muestras quiere recoger? —preguntó Rick Hutter, con los brazos en jarras.

Iba vestido con su atuendo habitual, vaqueros y camisa de cuadros arremangada y manchada de sudor. Era la viva imagen del aventurero de la jungla y, como de costumbre, mostraba una actitud combativa.

Drake le sonrió antes de contestar.

—Básicamente recogeremos muestras de todas las especies vivientes de este ecosistema.

—¿Y para qué? —insistió Rick, mirándolo con aire desafiante.

Drake le sostuvo la mirada con frialdad y volvió a sonreír.

—El bosque tropical es el mayor depósito natural de componentes químicos activos que nos ofrece la naturaleza. En estos momentos nos hallamos en medio de una mina de oro llena de nuevos medicamentos potenciales, medicamentos que podrían salvar incontables vidas humanas, medicamentos con un valor de millones de dólares. Este bosque, señor...

—Hutter, Rick Hutter.

—Este frondoso bosque, señor Hutter, encierra la llave de la salud y el bienestar de los habitantes de este planeta; sin embargo, apenas ha sido explorado. No tenemos ni idea de qué tipo de compuestos químicos hay aquí, en las plantas, en los animales y en las formas de vida microscópicas. Este bosque es *terra incognita*, constituye un universo tan inexplorado como lo era para Colón el

Nuevo Mundo. Nuestro objetivo es muy simple, señor Hutter. Consiste en descubrir nuevos medicamentos. Estamos buscando nuevos medicamentos a una escala que supera todo lo imaginado. Hemos empezado con un filtrado completo de todo este bosque, desde el Tántalo hasta el fondo del valle, en busca de compuestos bioactivos. Los beneficios serán enormes.

—«Beneficios» —repitió Hutter—. «Mina de oro», «Nuevo Mundo». En realidad, señor Drake, está hablando de una nueva carrera del oro, ¿no es así? Todo gira en torno al dinero.

—Esa es una manera muy cruda de exponerlo —repuso Drake—. Ante todo, la medicina consiste en salvar vidas, en acabar con el sufrimiento y ayudar a que los seres humanos alcancen su pleno potencial. —Dirigió su atención a los otros y siguió avanzando por el sendero, alejándose de Rick Hutter, que obviamente lo incomodaba.

Rick, con los brazos en jarras, se volvió hacia Karen King.

—Este tipo es un conquistador español en versión moderna. Está saqueando este ecosistema a cambio de su oro.

Karen lo miró con expresión reprobadora.

—¿Y se puede saber qué haces tú con tus extractos naturales? Te dedicas a extraer las esencias de las cortezas en busca de nuevos medicamentos. ¿Dónde está la diferencia?

—La diferencia está en la enorme cantidad de dinero que está en juego —replicó Hutter—. Y tú ya sabes dónde está el dinero en todo esto, ¿verdad? Está en las patentes. Nanigen conseguirá miles de patentes con lo que encuentre aquí, y las grandes compañías farmacéuticas explotarán dichas patentes y ganarán miles de millones.

—Lo que pasa es que te da envidia no tener ninguna patente —le espetó Karen antes de dar media vuelta y alejarse mientras Rick la fulminaba con la mirada.

—Yo no me dedico a la ciencia para enriquecerme, ¡como hacen otras! —replicó Rick a voz en cuello, y se dio cuenta de que ella lo ignoraba deliberadamente.

Danny Minot cerraba el grupo, no sin esfuerzo. Por alguna razón, había ido a Hawai con su chaqueta de tweed y la llevaba puesta en esos momentos. El sudor le caía por el cuello y le empapaba la camisa; además, resbalaba constantemente por el camino con sus mocasines de borlas. No dejaba de enjugarse el sudor con un pañuelo y de fingir que todo iba bien.

—Señor Drake —dijo—, si está usted al corriente de las teorías postestructuralistas, sabrá que en realidad no podemos llegar a saber nada de este bosque... puesto que somos nosotros los que creamos significado cuando... en realidad la naturaleza carece de él.

El discurso de Minot pareció no causar ningún efecto en Drake.

—Mi visión de la naturaleza, señor Minot, es que no necesitamos conocer el significado de la naturaleza para poder hacer uso de ella.

—Sí, pero...

Mientras Danny seguía con su perorata, Alyson Bender aminoró el paso, y Peter se encontró caminando con Rick, que señaló a Drake con la cabeza.

—¿Tú le crees a ese tipo? Parece un biopirata cualquiera.

—He oído sus comentarios, señor Hutter —dijo Drake, volviendo la cabeza de repente—, y debo decir que eso es completamente falso. La biopiratería consiste en apoderarse de las plantas autóctonas sin compensar al país de origen. Es un concepto atractivo para los buenistas

desinformados, pero está lleno de dificultades prácticas. Tome por ejemplo el curare, un valioso compuesto medicinal que se utiliza en la medicina moderna. Está claro que alguien debería ser compensado, ¿verdad? Sin embargo, existen muchas recetas para el curare desarrolladas por muchas pequeñas tribus que se extienden por toda América Central, una zona enorme. Los curares difieren en sus ingredientes y tiempo de cocción en función de lo que deben matar con él o de las preferencias locales. ¿Cómo pretende entonces compensar a los chamanes de las tribus que los preparan? ¿Acaso los chamanes de Brasil realizan una labor más valiosa que los de Colombia o Panamá? ¿Influye que los árboles utilizados en Colombia fueran trasplantados originariamente de Panamá? ¿Qué pasa con la fórmula actual? ¿Añadir estricnina es importante o no? ¿Y qué pasa si se añade un clavo oxidado? ¿Existe alguna consideración por el dominio público? Permitimos que una empresa farmacéutica explote comercialmente un medicamento durante veinte años y después se convierte en público. Algunos dicen que sir Walter Raleigh introdujo el curare en Europa en 1596. Desde luego en 1700 ya era conocido. En 1880, Burroughs Wellcome vendía tabletas de curare con fines médicos. Así pues, pese a todo, el curare es de dominio público. Y, por último, los cirujanos actuales ya no utilizan curare de origen vegetal, sino sintético. ¿Se da cuenta de las complejidades de la cuestión, señor Hutter?

—Todo eso no son más que evasivas de empresario.

—Señor Hutter, parece disfrutar haciendo de abogado del diablo de mis opiniones —dijo Drake—. Le aseguro que no me importa, porque me obliga a afinar mis argumentos. La verdad es que lo habitual en este mundo es que la medicina utilice componentes naturales. Los descubrimientos de cualquier cultura son valiosos, y todas las culturas aprovechan elementos de las demás. A veces, los descubrimientos se venden por cierto precio, pero no siempre. ¿Deberíamos pagar a los mongoles por el estribo del caballo del que fueron inventores? ¿Deberíamos pagar a los chinos por haber introducido la manufactura de la seda o por el opio? ¿Deberíamos rastrear a los descendientes de los campesinos del neolítico que hace diez mil años descubrieron el arte de plantar cosechas en los deltas de los ríos y pagarles por ello? ¿Y qué me dice de los británicos medievales que descubrieron cómo fundir el hierro?

—Entendemos lo que quiere decir, aunque Rick no —dijo Erika Molí—. Siga, por favor.

—Muy bien. La cuestión es que en Hawai no se puede plantear la cuestión de la biopiratería de las plantas. Estas islas son volcanes que surgieron del océano como superficies de lava, y todo lo que crece aquí actualmente llegó de otra parte, traído por los pájaros, por el viento, por las corrientes o en las canoas de los navegantes polinesios. Aquí no hay nada autóctono, aunque algunas especies sean endémicas. De hecho, los aspectos legales de esta situación constituyen una de las razones de que nos hayamos instalado aquí.

—Para evadir la ley —masculló Hutter.

—Al contrario, para atenernos a ella —repuso Drake—. He ahí la cuestión.

Llegaron a una zona donde las hojas de las plantas alcanzaban la altura del pecho de un hombre.

—A esta zona la llamamos Ginger Lane —explicó Drake— debido a que está llena de jengibre blanco, amarillo y kahili. El kahili es el que tiene los tallos largos y rojos. Los árboles son principalmente sándalos, con sus típicas flores de color vino, pero también hay saponarias y milos, con sus grandes hojas verde oscuro.

Los estudiantes se volvieron, mirando en todas direcciones.

—Doy por hecho que están familiarizados con todo esto; pero, por si no lo están, esta hoja desnuda y puntiaguda es de una adelfa, y puede matar a una persona. Un habitante local murió por asar carne con un palo de adelfa. A veces, los niños se comen los frutos y mueren. El árbol grande que tienen a su izquierda es un árbol de la estricnina, originario de la India. Todas sus partes son letales, sobre todo sus semillas.

»Junto a él verán un matorral de hojas estrelladas. Es un ricino, igualmente letal por su toxicidad. No obstante, en dosis muy pequeñas, la ricina puede tener propiedades medicinales. Estoy seguro de que el señor Hutter ya sabe todo esto.

—Naturalmente —contestó Rick—. Es más, el extracto del ricino mejora potencialmente la memoria y tiene propiedades antibióticas.

Drake giró en un recodo, siguiendo un sendero que bajaba.

—Por último, aquí tenemos Bromeliad Alley —anunció—. Hay unas ochenta variedades de esta familia de plantas, entre las que figura, como ustedes saben, la piña. Las bromelias albergan numerosos insectos. Los árboles que nos rodean son principalmente eucaliptos y acacias, pero más adelante, tal como verán por las hojas curvadas del suelo, tenemos otros más típicos del bosque tropical, como el koa y el ohia.

—Disculpe, pero me gustaría saber por qué nos está enseñando todo esto —intervino Jenny Linn.

—Exacto —convino Amar Singh—. Siento curiosidad por la tecnología, señor Drake. ¿Cómo se las arreglan para tomar muestras de tantos y tan distintos seres vivos, sobre todo teniendo en cuenta que la mayoría de ellos son muy pequeños? Estoy hablando de bacterias, gusanos, insectos y todo lo demás. Es decir, ¿cuántas biomuestras recogen y procesan por hora o por día?

—Nuestro laboratorio envía todos los días un camión a este bosque tropical —explicó Drake— para recoger muestras de suelo cortadas con extrema precisión, selecciones de plantas o cualquier otra cosa que nuestros investigadores soliciten. Así pues, pueden confiar en tener diariamente no solo material fresco, sino en general cualquier cosa que pidan.

—¿Viene aquí todos los días, dice? —preguntó Rick Hutter.

—Así es. Alrededor de las dos de la tarde. Por poco no nos hemos cruzado con él.

Jenny Linn se agachó.

—¿Qué es esto? —dijo, señalando algo en el suelo. Parecía una pequeña tienda de campaña, del tamaño de la palma de su mano, que cubría un receptáculo de cemento—. He visto otra igual un poco más atrás.

—Ah, sí —repuso Drake—. Estupenda observación, señorita Linn. Estas tiendas están repartidas por toda la zona. Son centros de aprovisionamiento. Más tarde les explicaré lo que significa. De hecho, si les parece bien, creo que es hora de que sepan a lo que se dedica Nanigen en realidad.

Dieron la vuelta para regresar a la zona de aparcamiento y pasaron junto a un estanque de aguas fangosas, bordeada de palmas y bromelias.

—Ese estanque se llama Pau Hana —explicó Drake—. El nombre quiere decir «trabajo hecho».

—Curioso nombre para un estanque de patos —dijo Danny—, porque eso es lo que es. Acabo de ver tres o cuatro familias de patos al venir.

—¿Y ha visto lo que pasa? —le preguntó Drake.

Danny negó con la cabeza.

—No. ¿Se supone que va a impresionarme?

—Eso depende. Miren en la espesura, más o menos a un metro del agua.

El grupo se detuvo y todos miraron fijamente. Karen King fue la primera en verlo.

—Una garza gris —susurró.

Era un ave de casi un metro, de cabeza puntiaguda y ojos inexpresivos. Parecía sucia y perezosa.

Estaba muy quieta y se confundía perfectamente con las sombras del follaje.

—Puede estar horas así —comentó Karen.

La observaron durante varios minutos, y se disponían a marcharse cuando una de las familias de patos empezó a nadar cerca del borde del estanque. La madre y los polluelos se mantenían ocultos entre las hierbas acuáticas, pero no les sirvió de nada.

Con un movimiento rapidísimo, la garza salió volando, se lanzó contra los ánades y remontó el vuelo hasta donde estaba posada. De su pico sobresalían los pies palmeados de un polluelo.

—¡Caramba! —exclamó Danny.

—¡Qué horror! —dijo Jenny.

La garza alzó el pico y engulló lo que quedaba del pato.

Luego bajó la cabeza y volvió a quedarse inmóvil entre las sombras. La escena había durado apenas unos segundos, y costaba creer que hubiera sucedido de verdad.

—Ha sido muy desagradable —dijo Danny.

—Así es la vida —repuso Drake—. Verán que en el jardín botánico apenas hay patos, y esa es la razón. Ah, me parece que aquí están nuestros coches, esperando para devolvernos a la civilización.

*Polígono industrial Kalikimaki**28 de octubre, 18.00 h*

Karen se sentó al volante del Bentley descapotable en el camino de regreso y los demás se apretujaron como pudieron con ella. Alyson y Drake subieron al BMW. Apenas habían iniciado el camino cuando Danny Minot carraspeó.

—Me parece —dijo haciéndose oír por encima del ruido del viento— que los argumentos de Drake acerca de las plantas venenosas son discutibles.

«Discutible» era una de las palabras favoritas de Danny.

—¿Ah, sí? ¿Y por qué? —quiso saber Amar, que despreciaba particularmente a Minot.

—Bueno, la idea que tenemos de lo venenoso es imprecisa —repuso Danny—. Llamamos veneno a cualquier compuesto que nos hace daño o que creemos que puede hacérselo. Pero, en realidad, puede no ser tan perjudicial. Al fin y al cabo, la estricnina se administraba en el siglo XIX como medicamento. Entonces se creía que era un reconstituyente. Si no me equivoco, en la actualidad todavía se utiliza para las intoxicaciones alcohólicas agudas. Además, el árbol no se tomaría la molestia de elaborar estricnina a menos que fuera con un propósito, que normalmente es la autodefensa. Otras plantas producen también estricnina, como la belladona. Así pues, tiene que haber un propósito.

—Sí —respondió Jenny Linn—, evitar que las devoren.

—Ese es el punto de vista de la planta.

—Y también el nuestro, porque tampoco las devoramos.

—¿Estás diciendo que para los humanos la estricnina no es dañina, que no es verdaderamente un veneno? —preguntó Amar.

—Eso es. Como concepto es escurridizo. Incluso se podría decir que es indeterminado. En realidad, el término «veneno» no hace referencia a nada concreto o específico.

Aquello despertó todo tipo de exclamaciones.

—¿Podemos cambiar de tema? —propuso Erika Molí.

—Simplemente estoy diciendo que la idea de lo que es venenoso es discutible.

—Danny, contigo todo es discutible.

—En esencia, así es —afirmó Minot, asintiendo solemnemente—. Yo no me conformo con la visión científica del mundo que afirma que existen certezas fijas y verdades inmutables.

—Y nosotros tampoco —objetó Erika—, pero algunas cosas son repetidamente verificables y, por lo tanto, justifican que creamos en ellas.

—¿Verdad que sería agradable pensar de ese modo? Sin embargo, eso no es más que una fantasía autocomplaciente que los científicos se han permitido a sí mismos —prosiguió Minot—. En realidad, todo gira en torno a las estructuras de poder, y vosotros lo sabéis. El que tiene el poder en la sociedad es quien decide lo que puede ser estudiado, quien determina lo que puede ser observado y

lo que se puede pensar. Los científicos no hacen sino alinearse con las instancias de poder dominantes. Y no les queda otra alternativa, porque esas instancias son las que pagan las facturas. Uno no se la juega con las estructuras de poder, porque si lo hace se acaba el dinero para la investigación, no te reciben y no te publican. En pocas palabras, dejas de ser relevante. Te quedas fuera y lo mismo daría que estuvieras muerto.

Un profundo silencio se abatió sobre el coche.

—Sabéis que tengo razón —concluyó Minot—. Lo que pasa es que no os gusta.

—Hablando de jugar con el poder —dijo Rick Hutter—, mirad allí. Creo que nos estamos acercando al polígono industrial Kalikimaki y a la central de Nanigen.

Jenny Linn sacó un pequeño estuche de Gore-Tex del tamaño de su mano y se lo sujetó al cinturón.

—¿Qué es eso? —preguntó Karen King—. ¿Para el juego de Muestra y Cuenta?

—Sí —repuso Jenny—. Pensé que si van a ofrecernos un trabajo... —Se encogió de hombros—.

Aquí llevo todos mis extractos volátiles purificados. ¿Qué has traído tu?

—Benzos, nena —dijo Karen—. Benzoquinonas metidas en un bote de espray. Provocan ampollas y queman los ojos. Aunque salgan de los escarabajos, son la sustancia química ideal para la defensa personal. Seguro, orgánico y de efectos limitados. Con ellas harían un producto estupendo.

—Y claro —le dijo Rick Hutter a Karen—, tú las convertirías en una marca comercial.

—Eso es porque no tengo tus escrúpulos —replicó ella—. Además, ¿vas a decirnos que no has traído nada?

—Sí.

—Mentiroso.

—Vale, está bien. —Se palpó el bolsillo de la camisa—. Aquí llevo extracto de látex de mi árbol. Basta con aplicarlo y mata cualquier parásito bajo la piel.

—Pues a mí me suena a producto comercial —replicó Karen y giró el volante. El Bentley tomó la curva pegado al asfalto—. ¿Y si resulta que ganas millones con él? —Apartó los ojos de la carretera un instante y le lanzó una sonrisa maliciosa.

—En absoluto. Solo estoy estudiando el mecanismo bioquímico subyacente...

—Eso díselo a los capitalistas que están dispuestos a arriesgar su dinero. —Karen miró brevemente a Peter, que iba en el asiento del pasajero, junto a ella—. ¿Y qué me dices de ti? Algo te ronda por la cabeza. ¿Has traído algo?

—La verdad es que sí —dijo.

Acarició el CD que llevaba en el bolsillo de la chaqueta y sintió un escalofrío. Ahora que se disponía a entrar en la sede de Nanigen, se dio cuenta de que no había pensado en todos los detalles.

Tenía que conseguir de algún modo que Drake confesara delante del grupo, y reproducir las conversaciones telefónicas entre Drake y Alyson Bender que Jorge le había proporcionado bastaría para lograrlo. Al menos, en eso confiaba. Y si todos oían una confesión de Drake, este no podría contraatacar. Eran siete en total. No podría con todos a la vez.

Al menos esa era la idea.

Perdido en sus pensamientos, Peter siguió al grupo mientras entraban en el edificio, encabezados por Alyson Bender.

—Por aquí, damas y caballeros...

Se detuvieron primero en la zona de recepción, con sus elegantes sofás de cuero negro.

—Tendrán que entregarme sus móviles —les anunció Alyson—, sus cámaras y cualquier otro dispositivo de grabación que puedan llevar encima. Los guardaremos aquí y podrán recuperarlos cuando salgan. Además, antes de entrar es necesario que firmen un acuerdo de confidencialidad.

Fue pasando los documentos. Peter firmó sin molestarse en leerlo. Tenía la mente en otra parte.

—Si alguien no quiere firmar —aclaró Alyson—, puede esperar aquí a que acabe la visita. ¿No? ¿Todo el mundo quiere hacerla? Muy bien, síganme.

Los llevó por un pasillo hasta una serie de laboratorios biológicos donde los esperaba Drake. Los cubículos, con sus paredes de cristal, se extendían a ambos lados del pasillo central y estaban extraordinariamente bien equipados. Peter se fijó en que varios de ellos contenían una sorprendente cantidad de aparatos electrónicos, casi como si fueran laboratorios de ingeniería. Reinaba el silencio. Era el final de la jornada y la mayoría de los departamentos estaban vacíos, aunque todavía quedaban varios investigadores preparando algunos procesos que se prolongarían durante la noche.

Mientras recorrían el pasillo, Drake les fue informando brevemente sobre cada laboratorio.

—Aquí se trabaja en proteómica y genómica... Aquí en ecología química... Aquí en fitopatología y en los virus de las plantas... Aquí en biología estocástica... Aquí en comunicación bioeléctrica de las plantas... En este, en fitoneurología... Este es el laboratorio que investiga los ultrasonidos entre insectos... Este otro se dedica a los neurotransmisores en las plantas... En este, Peter, estudian venenos y toxinas... Este es el de los volátiles de arácnidos y coleópteros... Aquí estudian fisiología del comportamiento, es decir secreciones exocrinas y organización social, principalmente con hormigas...

—¿Para qué son tantos equipos electrónicos? —preguntó alguien.

—Para los robots —contestó Drake—. Después de cada salida al campo deben ser reparados o reprogramados. —Miró a los integrantes del grupo—. Veo un montón de caras sorprendidas. Vamos, entren y echen un vistazo más de cerca.

Entraron en el laboratorio de la derecha. Olía ligeramente a tierra húmeda, a materia vegetal en descomposición y a hojas muertas. Drake los condujo hasta una mesa donde había varias bandejas cuadradas con muestras de suelo. Encima de cada una de ellas, colgaba una cámara suspendida de un brazo articulado.

—Aquí tenemos muestras del material que recogemos en el bosque tropical —explicó Drake—. Cada una representa un proyecto distinto en marcha, pero en todos los casos hay robots trabajando.

—¿Dónde? —preguntó Erika—. Yo no veo nada.

Drake ajustó la luz y la cámara de vídeo. En un monitor lateral vieron un objeto blanco diminuto en el suelo, ampliado varias veces.

—Como ven, se trata de una máquina de excavar y recoger que trabaja a nivel microscópico —comentó Drake—, y tiene mucho trabajo, porque cada una de estas bandejas contiene un universo enorme e interconectado todavía desconocido para el hombre. Hay trillones de microorganismos,

cientos de miles de especies de bacterias y protozoarios, y la mayor parte de ellos no han sido catalogados. En una muestra de este tamaño puede haber cientos de miles de finas hifas fungosas; millones de artrópodos microscópicos e insectos diminutos, demasiado pequeños para ser apreciables a simple vista; y decenas de gusanos de distintos tamaños. En realidad, hay más seres vivos diminutos en esta pequeña bandeja que seres vivientes de mayor tamaño sobre toda la superficie de la tierra. Piénsenlo. Nosotros, los seres humanos, vivimos en la superficie y creemos que es ahí donde está la vida. Pensamos en términos de personas, elefantes, tiburones y bosques con árboles; pero nuestra percepción nos engaña. La verdad en lo referente a la vida en nuestro planeta es otra. El verdadero cimiento de la vida, que no deja de moverse, abrirse camino y crecer permanentemente, se encuentra aquí abajo, en este nivel. Y es en él donde van a producirse los mayores descubrimientos.

Había sido un discurso impresionante. Drake ya lo había pronunciado otras veces, y el público siempre se sumía en un respetuoso silencio. Pero aquel grupo era diferente.

—¿Y qué está descubriendo ese robot en concreto? —preguntó enseguida Rick Hutter.

—Nematodos —contestó Drake—, gusanos microscópicos que creemos que tienen propiedades biológicas muy importantes. En una bandeja como esta se calcula que puede haber cuatro mil millones de nematodos, pero solamente queremos recoger los que todavía no están clasificados.

Drake se volvió hacia una hilera de ventanas que daban a un laboratorio donde unos pocos investigadores estaban trabajando ante una serie de máquinas. Máquinas de aspecto muy complicado.

—Lo que estamos haciendo en esa sala es cribar, cribar miles de compuestos muy rápidamente utilizando espectrometría de masa y fraccionamiento de alta velocidad. Para eso son las máquinas que ven. Ya hemos descubierto decenas de candidatos para nuevos medicamentos. Y son todos naturales. Lo mejor de la madre naturaleza.

Amar Singh estaba impresionado por la tecnología, pero seguía habiendo cosas que no comprendía. Una de ellas eran los robots realmente pequeños, pensó, demasiado para que pudieran contener un ordenador.

—¿Cómo consiguen esos robots localizar y escoger los gusanos que les interesan? —preguntó.

—Lo hacen sin ninguna dificultad.

—¿Cómo?

—Tienen la inteligencia para hacerlo.

—Sí, pero ¿cómo? —Amar señaló una bandeja donde un robot diminuto estaba arando febrilmente la tierra—. Esta máquina no puede tener más de ocho o nueve milímetros de longitud. Es como la uña de mi dedo meñique. Es imposible meter un ordenador en un espacio tan reducido.

—La verdad es que se puede.

—¿Cómo?

—Vayamos a la sala de reuniones.

Cuatro grandes pantallas planas brillaban tras Vin Drake. Los paneles mostraban unas imágenes de color azul y púrpura que parecían las olas del mar vistas desde un avión. Drake caminaba ante ellas, mientras el micrófono que llevaba sujeto a la solapa amplificaba su voz. Hizo un gesto, señalando las

imágenes.

—Lo que están viendo son líneas de convección en campos magnéticos que tienen casi sesenta teslas de fuerza. Son los campos magnéticos más fuertes que haya creado el ser humano. Para darles alguna referencia, un campo magnético de sesenta teslas es dos millones de veces superior en fuerza al campo magnético de la Tierra. Estos campos se crean mediante superconducción criogénica, utilizando materiales compuestos basados en el niobio.

Hizo una pausa para dejar que la idea calase.

—Desde hace más de cincuenta años —prosiguió—, se sabe que los campos magnéticos afectan a los tejidos animales de maneras muy diversas. Todos ustedes están familiarizados con la obtención de imágenes mediante resonancia magnética. También saben que los campos magnéticos pueden estimular la cicatrización ósea, inhibir la presencia de parásitos, alterar el comportamiento de las plaquetas y muchas otras cosas. Sin embargo, resulta que todos ellos constituyen los efectos menores de la exposición a campos magnéticos de baja intensidad. La situación cambia por completo cuando se trata de campos de intensidad muy alta, como los que solo recientemente hemos sido capaces de generar. Y hasta hace poco, nadie tenía el menor conocimiento de lo que ocurría en semejantes condiciones. A ese tipo de campo magnético lo llamamos «campo tensor», para distinguirlo de los campos magnéticos ordinarios. Los tensores tienen una fuerza altísima. En un campo tensor se pueden producir de forma visible cambios dimensionales de la materia.

»Ya hemos tenido algunos atisbos de ello, pistas, si quieren llamarlas así... La primera surgió en una investigación llevada a cabo en los años sesenta por una empresa llamada Nuclear Medical Data que estudiaba la salud de los trabajadores de las instalaciones nucleares. La empresa descubrió que, en general, estos gozaban de buena salud, pero también vio que, tras un período de diez años, los operarios expuestos a campos magnéticos potentes habían disminuido en altura alrededor de medio centímetro. El dato se consideró puramente estadístico y se desestimó.

Drake hizo una nueva pausa para ver si los integrantes del grupo comprendían adonde llevaba aquello. Ninguno parecía sospecharlo.

—Pero resultó que no era una simple cuestión estadística. En 1970, un estudio francés verificó que los trabajadores franceses que desarrollaban su actividad en un entorno de campos magnéticos fuertes habían perdido unos ocho milímetros de altura. No obstante, el mismo estudio también descartó el hallazgo y lo calificó de trivialidad.

»Sin embargo, actualmente sabemos que no lo era. La DARPA, la Agencia de Investigación de Proyectos Avanzados de Defensa, se interesó en esos estudios y, según parece, hizo pruebas con perros pequeños y campos magnéticos fuertes, los más potentes que tenían en su época, en un laboratorio secreto de Huntsville, en Alabama. No existen archivos oficiales de esos trabajos, salvo unas pocas fotocopias y faxes que mencionan a un perro pekinés del tamaño de una goma de borrar.

Aquellas palabras causaron cierta conmoción, y los estudiantes se agitaron en sus asientos, intercambiando miradas.

—Al parecer —prosiguió Drake—, ese animal gimió lastimosamente y murió a las pocas horas, desangrándose con una sola gota de sangre. En general, los resultados fueron inestables y poco concluyentes. Al final, el proyecto se abandonó por orden de Melvin Laird, por aquel entonces secretario de Defensa.

—¿Por qué? —preguntó uno de los posgraduados.

—Le preocupaba desestabilizar las relaciones estadounidenses —repuso Drake.

—¿Y por qué iba a desestabilizarlas?

—Eso es algo que quedará aclarado en un momento. Aquí, la cuestión importante es que en la actualidad podemos generar campos magnéticos extraordinariamente potentes, los llamados «campos tensores». Y ahora también sabemos que, bajo los efectos de un campo tensor, tanto la materia orgánica como la inorgánica sufre algo parecido a un cambio de fase. El resultado es que los materiales sometidos al campo experimentan una rápida compresión por un factor entre diez elevado a menos uno y diez elevado a menos tres. En su mayor parte, las interacciones de cantidad permanecen simétricas e invariables, de modo que la materia encogida interactúa de forma natural con la materia normal, al menos la mayor parte del tiempo. La transformación es metaestable y reversible bajo los efectos de un campo inverso. ¿Me siguen hasta aquí?

A pesar de que todos ellos prestaban mucha atención, sus rostros reflejaban un amplio abanico de reacciones que iban desde la confusión, el total descreimiento, pasando por la duda hasta la fascinación. Drake no estaba hablando de biología, sino de física cuántica.

Rick descruzo los brazos y meneó la cabeza.

—¿Adonde quiere llegar? —pregunto en voz más alta de lo necesario.

Drake respondió sin inmutarse.

—Me alegro de que lo pregunte, señor Hutter. Es hora de que lo vean con sus propios ojos.

Las grandes pantallas situadas a su espalda se oscurecieron y el panel central se iluminó con una imagen de vídeo de alta definición.

Mostraba un huevo.

El huevo descansaba sobre una superficie negra y, tras él, había un fondo amarillo texturado, parecido a una cortina.

El huevo se movió. Estaba eclosionando. Un pequeño pico asomó a través de la cáscara. La grieta se agrandó. La parte superior se rompió y salió un polluelo, piando, que se mantuvo en pie vacilante y agitó sus alas incipientes.

Entonces, la cámara empezó a retroceder.

A medida que la escena se abría, apareció el entorno que rodeaba al polluelo. El trasfondo amarillo resultó ser la monstruosa pata de un ave. La pata de una gallina. El polluelo empezó a corretear alrededor de aquella gigantesca pata. La cámara siguió retrocediendo hasta que la gallina fue visible del todo. Parecía demencialmente desproporcionada. Sin embargo, cuando la cámara ya no pudo retroceder más, el polluelo y los restos de cáscara no eran más que unos puntos diminutos a los pies de la gallina de tamaño natural.

—Sal de... —empezó a decir Rick pero se detuvo, incapaz de apartar los ojos de la pantalla.

—Esto —anunció Drake—, es la tecnología de Nanigen.

—Y esta transformación... —empezó a decir Amar.

—Puede aplicarse a organismos vivos. Sí, encogimos ese huevo en un campo tensor. El embrión en el interior no se vio afectado por el cambio dimensional. Como han podido ver, eclosionó normalmente. Esto demuestra que los sistemas biológicos sumamente complejos pueden comprimirse en un campo tensor y seguir manteniendo con normalidad sus funciones vitales.

—¿Qué son esas cosas que aparecen en la imagen? —preguntó Karen.

En la pantalla, el suelo bajo los pies de la gigantesca gallina parecía salpicado por pequeños puntos. Algunos se movían, otros no.

—Esos son los otros polluelos. Alteramos dimensionalmente toda la puesta —explicó Drake—. Por desgracia, son tan pequeños que la madre ha aplastado algunos sin darse cuenta.

Se hizo un breve silencio. Amar fue el primero en hablar.

—¿Ha hecho esto con otros organismos?

—Naturalmente —repuso Drake.

—Eso significa... ¿con personas?

—Sí.

—Esos pequeños robots que vimos en el jardín botánico... —prosiguió Amar—. ¿Nos está diciendo que en realidad no los programó de forma inteligente?

—No hacía ninguna falta.

—Porque tiene seres humanos que los controlan, ¿no?

—Sí.

—Seres humanos que han sufrido un cambio dimensional, claro.

—¡Y una mierda! —exclamó Danny Minot—. ¿Acaso pretende tomarme el pelo?

—En absoluto —le aseguró Drake.

Alguien se echó a reír. Era Rick Hutter.

—Bobadas —dijo—. Este tipo nos está vendiendo la moto.

Karen tampoco lo creía.

—Todo esto es un camelo. Es imposible. Cualquiera podría hacer lo mismo con un vídeo y algunos efectos especiales.

—Esta tecnología existe —declaró Drake con toda la calma.

—¿De verdad nos está diciendo que puede provocar un cambio dimensional en una persona de una magnitud de diez elevado a menos tres? —inquirió Amar.

—Sí.

—Eso quiere decir que alguien que mida un metro ochenta quedaría reducido a...

—Sí, a poco menos de dos décimas de milímetro —precisó Drake.

—¡Santo Dios! —masculló Rick Hutter.

—Y a diez elevado a menos dos, esa persona mediría unos doce milímetros.

—La verdad, es que me gustaría ver todo eso con mis propios ojos —declaró Danny Minot.

—Naturalmente —repuso Drake—. Y lo verán.

Sede central de Nanigen

28 de octubre, 19.30 h

Peter había llevado a Alyson Bender a un aparte mientras Drake hacía su presentación al resto del grupo.

—Algunos de nosotros —le dijo— hemos traído muestras de nuestro trabajo y nos gustaría poder enseñárselas al señor Drake.

—Buena idea —contestó Alyson.

—Tengo un CD que contiene parte de mi investigación —dijo Peter, y ella asintió—. Es una grabación y tiene que ver con mi hermano —añadió.

Confiaba en empezar a ponerla nerviosa. Alyson asintió de nuevo y salió de la sala de reuniones. Peter se preguntó si lo que había visto en sus ojos era una chispa de miedo.

Aprovechó la ausencia de Alyson y que Drake seguía hablando para acercarse al panel de los dispositivos de audio. Necesitaba algún tipo de aparato, algo que amplificara su voz. No quería que ni Drake ni nadie pudiera hacerlo callar o desconectarlo. Tras la puerta había unos cajones. Los abrió y al final encontró lo que buscaba. Era un Lavalier, un micrófono inalámbrico que transmitiría su voz a los altavoces. Era idéntico al que Drake estaba utilizando en su exposición. Consistía en un micrófono de cuello que se conectaba por cable a una unidad transmisora. Se guardó el transmisor en el bolsillo y después metió el micro y el cable.

Drake concluyó su presentación, y las luces de la sala de conferencias se encendieron.

—Sé que algunos de ustedes han traído muestras de sus trabajos —dijo—. Estamos muy interesados en verlas. Si quieren... ¿Sí? ¿Qué ocurre?

Alyson Bender acababa de entrar de nuevo en la sala. Se acercó a Drake y le susurró algo al oído. Este miró a Peter mientras ella hablaba y después apartó la vista. Asintió un par de veces, pero no dijo nada. Al fin se volvió hacia Peter.

—Peter, tengo entendido que tienes una grabación.

—Sí, un CD.

—¿Y qué contiene? —Drake no parecía alterado en absoluto.

—Algo que le interesará. —El corazón le latía con fuerza.

—¿Relacionado con tu hermano?

—Sí.

Drake seguía impasible.

—Sé que este es un momento difícil para ti —dijo poniéndole una mano en el hombro—. ¿No sería mejor que lo habláramos en privado? —añadió en tono conciliador.

Drake quería llevarlo a un lugar apartado, donde nadie pudiera oírlos.

—Podemos hablar aquí —replicó Peter, en la sala de conferencias, delante de todos los demás.

La expresión de Drake se ensombreció.

—Me gustaría tener unas palabras en privado contigo, Peter. Eric era amigo mío, y para mí también ha sido una pérdida. Pasemos un momento a la otra sala.

Peter se encogió de hombros y acompañó a Drake y a Alyson hasta un cuarto contiguo que era la antesala del salón de conferencias. Drake cerró la puerta tras ellos y corrió el pestillo con disimulo. Luego se dio la vuelta y, en un abrir y cerrar de ojos, su rostro se contorsionó de ira. Agarró violentamente a Peter por el cuello y lo estrelló con una mano contra la pared mientras con la otra le retorció el brazo y lo inmovilizaba.

—¡No sé a qué coño estás jugando, hijo de puta!

—¡No es un juego...!

—¡La policía no está buscando ningún teléfono móvil en el barco!

—¿No?

—¡No, cabrón! No lo está buscándolo porque no han ido al astillero en todo el día.

La mente de Peter funcionaba a toda velocidad.

—La policía no necesita ir al astillero —dijo— porque pueden encontrar el teléfono simplemente rastreando la señal del GPS.

—¡No, no pueden! —Drake le soltó el brazo y le asestó un puñetazo en el estómago antes de volver a inmovilizarlo—. ¡No me mientas! No puede porque desconecté el GPS antes de dejar el móvil en el barco.

—Vin... —dijo Alyson, nerviosa.

—Cállate.

—Así que desconectó el GPS y preparó el teléfono para que atascara los conductos de gasolina, ¿no?

—¡No, para que desconectara la bomba de gasolina, gilipollas! Y también estropeé la radio.

—Vin, escucha... —intervino Alyson.

—No te metas en esto.

—¿Por qué lo hizo? —preguntó Peter, que empezaba a ahogarse con la presión de Drake—. ¿Por qué?

—Tu hermano era un loco. ¿Sabes lo que quería? Quería vender esta tecnología. Resultó que había cierta cuestión legal sobre quién es el verdadero propietario de la empresa, y Eric pensó que debíamos venderla. ¿Te lo imaginas? ¿Vender esta tecnología? Eric traicionó a Nanigen y me traicionó a mí, personalmente.

—¡Vin, por el amor de Dios! —suplicó Alyson.

—¡Cállate!

—¡Tu micro! —gritó ella, señalando el micrófono que Drake llevaba en la solapa—. ¡Está conectado!

—¡Mierda! —bufó Drake, Golpeó brutalmente a Peter en el plexo solar y dejó que se derrumbara en el suelo, jadeando. Luego, muy despacio, se quitó la chaqueta, dejando al descubierto el transmisor que llevaba sujeto al cinturón, y señaló el interruptor. La luz estaba apagada—. No soy estúpido.

Peter, arrodillado en el suelo, tosía y jadeaba, incapaz de recobrar el aliento; entonces se dio cuenta de que el pequeño micrófono se le había escapado del bolsillo y colgaba del cable.

Drake podía verlo. A tientas, intentó volver a meterlo, y su mano tocó el transmisor. En ese momento oyó un fuerte ruido que salía de los altavoces de la sala.

Drake miró en la misma dirección. También había oído el ruido. Sus ojos siguieron la mano de Peter y vio el pequeño micro. Dio un paso hacia atrás y lanzó una patada, golpeándolo en la sien. Peter se derrumbó. Drake le quitó el Lavalier del bolsillo, desconectó el micrófono y lo tiró lejos. Peter rodó por el suelo entre gemidos.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Alyson—. Lo habrán oído todo.

—Cállate. —Drake daba vueltas furioso por la habitación—. ¡Maldición! Ninguno de ellos lleva el móvil encima, ¿verdad?

—No. Los dejaron en recepción.

—Muy bien.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó ella, temblando.

—Tú no te metas.

Abrió un panel de seguridad y apretó un botón rojo. Empezó a sonar una sirena de alarma. C cogió a Peter por las axilas y lo puso en pie. El joven se tambaleó, dolorido y aturdido por la paliza.

—Vamos, chaval —le dijo Drake—, es hora de arreglar este desorden.

Drake abrió la puerta e irrumpió en la sala de conferencias sosteniendo a Peter. Tuvo que gritar para hacerse oír por encima de la sirena.

—¡Alguien ha violado la seguridad! Peter está herido, y los robots de seguridad se han puesto en marcha. Son muy peligrosos. Vengan todos por aquí. Tenemos que llegar a la sala de seguridad.

Los condujo por el pasillo, llevando a Peter de un brazo mientras Alyson lo sostenía por el otro.

Los pocos investigadores que quedaban en el centro corrían hacia la salida.

—¡Salgan! —gritó alguien que pasaba a toda prisa junto a ellos.

La mayor parte de los empleados ya se habían marchado.

Sin embargo, Drake condujo al grupo hacia el interior del edificio.

—¿Dónde demonios nos lleva? —preguntó Rick Hutter a Drake.

—Es demasiado tarde para alcanzar la salida. Debemos ir a la sala de seguridad.

Los estudiantes estaban confusos. ¿Qué sala de seguridad?

¿Qué significaba todo aquello?

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Alyson.

Drake no respondió.

Llegaron a una pesada puerta con un rótulo que decía: NÚCLEO TENSOR. Introdujo una contraseña en el teclado y la puerta se abrió.

—¡Por aquí! ¡Vengan!

Los estudiantes entraron en una gran sala con un suelo de baldosas hexagonales. Estas eran casi transparentes, y pudieron ver abundante maquinaria bajo ellas, artefactos muy complejos que se adentraban en la profundidad de la tierra.

—De acuerdo —dijo Drake—, presten atención. Quiero que todos ustedes se sitúen en el centro de un hexágono. Cada hexágono es una zona de seguridad a prueba de robots. ¡Vamos, muévanse! ¡Deprisa, deprisa! No tenemos mucho tiempo.

Tecleó un código de seguridad y todos oyeron cómo se activaban unos potentes cierres. Estaban atrapados en aquella sala.

Erika, muy asustada, soltó un grito y corrió hacia la puerta de salida.

—¡No! —gritó Danny, pero la puerta estaba cerrada y Erika no pudo salir.

Entretanto, Drake se había encerrado en la sala de control, desde donde los miraba a través de una ventana. Al cabo de un instante, desapareció de la vista. La puerta de la sala de control se abrió y por ella salió un desconocido, un empleado de Nanigen.

—¡Vaya allí y ayúdelos! —tronó la voz de Drake.

El hombre obedeció. Con aire confundido se situó en el centro de un hexágono, entre los estudiantes.

Estos se habían colocado por sí mismos. Erika había vuelto.

Peter estaba de rodillas. Rick intentó ayudarlo a que se levantara, pero no pudo. Karen vio que de la pared colgaban varias mochilas. Salió corriendo, cogió una y se la echó a la espalda.

Drake reapareció tras la ventana. Vieron cómo pulsaba rápidamente una serie de botones. Alyson se hallaba junto a él.

—¡Vin, por el amor de Dios...! —exclamó.

—No tenemos elección —repuso Drake, y pulsó el último botón.

Para Peter Jansen, aturdido como estaba por la paliza, todo ocurrió muy deprisa. El suelo hexagonal, se hundió bajo sus pies y descendió unos tres metros en las tenazas de un enorme artefacto electrónico que lo rodeaba desde muy cerca, casi tocándolo. En realidad, lo que parecían tenazas eran unos inducidos llenos de cables y pintados con rayas blancas y rojas. El aire olía intensamente a ozono y se oía un fuerte zumbido electrónico.

Se le erizó el vello del cuerpo. Una voz sintetizada dijo:

—No se mueva, por favor. Respire hondo y contenga el aliento.

Se oyó un ruidoso «¡clonk!», mecánico y crispante. Luego, el zumbido regresó. Peter sintió una breve sensación de náusea y también como si hubiera cambiado de posición dentro de la máquina.

—Puede respirar con normalidad. Espere.

Inhaló y dejó escapar el aire lentamente.

—No se mueva, por favor. Respire hondo y contenga el aire.

Otro «¡clonk!» y más zumbido. La sensación de náusea fue en aumento.

Parpadeó.

Estaba seguro de que su situación había cambiado. Antes veía las rayas rojas y blancas a media altura de los inducidos, pero en ese momento los veía desde mucho más abajo. ¡Se estaba encogiendo! Los inducidos zumbaron y se acercaron aún más. Pensó que era lógico. El campo magnético sería más potente a corta distancia. Cuanto más cerca, mejor.

—Respire hondo y contenga el aire —repitió la voz sintetizada.

Cuando miró de nuevo hacia arriba vio que realmente era mucho más pequeño. La parte superior de los inducidos, a tres metros por encima de él, le parecía en esos momentos tan alta como la bóveda de una catedral. ¿Qué altura tenía él?

—No se mueva, por favor. Respire hondo y...

—Ya sé, ya sé.

—No hable. Corre el riesgo de sufrir lesiones graves. Ahora, respire hondo y aguante.

Un último «¡clonk!», un ruido chirriante y un espasmo final de náuseas. Los inducidos se alejaron de él y el suelo bajo sus pies empezó a vibrar a medida que ascendía. Vio que una luz brillaba en lo alto y notó una brisa, fresca.

El suelo se niveló con el resto del pavimento y la vibración cesó. Se hallaba de pie sobre una superficie negra y pulida que se extendía en todas direcciones. Vio a lo lejos a Erika y a Jenny, que miraban a su alrededor, aturdidas. Y aún más allá divisó a Amar, a Rick y a Karen. ¿A qué distancia se hallaban exactamente? Peter no podía estar seguro, porque él mismo apenas medía más de un centímetro. Motas de polvo y restos de células muertas que rodaban por el suelo chocaron contra sus rodillas, como plantas rodadoras.

Los miró, estupefacto. Se sentía lento, aturdido y estúpido.

Poco a poco fue asimilando la realidad de la situación. Miró a Erika y a Jenny. Parecían tan confundidas como él. ¡Poco más de un centímetro de altura!

Un fuerte crujido hizo que se diera la vuelta y se encontró mirando la punta de la suela de un zapato. Era tan gruesa como alto era él. Alzó la vista y vio a Vin Drake, rodilla en tierra, observándolo desde lo alto; su rostro, enorme; sus exhalaciones, un viento nocivo y apestoso. Entonces Peter oyó algo parecido a un rugido, que resonaba por toda la sala igual que el trueno.

Era la risa de Vin Drake.

Con los ecos y resonancias de aquellos dos gigantescos seres le resultaba difícil oír bien. Los sonidos hacían que le dolieran los oídos. Le parecía que ambos se movían y hablaban lentamente, casi a cámara lenta. Alyson se agachó junto a Drake, y los dos miraron a Peter.

—¿Qué... estás... haciendo... Vin?

Sus palabras tronaron y resonaron, entremezclándose en una confusión de sonidos, demasiado graves para que resultara fácil distinguirlos.

Drake se limitó a reír. Al parecer, la situación se le antojaba divertida. Su risa lanzó una ráfaga de aliento pestilente sobre Peter, que retrocedió ante el hedor.

Drake miró su reloj.

—Es... la... hora... del... descanso... *Pau... hana...*, como... dicen... aquí... Trabajo... terminado...

Alyson lo miró fijamente.

Drake ladeó la cabeza, como si tuviera algo en el oído. Parecía un tic.

Los estudiantes oyeron su voz tonante.

—Después... del... trabajo... viene... la... diversión...

*Instalaciones zoológicas de Nanigen**28 de octubre, 21.00 h*

Vin Drake sacó una bolsa de plástico transparente, cogió a Peter Jansen con sorprendente delicadeza y lo metió dentro. Peter se deslizó por la superficie y cayó hasta el fondo. Se levantó y vio que Drake se paseaba por la sala, recogiendo a sus compañeros para depositarlos en la bolsa. Por último, recogió al técnico de la sala de control de Nanigen. Oyeron cómo el individuo gritaba.

—¡Señor Drake! ¿Qué está haciendo?

Drake no pareció prestarle atención ni tampoco que le importara.

Cayeron en el fondo de la bolsa, los unos encima de los otros, pero no se hicieron daño. Al parecer, su masa no era suficiente para que se lesionaran entre ellos.

—Casi no pesamos —comentó Amar—. No creo que superemos los dos gramos. Somos como plumas.

La voz de Amar sonaba tranquila y serena, pero Peter creyó apreciar cierto miedo en ella.

—Bueno, a mí no me importa que se sepa. Estoy muerto de miedo —declaró Rick.

—Todos lo estamos —reconoció Karen.

—Creo que estamos conmocionados —comentó Jenny—. Basta con ver nuestras caras.

La palidez alrededor de los labios era un claro síntoma de miedo.

—Tiene que tratarse de un error —no cesaba de repetir el técnico de Nanigen, que no parecía capaz de asimilar lo que Drake acababa de hacer.

—¿Quién es usted? —preguntó alguien.

—Me llamo Jarel Kinsky, y soy ingeniero. Me ocupo del generador del tensor. Si el señor Drake me diera la oportunidad de hablar con él...

—Me temo que ha visto demasiado —dijo Hutter, muy serio—. Drake hará con usted lo mismo que con nosotros.

—Creo que deberíamos hacer inventario —propuso Karen—. Rápido, ¿cuántas armas tenemos?

Sin embargo, nadie pudo responder porque la bolsa se agitó y cayeron los unos sobre los otros.

—¡Ay! —exclamó Amar—. ¿Qué pasa?

Alyson Bender acercó el rostro a la bolsa y miró fijamente a sus ocupantes con aire preocupado. Sus pestañas casi rozaban el plástico. Los poros de su nariz se veían enormes, como cráteres rosados gigantes.

—Vin... no... quiero... que... les... hagas... daño...

Se dibujó una sonrisa en el rostro de Drake.

—Nunca... se... me... ocurriría... hacerles... daño... —repuso.

—Supongo que os dais cuenta de que ese hombre es un psicópata, capaz de cualquier cosa —dijo

Karen.

—Me doy cuenta perfectamente —contestó Peter.

—Eso no es cierto —objetó Kinsky—. Tiene que haber una razón para todo esto.

Karen hizo caso omiso del técnico y se volvió hacia Peter.

—En estos momentos no deberíamos hacernos ilusiones sobre las intenciones de Drake. Todos hemos sido testigos de su confesión, de que mató al hermano de Peter. Está claro que ahora se propone matarnos a nosotros.

—¿Lo crees de verdad? —preguntó Danny en tono lastimero—. No deberíamos precipitarnos en nuestras...

—Sí, Danny, lo creo, y puede que tú seas el primero.

—La verdad es que me cuesta imaginarlo.

—Pregúntaselo al hermano de Peter.

En ese momento, Vin cogió la bolsa y salió rápidamente al pasillo mientras discutía con Alyson. Sus palabras sonaban como un distante estruendo y resultaba imposible descifrarlas.

Pasaron ante varios laboratorios hasta que Drake entró en uno. A pesar de hallarse en el interior de la bolsa, todos apreciaron que era un sitio diferente.

Un olor acre y penetrante.

Virutas de madera y heces.

Animales.

—Esto es un laboratorio de animales —dijo Amar.

A través del plástico, distorsionadamente, pudieron ver que había ratones, hámsters, lagartos y otros reptiles.

Drake dejó la bolsa encima de una caja de cristal. Estaba hablando, al parecer dirigiéndose a ellos, pero no pudieron entender lo que decía.

—¿De qué habla?

—No lo entiendo.

—Está loco.

Jenny dio la espalda a sus compañeros y se concentró en Drake. Al cabo de un instante se volvió hacia Peter.

—Habla de ti —le dijo.

—¿A qué te refieres?

—A que piensa matarte a ti primero. Espera un momento.

Abrió el estuche que llevaba prendido en el cinturón. Dentro había una docena de tubos de ensayo debidamente protegidos.

—Son mis volátiles. —Era imposible no percibir la adoración que sentía por ellos. Aquellos tubos representaban más de un año de trabajo. Cogió uno—. Me temo que esto es lo mejor que puedo hacer.

Peter meneó la cabeza sin comprender. Jenny abrió el tubo y, con un rápido movimiento, lo roció de pies a cabeza con su contenido. Peter notó un olor penetrante que desapareció enseguida.

—¿Qué es? —preguntó.

Antes de que Jenny tuviera tiempo de responder, Drake metió la mano en la bolsa, agarró a Peter

por una pierna y lo arrastró.

—¡Es xenofobia! —gritó Jenny—. ¡De avispas! ¡Buena suerte!

—Bueno..., joven... Peter..., me... has... causado... muchos... quebraderos... de... cabeza... —dijo Drake con su voz atronadora. Miró a Peter de cerca—. ¿Preocupado...? Tienes... razones... para... estarlo...

Se dio la vuelta, y Peter se mareó; deslizó ligeramente la tapa de la caja de cristal y lo dejó caer por la abertura. Luego la cerró, dejando la bolsa con sus ocupantes encima.

Peter cayó y aterrizó en un montón de serrín.

—Vin, no estoy de acuerdo con esto —protestó Alyson—. No es lo que convinimos...

—Está claro que la situación ha cambiado.

—Pero esto no es razonable.

—Si quieres sermonearme, hazlo más tarde, ¿quieres? —repuso Drake en tono burlón.

Ella lo había ayudado a librarse de Eric cuando este amenazó con destruir Nanigen. Alyson se había enamorado de Drake y todavía creía que lo amaba. Vin había sido muy bueno con ella, le había abierto un nuevo horizonte profesional y le pagaba más que generosamente. Eric, en cambio, se había portado muy mal con él y había acabado traicionándolo. Aun así, aquellos jóvenes no eran más que estudiantes. La situación se le estaba escapando de las manos. Se sentía paralizada. Los acontecimientos iban demasiado deprisa y no sabía cómo detener a Drake.

—No hay nada cruel en un depredador —dijo este, delante de la jaula de la serpiente—. Al contrario, es muy humano. Esa criatura que hay al otro lado del cristal es una krait de Malasia. Su mordedura, para una criatura del tamaño de Peter, será letal. Apenas sentirá nada. En cuestión de segundos tendrá dificultades respiratorias y sufrirá una parálisis general. Es posible que siga con vida cuando la serpiente se lo trague, pero no creo que le importe.

Dio un papirotazo a la bolsa de plástico que lanzó en todas direcciones a sus ocupantes. Cayeron los unos sobre los otros, gritando de terror y maldiciendo mientras Drake los observaba.

—Parecen muy vivos —comentó—. Supongo que serán del gusto de la krait; si no, también tenemos la cobra y la serpiente de coral.

Alyson apartó la vista.

—Es esencial que digieran sus cuerpos —prosiguió Drake—. No debe quedar rastro de ellos.

—Pero con eso no acaba todo —protestó Alyson—. ¿Qué pasa con sus billetes de avión o con el hotel?

—Tengo un plan para eso.

—¿Ah, sí?

—Lo tengo. Confía en mí. —La miró a los ojos—. Alyson, ¿estás diciendo que no confías en mí?

—No, claro que no —repuso ella rápidamente.

—Espero que así sea, porque sin confianza no somos nada. Estamos juntos en esto, recuérdalo.

—Lo sé.

—Sé que lo sabes. —Le dio una palmada en la mano—. Ah, veo que el joven Peter ha salido del serrín y que la krait va en busca de su almuerzo.

Una forma serpenteante, de rayas blancas y negras, semienterrada en el serrín. Una lengua bífida que asomaba intermitentemente.

—Ahora presta mucha atención —dijo Drake—. Sucede muy deprisa.

Alyson se volvió. Era incapaz de mirar.

Peter se levantó y se quitó el serrín de encima. No se había hecho daño al caer, pero aún sentía las consecuencias de la paliza de Drake, y tenía la camisa pegada al pecho con sangre seca. Se hallaba metido en un terrario de cristal, con serrín hasta la cintura. El terrario estaba vacío, salvo por una rama solitaria.

Y salvo por la serpiente.

Desde donde se encontraba solo alcanzaba a ver unas rayas blancas y negras. Seguramente se trataba de una krait, una *Bungarus candidus* de Malasia o Vietnam. Oyó un siseo y vio que los anillos se movían y desaparecían. La serpiente se estaba acercando.

No veía la cabeza, ni siquiera buena parte del cuerpo. Era demasiado pequeño para apreciar el verdadero tamaño del terrario, a menos que trepara a la rama, cosa que no parecía buena idea. Lo único que podía hacer era esperar a que la serpiente se acercara. Indefenso, desarmado, buscó en sus bolsillos, pero estaban vacíos. Empezó a temblar de forma incontrolada. ¿Era una reacción a la paliza o al miedo? Seguramente a ambos. Se retiró hasta un rincón, donde tuviera cristal a ambos lados. Quizá consiguiera despistar a la serpiente con el reflejo, quizá...

Entonces vio la cabeza. Había salido de entre el serrín y sacaba la lengua rápidamente. Cerró los ojos. No quería mirar.

Temblaba tanto que pensó que iba a desmayarse de terror.

Respiró hondo y contuvo el aliento en un intentó de dejar de temblar. Abrió ligeramente un ojo y se atrevió a lanzar una mirada.

La serpiente estaba allí mismo, a escasos centímetros de su torso, y seguía sacando la lengua, pero ocurría algo. El reptil parecía vacilar. Entonces, ante su sorpresa, la krait levantó la cabeza, siseó y retrocedió, alejándose de él.

Desapareció en el serrín.

Incapaz de controlar su cuerpo, Peter se derrumbó, temblando de miedo y agotamiento. Un solo pensamiento ocupaba su mente: «¿Qué demonios ha ocurrido?».

—¡Maldición! —exclamó Vin Drake, mirando a través del cristal—. ¿Qué diablos es eso? ¿Qué ha pasado?

—Puede que no tuviera hambre —aventuró Alyson.

—¡Claro que tiene hambre, maldita sea! No puedo tolerar estos contratiempos, tengo un programa que cumplir, un programa estricto.

El intercomunicador sonó.

—Señor Drake, tiene una visita. Señor Drake, una visita le espera en recepción.

—¡Por el amor de Dios! —gruñó Drake, alzando las manos—. No espero a nadie. —Marcó el

número de la recepción—. ¿Qué pasa, Mirasol?

—Lo siento, señor Drake. Estaba en el aparcamiento después de que sonara la alarma. Alguien de la policía de Honolulu ha venido a verlo, así que lo he hecho pasar.

—De acuerdo. —Colgó—. La policía. ¡Estupendo!

—Iré a ver qué quiere —se ofreció Alyson.

—No. Yo me ocuparé de la policía. Tú vuelve a tu despacho y mantente oculta hasta que se haya marchado.

—De acuerdo, si eso es lo que...

—Sí. Lo es.

—Está bien, Vin.

Jenny Linn observó cómo Alyson y Drake salían del laboratorio de los animales y se fijó en que este último tenía buen cuidado de cerrar la puerta con llave. La bolsa de plástico descansaba sobre el terrario de cristal; a pesar de que tenía el borde doblado, Jenny vio que no estaba cerrada. Se introdujo en el hueco, empujó con todas sus fuerzas y logró abrir el pliegue.

—Venid —llamó—. Por lo menos podemos salir.

Los demás la siguieron fuera de la bolsa hasta que estuvieron todos de pie sobre la tapa de cristal que cubría el terrario de la serpiente.

Jenny miró hacia el interior del terrario. Peter se estaba poniendo en pie, visiblemente tembloroso.

—¿Puedes oírme? —gritó Jenny.

Él negó con la cabeza.

—¿Cómo es que la serpiente no lo ha atacado? —preguntó Rick.

Jenny se puso a cuatro patas, hizo bocina con las manos y volvió a intentarlo.

—¿Puedes oírme ahora?

Peter negó nuevamente.

—Inténtalo a través de algo sólido —propuso Amar.

Jenny se tumbó sobre la superficie, apoyó la mejilla en el cristal y gritó:

—¿Y ahora?

—Ahora sí. ¿Qué ha pasado?

—Te rocié con un extracto volátil de avispa —explicó ella—, básicamente hexanol. Pensé que habría muy pocas cosas capaces de molestar a una serpiente venenosa, pero que quizá una picadura de avispa sería una de ellas.

—Muy lista —dijo Amar—. Además, las serpientes se guían más por el olfato que por la vista, y la krait es sobre todo nocturna.

—Ha funcionado —dijo Peter—. Creyó que yo era una avispa.

—Sí, pero ese extracto es muy volátil, Peter.

—Y eso quiere decir que se evapora.

—Sí.

—Estupendo. ¿Significa eso que ya no soy una avispa?

—No lo serás durante mucho rato.

—¿Cuánto más?

—No lo sé. Unos minutos.

—¿Qué podemos hacer?

—¿Cómo están tus reflejos? —preguntó Karen.

—Mal. —Extendió la mano. Le temblaba.

—¿Qué se te ha ocurrido? —preguntó Amar.

—¿Has traído tus hilos de araña?

Amar llevaba más de seis meses sintetizando hilos de araña con distintas propiedades. Algunos eran pegajosos, otros muy resistentes, algunos extensibles. Incluso había logrado convertir uno liso en pegajoso mojando uno de sus extremos con un producto químico.

—Sí, tengo varios.

—De acuerdo. ¿Ves ese tubo de plástico, junto al terrario, el que está cerrado por un extremo?

—Sí. Parece parte de un dispensador de agua.

—Bien. ¿Puedes coger ese tubo con uno de tus hilos pegajosos y levantarlo?

—No lo sé —dijo Amar, dubitativo—. Debe de pesar unos treinta o cuarenta gramos. Tendréis que ayudarme todos para tirar de él.

—Bien, porque de todas formas vamos a tener que ayudar todos para abrir la tapa del terrario.

—¿Cómo dices? —La caja tenía una tapa deslizante de cristal—. No sé si podremos, Karen. Significa desplazar un cristal sobre otro.

—Solo un par de centímetros. Lo suficiente para...

—Para bajar el tubo.

—Eso es.

—¿Has oído lo que estamos diciendo, Peter? —preguntó Amar.

—Sí, y me parece imposible.

—No veo otra alternativa —dijo Karen—. Solo tenemos una oportunidad y no podemos fallar.

Amar abrió una caja de plástico que llevaba en el bolsillo y empezó a desenrollar el hilo de araña pegajoso. Lo dejó caer por el borde del terrario y lo enganchó al tubo, que era sorprendentemente ligero. Entre él y Rick lo levantaron sin esfuerzo.

Cuando intentaron desplazar la tapa se enfrentaron a una tarea mucho más ardua.

—Debemos hacer fuerza todos a la vez —dijo Karen—. Vamos. ¡A la de tres! Una..., dos y... ¡tres!

El cristal se movió apenas unos milímetros.

—¡Muy bien! ¡Otra vez! ¡Deprisa!

La krait volvía a moverse. Ya fuese por la actividad de aquellos seres sobre su terrario o porque el extracto de avispa se estaba evaporando, la serpiente se disponía a lanzarse nuevamente sobre Peter.

—¡Bajad esa cosa, por el amor de Dios! —gritó este con voz trémula.

—La estamos bajando ahora —repuso Amar.

El hilo de araña se deslizó por el borde del vidrio con un extraño ruido chirriante.

—¿Crees que funcionará? ¿Aguantará? —preguntó Karen.

—Es muy resistente —repuso Amar.

—Un poco más abajo, un poco más abajo —indicó Peter—. De acuerdo, ahí está bien.

Tenía el tubo a la altura del pecho. Estaba de pie tras él, sujetándolo en posición con ambas manos, pero estas le sudaban y su presa no era firme.

La serpiente se movía, siseando entre el serrín.

—¿Y si ataca por un costado? —dijo Peter.

—Pues cambia de posición. Cuidado, porque parece que...

—Sí, está...

—¡Aquí viene! ¡Maldición!

—¡Mierda! —exclamó Peter.

La serpiente atacó a una velocidad fulminante. Sin pensarlo, Peter movió el tubo para hacerle frente. El impacto de la krait le dio de lleno en el pecho, el hilo se partió y Peter cayó hacia atrás, con la serpiente inmovilizándolo y retorciéndose encima de él. Sin embargo, el reptil había metido la cabeza dentro del tubo y no podía sacarla.

—¿Cómo has hecho eso? —preguntó Karen, con admiración—. La serpiente ha sido rapidísima.

—No lo sé —contestó Peter—. Ha sido una reacción instintiva.

Todo había sucedido en un abrir y cerrar de ojos. Peter luchó para quitarse al reptil de encima. A esa distancia, el olor de la krait era nauseabundo. Por fin consiguió liberarse de una patada y, trabajosamente, se puso en pie.

La serpiente lo miró con ojos siniestros. Se retorció y golpeó el tubo frenéticamente contra el cristal, pero no consiguió sacar la cabeza. Su furioso siseo sonaba amplificado dentro del tubo.

—Estupendo —dijo Rick—, pero ahora será mejor que te saquemos de ahí.

Vin Drake apretó los dientes. Mirasol, la recepcionista, era tan guapa como idiota. El tipo musculoso vestido con uniforme azul no era un policía, sino un alférez de los guardacostas, y lo que deseaba era información acerca del propietario del Boston Whaler, porque el astillero quería cambiar el barco de sitio y para ello necesitaba el permiso del propietario.

—Creía que la policía seguía examinando el barco —dijo Vin en tono irritado. Pensó que quizá podría sonsacar alguna información de utilidad a aquel alcorcho.

—No sabría decirle —repuso el alférez. Quien lo había llamado no había sido la policía, explicó, sino el propietario del astillero.

—Tengo entendido que buscan un móvil.

—No, que yo sepa. Creo que la policía ha finalizado la investigación.

Drake cerró los ojos y dejó escapar un suspiro de alivio.

—En realidad la cerrará cuando haya terminado de inspeccionar su oficina —añadió el alférez.

—¿A qué oficina se refiere? —quiso saber Drake, repentinamente alarmado.

—A la de Jansen, que está aquí, en este edificio. Era el vicepresidente de la empresa, ¿no? Sé que la policía ha ido hoy a su casa y que va a venir dentro de poco a echar un vistazo por aquí. —Miró el reloj—. De hecho, debe de estar a punto de llegar. Me sorprende que no haya aparecido todavía.

—¡Dios santo! —masculló Drake y se volvió hacia Mirasol—. La policía llegará en cualquier momento. Alguien debería enseñarles todo esto.

—¿Quiere que avise a la señorita Bender?

—No. La señorita Bender estará ocupada ayudándome. Tenemos cierto trabajo de laboratorio que no puede esperar.

—¿A quién quiere que llame?

—Avise a Don Makele, el jefe de seguridad. Él podrá enseñarles el lugar. Sin duda querrán ver el despacho del señor Jansen.

—Y cualquier otro sitio donde trabajara —añadió el alférez, mirando fijamente a la recepcionista.

—Sí, y cualquier otro sitio donde trabajara —repitió Drake.

Oyó que unos coches aparcaban fuera y reprimió el impulso de echar a correr. Estrechó la mano del oficial con aparente calma.

—Si quiere, puede acompañar a la policía en su visita —le dijo, antes de volverse hacia la recepcionista—. Mirasol, vaya con ellos y ocúpese de ofrecerles café o lo que deseen.

—Sí, señor Drake.

—Yo me quedaré aquí —dijo el alférez.

—Entonces, le ruego que me disculpe —repuso Drake.

Dio media vuelta y salió por el pasillo. En cuanto estuvo fuera de la vista, echó a correr.

Alyson Bender estaba sentada en su despacho, mordiéndose las uñas. El monitor de su mesa mostraba imágenes de la recepción en las que aparecían Drake, hablando con el hombre de uniforme, y Mirasol coqueteando con la flor que llevaba en el pelo. Como de costumbre, Drake parecía impaciente, y sus gestos eran rápidos y secos, casi hostiles en realidad. Evidentemente estaba sometido a una gran presión, pero bastaba ver cómo se movía —no necesitaba oírlo, solo con sus gestos— para darse cuenta de lo enfadado que estaba. En ese momento era un hombre tremendamente irritado.

E iba a matar a aquellos jóvenes.

Lo que pretendía estaba muy claro. Peter Jansen le había tendido una trampa, y Drake iba a escapar de la única manera posible: sin dejar testigos. Eran siete posgraduados brillantes, con todo el futuro por delante, pero a él no parecía importarle.

Para él, no eran más que un obstáculo en su camino.

Aquello la asustaba. Las manos le temblaban por mucho que las apretara contra la mesa. Tenía miedo de Drake y le aterrorizaba la situación en la que se encontraba. No podía enfrentarse a él directamente de ninguna manera. Si lo hacía, también la mataría.

Sin embargo, tenía que impedir que asesinara a aquellos chicos. Debía hacerlo, de alguna manera, aunque supiera cuál había sido su papel en la muerte de Eric Jansen. Y lo sabía demasiado bien. Ella había hecho las llamadas al móvil que había activado el dispositivo. Sin embargo, involucrarse en el asesinato de otras siete personas... ocho, mejor dicho, porque también estaba aquel técnico de Nanigen que había tenido la mala suerte de hallarse en la sala de control cuando

Drake entró...

No, no estaba en absoluto segura de poder hacerlo, pero no tenía más remedio si quería salvarse.

Vio en el monitor que Drake daba instrucciones a la recepcionista. El alférez sonreía. Drake no tardaría en marcharse.

Se levantó y salió corriendo del despacho. No disponía de mucho tiempo. Drake volvería en cualquier momento al laboratorio, en busca de sus víctimas.

Los jóvenes habían logrado salir de la bolsa de plástico, y estaban en la tapa de cristal del terrario de la krait, mirando a Peter, cuando Alyson irrumpió en el laboratorio. Se inclinó sobre ellos con miedo en los ojos.

—No... voy... a... haceros... daño... —dijo.

Extendió una mano con la palma hacia arriba, y con la otra cogió con mucha delicadeza a Jenny y la depositó en ella.

—Venid..., daos... prisa —les animó.

—¡Señorita Bender! —gritó Jarel Kinsky, agitando los brazos—. ¡Déjeme hablar con el señor Drake!

Ella no pareció oírlo ni entenderlo.

Al no ver ninguna otra opción, los demás subieron a la mano de Alyson. La habitación empezó a darles vueltas, y el viento los derribó cuando ella los llevó por el aire y los dejó sobre la mesa del escritorio. A continuación, Alyson sacó a Peter del terrario y lo depositó junto a sus compañeros. Los contempló un momento, sin saber qué hacer con ellos. Su respiración era jadeante y entrecortada.

—Deberíamos intentar hablar con ella —dijo Karen.

—No sé de qué puede servirnos —objetó Peter.

Alyson se alejó. La vieron cruzar el laboratorio. Abrió un armario, sacó una bolsa de papel y corrió de nuevo junto a ellos.

—Escondeos... aquí... —dijo, hablando lentamente—. Dentro podréis respirar.

Abrió la bolsa de papel, la dejó encima de la mesa y les animó con gestos a que entraran. Corrieron todos al interior. El último en entrar fue el técnico de Nanigen, que parecía incapaz de asimilar la realidad de su desesperada situación y no dejaba de gritar: «¡Señorita Bender, por favor!».

Alyson cerró la bolsa y salió a toda prisa del laboratorio.

Entró en su despacho y la dejó con cuidado dentro de su bolso, que estaba en el suelo, junto a su escritorio; lo cerró y lo escondió debajo de la mesa. Luego regresó corriendo al laboratorio de los animales y entró poco antes de que Drake apareciera.

—¿Qué demonios estás haciendo? —preguntó él.

—Te estaba buscando.

—Te dije que te quedaras en tu despacho.

Drake se acercó al terrario de la serpiente y vio la bolsa vacía.

—¡Han escapado! —exclamó. Se volvió, maldiciendo, y empezó a buscar por el laboratorio, tirando productos y volcando recipientes—. ¿Dónde están?

—Vin, por favor, ¡no lo sé!

—¡Claro que lo sabes! —bufó y se asomó al terrario de la serpiente, donde esta seguía con la cabeza metida en el tubo de plástico, y no había rastro de Peter—. ¡Qué demonios...! Está bien, seguro que el joven Jansen está muerto. La serpiente habrá dado buena cuenta de él. —Lanzó una mirada furiosa a Alyson—. Tenemos que encontrar a los demás. ¡Te juro por Dios, Alyson, que si me has estado jodiendo lo lamentarás!

—Comprendo —contestó ella, dando un respingo.

—Más te vale.

En ese momento, a través de las ventanas del laboratorio vieron aparecer en el pasillo a dos policías guiados por Don Makele. Eran jóvenes y no iban de uniforme, de lo cual dedujeron que eran detectives.

«Mierda», pensó Drake, recobrando en el acto el dominio de sí. Había sido un cambio tan rápido que casi parecía sobrenatural.

—Hola, Don —dijo Drake saliendo al pasillo a recibirlos con una cálida sonrisa. Preséntame a tus acompañantes. No solemos recibir demasiadas visitas en Nanigen. Agentes... Soy Vin Drake, presidente de esta empresa. ¿En qué puedo ayudarles?

La bolsa de papel estaba encajada en el fondo del bolso de Alyson. Dentro reinaba una oscuridad absoluta. Los siete estudiantes y el técnico de Nanigen estaban sentados todos juntos.

—No sabría decir si pretende ayudarnos o no —comentó Karen.

—Está claro que tiene miedo de Drake —dijo Peter.

—¿Y quién no lo tendría? —terció Amar.

—Ya os dije que todo esto no era más que basura empresarial —suspiró Rick— pero nadie me escuchó.

—¿Por qué no te callas? —le espetó Karen.

—Por favor, ahora no —los interrumpió Amar.

—Lo siento —contestó Karen, y añadió—: Pero no estamos tratando con un tipo normal, sino con alguien completamente chalado. —Jugeteaba con su navaja, que en esos momentos resultaba del todo inútil porque ni siquiera podría arañar a Drake con ella.

Notaron un golpe y un ruido fuertes. El bolso se agitó y, de repente, una luz brilló a través de él. Lo habían abierto. Entonces, con otro topetazo, todo se oscureció de nuevo. Aguardaron, preguntándose qué pasaría a continuación.

Alyson sabía que era necesario llevar a los estudiantes al generador y devolverles rápidamente su tamaño original, pero no sabía cómo manejarlo. La jornada de trabajo había finalizado hacía rato y los empleados se habían marchado, así que Nanigen estaba desierto.

Encontró a Drake en el laboratorio de los animales. Había acabado de hablar con la policía y estaba registrando metódicamente la estancia, buscando en todos los rincones y en todos los armarios, en todos los terrarios.

La miró a los ojos.

—¿Los has liberado tú?

—No, Vin, te lo juro.

—Mañana haré que limpien este laboratorio, que maten a los animales y que lo esterilicen de arriba abajo.

—Buena idea.

—No tenemos otra elección —aseguró, poniéndole la mano en el brazo—. Ve a casa y descansa un poco. Yo me quedaré aquí un rato.

Ella le lanzó una mirada agradecida. Luego corrió a su despacho, cogió el bolso y se dirigió hacia la salida. Mirasol se había marchado y la recepción estaba vacía.

Una enorme luna iluminaba el cielo nocturno, difuminando las estrellas. Habría sido una noche preciosa si su mente no hubiera sido un torbellino.

Subió al BMW, que era el coche que la empresa le había adjudicado, depositó el bolso en el asiento del pasajero y se alejó a toda velocidad.

Vin Drake se dirigió al vestíbulo vacío, procurando mantenerse entre las sombras. Cuando oyó el coche de Alyson, corrió hasta su Bentley y arrancó. ¿Dónde estaban las luces del BMW?

Llegó a la autopista Farrington. ¿A la derecha o la izquierda?

Giró a la izquierda, en dirección a Honolulu. Seguramente, Alyson se dirigía hacia allí. Se unió al tráfico y aceleró, notando cómo la potencia del motor lo aplastaba contra el asiento.

Allí estaba, el BMW rojo, circulando deprisa. Se mantuvo a una distancia prudente, sin perder de vista sus luces. El coche enfiló hacia la entrada de la autopista H-1. El Bentley azul oscuro lo siguió, confundiendo en la noche. Otro par de luces tras el vehículo de Alyson en medio del tráfico.

No había podido encontrar a los estudiantes. Por lo tanto, solo quedaba una posibilidad: ella los llevaba en su coche. No podía estar totalmente seguro, pero su instinto así se lo indicaba.

Si era cierto, significaba que Alyson tendría que desaparecer también. Era evidente que ya no podía confiar en ella. La directora financiera había perdido su sangre fría. Sin embargo, con tantas desapariciones, la suya representaba una complicación añadida. Alyson tenía un cargo importante en la empresa, y cuando nadie volviera a saber de ella habría una nueva investigación.

No quería eso. Una investigación en Nanigen desvelaría tarde o temprano lo que había hecho. Sería inevitable. Con el tiempo y las indagaciones suficientes, lo averiguarían.

No. No quería una investigación.

Empezó a darse cuenta de que había cometido un gran error. No podía matarla. No podía permitírselo, al menos por el momento. La necesitaba durante un tiempo, pero ¿cómo ponerla de su parte?

Alyson siguió por la autopista que rodeaba Pearl Harbor, intentando no mirar el bolso del asiento. Vin estaba en lo cierto: quizá no hubiera otra elección. Cogió la salida en dirección al centro de Honolulu, sin saber exactamente adonde ir, y se dirigió a Waikiki. Una vez allí, se metió en el tráfico denso de la avenida Kalakava. Estaba lleno de turistas y de gente que salía a cenar. Giró por Diamond Head y rodeó el faro del cabo. Llevaría la bolsa de papel a algún punto a sotavento de Oahu o quizá a la costa norte y arrojaría la bolsa al mar. Así no habría supervivientes ni testigos.

Drake se mantuvo a cierta distancia, observándola. Alyson se comió al cabo Makapu'u,

Waimanalo y Kailua. Entonces giró, cogió la autopista y volvió hacia Honolulu. Drake se preguntó adonde iría su directora financiera.

Después de haber bordeado el extremo occidental de Oahu y haber dado media vuelta, Alyson se encontró siguiendo la carretera del valle de Manoa, que serpenteaba entre los bosques tropicales de las montañas.

Al cabo de un momento, llegó a una verja metálica y a un túnel. La verja estaba cerrada. Introdujo el código de seguridad y entró. El túnel la llevó a un valle oscuro y aterciopelado.

El lugar estaba desierto y los invernaderos brillaban tenuemente a la luz de la luna. Abrió el bolso, cogió la bolsa y se apeó del coche. No se atrevía a abrirla. Se dijo que seguramente ya estarían todos muertos, aplastados o asfixiados. Pero ¿y si no lo estaban y empezaban a suplicarle? Eso sería aún peor. Se detuvo en mitad del aparcamiento.

Unos faros salieron del túnel.

Alguien la había seguido.

Se quedó allí, con la bolsa en la mano, paralizada de terror, mientras las luces del Bentley la iluminaban.

Jardín botánico de Waipaka

28 de octubre, 22.45 h

—¿Qué haces aquí, Alyson? —preguntó Drake, saliendo del Bentley y dejando que las luces del coche siguieran iluminándola.

Ella parpadeó bajo el resplandor.

—¿Por qué me has seguido?

—Estoy preocupado por ti, Alyson, muy preocupado.

—Estoy bien.

—Tenemos muchas cosas que hacer —dijo, acercándose.

—¿Qué? —preguntó y dio un paso atrás.

—Tenemos que protegernos.

—¿Qué estás planeando? —dijo ella, conteniendo el aliento.

Drake no podía permitir que toda la culpa recayera sobre él. Sobre ella, sí; pero de ningún modo sobre él. Además, se le había ocurrido una idea, una forma de solucionar todo aquello.

—Hay un motivo para su desaparición, ¿sabes? —le dijo.

—¿De qué estás hablando, Vin?

—De una razón plausible que explica su desaparición. Una razón que no tiene nada que ver contigo o conmigo.

—¿Cuál?

—El alcohol.

—¿Cómo?

La cogió de la mano y la llevó hacia el invernadero mientras se lo explicaba.

—Son estudiantes y no tienen un céntimo. Siempre están intentando ahorrar. Quieren ir de fiesta y emborracharse, pero no tienen dinero. ¿Adonde van los estudiantes de ciencias cuando quieren pillarla gratis?

—¿Adonde?

—Al laboratorio, claro.

Abrió la puerta y encendió las luces. Los neones parpadearon en lo alto, uno tras otro, a lo largo del invernadero, iluminando bancos llenos de plantas exóticas, macetas con orquídeas que colgaban bajo pulverizadores de agua. En un rincón, había estantes con botellas de distintos productos y reactivos.

Cogió un bidón de cinco litros donde se leía: 98% ETANOL.

—¿Qué es eso? —preguntó Alyson.

—Alcohol de laboratorio.

—¿Es esta tu idea?

—Sí —contestó—. Puedes ir a una tienda y comprar vodka o whisky y te darán un licor con un

cuarenta y seis por ciento de alcohol. En cambio, esto tiene el doble. Casi el noventa y ocho por ciento. Es prácticamente alcohol puro.

Drake estaba cogiendo vasos de plástico y entregándoselos.

—El alcohol es responsable de muchos accidentes de tráfico, particularmente entre los jóvenes.

Alyson torció el gesto.

—Vin, yo...

Él la observaba atentamente.

—Está bien, digamos las cosas claras. No tienes estómago para ello.

—La verdad es que no.

—Y yo tampoco. Te lo digo en serio.

Alyson lo miró, confusa.

—¿No?

—No, no lo tengo. No aguanto esto, Alyson, y no quiero seguir adelante. No quiero tenerlo sobre mi conciencia.

—Entonces..., ¿qué vamos a hacer?

Drake dejó que una expresión de duda e incertidumbre se dibujara en su rostro.

—No lo sé —contestó, meneando la cabeza con pesadumbre—. Seguramente nunca deberíamos haber empezado todo esto. No lo sé.

Confió en que su expresión fuera convincente. Sabía que podía serlo cuando se lo proponía. Hizo una pausa. Luego alargó la mano, cogió la muñeca de Alyson y la alzó hacia la luz. Ella seguía sosteniendo la bolsa de papel cerrada.

—Están ahí, ¿verdad?

—¿Qué quieres que haga? —preguntó Alyson. La mano le temblaba.

—Ve fuera y espérame. Necesito cinco minutos para pensar. Tenemos que encontrar una solución para todo esto, Alyson. Ya basta de matar.

«Que sea ella quien los mate, aunque no lo sepa», se dijo.

Alyson asintió en silencio.

—Necesito tu ayuda —le dijo Drake.

—Sí, te ayudaré —contestó ella.

—Te lo agradezco —repuso él, en tono sincero.

Alyson salió.

Drake abrió un armario donde encontró una caja con guantes de nitrilo —gruesos guantes de laboratorio, más resistentes que los de goma—, cogió un par y se los guardó en el bolsillo. Luego se dirigió hacia una pequeña garita y conectó la cámara de vigilancia del aparcamiento. Era un aparato de visión nocturna, por lo que las imágenes aparecían en verde y negro. Naturalmente, lo grababa todo. Vio cómo Alyson salía y se quedaba junto a los coches.

Miraba la bolsa y caminaba arriba y abajo.

Casi podía ver la idea brotando en su mente.

«Vamos, hazlo», dijo Drake, para sus adentros.

Los equipos de campo se habían enfrentado con problemas espantosos. Solo en Fern Gully habían muerto cuatro empleados, a pesar de que iban fuertemente armados. También estaba el problema de las hemorragias por los cambios de presión.

Aquellos chicos no durarían ni un minuto en semejante infierno biológico. Después, solo tendría que poner a Alyson de su parte, aunque fuera durante poco tiempo.

La vio alejarse de los coches.

«¡Sí!», pensó.

Hacia la selva.

«¡Sí!».

Alyson fue por el sendero que descendía hacia Fern Gully.

«Muy bien, sigue adelante».

En el monitor, su figura desapareció entre las sombras. Estaba bajando hacia lo más profundo del bosque tropical. La perdió de vista.

Entonces apareció un pequeño punto de luz.

Alyson llevaba una linterna y la había encendido. Drake observó la luz, que se movía y se hacía más débil. Alyson seguía el camino serpenteante.

Cuanto más se adentrara en aquel infierno biológico, mejor.

De repente, Drake oyó un grito. Alaridos de miedo que provenían de la selva.

—¡Santo Dios! —exclamó.

Salió de la garita y corrió hacia fuera.

A pesar de que la luna brillaba en lo alto, en la profundidad del bosque tropical reinaba tal oscuridad que a Drake le costó verla.

Caminó a paso vivo por el sendero, tropezando y resbalando, dirigiéndose hacia la luz. Oyó que Alyson decía en voz baja «¡No lo sé! ¡No lo sé!», mientras movía la linterna en todas direcciones.

—Alyson, ¿qué ocurre? —le preguntó cuando llegó hasta ella—. ¿Qué es lo que no sabes?

—No sé qué ha pasado. —No era más que una sombra oscura que sostenía la bolsa ante ella, como si estuviera ofreciéndola a alguna siniestra deidad—. No sé cómo han podido salir. Mira esto.

Iluminó la bolsa con la linterna y Drake vio que en el fondo había un corte, un corte fino e irregular.

—Uno de ellos tenía un cuchillo —dijo.

—Supongo.

—Habrán saltado o quizá hayan caído.

—Eso creo.

—¿Dónde?

—Justo por aquí. Me detuve nada más notarlo y no me he movido. No quería pisarlos.

—Yo no me preocuparía demasiado por eso. Seguramente ya estarán muertos.

Cogió la linterna de manos de Alyson, se agachó e iluminó con ella los helechos, buscando alteraciones en las gotas de rocío que los cubrían. No vio nada.

Alyson empezó a llorar.

—No es culpa tuya —le dijo Drake.

—Lo sé —repuso entre sollozos—, pero pensaba dejar que se marcharan.

—Ya lo suponía.

—Lo siento mucho, pero iba a hacerlo.

Vin le rodeó los hombros con el brazo.

—No has tenido la culpa. Eso es lo que cuenta.

—¿Has visto algún rastro de ellos con la linterna?

—No. —Drake meneó la cabeza—. Para ellos es una caída desde gran altura y pesan muy poco.

La brisa podría haberlos arrastrado a una distancia considerable.

—Entonces, ¿todavía podrían estar...?

—Sí, podrían, pero lo dudo.

—¡Deberíamos buscarlos!

—Si lo hacemos de noche, podríamos pisarlos sin querer.

—No podemos dejarlos aquí, sin más.

—Estoy seguro de que se habrán matado en la caída. Te creo cuando me dices que no rajaste la bolsa y los dejaste salir.

—¿Qué estás diciendo? —preguntó Alyson.

—Pero es posible que la policía no te crea tan fácilmente —prosiguió Drake sin inmutarse—. Podrías estar implicada en la muerte de Eric y ahora esto... soltar a esos chicos en un lugar tan peligroso como este. Sería un asesinato, Alyson.

—Pero tú le contarás la verdad a la policía.

—Claro que sí, pero ¿por qué iban a creerme? Lo cierto, Alyson, es que solo hay una forma de salir de esta, y es seguir con lo planeado. La desaparición de estos chicos debe atribuirse a un accidente. Luego, si reaparecen milagrosamente... Bueno, Hawai es un lugar maravilloso, casi mágico. Aquí se producen verdaderos milagros.

Ella se quedó inmóvil en la oscuridad.

—O sea, ¿que los dejamos?

—Podemos buscarlos mañana, a la luz del día. —Le dio un apretón en el hombro—. Vamos, desandemos el camino y regresemos. Mañana volveremos. Por ahora tenemos que ocuparnos del coche, ¿de acuerdo? Las cosas, de una en una.

Todavía llorosa, Alyson dejó que él la guiara fuera del bosque tropical y de vuelta al aparcamiento. Drake comprobó la hora. Eran las 23.14. Todavía tenía tiempo de llevar a cabo la siguiente fase de su plan.

Jardín botánico de Waipaka

28 de octubre, 23 h

Los estudiantes se zarandeaban dentro de la bolsa de papel. El menor movimiento de Alyson se amplificaba y llegaba acompañado del áspero ruido que hacían al rozar, adelante y atrás, contra el papel. Peter nunca había imaginado que una simple bolsa de papel marrón pudiera rascar tanto. Contra su piel era casi como papel de lija. Vio que los demás se las habían arreglado para sentarse con la cabeza entre las piernas, de manera que no se arañaban la cara con el balanceo. Habían ido en coche a alguna parte y el trayecto había sido largo, pero ¿dónde estaban y qué iban a hacerles? Les costaba pensar, puesto que no dejaban de caer y rodar de un lado a otro y eran incapaces de trazar un plan porque hablaban todos a la vez. El técnico de Nanigen, Jarel Kinsky, no dejaba de repetir que debía haber habido algún error.

—Si pudiera hablar con el señor Drake —insistía.

—Déjelo ya —le espetó Karen.

—Es que no puedo creer que el señor Drake quisiera... matarnos.

—¿De verdad? —contestó Karen.

Kinsky no dijo nada más.

El problema principal era que no sabían qué estaban tramando Drake y Alyson. ¿Dónde estarían? Los habían llevado en coche, pero ¿en qué lugar se habían detenido? No tenía sentido. En determinado momento, y aunque no habían podido seguir su conversación, les había parecido que Drake y la directora financiera llegaban a una especie de acuerdo. Luego Alyson se había llevado la bolsa fuera, a la oscuridad.

—¿Qué es esto? —preguntó Karen alarmada, mientras los llevaban—. ¿Qué está pasando?

Oyeron una especie de tronido. Un estornudo de Bender.

—Tengo la impresión de que pretende salvarnos —dijo Peter.

—Drake nunca lo permitirá —repuso Karen.

—Lo sé.

—Creo que lo mejor será que tomemos las riendas de la situación —propuso Karen, sacando su navaja y abriéndola.

—¡Eh, un momento! —protestó Danny—. Esta es una decisión que debemos tomar todos juntos.

—Quien tiene el cuchillo soy yo.

—No seas infantil —replicó Minot.

—Y tú no seas cobarde. O hacemos algo nosotros o lo harán ellos y nos matarán. —No esperó a que Danny contestara y se volvió hacia Peter—. ¿A qué altura del suelo calculas que podemos estar?

—No lo sé. Puede que a metro y medio.

—Eso son ciento cincuenta centímetros, como poco —dijo Erika—. ¿Cuánto calculáis que pesamos?

Peter se echó a reír.

—No demasiado.

—¡Os estáis riendo! —se asombró Danny—. ¡Estáis locos! Comparado con nuestro tamaño normal, una caída de ciento cincuenta centímetros sería equivalente a...

—Caer desde ciento treinta metros de altura —convino Erika—. Digamos que la altura de una planta 45. Y no, no sería exactamente lo mismo.

—Por supuesto que sí —sentenció Danny.

—¿No os parece estupendo cuando los tipos que estudian ciencias no tienen ni idea de ciencia? —se burló Erika.

Peter lo explicó.

—Es una cuestión de resistencia al aire.

—¡No, eso no tiene nada que ver! —exclamó Danny, apretando los dientes, visiblemente ofendido por los comentarios—. En un campo gravitatorio, los objetos caen a la misma velocidad, independientemente de su masa. Un penique y un piano chocan contra el suelo al mismo tiempo.

—Este tío no tiene remedio —dijo Karen—. Debemos tomar una decisión ahora.

La bolsa había dejado de zarandearse. Alyson se disponía a hacer algo.

—No creo que la altura de la caída importe demasiado —dijo Peter, que estaba pensando en los principios físicos aplicables a su reducido tamaño.

Todo era cuestión de gravedad. Y de inercia.

—Lo importante —dijo Peter—, es la ecuación de Newton para...

—Ya basta —lo interrumpió Karen—. Yo digo que saltemos.

—Sí, saltemos —convino Jenny.

—Saltemos —dijo Amar.

—¡Por Dios! —protestó Danny—. ¡Si ni siquiera sabemos dónde estamos!

—Saltemos —propuso Erika.

—Es nuestra única oportunidad —reconoció Rick—. Será mejor que saltemos.

—Está bien, saltemos —declaró Peter.

—De acuerdo —decidió Karen—. Voy a correr a lo largo de esta costura y a cortar mientras lo hago. Intentad manteneros juntos. Imaginad que sois paracaidistas. Extended los brazos y las piernas, como si fuerais una cometa humana. ¡Allá vamos!

—¡Un momento, yo...! —protestó Danny.

—¡Demasiado tarde! —gritó Karen—. ¡Buena suerte!

Peter notó que Karen pasaba junto a él, navaja en mano.

Un segundo después, la bolsa de papel se abrió y Peter cayó a la oscuridad.

El aire era sorprendentemente fresco y húmedo. Y una vez fuera de la bolsa, la noche resultaba luminosa. Podía ver los árboles a su alrededor y el suelo bajo él mientras caía. Y lo hacía extrañamente deprisa. Por un momento, se le ocurrió pensar si no habrían cometido todos un error por culpa de la antipatía que sentían hacia Danny.

Por supuesto, todos ellos sabían que la resistencia del aire siempre era un factor a tener en cuenta

en la velocidad a la que caían los objetos. En la vida cotidiana, nadie pensaba en ello porque la mayoría de las cosas ofrecían una resistencia similar.

Una pesa de cinco kilos caía tan deprisa como una de diez, y lo mismo valía para un ser humano o un elefante. Ambos caerían a igual velocidad.

Sin embargo, en esos momentos ellos eran tan pequeños que la resistencia del aire sí influía, y habían calculado que su efecto contrarrestaría su peso. En otras palabras, que no caerían a la misma velocidad que si tuvieran su tamaño normal.

En eso confiaban, al menos.

Mientras el viento silbaba en sus oídos y las lágrimas le enturbiaban la visión, Peter apretó los dientes y se enjugó los ojos para intentar ver hacia dónde caía. Miró a su alrededor y no pudo distinguir a ninguno de sus compañeros, aunque sí oyó un leve gemido en la oscuridad. Volvió a mirar hacia el suelo y vio que se acercaba a una planta de hojas muy anchas, parecidas a las orejas de un elefante. Extendió todo lo que pudo los brazos y las piernas y cambió de posición en un intento de caer en el centro de la hoja.

Acertó de lleno. Chocó contra la enorme hoja —fría, húmeda y resbaladiza— y notó que esta cedía bajo su peso antes de rebotar hacia arriba y lanzarlo por el aire igual que una tabla de trampolín. Gritó por la sorpresa y cuando aterrizó de nuevo lo hizo cerca del borde. Resbaló, se deslizó sin poder agarrarse y cayó al vacío.

Golpeó otra hoja en la oscuridad, sin ver dónde, y volvió a resbalar. Trató de aferrarse a la superficie verde, intentando detener su inevitable caída, pero no lo consiguió. Cayó encima de otra hoja y por fin aterrizó de espaldas sobre un montón de musgo húmedo. Permaneció allí, tendido, sin aliento y asustado, contemplando la bóveda de hojas, en lo alto, que oscurecían el cielo nocturno.

—¿Vas a quedarte ahí tumbado?

Alzó la mirada y vio a Karen King observándolo.

—¿Estás herido? —preguntó ella.

—No —repuso Peter.

—Entonces, levántate.

Se puso en pie por sí solo y tomó nota de que ella no lo había ayudado a levantarse. Se hallaba rodeado de un musgo húmedo que le empapaba las zapatillas deportivas. Notó los pies mojados y fríos.

—Ponte aquí —le dijo Karen, que le hablaba como si él fuera un niño.

Se situó junto a ella en una zona de terreno seco.

—¿Dónde están los demás?

—Por aquí cerca. No creo que tarden en aparecer.

Peter asintió mientras contemplaba el suelo del bosque tropical. Desde la nueva perspectiva que le daban sus apenas dos centímetros de altura, los tocones cubiertos de musgo se alzaban como rascacielos, y las ramas caídas —ramitas en realidad— formaban retorcidos arcos de diez metros de altura. Incluso las hojas muertas eran más grandes que él y, cada vez que daba un paso, se movían inestablemente bajo sus pies. Era como intentar caminar por una chatarrería de material orgánico.

Además, todo estaba húmedo y resbaladizo. Podían hallarse en cualquier lugar de Oahu, en cualquier lugar de la isla donde hubiera un bosque tropical.

Karen se encaramó a una rama grande y estuvo a punto de caer, pero recobró el equilibrio y se sentó con las piernas colgando. Acto seguido, se llevó los dedos a la boca y soltó un penetrante silbido.

—Esto deberían oírlo —dijo y silbó de nuevo.

Justo en ese momento, algo grande y oscuro se movió en el sotobosque. Al principio no vieron qué era, pero la luz de la luna no tardó en revelar un gigantesco escarabajo, negro como la tinta, que avanzaba con paso firme. Sus ojos facetados brillaban ligeramente en la penumbra. Estaba cubierto de una armadura reluciente y sus patas estaban erizadas de púas.

Karen alzó prudentemente las piernas cuando el insecto pasó bajo la rama donde ella se encontraba.

En ese instante, Erika apareció, abriéndose paso entre los tallos de unas plantas. Su especialidad eran los escarabajos y, aunque no podía verlo con detalle, estudió aquel ejemplar con sumo interés.

—Bien, seguramente es un *Metromenus*. Se arrastra por el suelo y no vuela. Os aconsejo que lo dejéis en paz. Es carnívoro, tiene unas mandíbulas bastante desagradables y también un rociador químico.

Ninguno de ellos deseaba que lo empaparan con algún producto químico ni convertirse en la cena de aquel insecto, de modo que guardaron silencio y se quedaron muy quietos mientras el escarabajo continuaba con su expedición de caza.

De repente, este cargó a toda velocidad hacia delante y apresó algo pequeño que se retorció y agitó entre sus mandíbulas. La oscuridad les impedía ver lo que había capturado, pero oyeron claramente los crujidos que hizo al devorarlo. Les llegó una vaharada de algo hediondo y penetrante.

—Lo que estamos oliendo son los fluidos defensivos del escarabajo —comentó Erika—. Se trata de ácido acético, es decir, vinagre. Creo que lo más penetrante son benzoquinonas. El escarabajo las almacena en unas cavidades del abdomen, aunque también circulan por su fluido sanguíneo.

Observaron cómo el insecto desaparecía en la oscuridad, arrastrando los restos de su presa.

—Como diseño evolutivo es realmente superior —dijo Erika—. Mejor que el nuestro, al menos para este entorno.

—Sí —convino Peter—. Coraza, mandíbulas, armas químicas y un montón de patas.

—Sí, muchas más patas.

—La mayoría de los animales que caminan tienen como mínimo seis patas —explicó Erika, que sabía bien que aquellas extremidades adicionales facilitaban enormemente moverse por terrenos accidentados. Todos los insectos tenían seis patas, y había casi un millón de especies clasificadas de insectos. Muchos científicos calculaban que todavía quedaban unos treinta millones por clasificar y que eso los convertía en la forma de vida más variada sobre la tierra, por encima de los microorganismos como los virus y las bacterias—. Sí, los insectos han tenido un gran éxito colonizando las zonas terrestres del planeta.

—Creemos que tienen un aspecto primitivo —convino Peter—. Creemos que menos patas es signo de inteligencia. Como nosotros caminamos sobre dos patas, tendemos a pensar que somos más listos y mejores que los que caminan sobre cuatro o seis.

Karen señaló el sotobosque.

—Hasta que nos topamos con esto. Entonces queremos más piernas.

Oyeron un ruido, y una forma oronda asomó entre las hojas muertas. Parecía un topo y se frotaba el hocico con ambas manos.

—Esto es una mierda —dijo, escupiendo tierra. Todavía llevaba puesta su chaqueta de tweed.

—¡Danny!

—Nunca he estado conforme con medir menos de dos centímetros. De acuerdo, el tamaño importa. ¿Qué vamos a hacer ahora?

—Para empezar, podrías dejar de lloriquear —le dijo Karen—. Debemos idear un plan y hacer inventario.

—¿Inventario? ¿De qué?

—De nuestras armas.

—¿Armas? ¿Se puede saber qué te pasa? ¡No tenemos armas! —dijo Danny, subiendo la voz—. ¡No tenemos nada!

—Eso no es verdad —repuso Karen con calma—. Yo tengo una mochila. —Saltó de la rama y la levantó del suelo—. La cogí justo antes de que Drake nos redujera.

—¿Rick lo ha conseguido? —oyeron que preguntaba la voz de Jenny.

—Puedes estar segura —dijo alguien desde la oscuridad—. Nada de esto me afecta, ni siquiera la jungla por la noche. Cuando estuve haciendo trabajo de campo en Costa Rica...

—Ese solo puede ser Rick —aseguró Peter—. ¿Hay alguien más?

Se oyó un golpe seco en lo alto, y cayeron unas gotas de rocío cuando Jenny se deslizó por la hoja y aterrizó entre ellos.

—Te lo has tomado con calma —dijo Karen.

—Me quedé enganchada en una rama y tuve que liberarme. —Jenny se sentó en el suelo y se levantó de un salto—. ¡Vaya! Está todo empapado.

—Es un bosque tropical —convino Rick, saliendo de entre el follaje. Tenía los vaqueros totalmente mojados—. ¿Todo el mundo se encuentra bien? —Sonrió maliciosamente—. ¿Qué tal, Danny?

—Déjame en paz. —Seguía frotándose la nariz.

—Vamos, hombre, respira el espíritu de esta aventura. —Señaló la luna que asomaba entre las copas de los árboles—. Estamos hablando de estudios de ciencias. ¿Acaso no es este un momento conradiano perfecto? El enfrentamiento existencial entre el hombre y la naturaleza salvaje, el verdadero corazón de las tinieblas, al margen de las falsas creencias y los artificios literarios...

—Que alguien le diga que se calle.

—Rick, déjalo en paz —intervino Peter.

—No, no tan deprisa —objetó Rick—. Esto es importante. ¿Qué tiene la naturaleza que resulta tan terrorífico para la mente moderna? ¿Por qué resulta tan intolerable? Pues porque la naturaleza se nos muestra como fundamentalmente indiferente. Es implacable y fría. No le importa si vivimos o morimos, si triunfamos o fracasamos, si sentimos placer o dolor. Y eso, para nosotros, es insoportable. ¿Cómo podemos vivir en un mundo al que no le importamos nada? Así pues, redefinimos la naturaleza. La llamamos «madre naturaleza» cuando no tenemos ningún parentesco con

ella. Asignamos dioses a los árboles, al aire y a los mares y les concedemos un lugar preferente en nuestros hogares para que nos protejan. Necesitamos esos dioses humanos para muchas cosas, para que nos den suerte, salud o libertad; pero sobre todo, por encima de todas las cosas, necesitamos a esos dioses para que nos protejan de la soledad. ¿Y por qué es tan insoportable la soledad? ¿Por qué no soportamos estar solos? Pues porque los seres humanos son como niños. Por eso.

»Todo eso son disfraces que hemos creado para la naturaleza. Ya sabéis cómo le gusta a Danny recordarnos que la historia de la ciencia favorece al poder. El poder dice algo y todo el mundo lo acepta como verdad, porque el poder manda. —Suspiró—. Pero ¿quién tiene el poder ahora, Danny? ¿No lo notas, no lo percibes? Respira hondo. ¿Lo notas? ¿No? Está bien, te lo diré. El poder está en manos de la entidad que siempre lo maneja: está en manos de la naturaleza, Danny, no en nuestras manos. Y todo lo que podemos hacer es subirnos al caballo y aguantar como podamos.

Peter cogió a Rick del brazo.

—Vamos, Rick, creo que ya es suficiente.

—Es que odio a ese tío.

—Todos estamos un poco asustados.

—Yo no —repuso Rick—. Estoy bien. Me encanta medir dos centímetros. Es el tamaño de un bocado para un pájaro. Eso es lo que soy, un maldito entremés para un pájaro, y mis posibilidades de sobrevivir las próximas horas son de una entre cuatro, o puede que entre cinco.

—Tenemos que trazar un plan —dijo Karen, sin inmutarse.

Amar Singh surgió de detrás de un tronco, cubierto de barro y con la camisa desgarrada. Parecía notablemente tranquilo.

—Bueno, ¿todo el mundo está bien? —preguntó Peter.

Todos contestaron que sí.

—¿Y el operario de Nanigen? Eh, Kinsky, ¿está por aquí?

—Desde hace un rato —repuso en voz baja. Estaba sentado debajo de una hoja, con las piernas encogidas y muy quieto, sin hablar y escuchándolos.

—¿Se encuentra bien? —quiso saber Peter.

—¿Les importaría bajar la voz? —dijo Kinsky, dirigiéndose a todos ellos en general—. Ellos pueden oírnos mejor que nosotros.

—¿Ellos? —preguntó Jenny.

—Los insectos.

Todos guardaron silencio.

—Así está mejor —dijo Kinsky.

Empezaron a hablar entre susurros.

—¿Tiene alguna idea de dónde nos encontramos? —le preguntó Peter.

—Eso creo —contestó Kinsky—. Miren hacia allí.

Todos se volvieron. Una luz brillaba en la dirección que él indicaba, oculta por los árboles, y proyectaba su claridad sobre la esquina de una construcción de madera apenas visible entre la vegetación, cuyas ventanas reflejaban la luz.

—Es el invernadero —prosiguió Kinsky—. Estamos en el jardín botánico de Waipaka.

—Dios mío, estamos a kilómetros de Nanigen —dijo Jenny.

Se sentó encima de una hoja y notó que algo se movía bajo sus pies. El movimiento continuó, incesante, agitándose, y de repente algo trepó por su pierna. Jenny lo cogió con un par de dedos y lo arrojó lejos. Era un ácaro del suelo, un bicho inofensivo de ocho patas. Entonces comprendió que el terreno estaba lleno de pequeños organismos.

—El suelo está vivo bajo nuestros pies —dijo.

Peter se agachó y se quitó un pequeño gusano que tenía en la rodilla. Luego se volvió hacia Kinsky.

—¿Qué sabe sobre encoger a la gente?

—Se llama «cambio dimensional» —respondió el técnico—. Hasta ahora nunca había sufrido un cambio dimensional, aunque había hablado de ello con los equipos de campo.

—Yo no me fiaría de nada de lo que diga este tipo —intervino Rick—. Es empleado de Nanigen y leal a Drake.

—Un momento, ¿qué son los equipos de campo? —dijo Peter, sin perder la calma y dirigiéndose al técnico.

—Nanigen lleva tiempo enviando equipos al micromundo —contestó Kinsky en voz baja. La posibilidad de hacer ruido parecía asustarlo mucho—. Están formados por tres personas que han sido sometidas a un cambio dimensional y no miden más de un par de centímetros. Hacen funcionar la maquinaria de excavación y toman muestras. Viven en las estaciones de aprovisionamiento.

—¿Se refiere a las pequeñas tiendas de campaña que vimos? —preguntó Jenny.

—Sí. Los equipos nunca están fuera más de cuarenta y ocho horas. Te pones enfermo si el cambio dimensional dura más que eso.

—¿Enfermo? ¿A qué se refiere? —quiso saber Peter.

—Sufres microhemorragias.

—¿Qué es eso?

—Es una dolencia que desarrollan los que se han sometido a un cambio dimensional. Los primeros síntomas se manifiestan pasados tres o cuatro días.

—¿Y qué ocurre?

—Bueno, tenemos alguna información sobre esos trastornos, pero no mucha. El personal de seguridad empezó haciendo pruebas con animales en el tensor. Primero, redujeron ratones y los mantuvieron en probetas mientras los estudiaban con el microscopio. Al cabo de unos días, todos los ratones murieron a causa de hemorragias. Luego probaron con conejos y después con perros. Nuevamente, todos ellos murieron por hemorragias. Las necropsias que les hicieron, tras devolverlos a su tamaño natural, demostraron que habían sufrido hemorragias allí donde previamente habían tenido algún tipo de lesión. Cualquier corte pequeño sangraba profusamente, pero también se producían hemorragias internas. Entonces descubrimos que la sangre de los animales carecía de plaquetas. Esencialmente morían de hemofilia, la incapacidad de la sangre para coagularse. Creemos que el cambio dimensional colapsa los canales enzimáticos del proceso de coagulación, pero no lo sabemos a ciencia cierta. También averiguamos que los animales podían vivir cierto período de tiempo en estado reducido, siempre que se los devolviera al tamaño normal al cabo de unos cuantos

días. Siempre que sufrieran un cambio dimensional de duración reducida, los animales se mantenían sanos. Llamamos a la enfermedad «microhemorragias» porque se parecía a las que padecen los buzos.

»Después de eso, se presentaron varios voluntarios humanos, entre ellos la persona que diseñó el generador del tensor. Se llamaba Rourke, creo. Los humanos sometidos al cambio dimensional podían aguantar varios días en el micromundo. Entonces se produjo un accidente, el generador se estropeó y perdimos a tres científicos. Quedaron atrapados en el micromundo y no pudimos devolverlos a su estado normal. Uno de los fallecidos fue el diseñador del generador. Desde entonces, hemos sufrido algunos... problemas. Si alguien sometido a un cambio dimensional sufre un violento estrés o algún tipo de lesión seria, las microhemorragias se presentan rápidamente y de golpe, antes de lo previsto. Por culpa de esto hemos perdido más gente aún. Esa fue la razón de que el señor Drake interrumpiera las operaciones hasta que supiéramos cómo evitar que la gente muriera en el micromundo. Como ven, el señor Drake se preocupa por la seguridad...

—¿Cómo se manifiesta la enfermedad en los humanos? —lo interrumpió Rick.

—Empieza con moretones, especialmente en los brazos y las piernas. Si alguien se ha hecho un corte, este puede sangrar interminablemente. Ya se lo he dicho, es como la hemofilia; te desangras hasta morir. Al menos eso es lo que he oído. Yo solo me ocupé del generador.

—¿Existe algún tratamiento? —preguntó Peter.

—El único es la descompresión, devolver a la persona a su tamaño normal lo antes posible.

—Creo que estamos en un buen lío —murmuró Danny.

—¡Debemos hacer inventario de lo que tenemos ahora mismo! —exclamó Karen, abriendo la mochila que había cogido en la sala del generador.

Con la luz de la luna como única claridad, vació el contenido encima de la hoja donde estaba sentada como si fuera una mesa. Los demás se acercaron para ver en qué consistía. La mochila contenía un botiquín de primeros auxilios que incluía antibióticos y medicamentos básicos, un cuchillo, unos metros de cuerda, un carrete parecido a los de pescar, atado a un cinturón; un mechero a prueba de viento, una manta térmica y una linterna impermeable con una banda elástica para la cabeza. También había un par de auriculares intercomunicadores con su correspondiente pinganillo.

—Eso son radios de dos canales —dijo Kinsky—. Tienen un alcance de unos cincuenta metros.

Vieron también una escala de cuerda muy fina y las llaves de algún tipo de máquina. Karen volvió a guardarlo todo en la mochila, salvo la linterna, y la cerró.

—No nos servirá de mucho —dijo, poniéndose en pie y colocándose la linterna en la frente. La encendió, y la luz hizo que las sombras danzaran entre las hojas—. Lo que necesitamos son armas.

—Por favor, apague esa luz —pidió Kinsky—, atrae cosas.

—¿Qué tipo de armas necesitamos? —preguntó Amar.

—Decidme una cosa —interrumpió Danny, como si acabara de tener una idea—. ¿Hay serpientes venenosas en Hawai?

—No —contestó Peter—. No hay ningún tipo de serpientes.

—Y muy pocos escorpiones —añadió Karen, que hablaba como aracnóloga—, especialmente en el bosque tropical. Esto es demasiado húmedo para ellos. Lo que sí existe es una especie de ciempiés cuya picadura puede ser peligrosa para el hombre y que sin duda nos mataría con nuestro

tamaño actual. La verdad es que hay muchos animales que pueden acabar con nosotros, pájaros, sapos y todo tipo de insectos, como avispas...

—Estabas hablando de armas, Karen —la interrumpió Peter.

—Sí. Necesitamos algún tipo de arma que lance un proyectil, algo que pueda matar a distancia.

—¿Algo como una cerbatana? —propuso Rick.

Karen meneó la cabeza.

—No. Sería demasiado pequeño. No nos sirve.

—Un momento, Karen. Podría utilizar un trozo de bambú, tan largo como altos somos nosotros ahora.

—Y que lanzara un dardo de madera —propuso Peter.

—Claro —dijo Rick—, un dardo con la punta endurecida...

—Endurecida con calor —terció Amar—. En cuanto al veneno...

—Podría ser curare. —Se levantó y contempló la vegetación que los rodeaba—. Apuesto a que muchas plantas de por aquí tienen...

Rick lo interrumpió.

—Esa es mi especialidad. Si pudiéramos encender fuego, podría hervir algunas plantas y cortezas y extraer veneno. Y si además pudiéramos encontrar algún trozo de hierro para la punta...

—¿Como la hebilla de mi cinturón? —ofreció Amar.

—Y luego ¿qué?

—Podríamos hervir la mezcla y probarla con algo.

—Eso nos llevaría demasiado tiempo.

—Puede, pero es la única manera.

—¿Y qué me decís de utilizar la piel de una rana? —propuso Erika.

A lo lejos se oía el croar de lo que parecían ranas toro.

Peter negó con la cabeza.

—Aquí no hay del tipo que necesitamos. Lo que estás oyendo son sapos. Tienen el tamaño de tu mano, bueno, de tu mano de tamaño normal. Son de color pardo y fabrican unas toxinas para la piel que son bastante desagradables pero que no se parecen en nada a las del curare que...

—¡Ya vale, por favor! —exclamó Danny.

—Solo estaba explicando...

—¡Ya te hemos entendido!

Erika se acercó a Peter y le apoyó la mano en el hombro, señalando a Danny con la cabeza. Este seguía muy ocupado con su nariz y se la tocaba ahuecando ambas manos, como si fueran pequeñas zarpas.

Como si fuera un topo.

—¿Crees que está perdiendo el control? —susurró Erika, temerosa.

Peter asintió.

—A ver, sigamos con lo del veneno que proponías —dijo Amar, volviéndose hacia él.

Peter prosiguió sin apartar los ojos de Danny.

—Conseguimos unas cortezas de *Strychnos toxifera* y le añadimos savia de adelfa y un poco de *Chondrodendron tomentosum* eso suponiendo que lo encontremos; luego lo hervimos todo durante

veinticuatro horas...

—Está bien, manos a la obra —dijo Karen.

—¿No sería más fácil encontrar esas plantas por la mañana, a la luz del día? —preguntó Jenny—. ¿A qué viene tanta prisa?

—La prisa —contestó Karen—, viene de esas luces halógenas de la entrada. En estos momentos Vin Drake podría estar viniendo hacia aquí para matarnos. —Se echó la mochila a la espalda y se ciñó las cintas—. Será mejor que nos pongamos en marcha.

Carretera de Alapuna
 29 de octubre, 2.00 h

Bajo la luz brillante de la luna no tenían demasiada cobertura.

Los densos matorrales *hau* que trepaban por el acantilado se detenían al nivel del camino de tierra, así que resultaba fácil ver los dos coches que circulaban por el estrecho risco volcánico.

A la izquierda, el terreno caía suavemente hacia los campos agrícolas; a la derecha, el abrupto acantilado se hundía en las espumosas aguas de la costa norte de Oahu.

Alyson conducía el vehículo que iba en cabeza, el Bentley descapotable, y cada vez que vacilaba veía como Vin Drake le hacía gestos con la mano desde el segundo coche, el BMW. Todavía les quedaba un trecho hasta alcanzar el viejo puente. Al fin, Drake lo divisó, una pálida silueta de cemento de los años veinte. Era increíble que hubiera aguantado tanto tiempo.

Alyson se detuvo, se apeó y se dispuso a alejarse.

—No, no, espera —le dijo Drake, haciendo un gesto con la mano—. Tienes que montar un poco el escenario.

—¿Qué?

—Se supone que esos chicos iban apelotonados en el Bentley, ¿recuerdas? Estaban de fiesta.

Llevaba una gran bolsa de plástico donde había metido todo lo que ellos habían dejado en la recepción de Nanigen: móviles, algo de ropa, un i-Pad y algunos ejemplares de *Nature* y *Science*. Alyson la cogió y empezó a tirarlo todo al azar alrededor del Bentley.

—No, no —la interrumpió él—. Primero tenemos que decidir cómo iban sentados.

—Es que estoy nerviosa.

—De acuerdo, pero tenemos que hacerlo.

—Todo quedará hecho un desastre cuando empujemos el coche por el acantilado.

—Alyson, aun así debemos hacerlo —insistió Drake.

—Pero... ¿y la policía? Echarán en falta los cuerpos, porque no estarán dentro del coche.

—Estas aguas están llenas de corrientes y de tiburones. El mar se traga a los muertos, Alyson.

Por eso estamos haciendo esto.

—Vale, vale —contestó ella con escasa convicción—. ¿Quién iba atrás?

—Danny Minot.

Alyson cogió un suéter y una manoseada novela de Conrad, *Chance*.

—¿Estás seguro de esto, Vin? Parece un montaje.

—Lleva su nombre.

—De acuerdo. ¿Quién iba a su lado?

—Jenny Linn, que siente lástima por él.

Alyson depositó un pañuelo estampado y un cinturón de piel de pitón blanca.

—Eso es caro. ¿No es ilegal también?

—¿La piel de pitón? En California no.

Luego, las gafas de Peter Jansen, que siempre extraviaba, un traje de baño de Erika Molí y unos pantalones cortos.

A continuación pasaron al asiento delantero; Karen King conducía. Drake lo roció todo con alcohol del laboratorio y arrojó dentro la botella, que fue a parar debajo del salpicadero.

—Tampoco quiero exagerar. —Miró a su alrededor, las nubes algodonosas en el cielo oscuro y la espuma de las olas, más abajo—. Una noche preciosa. Realmente vivimos en un mundo muy bonito —dijo, meneando la cabeza. Caminó hasta situarse en el costado izquierdo del coche y lo contempló—. Hay una pendiente un poco más adelante —dijo—. Conduce hasta que llegues a ella. Después, bajas y empujaremos.

Alyson alzó la mano.

—No, Vin... No quiero volver a sentarme en ese coche.

—No seas tonta. Solo tendrás que conducir tres metros.

—Pero y si...

—No pasará nada.

—¿Por qué no lo llevas tú por la pendiente?

—Alyson, yo soy muy alto. Tendría que echar el asiento muy hacia atrás. Si hay una investigación, la policía podría sospechar.

—Pero...

—Oye, estábamos de acuerdo en esto, ¿no? —Drake abrió la puerta del vehículo—. Vamos, adelante.

Ella dudó.

—Estamos juntos en esto, Alyson.

Alyson se puso al volante, temblando a pesar de la agradable temperatura de la noche.

—Ahora pon la capota.

—¿La capota? ¿Para qué?

—Para que nada salte fuera del coche.

Puso en marcha el motor, pulsó un botón del salpicadero y la capota del Bentley se desplegó y se colocó en su sitio. Drake se mantenía a cierta distancia y le indicó con la mano que avanzara. El Bentley cogió la pendiente y se deslizó unos metros.

Alyson no pudo contener un grito y lo detuvo bruscamente.

—Perfecto —dijo Drake poniéndose los guantes de nitrilo que guardaba en su bolsillo—. Ahora mantenlo ahí, con el motor en marcha y en punto muerto.

Se acercó justo cuando ella se disponía a salir. Con un rápido movimiento, cerró la puerta de golpe, puso el seguro, agarró a Alyson por el cabello y estrelló su cabeza repetidas veces contra el volante. Ella gritó, pero él siguió golpeándola, esta vez contra el marco de la ventanilla, para asegurarse. La había dejado inconsciente, pero no por mucho tiempo. Alargó la mano hacia la palanca de cambios y metió la marcha «Drive». No le fue fácil, y cayó hacia atrás mientras el Bentley echaba a rodar y saltaba por el puente; haciendo una cabriola, cayó desde doscientos metros hasta el mar que había más abajo.

Drake se puso rápidamente en pie, pero demasiado tarde para ver el impacto. Sin embargo, lo

oyó, escuchó el sonido del metal al aplastarse contra las rocas. El descapotable había caído boca arriba, así que estuvo varios minutos observando para ver si detectaba algún movimiento debajo de él. Una de las ruedas seguía girando, pero, aparte de eso, nada.

—La confianza lo es todo, Alyson —murmuró antes de darse la vuelta y quitarse los guantes.

Había dejado su propio coche un centenar de metros más atrás. El camino de tierra estaba muy compactado y seco, de modo que no dejaría las huellas de sus neumáticos en él. Se sentó al volante y dio marcha atrás por el estrecho sendero —¡nada de errores ahora!— hasta que consiguió dar media vuelta. Luego se dirigió hacia el sur, de vuelta a Honolulu. Pensó que pasarían varios días antes de que la policía descubriera el coche estrellado y que lo mejor sería acelerar un poco las cosas. Por la mañana llamaría para informar de la desaparición de su grupo de estudiantes y decir que estaba preocupado por ellos, porque se habían ido de juerga a la ciudad con la encantadora señorita Bender.

Tampoco le inquietaba que las noticias llegaran a Boston y a Cambridge. En ese sentido, Hawai siempre representaba una ayuda, porque como destino turístico que era no quería dar publicidad del número de turistas muertos entre las olas, despeñados en una excursión o en accidentes diversos. La noticia circularía por Cambridge durante unos días, especialmente teniendo en cuenta que aquellos jóvenes eran atractivos, pero no tardaría en quedar eclipsada por asuntos de más envidia: «Princesa austríaca muerta esquiando en Monte Rainier», «Buceadores desaparecidos en Tasmania», «Millonario texano fallecido en el campo base de Khumbu», «Turista devorado por dragón de Komodo gigante».

Siempre había noticias así. El asunto se olvidaría.

Naturalmente, aquello representaría un inconveniente para Nanigen. La visita de aquellos jóvenes tendría que haber supuesto una inyección de personal nuevo para la empresa, muy necesitada tras las recientes pérdidas que habían sufrido.

Además, su talento habría supuesto una importante contribución. En el futuro tendría que resolver esa cuestión con más tacto.

El BMW patinó en el camino de tierra y Drake sujetó el volante con fuerza. Se dirigía hacia el sur, a cabo Kaena («Donde las almas abandonan el planeta»), y las olas batían a ambos lados de la carretera. Tomó nota de que debía limpiar los restos de salitre del coche y los neumáticos. Lo mejor sería llevarlo a uno de los túneles de lavado de Pearl City.

Miró la hora: las 3.30 de la madrugada.

Curiosamente, no sentía ninguna urgencia, ningún nerviosismo. Tenía tiempo de sobra para llegar al otro lado de la isla, a Waikiki, muy cerca de Diamond Head, y tiempo suficiente para registrar las habitaciones de los jóvenes en el hotel en busca de cualquier aparato o artefacto científico que hubieran podido llevar con ellos.

Y, por descontado, para regresar a su lujoso piso de Kahala y meterse en la cama. Así podría despertarse y enterarse con asombro de la alocada conducta de su directora financiera y de los desdichados jóvenes a los que esta había conducido a la perdición.

SEGUNDA PARTE

Un grupo de humanos



Valle de Manoa

29 de octubre, 4.00 h

Los siete estudiantes iban por el bosque tropical en fila india, seguidos por Kinsky, aguzando el oído, envueltos en la oscuridad y rodeados de sonidos desconocidos. Rick Hutter caminaba entre las hojas del suelo y bajo ramas muertas que parecían más grandes que secuoyas caídas, llevando al hombro una lanza hecha con briznas de hierba. Karen King iba con la mochila a la espalda y aferraba su navaja. Peter Jansen encabezaba la marcha, mirando en todas direcciones mientras intentaba orientarse. De algún modo, con sus discretas maneras se había convertido en el líder del grupo. Por temor a atraer a algún depredador, habían decidido no encender la linterna, así que Peter apenas podía ver el terreno que tenía ante sí.

—Debe de faltar poco para que ama...

Un grito terrible ahogó las palabras de Jenny Linn. Empezó como un gemido grave hasta convertirse en una serie de alaridos ahogados que surgían de algún lugar de las alturas. Fue un sonido horripilante cargado de violencia.

Rick se volvió, blandiendo en alto su lanza.

—¿Qué demonios ha sido eso?

—Un pájaro, creo —dijo Peter—. No olvidéis que todo lo que oímos nos suena más grave. —Miró la hora: las 4.15. Su reloj era digital y seguía funcionando con normalidad a pesar del cambio dimensional—. Amanecerá dentro de poco.

—Si lográramos encontrar una de las estaciones de suministro, podríamos intentar llamar a Nanigen por radio —dijo Kinsky—. En cuanto recibieran nuestra señal vendrían a rescatarnos.

—Y Drake nos mataría —contestó Peter.

Kinsky no discutió, pero era evidente que no estaba de acuerdo con Peter.

—Debemos llegar por nuestros propios medios al generador del tensor —prosiguió este—. Solo así recuperaremos nuestro tamaño normal. Pero para lograrlo tenemos que conseguir llegar a Nanigen de algún modo. Creo que sería un error acudir a Drake en busca de ayuda.

—¿Y no podríamos llamar al 911? —comentó Danny.

—Buena idea, Danny —repuso Rick en tono burlón—. Simplemente dinos cómo.

Kinsky les había explicado que las radios de las estaciones de aprovisionamiento solo tenían un alcance de unos cientos de metros.

—Si alguien de Nanigen está cerca y escucha nuestra frecuencia, podría oírnos. De lo contrario, nadie captará nuestra señal. Además, las radios no utilizan las frecuencias que usan los servicios de emergencia o de la policía. Los equipos de Nanigen emiten en los 60 gigahercios, y esa es una frecuencia muy alta. Funciona bien con los equipos de campo y en distancias cortas, pero no sirve para comunicaciones a larga distancia.

Jenny intervino.

—Cuando Drake nos enseñó esto, mencionó que había un camión que hacía diariamente el trayecto entre Nanigen y el jardín botánico. Quizá podríamos utilizarlo.

Todos guardaron silencio. La idea de Jenny era buena.

Ciertamente, Drake había mencionado el servicio de enlace que realizaba el camión, pero si los equipos de campo habían sido retirados, ¿cómo saber si el enlace, seguía funcionando?

Peter se volvió hacia Kinsky.

—¿Sabe si ese camión sigue haciendo el trayecto entre Nanigen y esta zona?

—No, no lo sé.

—¿A qué hora suele llegar el camión?

—Hacia las dos —repuso Kinsky.

—¿Y dónde se detiene?

—En el aparcamiento, junto al invernadero.

Todos se quedaron pensativos, sopesando la idea.

—Creo que Jen tiene razón —dijo Peter—. Deberíamos intentar subir a ese camión para entrar en Nanigen, meternos en el generador y...

—Un momento —lo interrumpió Rick—. ¿Cómo demonios vamos a lograr subir a un camión siendo tan pequeños? Es una locura. ¿Y si no hay camión? Nanigen se encuentra a unos veinte kilómetros de aquí. Somos cien veces más pequeños de lo normal. Pensadlo. Para nosotros, un kilómetro se convierte en mil. En otras palabras, tenemos que recorrer la misma distancia que recorrieron Lewis y Clark y hacerlo en menos de cuatro días para que no suframos microhemorragias. La cosa está jodida, chicos.

—¿Tu idea es retorcernos las manos y rendirnos? —replicó Karen.

Rick se volvió hacia ella, enfadado.

—Tenemos que ser prácticos.

—Tú no eres práctico, solo un quejica —le espetó Karen.

Peter intentó poner fin a la discusión y se interpuso entre los dos; era mejor convertirse en el objeto de sus iras que dejar que siguieran atizándose.

—Por favor —dijo, apoyando la mano en el hombro de Rick—. Las discusiones no nos sirven de nada. Será mejor que nos enfrentemos a los problemas a medida que vayan presentándose.

El grupo siguió caminando en silencio.

A pesar de que había amanecido, con apenas un par de centímetros de altura, les resultaba difícil ver bien desde el suelo.

Los helechos, que crecían exuberantes por todas partes, eran los más problemáticos puesto que les dificultaban la visión y proyectaban grandes sombras. Perdieron de vista el invernadero y no pudieron localizar puntos de referencia para orientarse. A pesar de todo, siguieron adelante. El sol se alzó en el cielo y lanzó sus rayos oblicuamente a través de la bóveda vegetal del bosque.

Con la luz del día, pudieron ver el terreno con mayor claridad. Bullía con pequeños organismos, gusanos nematodos, ácaros del suelo y muchas otras criaturas. Eso era lo que Jenny había notado que se movía bajo sus pies en la oscuridad. Los ácaros eran seres diminutos, parecidos a las arañas, de

distintas especies y se arrastraban por el suelo o se ocultaban en los resquicios. Normalmente eran invisibles al ojo humano, pero no para ellos tras el cambio dimensional. Para unos microhumanos, los ácaros tenían un tamaño que iba desde el de un grano de arroz hasta el de una pelota de golf. Muchos de ellos eran de forma ovalada, con gruesos caparazones llenos de pelos pinchudos.

Eran arácnidos, y Karen, como buena aracnóloga, se detenía continuamente para observarlos. Sin embargo, no reconoció ninguno. Todos le resultaban desconocidos y había un sinfín de especies distintas. No cesaba de asombrarse ante la riqueza de la naturaleza. La biodiversidad se desplegaba ante ella hasta donde abarcaba la mirada. Los ácaros estaban por todas partes. Le recordaron a cangrejos en una orilla rocosa, pequeños e inofensivos, trajinando de un lado a otro, ocupados en sus discretos quehaceres. Cogió uno y se lo puso en la palma de la mano.

La criatura parecía tan delicada y perfecta... De repente, Karen se sentía de buen humor. Para su sorpresa, se dio cuenta de que era feliz en aquel mundo nuevo y extraño.

—No sé por qué —dijo—, pero tengo la sensación de haber pasado toda mi vida buscando un sitio como este. Es como si estuviera en casa.

—Pues yo no —masculló Danny.

El ácaro trepó por el brazo de Karen, explorándolo.

—Cuidado, podría morderte —la advirtió Jenny.

—Este pequeñín no —repuso Karen—. ¿Ves su boca? Está adaptada para sorber detritos, materia muerta. Se alimenta de porquerías.

—¿Cómo sabes que es macho?

Karen señaló el abdomen del ácaro.

—Por el pene.

—Un tío siempre será un tío, por pequeña que la tenga —comentó Jenny.

Karen se fue animando a medida que caminaban.

—Los ácaros son increíbles. Están extraordinariamente especializados. Muchos de ellos son parásitos y muy exigentes con respecto a sus anfitriones. Hay un tipo de ácaro que solo vive en los ojos de los murciélagos de la fruta. Y hay otro que solo habita en el ano de los perezosos.

—¡Por favor, Karen! —estalló Danny.

—Acéptalo, es la naturaleza. Más de la mitad de los habitantes del planeta tienen ácaros que viven en sus pestañas. También viven en muchos insectos. De hecho, hay ácaros que viven en otros ácaros.

Danny se detuvo y se quitó un ácaro del tobillo.

—Este pequeño monstruo me ha hecho un agujero en el calcetín.

—Debe de ser un devorador de detritos —dijo Jenny.

—No tiene gracia.

—¿Alguien quiere probar mi crema de látex natural para la piel? —preguntó Rick—. Es posible que ahuyente a los ácaros.

Sacó una botella de plástico del bolsillo y la fue pasando.

Todos se frotaron una pequeña cantidad de crema en la cara, las manos y las muñecas. Tenía un olor penetrante, pero funcionó porque repelió los ácaros.

Para Amar Singh, la realidad del micromundo fue como una agresión a sus sentidos. Tenía la impresión de que ser pequeño cambiaba incluso las sensaciones que notaba en la piel. Su primera sensación de aquel universo había sido la del viento en su rostro y sus manos, agitándole la ropa y el cabello. El aire le parecía más denso, casi espeso, y percibía cada soplo de brisa cuando fluía y se arremolinaba alrededor de su cuerpo. Agitó el brazo con la mano abierta y notó el aire corriendo entre sus dedos. Moverse en el aire del micromundo era un poco como nadar. Dado que sus cuerpos eran tan pequeños, la fricción del aire se volvía más acusada. Amar tropezó ligeramente cuando una racha de viento lo golpeó de lado.

—Deberíamos tener las piernas de un marinero —dijo a los demás—. Es como aprender a caminar de nuevo.

Sus compañeros tenían problemas parecidos, tropezaban, luchaban contra la resistencia del aire y a veces erraban el paso.

Cuando saltaban sobre algo, caían más lejos de lo previsto. Sus cuerpos era claramente más fuertes en el micromundo, pero todavía no habían aprendido a controlar su fuerza.

Tenían la sensación de caminar por la superficie de la Luna.

—No sabemos cuál es nuestra fuerza —dijo Jenny.

Tomó impulso, saltó hacia arriba y se agarró al borde de una hoja con ambas manos. Se quedó allí, colgando, durante un momento, después soltó una mano. Fácil. Se soltó del todo y cayó nuevamente al suelo.

Ahora le tocaba a Rick llevar la mochila. A pesar de que estaba llena de cosas, descubrió que podía saltar sin problemas y logró alcanzar una altura considerable sin demasiado esfuerzo.

—Nuestros cuerpos son más fuertes y ligeros en este mundo porque la gravedad es menor.

—Ser pequeño tiene sus ventajas —comentó Peter.

—Pues yo no las veo —dijo Danny.

Una sensación de miedo se apoderó de Amar. ¿Qué vivía entre esas hojas? Devoradores de carne. Había cantidad de seres con patas y caparazones articulados que tenían muchas maneras de matar a sus presas. Amar había crecido en una familia hindú muy devota. Sus padres —emigrantes indios que se habían instalado en Nueva Jersey— no comían carne. En una ocasión, había visto a su padre levantarse y abrir una ventana para espantar una mosca en lugar de matarla. Amar siempre había sido vegetariano y nunca se había sentido capaz de comer animales para ingerir proteínas. Creía que todos ellos sufrían, incluso los insectos; y en el laboratorio trabajaba con plantas, no con animales. En ese momento, en pleno bosque tropical, se preguntó si tendría que matar a un animal y comer su carne para sobrevivir o si alguno lo mataría a él.

—Solo somos proteínas —dijo en voz alta—. Solo eso.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Rick.

—Que somos un alimento con patas.

—Caramba, Amar, suena bastante siniestro.

—Solo estoy siendo realista.

—Como mínimo, todo esto resulta interesante —comentó Jenny.

Percibía el olor del micromundo. Un aroma complejo y terroso le llenaba la nariz, y no era malo. En realidad, resultaba bastante agradable. Se trataba de un olor a tierra mezclado con mil esencias

desconocidas, algunas dulzonas, otras almizcleñas, que flotaban en el aire. Muchos de aquellos olores eran buenos, incluso deliciosos, igual que perfumes exquisitos.

—Lo que estamos oliendo —prosiguió Jenny, dirigiéndose al resto del grupo—, son feromonas, los indicadores químicos que las plantas y los insectos utilizan para comunicarse. Es su lenguaje invisible.

Sintió que se ponía de buen humor. En aquel lugar podía experimentar por primera vez el abanico completo de esencias del mundo natural. Semejante revelación la emocionó y la asustó al mismo tiempo.

Jenny cogió una muestra de suelo y se la llevó a la nariz.

Estaba llena de pequeños nematodos, ácaros y criaturas diminutas llamadas «osos de agua», y desprendía un ligero olor a antibiótico. Enseguida comprendió el motivo. La tierra estaba llena de bacterias, y muchas de ellas eran diversos tipos de *Streptomyces*.

—Podéis oler los *Streptomyces* —dijo en voz alta—. Son un tipo de bacterias que sirven para fabricar antibióticos. Los antibióticos modernos derivan de ellas.

El suelo también estaba surcado por finas hebras de hongos llamadas «hifas». Tiró de una de ellas. Era rígida, pero ligeramente elástica. Un centímetro cúbico de tierra podía albergar miles de aquellas hebras.

Algo pasó ante sus ojos, cayendo desde lo alto en el denso aire. Era una pequeña bolita, nudosa y del tamaño de un grano de pimienta.

—¿Qué demonios es esto? —dijo, deteniéndose para examinarla.

La bolita aterrizó a sus pies. Enseguida cayó otra cerca. La cogió, se la puso en la palma de la mano y la hizo rodar entre el índice y el pulgar. Era dura, igual que una pequeña nuez.

—¡Es polen! —exclamó, maravillada.

Alzó la vista. En lo alto vio un hibisco lleno de flores. Por alguna razón, el corazón le dio un vuelco al verlo y se sintió profundamente agradecida de ser tan pequeña.

—Yo diría que todo esto es maravilloso —dijo, dándose la vuelta lentamente y contemplando las nubes de flores en lo alto, mientras el polen seguía cayendo—. Nunca imaginé algo parecido.

—Jenny, debemos seguir.

Peter se había detenido para esperarla mientras los demás avanzaban.

Erika Molí, la entomóloga, no estaba en absoluto contenta.

La invadía una creciente sensación de temor. Sabía lo suficiente sobre insectos para tenerles mucho miedo en aquella situación. «Disponen de coraza, y nosotros no —pensó—. Su cuerpo es un exoesqueleto de quitina, una especie de coraza bioplástica, ligera y sumamente resistente». Se pasó la mano por el brazo, notando la delicadeza de su piel y el vello. «Somos blandos —se dijo—, y somos comestibles».

No dijo nada a los demás, pero bajo su calma aparente el terror no la dejaba respirar. No quería que el miedo la delatara o perder el control por un ataque de pánico. Frunció los labios, apretó los puños, intentando dominar su miedo, y siguió caminando.

Peter dio orden de detenerse y todos se sentaron a descansar un rato, encima de las hojas. Peter

deseaba sonsacar información a Kinsky. El técnico sabía mucho acerca del generador del campo tensor, puesto que era el encargado de manejarlo. Si de alguna manera lograban regresar a Nanigen y entrar en la sala del generador, ¿quién lo haría funcionar? ¿Cómo lo conseguirían, siendo tan pequeños?

—¿Necesitaríamos ayuda de alguien de tamaño normal para hacer funcionar la máquina? —preguntó a Kinsky.

El hombre pareció dudar.

—No estoy seguro —dijo mientras pinchaba el suelo con una lanza hecha con briznas de hierba—. Oí decir que el tipo que la diseñó dispuso un mando muy pequeño de emergencia para que pudiera hacerla funcionar un microhumano. Supongo que ese mando estará en algún lugar de la sala de control. Lo he buscado pero no he dado con él. Tampoco he visto nada en los planos. De todas maneras, si conseguimos encontrarlo, lo haré funcionar.

—Necesitaremos su ayuda.

Kinsky levantó la lanza y observó el ácaro que trepaba por ella, agitando sus patas delanteras.

—Lo único que quiero es volver junto a mi familia —dijo en voz baja, agitando la lanza y haciendo caer al ácaro.

—A su jefe, su familia no puede importarle menos —intervino Rick, dirigiéndose a Kinsky.

—Rick no tiene familia —le susurró Danny a Jenny—. Ni siquiera tiene una chica...

Rick se lanzó contra él, y Danny escapó gritando.

—¡No vas a acabar con tus problemas recurriendo a la violencia!

—¡Contigo sí que acabaría!

Peter le dio un apretón en el hombro para refrenarlo. Luego se volvió de nuevo hacia Kinsky.

—¿Hay alguna otra posibilidad para llegar a Nanigen, además del camión, en caso de que no venga? —le preguntó.

El técnico inclinó la cabeza con aire pensativo.

—Bueno, podríamos intentar llegar a la base del Tántalo.

—¿Qué es eso?

—Se trata de una instalación de bioprospección situada cerca del cráter del Tántalo, la montaña que domina el valle. —Kinsky señaló hacia el risco, que solo era una masa verde apenas visible entre la vegetación—. La base está en algún lugar de allá arriba.

—Drake mencionó ese cráter durante la visita —comentó Jenny.

—Lo recuerdo —dijo Karen.

—¿Esa base está en funcionamiento? —preguntó Peter.

—No lo creo —contestó Kinsky—. Murió gente allí. Hay depredadores.

—¿Qué clase de depredadores? —quiso saber Karen.

—Avispas, tengo entendido. Sin embargo, en la base del Tántalo había microaviones —añadió Kinsky.

—¿Microaviones?

—Sí, aeroplanos de nuestro tamaño.

—¿Y con ellos podríamos volar hasta Nanigen?

—Desconozco qué autonomía tienen esos aparatos —repuso el técnico—, y tampoco sé si habrán

dejado alguno allí.

—¿A qué altura por encima de nosotros está esa base?

—A unos seiscientos metros por encima del valle de Manoa.

—¡Seiscientos metros! —exclamó Rick—. ¡Eso es imposible con nuestro tamaño!

Kinsky se encogió de hombros y los demás guardaron silencio. Peter decidió tomar el mando nuevamente.

—Está bien. Esto es lo que vamos a hacer. Primero, trataremos de encontrar una estación de aprovisionamiento para coger todo lo que podamos necesitar. Luego, intentaremos llegar al aparcamiento del invernadero y, una vez allí, esperaremos a que venga el camión. Tenemos que regresar a Nanigen lo antes posible.

—Está claro que vamos a morir —dijo Danny con voz temblorosa.

—No podemos quedarnos sentados sin hacer nada, Danny —respondió Peter en tono sereno.

Tenía la impresión de que Danny podía perder el control y dejarse llevar por el pánico al menor contratiempo, y eso sería peligroso para el resto del grupo.

Aunque algunos protestaron, los demás estuvieron de acuerdo con su plan. Nadie parecía tener una idea mejor. Se turnaron para beber de una gota de rocío que colgaba de una hoja y se pusieron en marcha, buscando un sendero, una tienda o algún rastro de presencia humana. Las plantas pequeñas que crecían cerca del suelo se arqueaban por encima de ellos, a veces formando túneles. Se abrieron paso por ellos y rodearon los troncos de los árboles grandes, pero no encontraron rastro de ninguna estación de aprovisionamiento.

—Vamos a desangrarnos hasta morir si no hallamos la forma de salir de aquí a toda prisa y si no encontramos una de esas malditas estaciones —dijo Rick, mientras caminaban—. Además, hay un psicópata gigantesco que nos busca para matarnos; y para rematar, me ha salido una ampolla en el pie. ¿Hay algo más por lo que deba preocuparme? —preguntó en tono sarcástico.

—Sí, por las hormigas —le dijo Kinsky tranquilamente.

—¿Hormigas? —exclamó Danny, aterrorizado—. ¿Qué pasa con las hormigas?

—Por lo que he oído, son un problema —repuso Kinsky.

Rick se detuvo ante una gran fruta amarilla tirada en el suelo y miró a su alrededor.

—Sí, eso es un árbol del paraíso, un *Melia azedarach*. El fruto es muy venenoso, en particular para los insectos y sus larvas. Contiene más de veinticinco volátiles distintos, que básicamente están compuestos de tetranortriterpeno. El fruto es absolutamente letal para los insectos y podría ser un ingrediente para mi curare. —Se quitó la mochila y guardó el fruto dentro. Era grande y llenaba toda la mochila; sobresalía de ella como un melón gigante.

—Va a gotear veneno —advirtió Karen, mirándolo fijamente.

—No —repuso Rick—. Tiene una piel muy gruesa.

Karen lo miró, poco convencida.

—Allá tú. Es tu vida.

El grupo siguió adelante.

Danny se quedaba siempre atrás. El rostro se le había puesto colorado y se enjugaba constantemente la frente con la mano.

Al final, se quitó la chaqueta de tweed y la tiró al suelo. Tenía los mocasines de borlas llenos de barro. Se sentó en una hoja y empezó a rascarse bajo la camisa hasta que extrajo una bola de polen y la sostuvo con dos dedos.

—¿Sabe alguien que soy alérgico a muchas cosas? Si una de estas cosas se me metiera en la nariz, podría sufrir una reacción anafiláctica.

Karen rió burlonamente.

—No eres tan alérgico como dices. De lo contrario, ya habrías muerto.

Danny arrojó el polen de un papirotazo y el grano salió despedido por el aire.

Amar estaba asombrado por la profusión de vida que existía en el micromundo. Hasta el rincón más pequeño estaba lleno de criaturas diminutas.

—¡Dios mío, cómo me gustaría tener una cámara para poder documentar todo esto!

Eran jóvenes científicos, y aquel universo les estaba revelando una maravilla de vida totalmente desconocida. Intuían que estaban contemplando criaturas que nadie había visto antes y que carecían de nombre.

—Cualquiera de nosotros podría desarrollar una tesis doctoral con un puñado de este suelo —continuó Amar, y se dijo que quizá lo haría, suponiendo que lograra salir con vida.

Por el suelo se arrastraban unas pequeñas criaturas de seis patas y con el cuerpo en forma de torpedo articulado. Eran realmente muy pequeñas y estaban por todas partes. Algunas sorbían los hilos fungosos como si fueran espaguetis y cada vez que algún miembro del grupo pasaba junto a una de ellas, esta se asustaba y saltaba por el aire haciendo un ruido seco.

Erika se detuvo para examinarlas. Cogió una y la sujetó entre el índice y el pulgar mientras el bicho se debatía y agitaba la cola haciendo ruido.

—¿Qué son estas cosas? —preguntó Rick, quitándose una del pelo.

—Las llaman colémbolos —contestó Erika—. En nuestro mundo normal, son diminutos, no mayores que el punto de una «i» en un texto. Tienen una especie de resorte en el abdomen que les permite saltar largas distancias para escapar de los depredadores. —Tocó el colémbolo que sujetaba y la criatura saltó por el aire, perdiéndose de vista tras los helechos.

Siguieron caminando, haciendo saltar los colémbolos cuando pasaban cerca de ellos. Peter, que encabezaba la marcha, se dio cuenta de que sudaba a chorros y comprendió que se estaban deshidratando rápidamente.

—Tenemos que asegurarnos de beber agua suficiente —dijo a los demás—. De lo contrario, nos deshidrataremos muy deprisa.

Encontraron un tocón de musgo sobre el que había unas gotas de rocío y se reunieron alrededor. Para beber tenían que coger con ambas manos las gotas de agua, que tenían un tacto pegajoso, y agitarlas para romper la tensión superficial; de lo contrario, les ocurriría como a Peter cuando se llevó agua a la boca y esta se convirtió en una masa gelatinosa en sus manos.

Llegaron ante un enorme tronco de árbol que se alzaba hacia lo alto desde un amasijo de raíces.

Apenas habían empezado a rodearlas cuando percibieron un olor penetrante y oyeron un golpeteo rítmico, como la lluvia al caer. Peter, que encabezaba la marcha, trepó a una de las raíces y desde lo alto vio dos muretes que serpenteaban por el suelo y se perdían de vista. Parecían hechos de tierra aglomerada mezclada con alguna sustancia seca.

Entre ellos corrían dos filas de hormigas, en ambas direcciones. Los muretes servían de elemento protector para aquella autopista de hormigas. En un punto concreto, los muretes se convertían en un túnel.

Peter se agachó e hizo un gesto a los demás para que se detuvieran. El grupo se arrastró silenciosamente por la raíz hasta situarse junto a él para contemplar las hormigas. ¿Serían peligrosas? Tenían la longitud de un antebrazo.

«No son tan grandes», se dijo Peter, hasta cierto punto aliviado porque había esperado que fueran mucho mayores.

En cualquier caso, había muchísimas y corrían a cientos a lo largo del camino y se metían por el pequeño túnel que habían construido.

Sus cuerpos eran de un color pardo rojizo y estaban salpicados de cerdas, pero tenían la cabeza negra y brillante como el carbón. El olor de las hormigas flotaba sobre el camino igual que el humo de los automóviles en una autopista. Era áspero y picaba en la nariz, pero al mismo tiempo estaba delicadamente perfumado.

—Ese olor penetrante es ácido fórmico —explicó Erika, arrodillada en la raíz, mientras contemplaba las hormigas con atención—. Es una defensa.

—En cambio —intervino Jenny—, el perfume que apreciáis es de las feromonas. Seguramente se trata del olor de la colonia. Las hormigas lo utilizan para identificar a los miembros de su misma colonia.

—Lo que estáis viendo son todo hembras —prosiguió Erika—, hijas de una misma reina. Algunas de ellas llevaban entre sus mandíbulas insectos pequeños o trozos de insectos desmembrados. Las que cargaban con alimentos se movían en la misma dirección, hacia la izquierda.

—La entrada del nido está por allí, hacia donde llevan la comida —añadió Erika.

—¿Sabes qué especie es? —le preguntó Peter.

Erika buscó el nombre en su memoria.

—Bueno, Hawai no tiene hormigas autóctonas. Todas las que hay en la isla son especies invasoras que han llegado de fuera, con el ser humano. Yo diría que estas son *Pheidole megacephala*.

—Lo siento, pero solo soy un etnobotánico ignorante. ¿Cuál su nombre común?

—Las llaman hormigas cabezudas. Son las que más abundan en Hawai. Originariamente, provienen de las islas Mauricio, en el océano Índico, pero ahora se encuentran en todo el mundo. Las cabezudas han hecho mucho daño al ecosistema de las islas porque atacan y matan a los insectos nativos. A algunos casi los han exterminado. También matan a las crías de pájaro en los nidos.

—Eso no me gusta —dijo Karen, pensando en que un polluelo sería sin duda mucho más grande que un microhumano como ellos.

—Pues no me parece que tengan la cabeza tan grande —comentó Danny.

—Es que las que estás viendo son las obreras —le explicó Erika—, que son las pequeñas. Las

grandes son realmente cabezudas.

—¿Las grandes, dices? —preguntó Danny, nervioso—. ¿Cuáles son las grandes?

—Las grandes son las soldado. Las hormigas cabezudas se dividen en dos castas, las grandes y las pequeñas. Las pequeñas son las obreras y hay muchas; las grandes son las soldado, y hay menos.

—¿Y qué aspecto tienen las soldado?

—Pues tienen la cabeza muy grande —dijo Erika, quitándole importancia.

Había muchísimas hormigas y todas ellas desplegaban una energía sorprendente. Una sola no representaba ningún peligro, pero a millares y hambrientas... A pesar de la amenaza, los jóvenes científicos no podían dejar de contemplar aquel espectáculo con fascinación. Dos hormigas se detuvieron y entrechocaron sus antenas. Una de ellas movió entonces el abdomen haciendo un ruido entrecortado, y la otra regurgitó una gota de alimento en la boca de su compañera.

Erika explicó lo que estaba sucediendo.

—Una le ha pedido comida a la otra. Ha hecho ruido y ha movido el abdomen para indicar que estaba hambrienta. Para una hormiga sería el equivalente del quejido de un perro.

—Confieso que no veo ningún placer en contemplar cómo una hormiga vomita en la boca de otra. ¿Por qué no nos vamos, por favor? —interrumpió Danny.

El camino de la colonia no era muy ancho, y podrían haber pasado fácilmente por encima, pero decidieron evitarlo para no correr riesgos.

—No queremos que una hormiga pegue un mordisco a alguien en el tobillo —dijo Peter.

Kinsky se había detenido y contemplaba las ramas del gran árbol que se levantaba sobre sus cabezas.

—Conozco este árbol —dijo—. Es una albizia gigante. Hay una estación de aprovisionamiento al otro lado. Estoy seguro. —Trepó a una raíz y recorrió un trecho antes de saltar de ella—. Sí, creo que nos estamos acercando.

Kinsky adelantó a Peter y se dirigió hacia la izquierda; rodeó el árbol abriéndose paso a través de las hojas muertas de los helechos y apartando los obstáculos con su lanza.

Peter se rezagó y optó por cerrar la marcha. No le había gustado el aspecto de aquellas hormigas y prefería no quitarles el ojo mientras seguían avanzando. Rick era el último de la fila y caminaba lentamente, apoyándose en su lanza, porque cargaba con la mochila donde llevaba el fruto del árbol del paraíso.

—Oye, Rick, ¿me dejas tu lanza mientras cierro la marcha? —le pidió Peter.

Rick asintió, se la entregó y siguió caminando.

Entretanto, Kinsky había apartado una hoja y decía en voz alta:

—Si logramos volver a Nanigen, tendremos que localizar el panel oculto para poder hacer funcionar el generador aunque el señor Drake no quiera, porque... —Se detuvo en seco.

A lo lejos, más allá de las raíces del árbol, se divisaba la punta de una tienda.

—¡La estación! ¡La estación! —gritó Kinsky, echando a correr hacia la tienda.

No vio la entrada del hormiguero.

Era un túnel artificial hecho de granos de tierra pegada que salía de la base de una palmera. Kinsky pasó corriendo justo por delante. Ante la entrada había una decena de hormigas cabezudas soldado. Eran tres veces más grandes que las obreras.

Tenían el cuerpo de color rojo y cubierto de cerdas erizadas, su cabeza era de un color negro brillante, enorme, y estaban dotadas de grandes mandíbulas diseñadas para la lucha. Sus ojos parecían esferas negras de azabache.

Vieron que Kinsky corría hacia la tienda.

Las soldados cargaron contra él en el acto. El técnico de Nanigen vio aquellas hormigas gigantes yendo hacia él y cambió de dirección, pero las soldados se habían desplegado y convergían hacia él desde distintos ángulos, cortándole toda vía de escape. Kinsky detuvo su carrera y blandió en alto su lanza al verse rodeado.

—¡No! —gritó, asestando una lanzada a la hormiga más próxima, pero el insecto agarró la lanza entre sus mandíbulas y la partió.

Varias cabezudas se lanzaron contra Kinsky e intentaron derribarlo mientras otra cerraba sus pinzas bucales alrededor de su muñeca. El técnico gritó e intentó liberarse, pero la hormiga lo tenía aferrado y tiraba hacia abajo. Con un movimiento brusco, le arrancó la mano y salió corriendo con ella entre las mandíbulas. Kinsky soltó un alarido y cayó de rodillas, cogiéndose el muñón. El brazo amputado sangraba profusamente. Una cabezuda le trepó por la espalda y le atenazó el cráneo con las pinzas, como si quisiera arrancarle el cuero cabelludo.

El técnico se derrumbó, retorciéndose. En un abrir y cerrar de ojos, las cabezudas lo agarraron por las extremidades y empezaron a tirar en todas direcciones, en un intento de descuartizarlo miembro a miembro. Una soldado le clavó las pinzas en el cuello, y los gritos de Kinsky quedaron reducidos a un gorgoteo mientras la sangre brotaba a borbotones de la herida y rociaba la cabeza del insecto. Varias obreras acudieron a completar el ataque, y el técnico desapareció rápidamente bajo un montón de hormigas frenéticas.

Peter se había lanzado hacia delante, lanza en mano, para intentar desviar la atención de las cabezudas, pero era demasiado tarde. Se detuvo y contempló horrorizado la masa de insectos mientras sostenía la lanza. Pensó que podría dar un poco de tiempo a los demás para que escaparan y avanzó hacia las hormigas. Entonces vio que Karen estaba junto a él, navaja en mano.

—Márchate de aquí —le dijo.

—No —respondió ella, agachándose y blandiendo el arma ante las hormigas.

Entretanto, más hormigas soldados habían salido del nido, buscando posibles enemigos. Una de ellas corrió hacia Karen y Peter con las mandíbulas abiertas. Peter le arrojó la lanza, pero el insecto la esquivó y fue a por él, moviéndose con gran rapidez.

—¡Déjame, Peter! —gritó Karen, retrocediendo.

Entonces, saltó en el aire, llegando mucho más alto de lo que cualquier ser humano sería capaz y aterrizó, igual que un gato, lejos de las hormigas. Al mismo tiempo, sacó del estuche que llevaba en el cinturón el spray de productos químicos defensivos que traía consigo con la intención de mostrárselo a Drake. Benzoquinonas. Estaba segura de que a las hormigas no les gustaban las benzos. Roció con ellas a la primera que se acercó. La cabezuda se detuvo en seco, dio media vuelta y se alejó a toda prisa.

—¡Sí! —gritó triunfalmente Karen.

El spray había funcionado. Las había hecho huir como conejos. Por el rabillo del ojo vio que el resto del grupo se alejaba corriendo de la entrada del nido. Bien, les había hecho ganar tiempo.

Siguió rociando y el producto las mantuvo a raya y detuvo sus ataques; pero el envase solo contenía una pequeña cantidad, y cada vez surgían más hormigas soldado de la colonia. El nido estaba en estado de alarma. Una cabezuda le saltó sobre el pecho, desgarrándole la camisa e intentando morderla en el cuello.

Karen soltó un grito de kárate; con una mano agarró al insecto en el aire y con la otra le clavó la navaja en la cabeza. La hoja atravesó el caparazón de quitina, y de la herida empezó a brotar hemolinfa, la sangre del insecto. Karen arrojó a la cabezuda al suelo y esta se retorció entre convulsiones, con el cerebro destrozado. Sin embargo, las hormigas no solo no tenían miedo ni instinto de autopreservación, sino que parecía haber un número infinito de ellas. Cuando empezaron a rodearla, Karen dio un salto hacia atrás, volando por los aires igual que una acróbata circense.

Cayó de pie y echó a correr.

Por delante de ella vio a sus compañeros corriendo, saltando por encima de las hojas caídas y de los tallos de helecho, sorteando obstáculos, brincando como si fueran gacelas.

«¿Cómo es que puedo correr tan deprisa? —se preguntó Karen—. No he corrido así en mi vida». Era evidente que en el micromundo sus cuerpos eran más fuertes y veloces. La invadió una embriagadora sensación de poderío sobrehumano.

Saltaba obstáculos como una atleta olímpica. Se dio cuenta de que en aquel micromundo estaba corriendo a una velocidad que en el mundo normal equivalía a unos sesenta kilómetros por hora.

«Has matado a una hormiga con una navaja y con tus manos desnudas», se dijo, asombrada.

No tardaron en perder de vista a las hormigas. A lo lejos se alzaba la tienda de aprovisionamiento.

Las obreras siguieron despedazando el cuerpo de Kinsky.

Le arrancaron los brazos y las piernas y le cortaron el torso en varios pedazos, partiéndole la columna y las costillas entre crujidos ruidosos y desparramando sus vísceras. Las hormigas bebieron su sangre entre sonoros sorbos y, a continuación, empezaron a llevarse los pedazos al nido, dejando un montón de restos de ropa ensangrentada e intestinos.

Karen dejó de correr un momento para mirar atrás y vio a las cabezudas arrastrando la cabeza de Kinsky hacia el agujero.

Los ojos sin vida del técnico la miraron fijamente antes de desaparecer. En ellos parecía haber una mirada de sorpresa.

Sede central de Nanigen

29 de octubre, 10.00 h

El día era soleado en el centro de Oahu, y la vista desde la sala de reuniones de Nanigen abarcaba buena parte de la isla. Desde las ventanas se divisaban los campos de caña, la autopista Farrington, Pearl Harbor, donde los barcos flotaban como fantasmas grises, y las torres blancas de Honolulu. Más allá de la ciudad, una línea abrupta de picos dibujaba el horizonte con tonos verdes y azules. Eran las montañas Ko'olau, el Pali de Oahu. Las nubes empezaban a cubrirlas.

—Hoy lloverá en el Pali, como suele suceder —dijo Vin Drake, sin dirigirse a nadie en particular mientras pensaba que la lluvia resolvería el problema si es que no lo habían hecho ya las hormigas.

Naturalmente, si había habido supervivientes, cabía la posibilidad de que se hubieran refugiado en alguna de las tiendas de aprovisionamiento. Tomó nota mentalmente para no olvidarse de ese detalle.

Se apartó del ventanal y se sentó a la larga mesa de madera pulida, donde varias personas lo esperaban. Frente a él tenía a Don Makele, el jefe de seguridad. También estaban la ejecutiva de Nanigen encargada de las relaciones con los medios de comunicación, Linda Wellgroen, y su ayudante, así como miembros de otros departamentos.

En el extremo de la mesa, solo, se sentaba un individuo delgado con gafas de cristales sin montura. El doctor en medicina Edward Catel era el ejecutivo de enlace entre Nanigen y el Davros Consortium, el grupo de empresas farmacéuticas que financiaban la empresa. Davros había invertido mil millones de dólares en Nanigen, y Edward Catel vigilaba en nombre de los accionistas la utilidad que se daba a ese dinero.

—Siete posgraduados —dijo Drake—. Pensábamos contratarlos para que hicieran trabajos de campo en el micromundo. Han desaparecido junto con nuestra directora financiera, Alyson Bender.

—Puede que hayan ido a ver las olas en la costa norte —dijo Don Makele, el jefe de seguridad. Drake miró su reloj.

—Puede, pero a estas horas ya deberíamos tener noticias tuyas.

—Abriré un expediente de personal desaparecido —propuso Makele.

—Me parece bien —convino Drake.

Vincent Drake se preguntó cuánto tardaría la policía en descubrir el Bentley de la empresa con Alyson y los objetos personales de los estudiantes en su interior. El coche había caído a una cala, y no creía que la policía pudiera especular demasiado con el accidente. Los agentes de Hawai eran casi todos isleños —y se tomaban la vida con tranquilidad—, de manera que solían inclinarse por las explicaciones más sencillas, porque eso les facilitaba el papeleo. Aun así, no quería que las autoridades se interesaran demasiado, de modo que dio las instrucciones oportunas a Makele y al personal que se dedicaba a tratar con los medios.

—Actualmente, Nanigen no puede permitirse el lujo de convertirse en el centro de atención de los medios. La empresa se encuentra en un momento crítico de su expansión, así que necesitamos resolver de forma discreta los pequeños problemas que han surgido con el campo tensor, y en concreto el de las microhemorragias. —Se volvió hacia Linda Wellgroen, la ejecutiva encargada de los medios—. Tu trabajo será evitar cualquier publicidad sobre este incidente.

La mujer asintió.

—Entendido.

—Si la prensa pregunta —prosiguió Drake—, muéstrate tan cordial y colaboradora como quieras, pero no des ninguna información. Tu misión es ser mortalmente aburrida.

—Está en mi currículum —contestó Wellgroen con una sonrisa—. «Experiencia en la amortiguación del impacto comunicativo en contextos de crisis». Eso quiere decir que cuando hay problemas los medios me encuentran tan interesante como a una monja hablando del sexo de los ángeles.

—Esos chicos no se meterían en el campo tensor, ¿verdad? —preguntó Makele.

—Claro que no —contestó Drake tajante.

Wellgroen anotó algo en su libreta.

—¿Alguna idea de qué puede haberle ocurrido a la señorita Bender?

Drake adoptó una expresión ceñuda.

—Francamente, estos últimos días Alyson nos ha tenido preocupados. Parecía deprimida. Como saben, era la pareja de Eric Jansen, y cuando este desapareció en el mar... Bueno, digamos que Alyson tenía ciertas dificultades en gestionar sus emociones.

—¿Crees que puede haberse quitado la vida? —preguntó la ejecutiva.

Drake menó la cabeza.

—No lo sé, la verdad. —Se volvió hacia Makele—. Escucha, Don, creo que sería conveniente que advirtieras a la policía sobre el estado emocional de nuestra directora financiera.

La reunión finalizó y Wellgroen salió de la sala acompañada por los demás; pero, en el último momento, Drake hizo un gesto a Makele para que se quedara.

El jefe de seguridad dio media vuelta, y Drake cerró la puerta. Solo estaban ellos dos y el doctor Catel, que seguía sentado al extremo de la mesa y que no había abierto la boca en ningún momento.

Drake y Catel se conocían desde hacía años y habían ganado cuantiosas cantidades de dinero haciendo tratos juntos.

Drake pensaba que la mejor cualidad del representante de Davros era que carecía de emociones. Era médico, pero hacía mucho que no ejercía la profesión. Lo único que le interesaba era el dinero, los contratos y los beneficios. El doctor Catel era tan cálido como una granizada en invierno.

—La situación no es exactamente como se la he contado a Wellgroen —dijo Drake al cabo de un momento—. Esos chicos se metieron en el campo tensor y están en el micromundo.

—¿Qué pasó, señor? —preguntó Makele.

—Te lo diré, Don. Son espías industriales.

Catel habló por primera vez.

—¿Qué te hace pensar eso, Vin? —dijo con voz inexpresiva.

—Descubrí a Peter Jansen en la zona del Proyecto Omicron, y esa es una zona prohibida.

Además, sujetaba un lápiz de memoria en la mano. Cuando me acerqué a él, tenía toda la pinta de que lo hubiese pillado con las manos en la masa. Tuve que agarrarlo y sacarlo a toda prisa de allí. Los «bots» podrían haberlo matado.

Catel alzó una ceja. Era una de esas personas que parecían tener un control total sobre sus músculos faciales.

—La zona Omicron no debe de ser muy segura si un simple estudiante puede acceder a ella.

Drake se sintió ofendido.

—Es una zona restringida, pero no podemos tener los «bots» activos continuamente, porque entonces nadie podría entrar. Soy yo quien debería preguntarte acerca de la seguridad, Ed. Tú le pagaste al profesor Ray Hough una buena cantidad de dinero para que nos permitiera contratar a esos siete estudiantes.

—No le pagué ni un centavo, Vin. Solo le di acciones de Nanigen, y por debajo de la mesa.

—¿Y qué? ¡Tú eres el responsable de la conducta de esos estudiantes, Ed! Tú arreglaste la situación en Cambridge para que pudiéramos traerlos.

—Y tú no has solucionado el problema de las microhemorragias —replicó Catel sin levantar el tono—. Tú los has enviado al micromundo con un considerable riesgo para sus vidas, ¿o acaso estoy haciendo conjeturas?

Drake hizo caso omiso de aquellas palabras y caminó arriba y abajo por la sala.

—El cabecilla es ese Peter Jansen —dijo, hablando rápidamente—. Es el hermano de nuestro difunto vicepresidente, Eric Jansen. Peter parece obsesionado por responsabilizar a Nanigen por la muerte de su hermano. Está buscando la forma de vengarse y para ello pretende robar nuestros secretos. Incluso es posible que pretenda vender nuestra tecnología.

—¿A quién? —preguntó Catel, bruscamente.

—¿Acaso importa?

La mirada del médico se endureció.

—Todo es importante.

Drake no pareció haberlo oído.

—También hay un técnico de Nanigen implicado en el espionaje. Un operador de la sala de control llamado Jarel Kinsky.

—¿Por qué crees eso?

Drake se encogió de hombros.

—Kinsky también ha desaparecido. Creo que se encuentra en el micromundo, en el jardín botánico de Waipaka, donde está haciendo de guía a los estudiantes. Creo que lo que intentan averiguar es cómo hacemos nuestras labores de campo y lo que hemos descubierto con ellas.

El doctor Catel se pellizcó el labio, pero no dijo más.

—¿Quiere que ponga en marcha un rescate? —preguntó Makele.

—Demasiado tarde —dijo Drake, tajante—. A estas alturas ya estarán muertos. —Lanzó una mirada fulminante a Makele—. Nanigen ha sido atacada estando tú al frente de la seguridad, Don. Según parece, no te enteraste de nada. ¿Puedes explicármelo?

Makele apretó los dientes. Llevaba una camisa hawaiana que le cubría la voluminosa barriga, pero sus musculosos brazos no tenían un gramo de grasa. Drake vio lo tensos que estaban. Don

Makele era un ex oficial de inteligencia de los marines. Un desliz como aquel —un espía operando bajo sus mismísimas narices— constituía un error imperdonable.

—Le presento mi dimisión, señor —dijo a Drake—. Efectiva desde este mismo momento.

Drake sonrió y apoyó la mano en su hombro; notó su transpiración bajo la camisa floreada. Le complacía comprobar que unas pocas palabras, bien elegidas, lograban hacer sudar a un ex marine.

—No te la acepto, Don. —Drake lo miró con atención. Acababa de humillar a su jefe de seguridad y en esos momentos este haría lo imposible por complacerlo—. Ve al jardín botánico de Waipaka y recoge todas las tiendas de aprovisionamiento. Todas. Luego, tráelas aquí. Hay que limpiarlas y reacondicionarlas.

Eso impediría que, de haber supervivientes, pudieran refugiarse en alguna de ellas.

El doctor Catel cogió su maletín y se dirigió hacia la puerta. Miró a Drake, asintió levemente con la cabeza y salió sin decir palabra.

Vin Drake comprendió exactamente lo que significaba aquel gesto de cabeza. «Date prisa en arreglar este lío y no habrá que informar a Davros».

Fue hasta la ventana y miró por ella. Como era habitual, los alisios soplaban contra las montañas, convirtiéndose en bruma y chaparrones. No había nada de lo que preocuparse. Para unos humanos sin armas y sin un equipo protector, la supervivencia en el micromundo se medía en minutos u horas, no en días.

—La naturaleza seguirá su curso —dijo en voz baja para sí.

Estación Eco

29 de octubre, 10.40 h

Los siete jóvenes se reunieron ante la entrada de la tienda. En un cartel se leía: ESTACIÓN DE APROVISIONAMIENTO ECO. PROPIEDAD DE NANIGEN MICROTECHNOLOGIES.

Todos ellos estaban conmocionados, horrorizados por la brutal muerte de Kinsky y al mismo tiempo asombrados por la rapidez con la que habían corrido. Danny había perdido los mocasines de borlas —habían salido despedidos durante la carrera, un sprint con el que habría avergonzado a cualquier corredor olímpico— y estaba de pie y descalzo en el suelo húmedo. Además, todos habían visto a Karen luchando contra las hormigas, sus quiebro y sus saltos por el aire.

Estaba claro que en el micromundo eran capaces de proezas que nunca habían imaginado.

Examinaron rápidamente la estación, porque las hormigas podían presentarse allí en cualquier momento. La tienda, en cuyo interior había varias cajas de madera, se levantaba sobre un suelo de cemento en cuyo centro había una trampilla de hierro que se abría con una rueda, igual que la escotilla de un submarino. Peter la hizo girar y la levantó. Una escalerilla descendía hacia la oscuridad.

—Iré a echar un vistazo —dijo.

Se colocó la linterna en la cabeza y bajó.

Acabó en medio de una sala a oscuras. Encendió la linterna, y el haz de luz iluminó varios camastros y algunas mesas. Entonces vio una serie de interruptores en la pared y los conectó.

Las luces se encendieron.

La sala era el interior de un búnker de cemento que albergaba un dormitorio espartano. Había literas apoyadas contra la pared, bancos de trabajo equipados con material básico de laboratorio, una zona comedor con una mesa y sillas y un hornillo eléctrico. Una puerta conducía a la sala de energía, constituida por dos baterías de tipo «D». Otra puerta daba a un aseo con un inodoro y una ducha. En un arcón había paquetes de comida instantánea. El búnker era a prueba de depredadores, una especie de refugio antibombardeos en un entorno biológicamente peligroso.

—Eso de ahí fuera no es Disneylandia —dijo Peter, sentado y casi desplomado sobre la mesa, agotado. Se sentía incapaz de pensar con claridad. Las imágenes de la muerte de Kinsky ocupaban todos sus pensamientos.

Karen estaba apoyada contra la pared. Tenía sangre de insecto por todas partes, una sustancia pegajosa, transparente y amarillenta que se secaba rápidamente.

Danny se había sentado y estaba encorvado sobre la mesa; no dejaba de tocarse la nariz y la cara.

Entre el equipo de laboratorio había un ordenador.

—Quizá podríamos conseguir información —dijo Jenny, encendiendo el aparato.

El ordenador se puso en marcha y en la pantalla apareció una casilla para la contraseña. Naturalmente, nadie la sabía, y Kinsky ya no estaba allí para ayudarlos con ese tipo de cosas.

—Aquí no estamos a salvo —dijo Rick—. Drake podría presentarse en cualquier momento.

Amar se mostró de acuerdo.

—Sí, propongo que nos aprovisionemos de todo lo que nos haga falta y nos larguemos inmediatamente.

—Yo no quiero volver a salir ahí fuera —dijo Erika, con voz temblorosa; se dejó caer en un camastro, preguntándose por qué demonios había abandonado la Universidad de Munich...

Echaba de menos el tranquilo mundo de la investigación europea. Los estadounidenses jugaban con fuego. Bombas de hidrógeno, megaláseres, cambios dimensionales con personas... no hacían más que despertar monstruos tecnológicos que eran incapaces de controlar, pero con cuyo poder parecían disfrutar.

—No podemos quedarnos aquí —le dijo Karen en tono comprensivo, porque se daba cuenta de lo asustada que estaba la joven alemana—. El ser más peligroso al que nos enfrentamos no es un insecto, sino un humano.

Era una observación acertada. Peter propuso que se atuvieran al plan inicial: intentar llegar al aparcamiento, subir de algún modo al camión de Nanigen y entrar en el campo tensor.

—Debemos recuperar nuestro tamaño normal lo antes posible —dijo—. No disponemos de mucho tiempo.

—Pero no sabemos cómo hacer funcionar el generador —objetó Jenny.

—Nos enfrentaremos a ese problema cuando se presente.

Rick intervino en la conversación.

—Tenemos algunas cosas que pueden ayudarnos a subir a ese camión —dijo—, incluida la escalera de cuerda que encontramos en la mochila.

Había estado rebuscando en las cajas de suministros y había encontrado otro juego de radios portátiles. Con ellas tenían un total de cuatro aparatos para comunicarse.

—Solo hay una cosa que podamos hacer, y es llamar pidiendo ayuda —sentenció Danny señalando la radio con auriculares integrados.

—Tú llama a Nanigen —le contestó Rick—, y ya verás como Drake vendrá enseguida a buscarnos. Pero no aparecerá con una lupa, sino con su bota.

Peter propuso no utilizar las radios salvo en caso de emergencia, por si Drake estuviera a la escucha.

—No te entiendo —protestó Danny—. Tenemos que pedir ayuda.

Jenny prefirió no tomar parte en la conversación y se dedicó a abrir los armarios uno tras otro y a registrarlos minuciosamente. Encontró una libreta y empezó a pasar las páginas.

Alguien había llenado las primeras hojas con notas —datos meteorológicos, apuntes de actividades— pero no encontró nada útil hasta que dio con el mapa.

—Mirad esto, chicos —dijo, abriendo la libreta encima de la mesa.

En una de las páginas, alguien había dibujado toscamente el valle de Manoa. El mapa mostraba la ubicación de las diez estaciones de aprovisionamiento repartidas por Fern Gully y montaña arriba, en dirección al cráter del Tántalo. Las estaciones estaban ordenadas siguiendo el alfabeto de la OTAN,

empezando por Alfa, Bravo y Charlie hasta llegar a Kilo. Había un indicador en forma de flecha donde ponía CRÁTER DEL TÁNTALO-GRAN PEÑASCO, pero ni este ni la base del cráter aparecían en el mapa.

Por tosco e incompleto que fuera, el mapa contenía información valiosa. Mostraba la distribución de las estaciones, además de las referencias necesarias —piedras, árboles o grupos de helechos— para localizarlas. Había una junto al aparcamiento, la estación Alfa, y se hallaba bajo unas plantas de jengibre, según la nota del plano.

—Podríamos dirigirnos a la estación Alfa —propuso Peter—. Aunque no nos quedemos en ella, siempre podemos abastecernos de provisiones e información.

—¿Y por qué deberíamos movernos de aquí? —preguntó Danny—. Kinsky tenía razón. Deberíamos negociar con Drake.

—¡Ni se te ocurra intentarlo siquiera! —dijo Rick casi a gritos.

—¡Por favor, dejadlo ya! —exclamó Amar, que no podía soportar el conflicto. Primero había sido la discusión entre Karen y Rick y, en esos momentos, Rick la había tomado con Danny—. Escucha, Rick, cada uno es como es. Tienes que ser más tolerante con Danny.

—Corta el rollo, Amar. Este tío nos llevará a la muerte con sus estupideces.

Peter se dio cuenta de que la situación se estaba descontrolando. Si algo era capaz de destruirlos sería un conflicto en el seno del grupo. Debían funcionar como un equipo o no tardarían en estar todos muertos. De alguna manera debía conseguir que aquel heterogéneo puñado de científicos comprendiera que la supervivencia requería cooperación. Así pues, se levantó, se dirigió hacia la cabecera de la mesa y esperó a que se hiciera el silencio. Al fin, todos callaron.

—¿Habéis acabado de discutir? —preguntó—. Bien, porque tengo algo que deciros. Ya no estamos en Cambridge. En el mundo académico, os abris camino liquidando a vuestros rivales y demostrando que sois más listos que nadie. Pero en este bosque no es cuestión de abrirse camino, sino de seguir con vida. Para sobrevivir tenemos que cooperar, así que debemos acabar con cualquiera que nos amenace o moriremos.

—Matar o que te maten, ¿no? —dijo Danny en tono burlón—. Volvemos a la vieja filosofía darwiniana de tiempos victorianos.

—Danny, tenemos que hacer lo que sea necesario para sobrevivir —respondió Peter—, pero la supervivencia no es solo matar. Piensa en lo que somos en cuanto humanos. Hace un millón de años, nuestros antepasados sobrevivieron en las sabanas de África trabajando en equipo. «Grupos» es una palabra más adecuada. En aquella época no éramos más que grupos de humanos. Hace un millón de años, no estábamos en la cúspide de la pirámide alimentaria, y nos cazaban todo tipo de animales, leones, hienas, leopardos, cocodrilos... Sin embargo, nosotros, los humanos, llevamos mucho tiempo enfrentándonos a los depredadores y hemos sobrevivido utilizando el cerebro, las herramientas y la cooperación, es decir, el trabajo en equipo. Creo que estamos preparados para lo que aquí nos espera, pensemos en ello como una oportunidad única de ver cosas increíbles en la naturaleza, cosas que nadie antes ha visto.

»Sin embargo, sea cual sea la decisión que tomemos, tendremos que trabajar codo con codo o moriremos. Somos tan fuertes como el miembro más débil de nuestro equipo.

Peter calló, temeroso de haber ido demasiado lejos, de haber soltado un sermón a sus

compañeros. Hubo un largo silencio mientras todos asimilaban sus palabras.

Danny fue el primero en hablar.

—Supongo que cuando te refieres al miembro más débil estás hablando de mí, ¿no? —preguntó fulminando a Peter con la mirada.

—No he dicho eso, Danny, y...

—Perdona, Peter —lo interrumpió secamente—, pero no soy ningún homínido simiesco con una piedra en su mano peluda que se dedica a romper alegremente la cabeza a los leopardos. En realidad soy una persona culta y acostumbrada a un entorno urbano. Ya sé que ahí fuera no está Harvard Square, sino un infierno verde rebosante de cosas que se arrastran y hormigas del tamaño de un pitbull. Así pues, me quedaré en este búnker y esperaré ayuda. —Golpeó la pared con los nudillos—. Es a prueba de hormigas.

—Nadie vendrá a ayudarte, Danny —le dijo Karen.

—Eso ya lo veremos —contestó, yendo a sentarse aparte.

Amar se dirigió al resto del grupo.

—Peter tiene razón. —Se volvió hacia él—. Yo quiero estar en tu equipo —dijo, y a continuación cerró los ojos, como si estuviera pensando en algo.

—Yo también quiero estar en el equipo —dijo Karen.

—Peter está en lo cierto —reconoció Erika.

—Creo que necesitamos un líder —declaró Jenny—, y me parece que Peter es el más adecuado.

—Peter es la única persona del grupo que se lleva bien con todos —admitió Rick—, por lo tanto, eres el único que puedes dirigirnos.

Una rápida votación confirmó el resultado. Únicamente Danny no quiso participar.

A partir de ese momento, debían empezar a trabajar en equipo.

—Primero podríamos comer algo —propuso Rick—. Me muero de hambre.

Lo cierto era que todos estaban hambrientos. Llevaban en pie toda la noche y no habían comido nada. Además, habían tenido que correr como locos para escapar de las hormigas.

—Sí, seguro que hemos quemado un montón de calorías —dijo Peter.

—Nunca he tenido tanta hambre en mi vida —aseguró Erika.

—Nuestros cuerpos son pequeños, pero seguramente quemamos calorías más deprisa —dijo Karen—. Como los colibríes, ¿me entendéis?

Cogieron los paquetes de comida instantánea, los abrieron y los devoraron. No era gran cosa, y desaparecieron enseguida.

También encontraron una tableta de chocolate. Karen la partió en siete trozos con su navaja, y el chocolate también desapareció enseguida.

Registraron el búnker en busca de cualquier cosa que pudiera serles de utilidad y, entre otras, encontraron unas cuantas botellas de plástico de laboratorio y frascos con tapa que apilaron sobre la mesa. Las botellas podían servirles para llevar agua y guardar cualquier compuesto que pudieran encontrar.

—Necesitaremos armas químicas, como las que tienen las plantas y los insectos —dijo Jenny.

—Sí, y yo necesitaré un frasco para mi curare —añadió Rick.

—Bien, curare —repuso Karen.

—Es letal.

—Si sabes cómo prepararlo...

—Por supuesto que sé —contestó Rick, airadamente.

—¿Y quién te enseñó, Rick? ¿Algún cazador de la selva?

—He leído trabajos que...

—Trabajos sobre curare... No digas más —replicó Karen, antes de darse la vuelta y seguir con otras cosas mientras Rick echaba chispas.

En un cajón encontraron tres machetes, cada uno con su funda, su cinturón y un afilador de diamante en un estuche del cinto. Peter desenvainó uno y palpó el filo.

—¡Caramba, sí que está afilado! —exclamó.

Para probar la hoja, golpeó la mesa de madera y vio cómo penetraba en ella como si fuera mantequilla. Aquel machete estaba tan afilado como un escalpelo.

—Corta casi como un microtomo —comentó—, como el que utilizamos en el laboratorio para obtener láminas de tejidos. —Peter sacó el afilador y lo pasó por la cuchilla—. El filo es muy fino, de modo que seguro que se vuelve romo enseguida, pero gracias al afilador podremos afilarlos cuando queramos. Nos serán de utilidad para abrirnos paso entre la vegetación.

Karen cogió uno y lo movió en el aire.

—Está bien equilibrado. Es una buena arma.

Rick dio un paso atrás al verla ejercitarse con el machete.

—Cuidado, puedes cortarle la cabeza a alguien —le dijo.

—Tranquilo —repuso ella con una sonrisa burlona—, sé lo que hago. Tú dedícate a tus dardos y a tu fruto del árbol del paraíso.

—Oye, deja de meterte conmigo —protestó Rick—. ¿Se puede saber qué te pasa?

Peter decidió intervenir. Resultaba más fácil prometer que iban a trabajar en equipo que cumplirlo.

—Por favor, Rick y Karen, os agradeceríamos que dejarais de discutir. Es malo para todos.

Jenny golpeó a Rick en el hombro.

—Es la forma de Karen de enfrentarse al miedo —terció.

Aquello no sentó bien a Karen, pero no dijo nada más.

Jenny tenía razón. Karen sabía perfectamente que los machetes no detendrían a determinados depredadores —como los pájaros, por ejemplo— y pinchaba a Rick porque estaba asustada.

Había manifestado su miedo ante los demás y eso la avergonzaba. Subió por la escalerilla y salió al exterior. Para tranquilizarse, empezó a examinar el contenido de las cajas apiladas en la tienda. En una encontró paquetes de comida; y en otra, probetas llenas de muestras, seguramente recogidas por el equipo anterior. Bajo una lona descubrió una barra de acero. Era más alta que ella, tenía un extremo acabado en punta; y el otro, aplastado y ensanchado. Por un momento, se preguntó qué sería; pero entonces cayó en la cuenta. Asomó la cabeza por la escotilla del búnker y gritó:

—¡Eh, he encontrado un alfiler!

No estaba claro qué hacía un alfiler en la tienda. Seguramente alguien lo había utilizado para

clavar algo en el suelo.

Fuera como fuese, estaba hecho de acero y podían afilarlo para convertirlo en un arma.

—Podríamos utilizar los afiladores de los machetes para afilarle la punta y hacerle una entalladura, como si fuera un arpón —propuso Karen.

Se pusieron a trabajar en el interior de la tienda porque el alfiler era demasiado grande para bajarlo por la escalerilla. Primero, cortaron el extremo aplastado del alfiler para reducir su tamaño y equilibrarlo y, a continuación, se turnaron para aguzar y entallar la punta. Cuando terminaron, Peter lo cogió y lo blandió en el aire. Era una barra de acero grande y reluciente, bien equilibrada, y la manejaba como si apenas pesara. En el micromundo, un arma así era lo bastante contundente y puntiaguda para matar un insecto si se la arrojaban.

Danny no quiso tomar parte en los preparativos. Se sentó abrazándose las rodillas en uno de los camastros y permaneció allí, observando. Peter sintió lástima y fue a hablar con él.

—Ven con nosotros, Danny. Aquí no estarás seguro.

—Dijiste que yo era el más débil —le contestó.

—Necesitamos tu ayuda.

—Sí, para un suicidio asistido —repuso amargamente, negándose a moverse.

Rick pretendía fabricar dardos para una cerbatana. Salió de la tienda, machete en mano para defenderse de cualquier hormiga, y cortó unos cuantos tallos de hierba. Luego volvió a entrar en el búnker y los partió en sentido longitudinal para dejar solamente las hebras más resistentes. La hierba parecía tan dura como el bambú. Cortó varias astillas en forma de punta y las convirtió en dardos. A continuación las endureció calentándolas en el hornillo. Cuando hubo terminado, desgarró uno de los colchones y cogió un poco de relleno. Necesitaba atar una bola de esa fibra en la cola de los dardos para que pudieran lanzarlos soplando a través de un tubo, y para ello precisaba cuerda fina o hilo.

—Amar, ¿te queda algo de tu hilo de araña?

Su compañero negó con la cabeza.

—Lo siento, lo gasté todo para sacar a Peter del terrario de la serpiente.

—No pasa nada.

Rick empezó a rebuscar hasta que, al final, dio con un rollo de cuerda. Cortó un trozo y la deshizo hasta conseguir una trenza muy fina y resistente. Luego cogió un poco del relleno y lo ató con ella a la base del dardo. Ya tenía un dardo como es debido, con la punta endurecida y su cola, listo para impregnarlo en veneno.

Sin embargo, nadie que se considerase un científico podía darse por satisfecho sin probarlo. Enrolló firmemente uno de los tallos de hierba para que le sirviera de cerbatana, la cargó con un dardo, apuntó al armazón de madera de las literas y sopló con fuerza. El dardo salió a toda velocidad, dio contra su objetivo y rebotó inofensivamente.

—¡Mierda! —masculló.

Si no podía penetrar en la madera, tampoco podría atravesar el exoesqueleto quitinoso de un insecto.

—No sirve —dijo Karen.

—El dardo necesita una punta metálica —convino Rick.

¿De dónde podía obtenerla? De la cubertería, de los tenedores y los cuchillos. Cogió un tenedor y dobló uno de los dientes hasta partirlo. Después lo afiló tanto como pudo y lo clavó y ató en la punta del proyectil. Volvió a lanzarlo contra las literas y esta vez el dardo no rebotó, sino que se incrustó en la madera con un golpe seco.

—Eso atravesará un escarabajo —dijo Rick, satisfecho.

Uno a uno, fue cortando los dientes de los tenedores y afilándolos hasta que consiguió tener una veintena de dardos para la cerbatana. Por último, los metió en una de las cajas de plástico del laboratorio para mantenerlos secos y que no se estropearan.

Pero todavía tenía que preparar el curare, y para lograrlo necesitaba reunir más ingredientes. Al igual que una complicada salsa, el curare contenía distintos compuestos que había que hervir juntos; y, por el momento, solo contaba con el fruto del árbol del paraíso que había tenido que dejar en la tienda porque nadie quería algo tan tóxico dentro del búnker. Por la misma razón no podía hervir la preparación en el hornillo. Los vapores podían ser letales en un espacio cerrado.

Tendría que encender un fuego en el exterior para preparar la mezcla.

También hallaron unos prismáticos y dos linternas más para la cabeza que guardaron en bolsas de lona. Amar encontró un rollo de cinta americana.

—Fantástico, no sé cómo podríamos sobrevivir en la jungla sin cinta americana —bromeó.

Rick abrió un cofre y gritó.

—¡Esto es una mina! —Sacó un delantal, guantes y gafas de laboratorio—. Es justo lo que necesito para preparar el curare.

Estupendo.

También iba a necesitar un recipiente que poner al fuego, de modo que rebuscó en la pequeña cocina y cogió un cazo de aluminio que guardó en la misma bolsa de lona, con el resto de sus cosas. A continuación, la cerró y se la echó a la espalda para calibrar cuánto pesaba. Se sorprendió. A pesar de lo voluminosa que era la notó muy ligera.

—¡Vaya! —exclamó—. ¡Soy tan fuerte como una hormiga!

Jenny encontró una brújula militar en el fondo de una caja.

Vieja y gastada, era como las que los soldados estadounidenses llevaban utilizando desde la guerra de Corea. Les serviría para orientarse. No hallaron rastro de ningún GPS.

—Eso es porque un GPS no podría darnos nuestra situación —explicó Peter—. Los GPS localizan con una precisión de unos diez metros. Con nuestro tamaño actual, eso equivale a una precisión de un kilómetro. En otras palabras, un GPS no puede decirnos nuestra ubicación más que con una precisión de un kilómetro, y esa es una distancia enorme para nosotros.

La brújula es mucho más útil para gente de nuestro tamaño.

De repente, tras la comida y el trabajo, a todos les entró sueño. Peter miró la hora y vio que era casi mediodía.

—¿Por qué no acabamos de cargarlo todo más tarde? —propuso Karen.

Aunque no habían dormido nada, estaban acostumbrados a pasar noches en vela, trabajando en el

laboratorio. Karen se enorgullecía de aguantar más que nadie, pero también a ella se le estaban cerrando los ojos.

«¿Por qué me siento tan cansada de repente?», se preguntó.

Quizá el cambio dimensional tuviera algo que ver. Con todas las calorías que habían consumido... Lo cierto era que le costaba concentrarse y no pudo resistir la tentación de echarse en una de las literas, donde cayó dormida en el acto. Todos hicieron lo mismo.

Valle de Manoa

29 de octubre, 13.00 h

Una ranchera, nueva y negra, se detuvo en el aparcamiento junto a los invernaderos del jardín botánico de Waipaka, y Don Makele, jefe de seguridad de Nanigen, bajó de ella. Se echó una mochila a la espalda y enganchó un cuchillo envainado en su cinturón. Se acercó a unos arbustos de jengibre que crecían junto al aparcamiento y sacó el arma. Era un Ka-Bar de hoja pavonada, el cuchillo de combate reglamentario de los marines. Apartó cuidadosamente los tallos con la hoja y vio la pequeña tienda: la estación de aprovisionamiento Alfa, escondida en la penumbra de las hojas. Se agachó para verla mejor y levantó la tela de la entrada.

—¿Hay alguien ahí? —preguntó.

Sabía que no hallaría respuesta, aunque un microhumano contestase. No vio ninguno. La estación Alfa estaba sellada y clausurada desde hacía un mes, cuando se marchó el último equipo de campo que la había ocupado.

Hundió el cuchillo en el suelo, junto a la tienda, y abrió un canal alrededor, moviéndolo hacia delante y hacia atrás. A continuación, metió los dedos y arrancó el búnker hundido en la tierra, haciendo que la tienda de campaña de encima se estremeciera. Se levantó, golpeó la estructura de hormigón contra la suela de su zapato para desprender los terrones de tierra y la guardó en la mochila.

Sacó un mapa y lo consultó. La siguiente parada era la estación Bravo. Echó a caminar rápidamente por el sendero que conducía a Fern Gully y, a unos veinte metros, giró y se internó en el bosque tropical, moviéndose ágilmente entre la vegetación. Según el mapa, la estación Bravo se hallaba en el lado sur de un árbol *koa* en cuyo tronco había una marca para facilitar su localización. Al cabo de unos momentos, lo vio. Alguien había clavado un trozo de cinta reflectante en el tronco.

Se arrodilló en el lugar indicado y encontró la tienda sin dificultad. Miró en el interior.

—¿Hay alguien? —dijo.

No obtuvo respuesta, y se preguntó si habría alguien en el refugio subterráneo. Se levantó, gritó «¡Hola!» y dio unas cuantas patadas en el suelo, junto a la tienda. Eso bastaría para hacer salir a cualquiera. Sin embargo, no vio movimiento alguno ni figuras diminutas que salieran corriendo. Repitió la maniobra con el cuchillo, desenterró el búnker y lo metió junto con la estación Alfa en la mochila. Consultó nuevamente el mapa y observó la pendiente que se alzaba hacia unos riscos y, finalmente, hasta lo alto del cráter el Tántalo. En su opinión, devolver todas las estaciones a Nanigen constituía una pérdida de tiempo. El micromundo se había tragado a aquellos estudiantes sin dejar rastro de ellos. No obstante, debía obedecer las órdenes de Drake. Para él no representaba ningún cargo de conciencia eliminar las únicas esperanzas de supervivencia de aquellos jóvenes, porque estaba seguro de que ya habían muerto. No hacía nada malo. Solo recoger las estaciones.

Siguió ascendiendo lateralmente por la montaña y recuperó Foxtrot, Golf y Hotel. Se sentía a

gusto en la jungla y se movía por ella sin dificultad. Un poco más arriba localizó la estación India. Subió un poco más y encontró Juliet, medio cubierta de barro. Kilo parecía haber desaparecido. Se suponía que debía estar incrustada en el suelo, al pie de un barranco, oculta por plantas trepadoras, y junto a una pequeña cascada, pero simplemente no la encontró, así que, al final, llegó a la conclusión de que la habría arrastrado alguna tormenta. Era algo que ocurría de vez en cuando. El hecho de que fueran tan pequeñas las hacía particularmente vulnerables a los fenómenos meteorológicos.

Volvió sobre sus pasos y bajó en línea recta hacia Fern Gully, en busca de la estación Eco, que se hallaba en lo profundo de ese sector, junto a una albizia.

—¡Ho... la!

El sonido resonó por todo el búnker y los despertó a todos.

El refugio se estremeció y reverberó, arrojando a los jóvenes de sus camas, tirándolos al suelo y zarandeándolos como si los hubiera golpeado un terremoto. Las luces se apagaron. La oscuridad se llenó con el estrépito de cajas y objetos cayendo y rompiéndose. Peter comprendió enseguida lo que estaba pasando.

—¡Hay alguien fuera! —gritó—. ¡Salid! ¡Salid todos!

Buscó a tientas su linterna, se la puso en la cabeza y la encendió.

La luz regresó. Las baterías habían hecho un mal contacto.

Rick cogió sus dardos y empezó a trepar por la escalerilla, seguido por Karen. Los demás recogieron frenéticamente las bolsas, los machetes y todo lo que pudieran llevarse.

Rick, que iba primero, llegó a lo alto de la escalera y cogió la rueda de la escotilla para abrirla cuando, de repente, tuvo la sensación de que todo el búnker se elevaba por los aires. Cayó de la escalerilla, mientras que sus compañeros rodaban por el suelo. El refugio se ladeó y unos golpes ensordecedores lo estremecieron.

—¡Condenado... trasto...!

Las palabras parecieron caer sobre el búnker como proyectiles de artillería.

Makele había abierto un canal en el suelo, alrededor de la tienda, y se había agachado para mirar en su interior. Dentro encontró un montón de provisiones desparramadas por doquier.

Aquello le pareció extraño, de modo que decidió abrir la escotilla para ver si había alguien dentro. Sujetó la ruedecilla con el índice y el pulgar e intentó girarla, pero solo consiguió romperla. No iba a poder abrirla.

—¡Mierda! —exclamó para sí.

Dejó la estación en el suelo, se arrodilló y golpeó la escotilla con la punta del cuchillo, pero no funcionó. La escotilla estaba fuertemente cerrada y ni siquiera el Ka-Bar podía forzarla. Makele decidió intentar otra cosa. Alzó el cuchillo y se dispuso a abrir el refugio como si fuera un melón.

El Ka-Bar, que para un microhumano tenía la altura de una casa de diez pisos, se hundió en el búnker

con un terrible estrépito, esparciendo fragmentos de cemento por todo el interior. La hoja se abrió paso hasta clavarse en la tierra y después empezó a cortar las paredes con un movimiento de vaivén.

Rick se agarró a la rueda de la escotilla, intentando hacerla girar para abrirla, y al final lo consiguió. Levantó la trampilla y arrojó por ella su bolsa de lona. Entonces el refugio destrozado se elevó en el aire y Rick vio el suelo, más abajo. El búnker giró hasta quedar totalmente de lado, y él apoyado contra la escalera. Sus compañeros se apelotonaban a su espalda. Alargó la mano, agarró la de Amar, lo ayudó a salir y lo vio caer al vacío. La estación subía por los aires, cada vez más alto. Peter se situó junto a Rick.

—Ayúdame a hacer salir a los demás —gritó.

Entre los dos consiguieron sacar a Danny. Lo oyeron gritar y vieron cómo caía. Erika fue la siguiente.

En el interior del refugio, Jenny había quedado atrapada.

Tenía el brazo bloqueado entre la hoja del cuchillo y la pared.

Karen luchó para soltárselo, pero la hoja se movía, amenazando con aplastarla a ella y a Jenny.

—¡Mi brazo! —gimió Jenny—. ¡No puedo moverlo!

Una mesa se deslizó y la golpeó al tiempo que unos fragmentos de cemento caían sobre Karen. Esta los apartó de una patada, sorprendida por su propia fuerza, y siguió forcejeando para liberar a Jenny.

El refugio volvió a bajar y se estrelló contra el suelo. El cuchillo acabó de partirlo en dos, arrojando a Karen y a Jenny fuera y dejando a la vista el cielo. Contra él se alzaba un individuo gigantesco al que no habían visto nunca. El individuo abrió la boca, profirió unos sonidos guturales y alzó nuevamente el Ka-Bar.

Karen ayudó a Jenny a levantarse y vio el arma en lo alto.

El brazo de Jenny colgaba formando un ángulo extraño.

—¡Corre! —le gritó Karen mientras la hoja del Ka-Bar caía hacia ellas.

Fern Gully

29 de octubre, 14.00 h

El cuchillo se clavó en el suelo, entre Karen y Jenny, separándolas, y siguió hundiéndose en lo que a ellas les pareció una profundidad interminable. Después lo retiraron con un temblor grave que hizo que todo se estremeciera a sus pies. Jenny estaba de rodillas, sujetándose el brazo y gimiendo.

Karen la ayudó a levantarse y empezó a correr a toda velocidad, cargando con ella. El cuchillo cayó de nuevo, pero Karen ya se había ocultado bajo un racimo de helechos, llevando a Jenny sobre su espalda.

El suelo vibró y se estremeció, pero los golpes fueron perdiendo violencia. El desconocido se alejaba llevándose con él los restos de la estación destrozada. Vieron cómo los arrojaba al interior de una mochila. Luego, desapareció.

Se hizo un silencio que únicamente rompía el llanto de Jenny.

—¡El brazo! —gimió—. ¡Me duele mucho el brazo!

Tenía una fractura muy fea.

—No te preocupes, te pondrás bien —le dijo Karen, intentando sonar optimista a pesar de que el brazo de Jen tenía muy mal aspecto. Lo más probable era que tuviera una doble fractura de radio. Karen encontró su bolsa de lona tirada en el suelo, la cogió, sacó una de las radios portátiles y empezó a llamar.

—¿Me oís, chicos? ¿Alguien me escucha? Estoy con Jenny. Tiene un brazo roto. ¿Podéis oírme?

De repente le llegó la voz de Peter.

—Estamos bien y estamos todos.

Se reunieron bajo los helechos y tumbaron a Jenny en una hoja, para que le hiciera de cama. Ninguno de ellos tenía experiencia médica. Karen abrió el botiquín y sacó una jeringa con morfina para que Jenny la viera.

—¿Quieres que te inyecte?

Jenny negó con la cabeza.

—No, gracias. Me quedaría demasiado atontada.

Sabía que, a pesar del dolor, era mejor que se mantuviera plenamente consciente, así que aceptó un par de analgésicos corrientes mientras Karen improvisaba un cabestrillo con un trozo de tela. Luego, entre todos, la ayudaron a sentarse. Estaba pálida y todo le daba vueltas.

—Estoy bien —dijo.

Pero no era cierto. El brazo se le estaba hinchando y adquiría un color amoratado por momentos.

Una hemorragia interna.

Karen cruzó una mirada con Peter y supo que él estaba pensando lo mismo. Recordaba lo que Kinsky les había dicho acerca de las microhemorragias. Podían morir de un simple corte, y aquello era más que un simple corte.

Peter miró su reloj. Eran las dos de la tarde. Habían dormido un par de horas.

El suelo se veía lleno de restos. Parecía que hubiera habido un naufragio. Las bolsas y las mochilas estaban tiradas por todas partes. Casi todo el contenido del bunker se había desparramado al partirse. Localizaron los machetes y el arpón. El fruto del árbol del paraíso de Rick yacía cerca de allí. Había caído de la tienda. Al menos contaban con provisiones y material de supervivencia, pero no sabían adonde dirigirse. Si ese desconocido se había llevado la estación Eco, ¿qué habría pasado con las demás? Y aquel hombre, ¿los habría visto? ¿Trabajaba para Drake?

No tenían más remedio que asumir lo peor.

Los habían descubierto y los habían privado de su medio de supervivencia. ¿Dónde podían esconderse? ¿Adonde irían?

¿Cómo conseguirían regresar a Nanigen?

Mientras sopesaban sus opciones, el cielo se oscureció. Una ráfaga de viento azotó una planta de *ihilea* cercana y sus hojas se agitaron violentamente, mostrando su reverso pálido. Peter alzó la mirada y vio que el viento zarandeaba las copas de los árboles.

Entonces oyeron un sonido extraño, un ruido grave y hueco, como una salpicadura gigante, y vieron asombrados que una esfera de agua enorme y chata caía en el suelo, junto a ellos, y explotaba en cientos de gotas más pequeñas que salieron volando en todas direcciones. Había empezado la lluvia de la tarde.

—¡Subid a algún sitio alto! —gritó Peter—. ¡Por aquí!

Echaron a correr, pendiente arriba, cogiendo todo lo que pudieran cargar. Karen se echó a Jenny a la espalda y corrió mientras las gotas de lluvia explotaban a su alrededor igual que proyectiles durante un bombardeo.

En Nanigen, Vin Drake se apartó de la pantalla del ordenador.

Había estado consultando las lecturas del radar meteorológico para el Ko'olau Pali. Realmente, los alisios eran unos vientos de fiar; siempre que chocaban con las laderas de la montaña, soltaban su carga de humedad. Las cimas del Ko'olau Pali eran uno de los lugares de mayor pluviosidad del planeta.

Don Makele llamó a la puerta. El jefe de seguridad entró y depositó los restos de la estación Eco sobre la mesa de Drake.

—Las camas estaban deshechas, y alguien había usado el baño. También vi a unos cuantos de ellos escabulléndose a toda velocidad por el suelo. Les ordené que se detuvieran e intenté detenerlos con el cuchillo, pero huyeron como cucarachas.

—Esto no me gusta —dijo Drake—. No me gusta nada. Te dije que lo solucionarás, Don.

—¿Qué quiere que haga, señor? —preguntó el ex marine.

Drake se recostó en su asiento y se dio unos golpecitos en los labios con su bolígrafo de oro. En la pared que tenía a su espalda, colgaba un retrato suyo pintado por un artista de Brooklyn muy cotizado. Su rostro aparecía fragmentado en colores vivos. La imagen transmitía una sensación de poder, y a Drake le gustaba.

—Quiero que cierres la verja de seguridad de la entrada del valle de Manoa y que interrumpas el

enlace diario por camión. Luego tráeme a tus mejores hombres.

—Los mejores son Telius y Johnstone. Los entrené personalmente en Kabul.

—¿Tienen experiencia en el micromundo?

—Mucha —contestó Makele—. ¿Qué quiere que hagan?

—Que rescaten a esos estudiantes.

—Pero si ha decidido cerrar el valle...

—Haz lo que te digo, Don.

—Desde luego, señor.

—Me reuniré con tus hombres fuera. Aparcamiento B, dentro de veinte minutos.

Las gotas de lluvia caían con fuerza y estallaban en el suelo, lanzando en todas direcciones pequeñas esferas de agua mezcladas con tierra. Peter desapareció en una nube de salpicaduras cuando una gota lo golpeó. El impacto lo arrojó por los aires y lo dejó tendido en el suelo, aturdido y tosiendo mientras los demás corrían y resbalaban a medida que el chaparrón iba en aumento. Entonces oyeron un poderoso bramido, como el de un tren acercándose.

Era el torrente de la inundación que bajaba hacia Fern Gully. Una pared de agua sucia se abatió sobre ellos, saltando por encima de una piedra, rodeando la base de un árbol de helecho y obligándolos a nadar para salvar la vida. Karen llevaba a Jenny a la espalda cuando el agua la embistió. Jenny se sintió arrastrada y lanzó un grito.

—¡Jenny! —gritó Karen. De repente se encontró agarrada a una hoja que daba vueltas, llevada por la corriente. No podía ver a Jenny, pero Rick estaba arrodillado encima de la hoja y le tendía la mano.

—¡Agárrate! —le gritó, cogiéndola por las muñecas y ayudándola a subir.

La hoja giraba sobre sí misma, arrastrada por el torrente.

—¡He perdido a Jenny! —exclamó, tosiendo y jadeando—. ¡Con el brazo roto, Jenny no puede nadar!

Danny había logrado encaramarse a una piedra, y el agua corría con fuerza a su alrededor.

Una gran lombriz pasó por su lado, llevada por la corriente. Jenny se debatía en el agua, pero el cabestrillo le dificultaba los movimientos. Desapareció bajo la superficie, pero volvió a emerger.

Rick se tendió boca abajo en la hoja y alargó el brazo todo lo que pudo.

—¡Cógete, Jenny! —gritó.

—¡Aguanta, Rick! —dijo Karen—, sujetándolo por los pies para que no resbalara de la hoja en su intento de salvar a Jenny.

Esta giró sobre sí misma y alargó su mano sana, pero pasó junto a Rick, rozándole los dedos. Rick no pudo agarrarla y lanzó un grito de frustración.

Jenny vio que se acercaba a la piedra donde Danny se había refugiado.

—¡Danny, por favor! —vociferó, tendiéndole el brazo bueno mientras la corriente intentaba hundirla.

Danny alargó la mano y sus dedos se entrelazaron. Con la otra mano logró agarrar el cabestrillo y empezó a atraer a Jenny hacia él. Entonces notó que empezaba a resbalar de la piedra.

Jenny aulló de dolor cuando notó que le tiraban del brazo roto, pero no le importó.

—¡No me sueltes, por favor! —gritó, aferrándose a la camisa de Danny con la mano sana.

«Alguien que se ahoga puede arrastrar con él a su rescatador», pensó Danny, que conocía algún caso. Sabía que alguien en esa situación podía ser muy peligroso.

Miró alrededor, para ver si alguien los observaba, y después clavó sus ojos en Jenny.

—Lo siento —dijo, soltándola.

Estaba seguro de que ella iba a arrastrarlo y de que se ahogarían los dos. Se dio la vuelta, incapaz de soportar la expresión de Jenny. Había hecho todo lo que había podido para salvarla.

Si no la hubiera soltado, ambos habrían perecido. Además, ella estaba condenada en cualquier caso. Se acurrucó como pudo en su roca mientras el agua bajaba con fuerza a su alrededor y se repetía «Soy una buena persona». Nadie había visto lo que acababa de hacer, nadie salvo Jenny. Aquella expresión en su mirada...

Karen gritó cuando vio que a Danny se le escapaba.

—¡No, Jenny, no!

Vieron la cabeza de su compañera que asomaba una vez más en la corriente y luego desaparecía. No volvieron a verla.

Sede central de Nanigen

29 de octubre, 14.30 h

Vin Drake cruzó el aparcamiento y fue hacia Telius y Johnstone, que lo esperaban entre dos coches al final del solar. Era mejor que hablaran fuera. Cualquier cosa que se dijera podría ser oída, grabada y conservada. No podía descuidar ningún detalle. Los detalles son pruebas, y las pruebas podían delatarlos.

—Hemos tenido un fallo en la seguridad —dijo Drake a los dos hombres.

Telius era un individuo menudo y fibroso, con la cabeza afeitada; sus ojos inquietos examinaban el suelo como si hubiera extraviado algo mientras escuchaba con la cabeza ladeada.

Johnstone, mucho más alto, llevaba gafas de sol y se mantenía en posición de descanso, con las manos a la espalda. Lucía un tatuaje en la cabeza, que llevaba casi rasurada.

—Nos enfrentamos a unos espías industriales que podrían hundir Nanigen —prosiguió Drake—. Creemos que trabajan para algún gobierno extranjero. Como quizá ya sepan ustedes, en Nanigen desarrollamos ciertas actividades confidenciales que algunos gobiernos estarían encantados de conocer.

—No sabemos nada de eso —repuso Telius.

—Así debe ser —convino Drake—. Ustedes no saben nada.

Alguien entró con el coche y aparcó, y Drake hizo una pausa mientras se llevaba a los dos hombres y caminaba con ellos fuera del aparcamiento, esperando a que el empleado entrara en el edificio. El viento agitaba las acacias que crecían en el solar contiguo.

Drake se volvió y contempló el edificio anodino que albergaba la sede central de Nanigen.

—Esta nave no parece gran cosa, pero, en el futuro, lo que contiene valdrá miles de millones de dólares. Miles de millones. —Hizo un silencio para que la magnitud de la cifra calara en los hombres—. Todos aquellos que tengan acciones preferentes de la empresa se harán fabulosamente ricos. —Entornó los ojos por el sol y miró de soslayo a los dos mercenarios—. Saben qué son las acciones preferentes, ¿verdad? Los propietarios de acciones preferentes pueden venderlas con grandes beneficios cuando la empresa sale a bolsa. —No sabía si aquellos hombres veían adonde quería llegar. Sus rostros no revelaban nada, ni la menor emoción.

«Rostros de auténticos profesionales», pensó.

—Quiero que entren en el micromundo —continuó diciendo—. Será una misión de rescate para encontrar a los espías. Les daré todo el equipo necesario para que puedan moverse, armas y un hexápodo, todo lo que necesiten. Los espías cayeron... Creemos que se han perdido en un radio de unos veinte metros alrededor de la estación Eco. Es posible que estén siguiendo los microsendederos en busca de otras estaciones de aprovisionamiento para refugiarse en ellas. Hemos retirado todas las estaciones salvo Kilo, porque no hemos podido encontrarla. Irán siguiendo los senderos, yendo de estación en estación en busca de esos espías. Y, esto... —¿Cómo decirlo para que no hubiera lugar a

equívocos?—, ustedes deben encontrar a esos desaparecidos, pero la cuestión es que el rescate debe fracasar. ¿Lo entienden? Por mucho que ustedes lo intenten, nadie podrá encontrar a esos espías. No quiero saber cómo lo consiguen, pero los espías deben desaparecer. Tampoco quiero oír rumores de ningún tipo acerca de lo que pudo sucederles. Si no queda rastro de ellos, tendrán una... recompensa. —Drake metió las manos en los bolsillos y notó la brisa en la cara—. El fracaso de su misión es la única opción posible.

Se volvió y miró a los dos hombres, pero no vio nada en ellos. Sus rostros permanecían tan inexpresivos como al principio. Un pájaro voló cerca y se posó en las acacias.

—Si la misión fracasa, la recompensa para ustedes será un paquete de acciones de Nanigen. Cuando la empresa salga a bolsa, valdrán millones de dólares. ¿Lo entienden?

Los dos mercenarios lo contemplaron con ojos vacíos de toda expresión.

Pero lo habían entendido. Drake no tenía la menor duda de ello.

—Ahora son ustedes inversores capitalistas —concluyó Drake dando una palmada en el hombro a Telius.

El chaparrón acabó tan bruscamente como había empezado, y un resplandor brumoso y dorado inundó el bosque tropical cuando las nubes se abrieron. El agua retrocedió y las inundaciones cesaron a medida que se vaciaban en el riachuelo que corría por el fondo del valle. Habían perdido buena parte del equipo, arrastrado por la lluvia, y Jenny había desaparecido. Se reunieron lo más rápidamente posible y después se dividieron para intentar recuperar el equipo y encontrar a Jenny. Descendieron siguiendo el curso del agua y utilizando las radios para mantenerse en contacto.

—¡Jenny! ¡Jenny! ¿Dónde estás? —gritaron sin recibir respuesta.

—¡He encontrado el arpón! —anunció Rick, satisfecho de ver que no había ido muy lejos.

Había guardado sus dardos en una caja de plástico y la había metido en una bolsa de lona. No tardó en encontrarla, apoyada contra una piedra. Incluso recuperó su fruto del árbol del paraíso, amarillo y reluciente bajo una hoja.

Karen sintió que la invadía un mal presentimiento mientras buscaba a Jenny. Recordaba la expresión de sus ojos, instantes antes de desaparecer.

Los peores horrores eran siempre humanos. ¿Qué habría visto?

Fue en ese momento cuando vio algo pálido, encogido bajo una rama. Era una mano. Por fin había encontrado a Jenny. Su cuerpo se hallaba atrapado y aplastado, sucio de barro, con el aspecto de los ahogados, y el brazo roto contorsionado como un trapo mojado. Tenía los ojos abiertos y sin vida. Una red de hifas había empezado a cubrirla, igual que un velo.

Karen se arrodilló junto al cuerpo de Jenny, le apartó unos cuantos hilos fungosos del rostro y rompió a llorar.

Los demás se reunieron a su alrededor. Rick se sorprendió al darse cuenta de que estaba llorando. No podía contener las lágrimas y se avergonzaba de ello. Peter le apoyó una mano en el hombro para consolarlo, pero él se la quitó de encima.

—Intenté salvarla —dijo Danny, al borde del llanto—. Lo intenté con todas mis fuerzas pero no pude.

Erika lo abrazó.

—Eres muy valiente, Danny —le dijo—. No me había dado cuenta hasta ahora.

Oyeron una especie de susurro y vieron que la red de hilos que cubría a Jenny se movía ligeramente.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Erika, y sus ojos se abrieron de espanto cuando vieron que una hebra se alzaba como un dedo retorcido y palpaba la piel de Jenny antes de introducirse en ella con un ruido siniestro, perforándola en busca de nutrientes. Las hifas habían empezado a consumir su cuerpo.

Erika se estremeció y se levantó.

—Tenemos que enterrarla sin perder tiempo —dijo Peter.

Abrieron un agujero en el suelo con ayuda del arpón y los machetes. Estaba blando y era un hervidero de vida. Pequeñas criaturas se agitaban en todas direcciones. El terreno en sí mismo parecía un organismo vivo. Lo único que no lo estaba era el cadáver de Jenny. La depositaron en la tumba recién abierta, le enderezaron el brazo roto y le cruzaron las manos sobre el pecho.

También intentaron quitarle los hilos fungosos, pero estos se habían aferrado al cuerpo hasta penetrar en él por numerosos sitios.

Erika lloraba sin poder controlarse. Peter cortó parte de un pétalo de hibisco que recogió del suelo y cubrió con él a Jenny como si fuera un sudario. Al menos ocultaría la actividad frenética de las hifas.

Erika propuso que rezaran una plegaria. No era una persona religiosa, o al menos no se consideraba como tal, pero se había educado en el catolicismo y había asistido a un colegio de monjas de Munich, donde estas le habían enseñado el Salmo 23.

—*Der Herr ist mein Hirte* —empezó a recitar en alemán, intentando recordar cómo continuaba.

Peter tomó la palabra.

—El Señor es mi pastor. Nada me falta. Me hace descansar en verdes prados...

—En salmos mágicos —comento Danny—. Las palabras no tienen ninguna relación con la así llamada «realidad», pero seguramente nos ayudan en el sentido psicológico. Sospecho que rezar debe de estimular alguna zona primitiva del cerebro. Lo cierto es que hace que me sienta un poco mejor.

Cubrieron con tierra el cuerpo de Jenny. No duraría mucho en su tumba. No tardaría en ser consumido por hongos y nematodos. Las bacterias y los ácaros que pululaban por todas partes lo devorarían enseguida. Pronto no quedaría rastro de ella, y sus restos acabarían reciclados y pasarían a formar parte de otros seres. En el micromundo, en cuanto acababa una vida esta se convertía nuevamente en otra.

Cuando terminaron, Peter reunió al grupo y les habló para levantarles el ánimo.

—Escuchad, Jenny no habría querido que nos rindiéramos.

Ella misma siguió adelante con valentía. Podemos honrarla asegurando nuestra supervivencia.

Recogieron las bolsas y la mochila. No podían entretenerse más tiempo ante la tumba de Jenny. Tenían que seguir camino para llegar al aparcamiento.

Habían logrado conservar la libreta con el mapa gracias a que Karen la había guardado en su mochila. Cuando la sacaron, estaba mojada y blanda, pero el mapa seguía siendo legible. Mostraba

un sendero que iba desde la estación Eco a la Delta y finalmente hasta Alfa, junto al aparcamiento. Tenían un buen trecho por delante.

—No sabemos si las estaciones seguirán en su sitio, pero podemos seguir el camino marcado.

—Eso suponiendo que lo encontremos —comentó Karen.

Y no pudieron. La lluvia había alterado el paisaje, arrastrando restos y abriendo surcos nuevos en la tierra. Peter cogió la brújula y, tras estudiar el mapa, trazó un rumbo hacia el aparcamiento. Se pusieron en marcha enseguida, con Peter en cabeza y abriéndose paso con el machete. Karen iba detrás de él, con el arpón al hombro. Rick cerraba el grupo, silencioso y cauto, listo para utilizar el machete que llevaba en la mano.

Danny tuvo que parar varias veces para descansar.

—¿Te duelen los pies? —le preguntó Peter.

—¿A ti qué te parece? —masculló.

—Podríamos confeccionarte algo parecido a unos zapatos.

—No creo que la cosa tenga arreglo.

—Debemos intentarlo —insistió Erika.

—Puse tanto empeño en salvar a Jenny...

Peter cortó unas tiras de hierba seca, y Erika envolvió los pies de Danny con ellas, improvisando una especie de mocasines. Amar se acordó de la cinta americana que había cogido en el búnker y dio varias vueltas con ella alrededor de las tiras para mantenerlas en su sitio. Danny se levantó y caminó unos cuantos pasos para probar el invento. El improvisado calzado era resistente y sorprendentemente cómodo.

Oyeron un ruido sordo en lo alto extrañamente parecido al de un helicóptero. Alzaron la vista y vieron aparecer un mosquito. El insecto descendió de los árboles y los sobrevoló a escasa distancia. A pesar de su enorme tamaño, se mantenía en el aire sin problemas con el aleteo de sus alas. Pareció estudiarlos un momento. Tenía el cuerpo y las patas cubiertas de rayas blancas y negras y una gran probóscide. Todos pudieron ver que las afiladas cuchillas que la remataban estaban manchadas de sangre seca. Aquellas herramientas de succión del mosquito parecían lo bastante afiladas para traspasar el cuerpo de un microhumano.

Danny se dejó llevar por el pánico.

—¡Largo de aquí! —gritó y se alejó agitando los brazos por encima de la cabeza y corriendo como pudo con sus zapatos improvisados.

Tal vez atraído por su movimiento o por su olor, el mosquito lo persiguió, volando a escasa distancia de su cuello. Lo atacó repentinamente y estuvo a punto de traspasarle la espalda, entre los omóplatos, con su trompa afilada. Danny se arrojó al suelo y giró sobre sí mismo, lanzando frenéticas patadas al aire y gritando:

—¡Fuera! ¡Fuera!

El mosquito se elevó un instante y volvió al ataque, pero Karen saltó encima de Danny, situándose a horcajadas sobre él y blandiendo el machete por encima de su cabeza para espantar al insecto. Sin embargo, el mosquito no se asustó fácilmente.

—¡Vamos! —ordenó Peter—. ¡Formemos un círculo defensivo!

Entre todos se situaron alrededor de Karen y Danny, que yacía en el suelo, muerto de miedo; blandieron sus machetes sin perder de vista al mosquito, que siguió trazando círculos alrededor de ellos. Evidentemente, el insecto olía su sangre y quizá también el dióxido de carbono que exhalaban al respirar.

Se acercaba y se alejaba, mirándolos con sus grandes ojos compuestos y su trompa colgante.

—¡Maldición! —exclamó Erika.

—¿Qué pasa?

—Es una hembra *Aedes albopictus*.

—¿Qué significa eso? —preguntó Danny, poniéndose de rodillas.

—Que es un mosquito tigre. Las hembras son muy agresivas y pueden transmitir enfermedades.

Rick agarró a Karen por el brazo.

—¡Dame ese arpón! —ordenó.

—¿Qué? —contestó, apartándose, pero Rick le arrebató el arma y fue hacia el insecto con el arpón en alto.

—No te precipites, Rick —le dijo Peter—. Espera a que se acerque.

El mosquito se lanzó contra Rick y este vio su oportunidad. Hizo girar el arma y, utilizándola como un palo, lo golpeó de lleno en la cabeza.

—¡Vete a picar a alguien de tu tamaño! —gritó.

El mosquito se alejó zumbando por el aire y Karen se echó a reír.

—¿Qué te hace tanta gracia? —le espetó Rick.

—Que fueron los mosquitos los que te hicieron correr de vuelta al hotel, en Costa Rica. Esta vez, las tornas han cambiado, Rick.

—Pues no le veo la gracia.

—Yo sí. Ahora devuélveme eso —dijo, cogiendo el arpón.

Se enzarzaron en un tira y afloja y, al final, Karen se salió con la suya. Rick no pudo reprimir un insulto. Karen no estaba dispuesta a admitir que la insultara y se encaró con él, apuntándole con el arpón.

—¡No se te ocurra volver a decir eso de mí!

—Vale, vale —contestó Rick, alzando las manos en un gesto apaciguador.

Karen arrojó el arma a sus pies.

—¡Cógelo si tan importante es para ti!

Peter se interpuso entre los dos.

—Escuchad, se supone que somos un equipo. ¿Por qué no dejáis de pelearos de una vez?

La rabia consumía a Karen por dentro.

—No estaba peleándome con Rick —contestó—. De haber sido así, estaría recogiendo sus pelotas del suelo.

Peter volvió a encabezar la marcha, siguiendo la dirección trazada, abriéndose paso incansablemente con el machete y deteniéndose de vez en cuando para afilarlo. Al mismo tiempo, hacía lo posible

para animar a sus compañeros.

—¿Sabéis lo que decía Robert Louis Stevenson acerca de los viajes? —preguntó, hablando por encima del hombro—. Que es mejor viajar con esperanza que llegar a tu destino.

—¡Que le den a la esperanza! —masculló Danny—. Yo me quedo con la llegada.

Mientras caminaba, cerrando el grupo, Rick se dedicó a observar a sus compañeros. Primero a Karen King. Realmente no la soportaba. Tenía que reconocer que era guapa, pero la belleza no lo era todo. La encontraba arrogante y agresiva, y le parecía que se daba aires de importancia con sus conocimientos sobre arañas y artes marciales. Aun así, se sentía mejor teniéndola en el grupo. Estaba claro que se trataba de una verdadera luchadora. En ese instante se la veía alerta, fría y siempre en guardia, sopesando cada movimiento, como si estuviera luchando por su vida. Aunque, a decir verdad, eso era precisamente lo que hacía. Sí, no le caía bien, pero se alegraba de su presencia.

A continuación estudió a Erika Molí, que caminaba con aire asustado y se la veía pálida. Tuvo la impresión de que la joven se hallaba al borde de un ataque de nervios. Aquellos hongos, devorando el cuerpo de Jenny, habían sido un golpe muy duro para ella. Se dijo que si Erika no conseguía recuperarse anímicamente estaba perdida. De todas maneras, ¿quién podía prever cuántos de ellos tenían la fuerza y la astucia suficientes para salir con vida de aquel diminuto reino de los horrores?

En cuanto a Amar Singh, a Rick le pareció que se había resignado a su destino, como si hubiera llegado anticipadamente a la conclusión de que iba a morir.

Danny Minot lo seguía, arrastrando los pies embutidos en cinta americana.

«Ese tío es más duro de lo que parece —pensó Rick, observándolo—. Podría ser un superviviente».

A continuación, observó a Peter Jansen y se preguntó cómo lo conseguía. Parecía una persona tranquila, casi dulce, en paz consigo mismo hasta un punto que Rick no alcanzaba a imaginar. Peter se había convertido en un verdadero líder, y encajaba perfectamente en el papel. Era como si el micromundo lo hubiera obligado a sacar lo mejor de sí mismo.

Y luego estaba él, Rick Hutter. Rick no se consideraba una persona introspectiva. Rara vez pensaba sobre sí mismo, pero en ese momento lo hacía. Le estaba ocurriendo algo extraño, algo que no alcanzaba a comprender: se sentía bien. ¿Por qué?, se preguntó, ¿por qué se sentía así? Debería sentirse fatal.

Jenny acababa de morir y a Kinsky lo habían descuartizado unas hormigas. ¿Quién sería el siguiente? Sin embargo, aquella era la expedición con la que había soñado toda su vida y nunca había creído posible; un viaje al corazón oculto de la naturaleza, un viaje a un mundo de maravillas nunca vistas.

Con toda probabilidad moriría en aquella aventura. La naturaleza no era amable ni compasiva y no concedía puntos por intentarlo: se sobrevivía o se moría. «Es posible que ninguno de nosotros salga con vida de esto», pensó, y se preguntó si desaparecería allí, sin dejar rastro, en un pequeño valle de las afueras de Honolulu, devorado por un laberinto de amenazas tan letales que resultaba imposible tan siquiera imaginarlas.

«Tienes que seguir adelante. Tienes que ser listo y astuto y lograr pasar por el ojo del huracán», se dijo.

Después de andar lo que le parecieron kilómetros, Rick percibió en el aire un olor extraño, penetrante y agrídulce. ¿Qué podía ser? Alzó la vista y vio un montón de pequeñas flores blancas, repartidas como estrellas entre las ramas de un árbol de corteza grisácea. El olor de las flores recordaba al del semen, pero con un toque desagradable, como el de algo dañino.

¡Sí!

Nux vómica.

Gritó a los demás que se detuvieran.

—Un momento, chicos. Creo que he encontrado algo importante. —Se agachó junto a una raíz retorcida que asomaba del suelo—. Es un árbol de estriknina —dijo a los demás. A continuación, cogió su machete y empezó a limarla hasta dejar al descubierto la corteza interior, que cortó con cuidado—. Esta corteza contiene brucina, que es una sustancia que provoca parálisis. Habría preferido las semillas, porque son sumamente tóxicas, pero la corteza servirá.

Manejando la corteza con cuidado para no mancharse las manos con su savia, le ató una cuerda y reanudó la marcha, arrastrándola por el suelo.

—No puedo meter esto en la mochila —explicó—, lo envenenaría todo.

—Sí, esa corteza es peligrosa —convino Karen.

—Tú espera y ya verás como nos ayuda a encontrar comida. Estoy hambriento.

Erika se mantuvo a un lado, observando, alerta por si percibía el olor de las hormigas. Notó el aire ligeramente pesado cuando entraba y salía de sus pulmones. Mirara donde mirase, todos los resquicios del suelo, todas las hojas y troncos, hasta la planta más pequeña rebosaban de pequeñas criaturas, insectos, nematodos y ácaros. Incluso podía ver puntos diminutos que en realidad eran agrupaciones de bacterias. Todo parecía estar vivo. Todo se alimentaba de todo, y aquella idea le recordó que también ella estaba hambrienta.

Todos lo estaban, pero no tenían nada para comer. Bebieron agua que recogieron entre las raíces de un árbol y siguieron caminando. Rick cerraba la marcha mientras arrastraba su corteza y miraba en todas direcciones, examinando la vegetación en busca de plantas tóxicas.

—Tenemos estriknina y también el fruto del árbol del paraíso —dijo—, pero no es suficiente. Como mínimo, necesitamos un ingrediente más.

Al final Rick encontró lo que buscaba, y fue gracias al olor que desprendía un grupo de plantas.

—¡Adelfas! —exclamó y se acercó a unos arbustos frondosos de hojas largas y puntiagudas—. La savia de esta planta es realmente peligrosa.

Se abrió paso entre las hojas muertas que cubrían el suelo y llegó al tronco de la planta. Desenvainó el machete, lo afiló y le hizo un corte en la base. Brotó un líquido de aspecto lechoso y se apartó.

—Tened cuidado, porque esta savia puede mataros con solo entrar en contacto con la piel. Contiene una mezcla letal de cardenoloides que te paran el corazón de golpe. Además, tampoco conviene respirar sus vapores, porque pueden provocar un ataque cardíaco.

Mientras la savia seguía rezumando del tajo, Rick sacó los guantes de goma, el delantal y las gafas que había encontrado en la estación Eco.

Amar sonrió.

—Tienes todo el aspecto de un científico loco —comentó.

—Sí, la locura es lo mío —repuso Rick.

Abrió uno de los frascos de plástico, se acercó al tronco del arbusto y, conteniendo el aliento, lo llenó de savia hasta que esta rebosó y le cayó sobre los guantes. Cerró el frasco con la tapa y fue a lavarlo en una gota de rocío cercana. A continuación llenó un segundo frasco y alzó ambos con gesto triunfal.

—Ahora, lo único que debemos hacer es hervir todos los ingredientes hasta conseguir una especie de pasta. Para eso necesitamos un fuego.

Desgraciadamente, el bosque tropical estaba empapado tras la lluvia y no había nada que pudiera arder fácilmente.

—No hay problema —dijo Rick—. Solo necesitamos un *Aleurites moluccana*.

—¿Qué demonios es eso? —preguntó Karen.

—Es nuez de la India —contestó Rick—. Los hawaianos lo llaman árbol *kukui*. Este bosque está lleno de ellos. —Alzó la vista y examinó los árboles que los rodeaban—. Sí, ahí hay uno —dijo, y señaló uno grande, cuyas hojas tenían un brillo metálico. El árbol se alzaba a unos diez metros de distancia y sus ramas estaban cargadas de frutos.

Se encaminaron todos hacia él y llegaron a su base en menos de veinte minutos. El suelo alrededor del tronco estaba lleno de frutos carnosos recién caídos.

—Ahora mirad —dijo Rick, empuñando el machete. Empezó a cortar la parte carnosa de la fruta y no tardó en dejar el hueso al descubierto—. Esto es una nuez de *kukui* y está llena de aceite —explicó—. Los antiguos hawaianos lo utilizaban como combustible en sus candiles. Es una magnífica fuente de luz. También ensartaban las nueces en un palo y las usaban como antorchas. La nuez arde fácilmente.

No resultaba fácil abrir la cáscara del hueso, así que tuvieron que turnarse con los machetes. El arma tenía una hoja pesada y afilada que, poco a poco, acabó cortándola. Al cabo de unos minutos, consiguieron extraer el fruto oleaginoso. Lo cortaron en trozos pequeños y formaron con ellos un montón en el suelo. Luego añadieron unas cuantas hebras de hierba seca que Peter arrancó de unos tallos muertos que la lluvia no había empapado. Rick colocó su cazo encima del montón y se puso su equipo de protección. Se ajustó las gafas, llenó el cazo con trozos de corteza de estricnina, pedazos del fruto del árbol del paraíso, la savia de adelfa, añadió agua y encendió el fuego con su mechero a prueba de viento.

La hierba seca prendió y enseguida encendió los trozos de nuez de la India. Habría sido un fuego insignificante en el mundo normal, no mayor que la llama de una vela, pero con su tamaño les pareció una fogata enorme. Las llamas los hicieron parpadear y alejarse, pero hirvieron la mezcla en cuestión de segundos. Dos minutos de ebullición bastaron para reducir el líquido del cazo a una mezcla alquitranosa.

—Curare recién hecho —anunció Rick—. Esperemos que funcione.

Metió la mezcla en una botella de plástico, ayudándose de un palo y sin quitarse los guantes de goma. Ya podía impregnar sus dardos con ella. Confió en que fuera venenosa, pero no lo sabría a ciencia cierta hasta que la probara. Tapó la botella y se levantó las gafas, apoyándoselas en la frente.

Peter contempló la botella llena de aquella sustancia pardusca.

—¿Crees que esto podrá acabar con algo grande, por ejemplo tan grande como un saltamontes?

—preguntó.

Rick sonrió débilmente.

—Todavía no está terminado.

—¿Ah, no?

—Necesitamos un ingrediente más.

—¿Cuál?

—Cianuro.

—¿Qué? —exclamó Peter, mientras los demás se apelotonaban alrededor para escuchar.

—Ya me has oído. Cianuro. Y sé dónde encontrarlo.

—¿Dónde? —preguntó Peter, asombrado.

Rick volvió la cabeza.

—Puedo olerlo. Cianuro de hidrógeno, también conocido como «ácido prúsico». Ese aroma de almendras amargas, ¿no lo notáis? El cianuro es un veneno universal capaz de matar casi cualquier cosa, y actúa deprisa. Era uno los recursos favoritos de los espías en la Segunda Guerra Mundial. Y ahora tomad nota: hay un animal de por aquí que lo produce de forma natural. Seguramente estará dormido y escondido bajo alguna hoja.

Todos observaron mientras Rick se movía por el bosque tropical, olisqueando el aire y siguiendo el rastro. Empezó a volver hojas, cogiéndolas con ambas manos. El olor se hizo más fuerte cuando Rick les indicó un punto determinado. Metió la cabeza bajo una hoja y se levantó con una sonrisa.

—Lo tenemos —dijo en voz baja. Bajo la hoja brillaba un caparazón segmentado y dotado de miles de patas—. Es un milpiés. No soy más que un botánico ignorante, pero me consta que estos bichos producen cianuro.

—No lo toques —dijo Erika—. Es un bicho muy grande y puede ser peligroso.

—¿Un milpiés? —Karen sonrió—. Si son más asustadizos que un gato.

—Espera. ¿Estás seguro de que no es un ciempiés? —preguntó Danny, recordando que Peter había dicho que la picadura de un ciempiés podía ser venenosa.

—No, este bicho no es un ciempiés —repuso Karen, agachándose y mirando bajo la hoja—. Los ciempiés son depredadores; en cambio, un milpiés se alimenta de hojas muertas. Es un bicho pacífico —explicó—. Ni siquiera tiene aguijón.

—Eso me parecía a mí —dijo Rick, levantando la hoja y dejando al miriápodo al descubierto.

El animal estaba enroscado y parecía dormido. Con respecto a ellos, su tamaño equivalía al de una boa constrictor de las grandes. Respiraba lentamente, haciendo ruido a través de los orificios de su caparazón. La versión de un ronquido de un milpiés.

Rick desenvainó el machete.

—¡Despierta! —gritó y le atizó un golpe con la hoja plana.

El animal se estremeció bruscamente y se enroscó en una bola, adoptando una postura defensiva. Rick se tapó la nariz, se acercó al milpiés y volvió a golpearlo. No pretendía hacerle daño, solo asustarlo. El truco funcionó. Un fuerte olor a almendras amargas, combinado con un hedor penetrante, impregnó el aire mientras de los poros del caparazón empezaban a brotar gotas de un líquido espeso y oleaginoso. Rick abrió otra botella y se puso enseguida los guantes, el delantal y las gafas.

El milpiés no se movió y permaneció enroscado, aparentemente asustado.

Bien protegido, Rick se acercó y recogió el líquido hasta llenar media botella.

—Es una especie de aceite —explicó—, y está lleno de cianuro. —Lo vertió en la botella que contenía la preparación de curare y revolvió la mezcla con un palo—. He asustado a este pobre bicho hasta hacerle escupir cianuro —dijo, mostrando a todos el resultado, que hedía a sustancias tóxicas—. Ahora ya podemos ir de caza.

Sede central de Nanigen

29 de octubre, 16.00 h

Vin Drake se hallaba de pie, tras la ventana que miraba a la sala del Núcleo Tensor. El cristal era a prueba de balas y otorgaba a la estancia el aspecto de una pecera. En el interior, los hexágonos formaban un suelo liso y homogéneo bajo el cual se escondían los inducidos para el cambio dimensional. Dos hombres paseaban por la sala: Telius y Johnstone.

Se estaban equipando. Se habían colocado las distintas piezas de su armadura de Kevlar que les protegía los brazos, el torso y las piernas. Las protecciones eran lo bastante recias para resistir la mordedura de las mandíbulas de una hormiga soldado. Cada uno de ellos llevaba un rifle de gas de calibre 600.

El arma funcionaba con cartuchos presurizados y disparaba un dardo de acero impregnado con una toxina de amplio espectro.

Era de largo alcance y tenía un gran poder de impacto. El veneno resultaba igualmente eficaz contra pájaros, insectos o mamíferos. Era un arma diseñada especialmente para la protección de los humanos en el micromundo.

—Esperen un momento, voy por el hexápodo —dijo Drake.

Telius asintió sin levantar la mirada. Era un hombre parco en palabras.

Drake se acercó hasta una puerta con un rótulo donde se leía: ZONA RESTRINGIDA. Bajo él había un símbolo que tenía cierto parecido con el de «Peligro biológico», pero que sin embargo indicaba: ZONA DE PELIGRO MICRO.

Aunque no había nada que lo señalara, era la puerta que llevaba directamente de la sala del Núcleo Tensor al Proyecto Omicron.

Drake sacó un mando de control, un dispositivo que parecía el mando de un videojuego, y tecleó una clave. Aquello desconectó los «bots» del interior de Omicron y abrió los cierres de seguridad. Drake entró en una serie de pequeños laboratorios, desprovistos de ventanas, cada uno de los cuales contaba con su propio acceso al Núcleo Tensor. Aparte de unos pocos ingenieros de Nanigen, nadie estaba autorizado a entrar en Omicron. De hecho, casi ninguno de los empleados de Nanigen debía conocer siquiera la existencia de aquel proyecto.

Cada laboratorio disponía de su propio banco de trabajo. En algunos de ellos había distintos objetos envueltos en lienzos negros.

Aquellas telas los ocultaban. Fueran lo que fuesen, eran secretos y ni siquiera los técnicos con acceso a Omicron estaban autorizados a verlos.

Drake retiró la tela que cubría uno de ellos. Era un robot de seis patas que recordaba vagamente un cruce entre una de las sondas enviadas a Marte y un insecto. No era muy grande.

Tendría unos treinta centímetros de largo.

Drake llevó el robot a la sala del Núcleo Tensor y se lo entregó a Johnstone.

—Aquí tiene su transporte. Las microbaterías de litio están totalmente cargadas.

—Estamos listos —contestó Johnstone, masticando algo.

—¡Maldita sea! ¿Qué tiene en la boca? —le espetó Drake.

—Una barrita energética, señor. Siempre me entra hambre cuando...

—Ya conoce las normas. Está prohibido comer en el Núcleo Tensor. Podría contaminar el generador.

—Lo siento, señor.

—No se preocupe. Tragúesela y ya está.

Drake le dio una palmada amistosa en el hombro. Un gesto amable de vez en cuando obraba milagros en los subordinados.

Telius depositó el robot de seis patas en el Hexágono 3.

A continuación, él y su compañero se situaron en el Hexágono 1 y el 2 respectivamente.

Drake entró en la sala de control para poner en marcha el generador. Había hecho salir a todos los técnicos. No quería que nadie lo viera alterando dimensionalmente a aquellos dos hombres y su equipo. Habría significado dejar cabos sueltos.

Programó el Hexágono 3 para que redujera el robot menos que a los humanos. Acababa de iniciar la secuencia cuando Don Makele entró en la sala de control.

Drake y el jefe de seguridad observaron cómo el generador se ponía en marcha con un zumbido, y la maquinaria enterrada en el subsuelo hacía descender los tres hexágonos.

Cuando el cambio dimensional se hubo completado, Drake introdujo a los dos hombres en una cápsula de transporte y metió el hexápodo en otra. A continuación, entregó ambas a Makele.

—Confiemos en que el rescate tenga éxito —le dijo.

—Sí —repuso Makele.

Ya era bastante peligroso que Peter Jansen y los demás se hubieran enterado de que había asesinado a Eric; pero, además, a Drake le preocupaba que Eric hubiera podido compartir con su hermano alguna información particularmente delicada acerca de sus actividades —actividades que en ningún caso debían salir a la luz— y que a su vez Peter hubiera podido comentarlas con sus compañeros. Si estas llegaban a saberse, acabarían con el negocio de Nanigen.

Al fin y al cabo, aquello era un negocio. No era nada personal, únicamente cuestión de lógica. Hacía lo que tenía que hacer para mantener el negocio en marcha. ¿Había intuido algo Makele? Drake no estaba seguro de cuánto sabía o de qué pensaba su jefe de seguridad. Lo miró de soslayo.

—¿Cuántas acciones preferentes tienes de Nanigen? —le preguntó.

—Dos, señor.

—Pues te daré otras dos.

La expresión del jefe de seguridad permaneció inmutable.

—Gracias.

Con aquella breve conversación, Makele acababa de ganar dos millones de dólares. Drake estaba seguro de que mantendría la boca cerrada.

Fern Gully

29 de octubre, 16.00 h

—Silencio. No os mováis. Tienen una vista y un oído excelentes.

Fue Erika quien habló. Tenía la mirada fija en un punto entre las ramas de una planta *mamani*, que se elevaba por encima de sus cabezas con sus hojas grandes y lobuladas. Colgada de una de ellas había una criatura enorme: un insecto alado. El bicho brillaba con distintas tonalidades de verde y su cuerpo estaba envuelto por un par de alas que parecían hojas. Tenía un par de antenas muy largas, ojos saltones, patas articuladas y un abdomen visiblemente hinchado de grasa. Todos pudieron oír el débil siseo que hacía al respirar por las hileras de agujeros de sus flancos.

Era un saltamontes común.

Rick cogió una de las cerbatanas que había hecho, la sopesó y deslizó un dardo en el tubo. La punta de acero estaba impregnada del pegajoso veneno, que apestaba a almendras amargas.

Se arrodilló y se llevó la cerbatana a los labios con cuidado.

El cianuro hacía que le lloraran los ojos y le provocaba un nudo en la garganta.

—¿Dónde tiene el corazón? —susurró a Erika, que conocía mejor la anatomía de esos animales.

—En el dorsal posterior del metatórax —contestó Erika.

Rick frunció el entrecejo.

—Explícamelo mejor, ¿quieres?

—Justo en la parte alta del tórax —contestó ella sonriendo.

—Con las alas de por medio, no hay forma de acertarle ahí —objetó Rick.

Apuntó a varios sitios distintos y al final decidió disparar a bulto. Respiró hondo y sopló con fuerza.

El dardo se incrustó en el saltamontes. El insecto se estremeció y abrió las alas. Por un momento, todos pensaron que saldría volando, pero no lo hizo, sino que dejó escapar lo que pareció un grito penetrante. Su respiración se hizo entrecortada, se derrumbó y empezó a deslizarse por la hoja hasta quedar medio colgando de ella.

Amar dio un respingo al ver aquello. Nunca había imaginado que el sufrimiento de un insecto pudiera afectarlo de aquella manera. El curare de Rick había demostrado ser realmente potente.

Esperaron. El saltamontes colgaba boca abajo. Su respiración disminuyó hasta quedar reducida a unos espasmos roncós, y después se detuvo. No tardó en caer al suelo.

—¡Buen trabajo, Rick!

—¡Rick el cazador!

Al principio, el saltamontes muerto no parecía ser del agrado de nadie, aparte de Erika.

—En Tanzania tuve ocasión de comer termitas —explicó—, y me parecieron deliciosas. En África, mucha gente considera los insectos un bocado exquisito.

Danny se sentó en una hoja muerta, notando que lo acometían las náuseas.

—Quizá podamos encontrar una hamburguesería por aquí cerca —dijo, intentando bromear.

—La carne de insecto es menos mala que la de las hamburguesas —le dijo Amar—. La masa muscular, la sangre y los tejidos bovinos me repugnan, pero un saltamontes... ¿Por qué no?

Su apetito aumentaba mientras contemplaban al insecto muerto. Sus pequeños cuerpos habían estado quemando calorías a un ritmo muy alto. No tenían más remedio que ingerir alimento. Al final, el hambre fue superior a los reparos.

Despedazaron el saltamontes con la ayuda de los machetes y de Erika, que los iba orientando. Mientras cortaban carne y órganos, Erika insistió en que debían lavar con agua todo lo que fueran a consumir. La sangre del insecto, la hemolinfa, era un líquido transparente de un color verde amarillento que goteó por todas partes cuando perforaron el caparazón. Cortaron las patas y abrieron su exoesqueleto para acceder a la carne. Las patas traseras contenían una cantidad ingente de masa carnosa blanca, y cortaron grandes porciones de ella. Dado que la sangre del saltamontes podía contener toxinas del dardo, tuvieron que lavarlas todas. Una vez remojadas en una gota cercana, las tajadas adquirieron un olor fresco y delicioso. Las devoraron crudas. Tenían un sabor suave y dulzón.

—No está mal —dijo Rick—. Parece sushi.

—Está fresca —comentó Karen.

Incluso Danny acabó comiendo. Al principio, lo hizo a regañadientes, pero no tardó en llenarse la boca con ambas manos.

—Necesita sal —masculló.

La grasa del saltamontes, blanda y amarillenta, le salía por el abdomen abierto.

—Estoy segura de que esta grasa tiene que ser buena para nosotros —dijo Erika. Al ver que nadie se decidía a probarla, cogió un poco con la mano y se la comió—. Es dulce —añadió—. Tiene un ligero sabor a nueces.

Sus cuerpos también necesitaban grasa, de modo que no tardaron en coger un poco y comérsela con las manos, chupándose los dedos.

—Parecemos leones devorando una presa —comentó Peter.

El saltamontes ofrecía mucha más carne de la que podían consumir. Como no querían desperdiciarla, recogieron musgo húmedo, la envolvieron con él para que se mantuviera fresca y la guardaron en sus bolsas de lona.

Cuando se sintieron repuestos, consultaron el mapa. Peter era el responsable de llevarlo y quien los había guiado con ayuda de la brújula.

—Creo que estamos justo aquí —dijo, señalando un grupo de helechos que aparecía dibujado en el mapa—. Nos hallamos bastante cerca de la estación Bravo. Es posible que podamos alcanzarla antes de que anochezca. —Miró en derredor y observó el cielo. La luz empezaba a declinar—. Confíemos en que la estación esté intacta.

Tomó una marcación con la ayuda de un tronco de palmera que vio a lo lejos y todos se pusieron en marcha, cargando con sus bolsas de lona y deteniéndose de vez en cuando para olfatear el aire por si aparecían hormigas. Siempre que se tropezaban con una sabían que habría más cerca, pero si se alejaban rápidamente no les molestaban. El verdadero peligro estaba en la entrada de los nidos. Cuando el sol empezó a ponerse, las sombras del suelo del bosque se hicieron más alargadas, y Peter

se mostró más cauteloso y preocupado por toparse con una colonia de hormigas. Sin embargo, prosiguieron sin contratiempos.

—¡Alto! —ordenó Peter, que se detuvo a examinar una marca que había visto en la hoja de una *ilihia* cercana.

El borde de la hoja tenía tres cortes en forma de «V» y encima tenía dibujada una «X» con pintura naranja.

Era un indicador.

Habían llegado a un sendero.

Peter se adelantó y encontró otra «X» pintada en una piedra. El camino seguía adelante, pero no era más que una leve alteración en el suelo señalada con marcas cada cierta distancia.

Minutos más tarde, se detuvieron ante un gran agujero excavado en el suelo. Parecía que hubieran horadado el terreno.

A su alrededor encontraron huellas de pisadas gigantes que se habían llenado de agua. Peter consultó el mapa.

—Estamos en la estación Bravo, pero ha desaparecido.

Las huellas lo decían todo. Alguien había ido hasta allí, había arrancado Bravo del suelo y se había marchado.

—¿Quién puede haber hecho esto?

—Tenemos que pensar en lo peor —contestó Karen, quitándose la mochila y sentándose junto al agujero—. Esto es obra de Drake y significa que sabe o sospecha que seguimos con vida. Es su modo de privarnos de nuestros medios de subsistencia.

—Eso significa que podría estar siguiéndonos —dijo Peter.

—¿Y cómo va a encontrarnos? —preguntó Rick.

Era una buena pregunta. Sus cuerpos, que apenas medían un par de centímetros de altura, no eran fácilmente visibles para alguien de tamaño normal.

—A partir de ahora es esencial que mantengamos la radio en silencio —comentó Peter.

La desaparición de la estación Bravo significaba que se habían quedado sin un lugar donde esconderse durante las horas de oscuridad. El sol se estaba poniendo y la noche caía rápidamente, como era habitual en los trópicos.

Erika empezó a inquietarse. La experta en insectos era ella.

—No sé si lo sabéis —observó—, pero la mayoría de los insectos salen de noche, no durante el día. Y muchos de ellos son depredadores.

—Pues tenemos que acampar y construir un refugio —dijo Peter.

Lejos de allí, el hexápodo se movía rápidamente por el suelo del bosque tropical, trepando por las piedras y apartando las hojas. Sus seis patas trabajaban con infatigable energía, acompañadas por el siseo de los motores.

Johnstone lo conducía con la mano enfundada en una especie de guante, que operaba como control manual, mientras lanzaba ocasionales vistazos a las lecturas. Estas le indicaban los niveles de potencia que los servomotores aplicaban a las seis patas del vehículo. Telius iba sentado junto a

él, en la cabina descubierta, observando a derecha e izquierda. Ambos iban equipados de pies a cabeza con una armadura de Kevlar.

Una serie de nanobaterías de litio que le conferían gran potencia y autonomía propulsaban el andador. Los vehículos normales no funcionaban bien en el micromundo, porque sus ruedas se atascaban con facilidad y no podían superar obstáculos trepando; en consecuencia, los ingenieros de Nanigen habían copiado el diseño de los insectos, y funcionaba realmente bien.

El hexápodo llegó hasta un agujero en el suelo.

—Alto —dijo Telius.

Johnstone detuvo el vehículo y contempló el sitio.

—Eso es Eco.

—Era Eco —lo corrigió Telius.

Ambos saltaron a tierra describiendo un amplio arco y aterrizaron ágilmente. Tenían mucha práctica en moverse en el micromundo y sabían bien cómo utilizar su fuerza física. Rodearon el agujero y recorrieron los alrededores, examinando el musgo y el suelo. La lluvia caída había borrado la mayor parte de las huellas de los estudiantes, pero Telius sabía que alguna quedaría. Era capaz de seguir cualquier rastro. Una piedra musgosa llamó su atención. Se encaramó a ella y la estudió.

El musgo le llegaba a la cintura. Alargó el brazo y cogió un tallo estrecho que sobresalía. Era el tallo de una espora y, en su extremo, la cápsula estaba rota. Formaba un ángulo recto y las esporas se habían derramado, pero todavía quedaban algunas adheridas al musgo. En la pegajosa pelusa de gránulos de esporas mojadas, Telius encontró la huella de una mano. Alguien había cogido aquel tallo, lo había roto, esparcido el polen y después puesto la mano encima. Un poco más allá, encontró un batiburrillo de huellas de pisadas humanas que pasaban por encima de un montoncillo de tierra y que acababan bajo una hoja que protegía el suelo de las salpicaduras de la lluvia.

Johnstone se acercó y las examinó.

—Son seis, no siete, y caminan en fila india. Uno de ellos debe de llevar una especie de zapatos caseros. Se dirigen hacia el sudoeste.

—¿Y eso hacia dónde nos lleva? —preguntó Telius.

—Al aparcamiento —repuso su compañero, sonriendo.

Telius lo miró sin comprender.

Johnstone aplastó un ácaro que trepaba por su armadura y lo tiró de un papirotazo.

—¡Malditos bichos! No lo entiendes, ¿verdad? —dijo, mirando a su compañero—. Ahora conocemos los planes de esos chicos.

—¿Qué planes?

—Intentan regresar a Nanigen.

Tenía razón, naturalmente. Telius asintió y empezó a caminar a paso vivo, rastreando las huellas. Johnstone subió al hexápodo y siguió a Telius, que iba por delante, saltando ágilmente por encima de los obstáculos, a paso ligero. De vez en cuando, se detenía para examinar las huellas dejadas en el suelo blando. Estaba claro que sus objetivos no habían hecho nada para borrar su rastro y que no sospechaban que los seguían.

Sin embargo, había empezado a oscurecer, y tanto Telius como Johnstone conocían el micromundo lo bastante bien para saber que tenían que parar durante la noche. Nadie se paseaba por

ahí durante las horas de oscuridad. Nunca.

Detuvieron el hexápodo y Johnstone tendió un cable electrificado alrededor del vehículo, sosteniéndolo con estacas a la altura de los tobillos, mientras Telius excavaba en la tierra justo debajo del vehículo. Luego conectaron el cable a las baterías —eso proporcionaría una descarga bastante desagradable a cualquier animal que lo tocara— y se instalaron espalda contra espalda en el agujero, con sus fusiles de gas cargados y listos para disparar.

Telius se metió un poco de tabaco de mascar en la boca.

Johnstone había cogido la radio para ver si podían captar alguna transmisión durante la noche. No estaba preocupado.

Aquella era su décima incursión en el micromundo y sabía lo que se hacía. Encendió el localizador y buscó señales de transmisiones en la banda de los 60 gigahercios, la frecuencia de las radios de Nanigen. No encontró nada.

—Es posible que no tengan radio —dijo a Telius.

Este no respondió y se limitó a soltar un escupitajo de tabaco.

Cenaron comida de campaña y se turnaron para orinar, cubriéndose mutuamente con los rifles por si algún depredador saltaba la cerca electrificada. Algunos de aquellos malditos bichos podían localizar a un hombre por el olor de la orina. Luego hicieron guardia por turno. Uno dormía mientras el otro vigilaba. El que permanecía despierto utilizaba gafas infrarrojas y se mantenía a ras de suelo.

Johnstone nunca dejaba de sorprenderse por la cantidad de vida que hervía en aquel mundo nocturno. A través de sus lentes veía moverse sin cesar incontables y diminutas criaturas, miles de bichos que se arrastraban por todas partes. Ni siquiera sabía qué eran. Cuando habías visto uno, los habías visto todos, siempre que no fueran depredadores. Aquella noche le apetecía abatir algo grande. Matar un ratón con un rifle de dardos era como cazar un búfalo, cosa que había hecho más de una vez, en África.

—Me gustaría cargarme un ratón —dijo.

Telius gruñó algo por toda respuesta.

—Lo que desde luego no me apetece es toparme con una jodida escolopendra —concluyó Johnstone.

Cerca de la estación Bravo

29 de octubre, 18.00 h

Los seis estudiantes supervivientes escogieron un terreno elevado, junto a la base de un árbol. Allí estarían a salvo de las inundaciones si llovía durante la noche. El árbol era un *ohia* que había florecido y cuyas flores rojas brillaban en la débil claridad del anochecer.

—Deberíamos levantar una empalizada —dijo Peter.

Todos empezaron a recoger ramitas y tallos de hierba seca que cortaron en forma de astillas y clavaron en el suelo, muy juntas. De ese modo, formaron un muro de estacas afiladas, orientadas hacia fuera, con el que rodearon el campamento; también dejaron una abertura lo bastante estrecha para que pasara uno de ellos y la defendieron con una entrada en zigzag.

Trabajaron reforzando su refugio mientras tuvieron luz suficiente para ver. Arrastraron hojas muertas al interior e improvisaron un techo con ellas para protegerse de la lluvia y de los depredadores voladores.

También las extendieron por el suelo y formaron un colchón que los mantenía por encima del terreno, que se estaba llenando por momentos de pequeños gusanos. Por último, lo cubrieron con la lona de la tienda ligera para mantener la superficie seca y para que fuera un poco más confortable para dormir.

Habían construido un refugio.

Karen sacó su spray de benzoquinonas. Estaba casi vacío porque había utilizado la mayor parte en su enfrentamiento contra las hormigas.

—Todavía queda un poco, por si nos atacan.

—Ahora me siento mucho más seguro —repuso Danny con sarcasmo.

Rick cogió el arpón y mojó la punta en el frasco de curare.

Luego lo dejó apoyado en la empalizada, listo para ser utilizado.

—Deberíamos hacer guardia —comentó Peter—. Propongo que nos turnemos cada dos horas.

Se planteó la cuestión de encender o no un fuego. Si se hubieran perdido en el mundo normal, lo lógico habría sido prender una buena hoguera para mantener a raya a los depredadores y estar calientes. Sin embargo, en el micromundo la situación era distinta. Erika lo explicó.

—Los insectos se sienten atraídos por la luz. Si encendemos un fuego, podríamos atraer depredadores que ahora están a cientos de metros. Por la misma razón, propongo que tampoco encendamos las linternas.

Aquello significaba que tendrían que pasar la noche en la más completa oscuridad.

A medida que el anochecer se convertía en negrura, el mundo que los rodeaba fue perdiendo sus colores y fundiéndose en un conjunto de sombras grises y negras. No tardaron en oír un ruido sordo,

parecido a un trapaleo, que se acercaba; el ruido de muchas patas golpeando el suelo.

—¿Qué es eso? —preguntó Danny con voz temblorosa.

Una manada de seres fantasmales y delicados surgió de entre las sombras y pasó ante el refugio. Eran segadores, criaturas que caminaban sobre ocho patas increíblemente largas y finas.

Desde el punto de vista de los microhumanos, aquellas patas tenían una longitud de casi cinco metros. El cuerpo de los segadores era un pequeño óvalo dotado de dos ojos brillantes y suspendido entre las patas. Las criaturas se desplazaban con agilidad por el terreno, en busca de alimento.

—¡Son arañas gigantes! —exclamó Danny, apretando los dientes.

—No son arañas —le dijo Karen—, son opiliones.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Que son parientes de las arañas e inofensivos.

—Los segadores son venenosos —insistió Danny.

—¡No lo son! —replicó Karen—. No tienen veneno. La mayoría de ellos se alimentan de hongos y detritos. A mí me parecen muy bonitos. Vienen a ser las jirafas del micromundo.

—Eso solo puede decirlo una aracnóloga —comentó Rick.

Los segadores se alejaron y el ruido de sus pasos se desvaneció. La oscuridad se intensificó y cubrió el bosque tropical como un manto; los sonidos parecían distintos, lo cual significaba que empezaban a salir otras criaturas.

—Es el cambio de guardia —se oyó la voz de Karen en la oscuridad—, y tienen hambre.

En aquellos momentos, apenas podían verse los unos a los otros.

A medida que la noche avanzaba, los sonidos se hicieron más fuertes e insistentes, y los rodearon por completo. De todas partes les llegaban gritos, silbidos, golpes, gruñidos y latidos. También percibían las vibraciones a través del suelo, puesto que numerosos insectos se comunicaban mediante ellas.

Ninguno de ellos era capaz de distinguir algo en aquella cacofonía.

Se arrebujaron los unos contra los otros mientras Amar hacía la primera guardia. Se encaramó al techo de hojas con el arpón en la mano y se sentó, muy recto y alerta, escuchando y olfateando el aire, rico en feromonas.

—No sé qué huelo —reconoció—. Todo esto es nuevo para mí.

Amar empezó a preguntarse cómo era posible que fueran capaces de oler algo. Sus cuerpos eran cien veces más pequeños, lo cual significaba probablemente que los átomos de sus cuerpos se habían reducido en la misma proporción. Y si era así, ¿cómo podían sus pequeños átomos interactuar con los átomos gigantes de su entorno? En principio no deberían oír nada, ni saborear nada. Más aún, ¿cómo era posible que respirasen? ¿Qué hacían las diminutas moléculas de hemoglobina de su sangre para capturar las moléculas gigantes de oxígeno del aire que respiraban?

—Estamos viviendo una paradoja —comentó en voz alta, tanto para sí como para los demás—. Deberíamos estar muertos.

Nadie tenía una respuesta.

—Es posible que Kinsky hubiera podido darnos una explicación —dijo Rick.

—O quizá no —repuso Peter—. Tengo la sensación de que ni siquiera los técnicos de Nanigen conocen a fondo la tecnología que están desarrollando.

Rick había estado pensando en las microhemorragias y no dejaba de examinarse los brazos y las manos en busca de moretones, aunque por el momento no había visto ninguno.

—Es posible que la causa de las microhemorragias sea algún tipo de inadecuación del tamaño de los átomos —aventuró—. Quizá hay algo que no funciona en la interacción de los pequeños átomos de nuestros cuerpos con los átomos grandes que nos rodean.

Un ácaro trepó por el brazo de Amar, y este lo cogió con cuidado y lo dejó en el suelo para no hacerle daño.

—¿Y qué me dices de las bacterias de nuestros intestinos? —preguntó—. Tenemos billones de bacterias en nuestros cuerpos, ¿crees que también habrán encogido?

Nadie tenía la menor idea.

—¿Y qué pasaría si nuestras bacterias se dispersaran en este ecosistema? —continuó Amar.

—Pues que quizá todos morirían de microhemorragias —aventuró Rick.

Un resplandor plateado iluminó ligeramente el entorno. La luna había salido y brillaba en lo alto del cielo. Con ella llegó un grave y sobrecogedor ulular que resonó por todo el bosque.

—¡Dios mío! ¿Qué ha sido eso? —exclamó alguien.

—Creo que es una lechuza. La estamos oyendo a una frecuencia más baja de lo habitual.

Volvieron a escuchar el sonido, que parecía provenir de la copa de un árbol y sonaba como un gemido amenazador. Sintieron la presencia del pájaro en algún lugar, por encima de ellos.

—Empiezo a comprender lo que se siente siendo un ratón —dijo Erika.

El ulular cesó, y un par de alas, grandes y siniestras, se desplegaron y cruzaron las copas de los árboles sin hacer el menor ruido. La lechuza tenía presas más grandes y mejores que capturar y, evidentemente, no sentía el menor interés por algo tan pequeño como unos microhumanos.

Un temblor y unos crujidos los zarandearon, y el suelo retumbó.

—¡Hay algo debajo de nosotros! —gritó Danny, poniéndose en pie.

Cuando el suelo empezó a retumbar bajo sus pies, estuvo a punto de perder el equilibrio y se movió igual que un funambulista.

Los demás se levantaron rápidamente del suelo de hojas y desenvainaron sus machetes mientras el terreno se estremecía.

Amar blandió su arpón, listo para matar. Todos echaron a correr hacia la empalizada sin saber qué era mejor, salir al exterior o esperar a que el peligro se materializara.

Entonces apareció. Un cilindro de color pardusco y rosado de un tamaño abrumador surgió de las entrañas de la tierra, apartando montones de ella. Danny gritó y Amar estuvo a punto de lanzar el arpón hacia aquello, pero se contuvo en el último momento.

—¡No es más que una lombriz! —exclamó, bajando el arma.

Si podía evitarlo, no tenía intención de lancear a una lombriz. La pobre criatura únicamente buscaba alimento en la tierra y no representaba ninguna amenaza.

La lombriz decidió que lo que había encontrado no le gustaba y se retiró; desapareció bajo tierra igual que una tuneladora y haciendo vibrar la empalizada.

Con la luna, salieron los murciélagos, y el cielo se llenó de aleteos y de chillidos agudos y entrecortados que se solapaban los unos con los otros: el lenguaje de los murciélagos. El ruido de aquellos depredadores voladores lanzando ultrasonidos al aire para localizar a sus presas resultaba escalofriante. Eran de una frecuencia demasiado alta para el oído humano; pero, en el micromundo, los quirópteros sonaban como un submarino que lanzara el «ping» de una onda de sonar. La noche se llenó de incontables ultrasonidos confusos. Los murciélagos revoloteaban por todas partes, lanzando sus señales.

Oyeron cómo uno de ellos localizaba una polilla y acababa con ella.

La caza comenzó con una serie de lentos «pings». El murciélago lanzaba ondas de ultrasonidos hacia la polilla, identificándola y calculando la distancia y la dirección en la que volaba. Enseguida, las pulsaciones aumentaron en volumen y rapidez. Erika explicó lo que estaba sucediendo.

—El murciélago está localizando a su presa. Lanza sus ultrasonidos y escucha cómo rebotan las ondas. El eco le dice dónde se encuentra la polilla, hacia dónde vuela y la forma que tiene. Los «pings» se aceleran a medida que se acerca. Pero las polillas tienen muy buen oído y se defienden haciendo ruidos para despistar al murciélago. Esa especie de tamborileo que acabamos de escuchar es la técnica defensiva de la polilla. Lo hace con su abdomen para confundir al murciélago y, de ese modo, volverse invisible. —La pugna de sonidos continuó hasta que el tamborileo de la polilla cesó bruscamente—. Eso significa que el murciélago la ha cazado —anunció Erika.

Todos escucharon fascinados aquellos sonidos que oían por encima de sus cabezas mientras los murciélagos revoloteaban en todas direcciones. De repente, uno de ellos voló muy bajo y pasó por encima de ellos, dejándoles entrever sus enormes alas aterciopeladas y unos colmillos larguísimos. El ruido de sus ultrasonidos fue ensordecedor e hizo que les pitaran los oídos.

—Este micromundo me da mucho miedo —reconoció Karen—, pero a pesar de todo me alegro de estar aquí. Quizá estoy volviéndome loca.

—Desde luego, es interesante —repuso Rick.

—Ojalá tuviéramos un fuego —suspiró Erika.

—No puede ser —contestó Peter—. Tú misma lo has dicho, el fuego atraería a todos los depredadores que hay por ahí.

A pesar de que había sido ella la que había recomendado no encender una hoguera, su instinto le hacía desear el reconfortante calor de las llamas. Un fuego significaba seguridad, hogar, alimento y calor; por el contrario, lo que la rodeaba era una oscuridad fría llena de sonidos extraños. Notó que el corazón le latía con fuerza y que tenía la boca seca. Estaba muerta de miedo, aterrorizada como jamás había estado. A pesar de que su mente racional le decía que sería una locura lanzarse a la negrura del bosque tropical, las zonas más primitivas de su cerebro la empujaban a huir de allí, corriendo y gritando. Lo sensato era quedarse quieto y no hacer ruido, pero el miedo atávico a la oscuridad amenazaba con ser más fuerte.

Tuvieron la impresión de que la noche se cerraba sobre ellos y los observaba.

—¡Lo que daría por una luz! —susurró Erika—. Me sentiría mucho mejor con una luz, por pequeña que fuera.

Notó que la mano de Peter se cerraba en torno a la suya.

—No tengas miedo —le dijo él.

Erika rompió a llorar en silencio, sin soltarle la mano.

Amar se sentó con el arpón sobre las rodillas e impregnó la punta del arma con un poco más de curare, teniendo cuidado de no cortarse. Peter afiló su machete, haciendo un sonido metálico al rozar el diamante con el acero. Los demás dormían, o al menos lo intentaban.

Los ruidos de la noche cambiaron y un manto de silencio los envolvió. La repentina quietud despertó a los que dormían, y todos aguzaron el oído. Aquella ausencia de sonidos era más siniestra que cualquier otra cosa.

—¿Qué ocurre? —preguntó Rick.

—Coged vuestras armas —los apremió Peter.

Se oyó un tintineo cuando desenvainaron y blandieron los machetes. Entonces empezó a oírse un ruido bajo y siseante que parecía provenir de distintos sitios a la vez. El siseo sonó más cerca. Algo se aproximaba.

—¿Qué es eso?

—Parece una respiración.

—Quizá sea un ratón.

—Eso no es ningún ratón.

—Pues tiene pulmones.

—Sí, demasiados.

Peter pidió silencio.

—Coged las linternas y encendedlas cuando os diga —ordenó.

—¿Qué es ese olor?

Una pestilencia acre y penetrante impregnaba el aire. No tardó en hacerse más intensa hasta resultar casi pegajosa.

—Esto que olemos es veneno —advirtió Peter.

—¿De qué tipo? —quiso saber Karen.

Peter rebuscó en su memoria el olor de los distintos venenos, pero no fue capaz de reconocerlo.

—No sé qué...

De repente, una criatura grande y pesada cargó contra ellos con estrépito.

—¡Encended! —gritó Peter.

Las linternas se encendieron a la vez y sus rayos iluminaron a un enorme ciempiés que serpenteaba rápidamente hacia ellos.

Tenía una cabeza enorme de color rojo con cuatro ojos protuberantes, y dos colmillos brutales se abrían a ambos lados de una boca multiforme. Se desplazaba sobre cuarenta patas que se movían alternativamente y su cuerpo segmentado era de un color pardusco. Se trataba de una escolopendra, un ciempiés gigante de Hawai, uno de los más grandes de la tierra.

Fern Gully

30 de octubre, 2.00 h

La escolopendra irrumpió a través de la empalizada, entre una explosión de astillas, mientras ellos se levantaban y corrían en todas direcciones gritando. El insecto tenía un olfato muy desarrollado y el olor de los humanos había provocado su ataque; sin embargo, confundió su presa con el lecho de hojas muertas y clavó los colmillos en él mientras los estudiantes se dispersaban. Se enroscó alrededor de las hojas con pasmosa velocidad, mientras litros de veneno brotaban de sus colmillos, salpicándolo todo y llenando el aire de una pestilencia horrible.

Las patas del ciempiés terminaban en unas garras afiladas, dotadas cada una de su propia glándula de veneno, y con ellas podía asestar un golpe mortal. El bicho se retorció, golpeando el suelo con ellas y salpicando veneno.

Amar se encontraba en el techo de hojas cuando la escolopendra arremetió contra él, haciéndolo caer entre sus patas. El botánico se hizo un ovillo para intentar protegerse.

Karen, que conocía la anatomía de aquellos insectos, le gritó:

—¡Cuidado con las patas! ¡Son venenosas!

Amar rodó sobre sí, a un lado y a otro, mientras las extremidades de la escolopendra bailaban a su alrededor. Tarde o temprano, una de ellas lo traspasaría.

—¡Amar! —gritó Peter, lanzándose contra el ciempiés y golpeándolo con el machete para desviar su atención.

Por desgracia, el arma no era lo bastante poderosa y rebotaba en la coraza del insecto. Sus compañeros lo imitaron entre gritos y haces de linterna, para dar a Amar la oportunidad de escapar. Karen incluso roció la escolopendra con benzoquinonas, pero el bicho parecía inmune a ellas.

De repente, el ciempiés soltó las hojas y movió la cabeza a un lado y a otro, abriendo y cerrando los colmillos en busca de otra presa. Su vista no era buena, pero podía detectar olores con sus antenas, que movía frenéticamente. Golpeó con una de ellas a Karen y la estrelló contra la empalizada.

El ciempiés dio media vuelta y fue por ella.

Amar salió de debajo de las patas del insecto. Se puso en pie de un salto sin soltar el arpón y gritó para atraer al insecto. Al ver que no surtía efecto, saltó sobre su lomo y se aguantó de pie, manteniendo el equilibrio mientras intentaba encontrar el mejor sitio para clavarle el arpón.

—¡Apunta al corazón! —gritó Karen.

Pero, entre tantos segmentos, Amar no sabía dónde se hallaba este.

—¿Dónde está? —vociferó.

—¡En el cuarto segmento!

El botánico contó cuatro segmentos a partir de la cabeza y levantó el arpón. Sin embargo, dudó un momento ante la magnitud de aquella criatura. En ese instante, la escolopendra curvó la espalda.

Amar le clavó profundamente el arpón, pero salió despedido por los aires y cayó al suelo. El ciempiés se revolvió, con el arma todavía clavada, moviendo la cabeza a un lado y a otro. Uno de sus colmillos desgarró la camisa de Amar; le abrió una gran herida en el pecho y lo roció de veneno.

El botánico retrocedió, gimiendo de dolor. Sentía como si tuviera el torso en llamas. Mientras el insecto se retorció sin cesar, traspasado por el arpón, Karen y Rick llegaron corriendo hasta Amar y se lo llevaron a rastras.

El ciempiés se estiraba y se encogía con un silbido, con el arpón clavado en la espalda.

—¡Subid a un sitio alto! —gritó Karen—. ¡Los ciempiés no saben trepar a los árboles!

Habían acampado al pie de un árbol cuyo tronco estaba cubierto de musgo, así que se agarraron a las hebras verdes y empezaron a subir. Gracias a que en el micromundo la gravedad parecía afectarlos menos, pudieron ascender rápidamente y sin problemas. Amar lo intentó, pero el dolor le impedía agarrarse con fuerza. Peter lo cogió por las axilas y tiró de él, teniendo cuidado de no tocarle la herida del pecho. Al cabo de un momento se encontraban a sesenta centímetros del suelo; se detuvieron en una especie de cavidad musgosa y desde allí se asomaron para mirar hacia abajo, intentando ver al ciempiés.

El insecto se arrastraba fuera de la empalizada, con el arpón bamboleándose en su espalda y respirando con dificultad. Todos pudieron oír sus jadeos. No llegaría muy lejos. Al poco, se detuvo y expiró. Amar había logrado asestarle una herida mortal con el arpón, y el curare de Rick había hecho su efecto.

Se acurrucaron en la cavidad, fuera del alcance de cualquier escolopendra, y apagaron las linternas. Amar parecía enloquecer por momentos. Estaba conmocionado y, a pesar de que su temperatura corporal había bajado, sudaba profusamente y tenía la piel pegajosa. Peter y Karen lo sostenían en brazos, le hablaban e intentaban tranquilizarlo.

Decidieron envolverlo con la manta térmica y también lo examinaron con la ayuda de una linterna. El corte hecho por el colmillo de la escolopendra le llegaba casi hasta el hueso, había perdido mucha sangre y la rociada de veneno había penetrado en la herida. No tenían forma de saber qué cantidad había absorbido o los efectos que tendría. Amar se retorció, delirando y respirando entrecortadamente.

—¡Quema...!

—Amar, escucha, el ciempiés te ha envenenado —le dijo Peter.

—¡Tenemos que marcharnos de aquí!

—Tranquilo, necesitas descansar.

—¡No! —se debatió Amar en brazos de sus compañeros—. ¡Está viniendo! ¡Casi ha llegado! —gimió.

—¿El qué?

—¡Vamos a morir todos! —aulló, luchando por zafarse, pero Peter y Karen lo sujetaron e intentaron que se tranquilizara.

Peter sabía que el veneno de los ciempiés estaba suficientemente estudiado y que no existía un antídoto conocido para él. Temía que Amar sufriera un colapso respiratorio. Algunos de los síntomas

de envenenamiento por picadura de ciempiés se parecían a los de la rabia. El botánico estaba sufriendo ataques de hiperestesia que hacían que sintiera y lo percibiera todo con mucha mayor intensidad. Para él, los sonidos eran demasiado fuertes, y el menor contacto con su piel le provocaba un respingo. No cejaba en su esfuerzo por quitarse la manta de encima.

—¡Me quema! ¡Me quema! —repetía.

Peter encendió la linterna para examinarlo.

—¡Apágala! —aulló Amar, agitando los brazos.

La luz le hería las pupilas. Aunque no lloraba, los ojos se le llenaron de lágrimas que rodaron por sus mejillas. Por encima de todo, un mal presentimiento se había apoderado del alma del botánico, que parecía convencido de que algo terrible iba a ocurrir.

—¡Tenemos que marcharnos de aquí! —insistía—. ¡Se acerca! ¡Está cada vez más cerca! ¡Corred!

Intentó arrastrarse fuera de la cavidad, pero Peter y los demás lo sujetaron por los brazos y las piernas para evitar que se lanzara al vacío.

Amar se debatió y farfulló incoherencias durante un buen rato hasta que, poco antes del amanecer, pareció tranquilizarse y estabilizarse. También cabía la posibilidad de que estuviese completamente agotado. Fuera lo que fuese, Peter lo interpretó como una buena señal y confió en que estuviera recuperándose.

—Voy a morir —susurró el botánico.

—Ni hablar. Aguanta un poco.

—He perdido la fe. Cuando era pequeño, creía en la reencarnación, pero ahora sé que no hay nada después de la muerte.

—Hablas así por culpa del veneno.

—A lo largo de mi vida he hecho daño a un montón de gente y no hay forma de remediarlo.

—¡Qué dices! Tú no has hecho daño a nadie. —Peter confió en que su voz sonara firme y convencida.

Todo aquello sucedía en plena oscuridad porque seguían sin atreverse a encender sus linternas. De pequeña, Erika había tenido terror a la oscuridad, y sus miedos regresaron al escuchar los aterrorizados balbuceos del botánico. Al final no pudo soportarlo más y se echó a llorar sin poder contenerse.

—¿Podría alguien hacerla callar, por favor? —espetó Danny, que volvía a palparse la nariz y la cara con los dedos—. Ya es bastante insoportable que Amar pierda la chaveta, pero todo este llanto me pone de los nervios.

Peter se dio cuenta de que Danny tampoco estaba bien, pero centró su atención en Erika. Le rodeó los hombros con el brazo y le acarició el cabello. Habían sido amantes, pero no hacía aquello por amor, sino por supervivencia; únicamente intentaba evitar que la gente muriera.

—Todo irá bien, no te preocupes —le dijo, dándole un apretón en la mano.

Erika empezó a rezar en alemán:

—*Vater unser im Himmel...*

—Ahora que la ciencia le ha fallado, se vuelve hacia Dios —comentó Danny.

—¿Y tú qué sabes acerca de Dios? —le espetó Rick.

—Lo mismo que tú.

Los demás intentaban dormir. El musgo estaba tibio, y todos se sentían exhaustos tras su terrorífico encuentro con la escolopendra. Uno tras otro, fueron cayendo en los brazos del sueño.

Chinatown, Honolulu
30 de octubre, 11.30 h

El teniente Dan Watanabe se hallaba sentado en un restaurante del centro de Honolulu llamado Deluxe Plate, con un *maki* de Spam^[6]. El *maki* era una bola de arroz envuelta en un alga con un trozo de Spam en el centro. Lo engulló entero, y el arroz, el alga y la carne de cerdo se mezclaron en su boca para ofrecerle una combinación de sabores que solo se podía encontrar en Hawai.

Lo degustó, masticándolo lentamente. Durante la Segunda Guerra Mundial llegaron a aquellas islas toneladas de Spam para alimentar a las tropas. Los soldados estadounidenses libraron la guerra del Pacífico alimentándose de Spam. Aquellas latas y la bomba atómica hicieron posible la victoria, pero el pueblo hawaiano también había desarrollado un gusto por aquel tipo de conserva que se mantenía hasta la fecha. Dan Watanabe estaba convencido de que el Spam alimentaba su cerebro y creía que podía ayudarlo a reflexionar con más claridad cuando se enfrentaba a alguno de sus casos.

En esos momentos estaba pensando en el ejecutivo de Nanigen que había desaparecido. Aparentemente, aquel hombre, Eric Jansen, se había ahogado cerca del cabo Makapu'u tras saltar de su barco averiado. Sin embargo, no habían encontrado su cuerpo. Los tiburones abundaban en el canal de Molokai, las aguas que separaban la isla del mismo nombre del cabo Makapu'u, de manera que era probable que hubieran devorado el cuerpo; pero los restos tendrían que haber aparecido en los alrededores de Koko Head, ya que los vientos y las corrientes iban en esa dirección. Aun así, no había rastro de él. Poco después, su hermano, Peter Jansen, había llegado a Hawai.

Y Peter también había desaparecido.

La policía de Honolulu había recibido una llamada de Donald Makele, el director de seguridad de Nanigen, en la que informaba de que siete estudiantes de Massachusetts habían desaparecido junto con la directora financiera de la compañía, una tal Alyson Bender. Uno de esos estudiantes era Peter Jansen. Todos ellos habían salido por la noche y nadie había vuelto a verlos.

El Departamento de Personas Desaparecidas de la policía de Honolulu había atendido la llamada de Makele. Se había redactado el informe preceptivo y lo habían colgado en el boletín que circulaba todas las mañanas por los distintos departamentos. Watanabe lo había visto en la sección de «Asuntos destacados». Así pues, en esos momentos había dos ejecutivos de Nanigen desaparecidos —Eric Jansen y Alyson Bender—, más siete estudiantes.

Nueve personas relacionadas con la misma empresa a las que nadie había vuelto a ver.

Ciertamente, en Hawai esos casos eran frecuentes, sobre todo entre los jóvenes. Las olas podían ser muy peligrosas, y también los había que se emborrachaban o se ponían morados de hierba puna hasta el punto de olvidar cómo se llamaban; eso sin contar con los que tomaban un vuelo a Kauai y se iban de excursión por la costa de Na Pali sin avisar a nadie. Aun así, nueve personas de distintos lugares, todas relacionadas por un motivo u otro con Nanigen y todas desaparecidas... Parecía demasiada coincidencia.

Watanabe tomó un sorbo de café y se comió el último *maki*. Tenía un mal presentimiento y también sentía cierta curiosidad profesional. Casi podía percibirlo. Era el olor de un crimen sin resolver.

—¿Más café? —le preguntó Misty, la camarera, con la cafetera en la mano.

—Sí, gracias. —Era un café Kona, cargado, ideal para tener una tarde activa.

—¿Postre, Dan? Tenemos un pastel...

—No, gracias, Misty —repuso Watanabe, dándose una palmada en la barriga—. Ye he tenido suficiente con mi ración de Spam.

La camarera dejó la cuenta sobre la mesa y él se quedó mirando por la ventana. Una anciana china pasó ante el restaurante empujando un carrito con la compra, que incluía un pescado envuelto en papel de periódico, cuya cola asomaba fuera.

La sombra de una nube cruzó la calle, oscureciendo un instante a los transeúntes. El sol volvió a salir un momento, antes de que otra nube lo ocultara de nuevo. Como de costumbre, los alisios jugaban con los cielos de Oahu. Lluvia y sol se alternaban constantemente. No era nada raro mirar hacia las montañas y ver un arco iris.

Se puso las gafas y caminó hacia la comisaría, tomándose su tiempo y pasándose la lengua por los dientes para eliminar un resto de Spam. Cuando llegó, ya había tomado una decisión.

Abriría una investigación sobre Nanigen.

Y lo haría discretamente.

El asunto era delicado. Se trataba de una empresa importante que movía mucho dinero; además, su consejero delegado era una persona destacada y podía tener contactos políticos. El asunto de Nanigen le robaría tiempo a su investigación sobre el extraño caso de aquellas tres personas que habían sido halladas muertas con numerosos cortes, el abogado Willy Fong, el detective privado Marcos Rodríguez y el asiático sin identificar.

«El lío de Fong», como solía llamarlo, tendría que esperar un poco. Además, no se podía decir que hubiera adelantado mucho con el caso.

Decidió pasar un momento por el despacho de su jefe, Marty Kalama.

—Me gustaría echar un vistazo a esas desapariciones de Nanigen —le dijo.

—¿Por qué? —preguntó Kalama, sorprendido.

Watanabe sabía que su jefe no cuestionaba sus métodos y que solo deseaba saber lo que le rondaba por la cabeza, conocer sus pensamientos.

—Primero, esperaré un poco, por si esa gente reaparece. Si no lo hace, organizaré un equipo; pero, por el momento, me gustaría husmear algo por mi cuenta.

—¿Sospechas algún tipo de conducta delictiva?

—Seguramente mis sospechas son infundadas, pero las piezas no encajan.

—De acuerdo —respondió Kalama—. Explícate.

—En primer lugar, lo de Peter Jansen. Cuando le enseñé el vídeo, me pareció que reconocía a una mujer que fue testigo del accidente; pero luego reaccionó como si la encubriera, porque me dijo que no sabía quién era. Creo que mentía. Después envié a un par de agentes de visita a Nanigen, para recabar información acerca de Eric Jansen, el ejecutivo presuntamente ahogado. Mis hombres hablaron con el consejero delegado, un tal Drake, que se mostró de lo más correcto. Sin embargo,

mis hombres me dijeron que ahí pasaba algo y que el tipo parecía visiblemente nervioso cuando no tenía motivo para ello.

—Bueno, puede que ese tal...

—Drake.

—Puede que estuviera preocupado por la desaparición de su ejecutivo.

—Más bien parecía como si tuviera un fiambre en el maletero de su coche —repuso Watanabe.

Kalama lo miró con aire ceñudo.

—Muy bien, Dan, pero no me estás hablando de pruebas.

Watanabe se dio una palmada en la barriga.

—Son las tripas, jefe. Me lo dice mi Spam.

Kalama asintió.

—Está bien, pero ten cuidado.

—¿Con qué?

—Sabes a qué se dedica Nanigen, ¿verdad?

Watanabe sonrió para disimular. Lo cierto era que todavía no se había enterado de cuál era la actividad de la empresa.

—Fabrican robots —prosiguió Kalama—, robots muy pequeños.

—Vale, ¿y...?

—Pues que una empresa así es posible que tenga contactos en las esferas más altas, y eso significa problemas.

—¿Sabes algo de Nanigen? —preguntó Watanabe.

—No sé una mierda, los polis nunca saben una mierda, ¿no?

—No te preocupes, te mantendré fuera del asunto —dijo Watanabe, sonriendo.

—Desde luego que sí —espetó Kalama—. Y ahora lárgate.

Se quitó las gafas y las limpió mientras observaba cómo su subordinado salía del despacho. Era uno de sus mejores detectives, listo y discreto. Esos eran los que creaban mayores problemas. Y la verdad es que Kalama disfrutaba con los problemas.

Fern Gully

30 de octubre, 7.00 h

Amaneció. Los seis supervivientes se agitaron en la cavidad musgosa de un árbol de las montañas de Ko'olau Pali. Los pájaros cantaban con sus trinos graves y profundos, sonaban igual que ballenas comunicándose entre sí en las profundidades del mar.

Peter asomó la cabeza fuera de la cavidad del *ohia* y miró en todas direcciones. Más abajo, vio los restos del refugio, aplastados por la escolopendra, y a esta muerta un poco más allá. Las hormigas ya habían empezado a descuartizarla y le habían arrancado grandes porciones del cuerpo.

Peter las observó y se dijo que era como si estuvieran en un mar de aguas profundas; la jungla era un mar tan profundo como cualquier océano.

Volvió la cabeza y miró hacia lo alto, a lo largo del tronco.

El árbol era joven, relativamente pequeño y tenía la copa cuajada de brillantes flores rojas recién abiertas. Parecía una explosión de llamas.

—Creo que deberíamos subir a lo alto del árbol —propuso.

—¿Para qué? —le preguntó Rick, asomándose también.

—Me gustaría echar un vistazo al aparcamiento —contestó Peter, mirando la hora—. Quiero asegurarme de que vamos en la buena dirección y ver lo que pasa allí.

—Parece razonable —contestó Rick.

Metieron la cabeza de nuevo. Los demás estaban acurrucados en el musgo, con Amar en el centro, envuelto en la manta térmica. El botánico por fin se había dormido, pero le había salido un gran morado en la sien que se extendía por su cabeza.

Podía tratarse de una simple contusión, pero también de una microhemorragia. Fuera lo que fuese, decidieron que Rick permanecería con Amar, para cuidarlo, mientras los demás intentaban trepar a lo alto del árbol. Disponían de tres radios en total. Rick se quedaría con una, mientras que los escaladores llevarían las otras dos.

—Recordad que debemos mantener la radio en silencio a menos que se trate de una emergencia —les recordó Peter.

—¿Crees que alguien de Nanigen puede estar a la escucha? —preguntó Karen.

—Estas radios solo tienen un alcance de unos treinta metros, pero si Drake sospecha que seguimos con vida es posible que tenga a alguien escuchando. Ese hombre es capaz de cualquier cosa.

Empezaron a trepar por el árbol. Peter encabezó el primer trecho de la ascensión. Se había puesto el cinturón que llevaba enganchado el carrete de hilo y cargaba a la espalda la escalerilla de cuerda que tenía en la mochila. Karen cogió la cerbatana, los dardos y el frasco de curare de Rick. Ella sería la cazadora de la expedición.

La escalada por el tronco resultó de lo más fácil. Los musgos, los líquenes y la áspera corteza proporcionaban asideros más que suficientes. Además, en el micromundo eran lo bastante fuertes para poder colgarse de una sola mano, incluso de la punta de los dedos. Y si caían, tampoco importaba demasiado. No era peligroso porque aterrizarían en el suelo sin sufrir apenas daño.

Se turnaron al frente de la escalada. El que iba primero —debidamente asegurado con el hilo a la persona que lo seguía— trepaba hasta alcanzar una rama y desde allí desplegaba la escalerilla de cuerda para que subieran los demás.

El árbol tenía una corteza rugosa salpicada de musgo, líquenes y hepáticas, plantas diminutas, algunas de ellas de tamaño microscópico, aunque para los microhumanos resultaban tan grandes como arbustos. Las hojas eran redondas y de una textura parecida al cuero. Treparon casi hasta lo alto en menos de una hora.

Casi habían llegado cuando Danny se rindió.

—No puedo más —dijo, sentándose en una rama cubierta de musgo a la que le daba el sol.

—¿Prefieres quedarte aquí mientras los demás seguimos? —le preguntó Peter.

—La verdad es que preferiría estar en el Algiers Coffee-house de Harvard Square, leyendo a Wittgenstein —contestó con una débil sonrisa.

Peter le entregó la radio.

—Llama si surge una emergencia.

—De acuerdo.

—Todo va a salir bien, Danny —le dijo Peter, poniéndole la mano en el hombro.

—Me parece que no —repuso Danny, acomodándose.

—No podemos rendirnos.

Danny lo miró con expresión burlona y se puso la radio con los auriculares y el micro integrados.

—Probando, probando —dijo, y su voz sonó en los otros dos aparatos.

—Oye, he dicho que hay que mantener la radio en silencio —le advirtió Peter.

—¡Llamando a Drake! ¡Socorro! ¡Estamos en un árbol! —gritó Danny en el micrófono.

—¡Basta ya!

—Solo bromeaba.

—He captado una transmisión. —Johnstone se inclinó sobre el localizador de radio de la cabina del hexápodo, con los auriculares puestos, y se echó a reír—. Esos pobres imbéciles están llamando a Drake y pidiéndole ayuda. —Sus ojos se movieron hacia la bóveda vegetal de lo alto—. Están en un árbol, en algún lugar por encima de nosotros.

Telius masculló algo ininteligible. Cogió los prismáticos que llevaba al cuello y empezó a examinar las copas de los árboles en busca de algún movimiento. Los espías estaban ahí arriba, pero no iba a ser fácil dar con ellos. No vio nada. A continuación señaló silenciosamente con el dedo en una dirección.

Johnstone accionó la palanca del hexápodo y este respondió desplazándose con suavidad por el suelo del bosque tropical, sin hacer ruido, aparte del leve siseo de sus motores eléctricos.

Telius señalaba la base de un árbol, un *pandanus*.

—Hacia arriba —dijo.

Johnstone accionó un mando y unas cerdas sumamente finas sustituyeron a las garras de las patas del vehículo. Eran nanocerdas adherentes, muy parecidas a las que tenían las salamanquesas en los dedos de las patas, capaces de pegarse prácticamente a cualquier superficie, incluido el cristal. El andador empezó a trepar por el tronco sin la menor dificultad. Atados en la cabina con sus cinturones de seguridad, los dos mercenarios apenas notaron que el hexápodo estaba en posición vertical. Y, en cualquier caso, apenas sentían la fuerza de la gravedad.

Los escaladores llegaron a las últimas ramas del *ohia*, con Karen al frente del grupo en el tramo final. Se agachó y se arrastró por una rama alta hasta un grupo de flores que asomaban al sol y desde donde se disfrutaba de una vista magnífica. Los demás la siguieron y se quedaron de pie entre las hojas. La rama oscilaba ligeramente con la brisa. Las flores del *ohia*, rojas y estrelladas, desprendían un olor muy dulce y parecían una explosión de fuegos artificiales.

La vista abarcaba todo el valle de Manoa y las montañas circundantes. Las exuberantes laderas, donde brotaban colas de caballo, descendían desde los picos en precipicios y gargantas envueltas en la bruma. El pico Tántalo, el cráter de un antiguo volcán, miraba al valle desde el norte. Hacia el oeste, más allá de la estrecha desembocadura del valle, se alzaban los rascacielos de Honolulu, evidenciando lo cerca que se encontraba la ciudad. Aun así, la sede central de Nanigen, situada al otro extremo de Pearl Harbor, bien podría haberse hallado a miles de kilómetros.

Hacia el sudeste, divisaron el invernadero y el aparcamiento, una parcela de tierra salpicada de charcos de lluvia. La zona estaba desierta y no se veía rastro de personas ni de vehículos.

En el extremo sur del valle se divisaba el túnel de acceso que atravesaba una cortada en la montaña. También vieron la verja de seguridad. Estaba cerrada.

Con la ayuda de la brújula, Peter calculó el rumbo correcto hacia el aparcamiento.

—El aparcamiento está a 170 grados, sur-sudeste —anunció a los demás, observando el instrumento.

Acto seguido, comprobó la hora. Eran las nueve y media.

El camión de enlace no llegaría antes del mediodía, suponiendo que todavía hiciera el trayecto. En cualquier caso, en el valle no se veía rastro alguno de actividad humana.

Un ruido estruendoso sobrevoló las flores del *ohia*, y los estudiantes se agacharon instintivamente, aferrándose a los tallos. Peter se lanzó al suelo.

—¡Cuidado! —gritó cuando la mariposa pasó sobre ellos.

Las alas del insecto, con brillantes dibujos en dorado, naranja y negro, batieron el aire con un fragor grave. La mariposa parecía estar jugando. Se mantuvo un momento suspendida en el aire y, a continuación, se posó en la flor del *ohia*, donde relucían las gotas de néctar.

El insecto desenrolló su trompa y la introdujo en la flor hasta sumergirla en el líquido. Todos la oyeron mientras sorbía.

Peter alzó lentamente la cabeza. Karen reía.

—Deberías verte. ¡Aterrorizado por una mariposa!

—Sí, es que es impresionante —repuso Peter, avergonzado.

Erika les explicó que se trataba de una mariposa Kamehameha, oriunda de Hawai. Mientras el insecto se alimentaba, todos ellos percibieron que desprendía una fuerte pestilencia. Sin duda era muy bonita, pero olía fatal.

—Es un sistema de defensa química —dijo Erika—. Si no me equivoco, son fenoles. La mezcla es suficiente para ahuyentar a los pájaros.

La mariposa hizo caso omiso de los microhumanos, batió ruidosamente las alas, se elevó con la brisa y se perdió en el azul del cielo.

Aquel insecto les había enseñado una lección: las flores rebosaban de azúcar líquido, precisamente la energía que tanto necesitaban. Karen se arrastró hasta la flor y se metió de cabeza en ella, cogió una gota de néctar gelatinosa con ambas manos y se la llevó a la boca.

—Tenéis que probar esto, chicos. —Su voz llegó desde el interior de la flor. Notaba que su cuerpo recibía una inyección de energía cada vez que tragaba un poco de néctar.

Los demás la imitaron y bebieron tanto como pudieron.

Habían acabado de saciarse cuando un movimiento a lo lejos captó la atención de Peter.

—Alguien llega —dijo.

Todos se olvidaron del néctar y observaron cómo un coche se acercaba desde la lejanía, subiendo por la carretera serpenteante de Honolulu. Se trataba de una ranchera negra que se detuvo ante la verja de acceso al túnel. Allí, el conductor se apeó.

Peter observó la escena con los prismáticos y vio que el hombre sacaba un cartel amarillo de la parte trasera del vehículo y lo colgaba en la verja.

—Ha puesto un cartel —explicó a los demás.

—¿Qué dice? —preguntó Karen.

—No lo sé. No alcanzo a verlo.

—¿Es el vehículo de enlace?

—Un momento.

El hombre volvió a ponerse al volante, cruzó la verja y se detuvo para cerrarla. Momentos después, la ranchera salió por el otro extremo del túnel, descendió hacia el valle y se paró en el aparcamiento. El conductor bajó.

Peter siguió sus movimientos con los prismáticos.

—Creo que es el mismo individuo que se llevó las estaciones de aprovisionamiento. Es un tipo musculoso, con una camisa hawaiana. La ranchera lleva escrito NANIGEN SEGURIDAD en la puerta.

—Eso no parece el camión de enlace —dijo Karen.

—No.

El hombre se paseó por el aparcamiento, mirando el suelo.

Luego se agachó y empezó a pasar la mano por un grupo de plantas de jengibre.

—Está registrando el terreno que rodea el aparcamiento —explicó Peter.

—¿Crees que nos está buscando a nosotros? —preguntó Karen.

—Eso parece.

—Pues no me gusta.

—Ahora está hablando a través de una radio portátil... ¡Vaya!

—¿Qué pasa?

—Nos está mirando directamente.

—Es imposible que pueda vernos —protestó Karen.

—Pues está señalando hacia aquí mientras sigue hablando por radio. Es como si supiera dónde estamos.

—Eso es imposible —insistió Karen.

El hombre fue a la parte trasera de la camioneta y cogió una bombona aspersora que se ató a la espalda. Acto seguido empezó a recorrer la vegetación que rodeaba el aparcamiento y a rociarla con el contenido de la bombona. Cuando hubo terminado, hizo lo mismo con el suelo del aparcamiento.

—¿Qué está haciendo? —preguntó Erika.

—Seguro que es veneno —dijo Karen—. Saben que estamos vivos y creen que intentaremos subirnos al camión de enlace, así que están convirtiendo el aparcamiento en una zona tóxica. Ahora sí que estoy segura de que el maldito camión no se presentará. Está claro que pretenden que no salgamos de este valle. Quieren que muramos aquí.

—Pues no les daremos esa satisfacción —declaró Peter.

—¿Ah, no? —preguntó Karen, en tono escéptico—. Ya me dirás cómo.

—Cambiando nuestros planes —contestó Peter.

—¿En qué sentido?

—Pues en lugar de volver al aparcamiento, nos dirigiremos a Tántalo.

—¿A Tántalo? ¡Es una locura, Peter!

—¿Por qué? —quiso saber Erika.

—Allí arriba hay una base de Nanigen. Es posible que haya gente y que puedan ayudarnos. Además, Kinsky nos dijo que en Tántalo había aviones. Los llamó «microaviones».

—¿Microaviones? —Karen no parecía nada convencida.

—Sí, yo he visto uno, y vosotros también. ¿No os acordáis? Lo encontré en el coche de mi hermano. Amar y yo lo pusimos bajo la lupa y vimos que tenía una cabina con mandos y controles. Puede que consigamos hacernos con uno y salir volando.

Karen miró a Peter con los ojos como platos.

—Eso es una locura. Para empezar no sabemos nada de esa base del Tántalo.

—Bueno, pero al menos allí no nos esperan. Jugaríamos con la baza del factor sorpresa.

—¡Pero mira esa montaña! —exclamó Karen, señalándola. El Tántalo, un enorme cráter de paredes verticales cubiertas de vegetación, dominaba la vista desde el norte—. ¡Al menos tiene seiscientos metros de altura! ¡Para nosotros sería como escalar siete Everest!

—Sí, pero la gravedad no será una desventaja —contestó Peter sin perder la calma. Cogió los prismáticos y examinó el pico, hasta que localizó un enorme peñasco situado en una zona despejada, cerca del borde del cráter—. Eso podría ser el Gran Peñasco. El mapa dice que la base del Tántalo está a sus pies. —No podía verla desde aquella distancia, pero cogió la brújula y determinó una marcación—. Desde donde nos encontramos, la dirección es 330 grados. No tenemos más que seguir la brújula.

—Tardaremos semanas —objetó Karen—, y solo disponemos de unos pocos días antes de que

empecemos a sufrir microhemorragias.

—Un soldado puede caminar unos cuarenta kilómetros diarios.

—Pero nosotros no somos soldados, Peter —dijo Erika.

—No lo sé. Supongo que podríamos intentarlo —admitió Karen, a regañadientes—. Pero ¿qué pasa con Amar? No puede andar.

—Cargaremos con él —repuso Peter, tajante.

—¿Y qué vamos a hacer con Danny? Ese tío es un verdadero engorro —se quejó Karen.

—Danny forma parte del grupo. Nos ocuparemos de él —aseguró Peter.

En ese momento la radio crepitó y una voz frenética sonó a través del transmisor. Era Danny quien llamaba.

—Hablando del diablo... —murmuró Karen.

Peter se colocó los auriculares y oyó a Danny gritar.

—¡Por Dios, ayudadme! ¡Ayudadme!

Danny se había quedado dormido en una rama inferior del árbol. Se sentía exhausto tras la noche más aterradora de su vida y, acurrucado al sol, roncaba con la boca abierta. Por eso no oyó el zumbido que se acercaba y que se mantuvo sobre él, igual que un helicóptero, mientras lo estudiaba con sus ojos facetados e inexpressivos. Era una avispa.

Aterrizó en la rama y se acercó lentamente. Primero le palpó un brazo con las antenas y después le recorrió la garganta y las mejillas. Aquella piel, tan blanca y tierna, le recordó a una oruga. Un anfitrión. Del abdomen le colgaba un largo tubo, parecido a un trozo de manguera, en cuyo extremo tenía una especie de broca.

La avispa cogió con delicadeza a Danny entre sus patas delanteras y le clavó la broca en el hombro, inyectándole anestésico. A continuación, la hizo girar y le hundió el tubo.

La avispa empezó entonces a jadear, emitiendo unos sonidos que se asemejaban horriblemente a los de una mujer dando a luz.

Danny soñaba, y el sueño cambió. Soñó que tenía a una hermosa mujer entre sus brazos. Estaba desnuda y jadeaba de deseo. Se besaron, y notó la lengua de ella en su boca. Entonces la miró. Sus ojos eran unas esferas facetadas en un rostro femenino. La mujer lo sujetó con fuerza, resistiéndose a soltarlo.

Danny se despertó con un sobresalto.

—¡Aaagh!

Estaba mirando directamente a los ojos de una avispa gigante que lo aferraba entre sus patas mientras le hundía el aguijón en el hombro. Sin embargo, no sentía nada. Su brazo había quedado como muerto.

—¡No! —gritó, agarrando el aguijón con una mano para arrancárselo, pero la avispa lo hizo antes que él. Retiró el aguijón, lo soltó y se alejó volando.

Danny rodó a un lado, sujetándose el brazo, gritando y pidiendo ayuda.

—¡Ay! ¡Socorro!

Su brazo se había convertido en una extremidad muerta que le colgaba del hombro, inerte, como

si le hubieran inyectado una dosis masiva de novocaína. Vio que tenía un agujero en la camisa y que una mancha oscura se extendía por la tela: sangre. Se abrió la prenda y contempló el agujero de su hombro.

Era perfectamente circular, como si fuera obra de un taladro, y de él manaba sangre. Sin embargo, no sentía dolor alguno, nada.

Encendió la radio y gritó:

—¡Por Dios, ayudadme! ¡Ayudadme!

—¿Danny...? —respondió la voz de Peter.

—¡Dios mío, algo me ha picado!

—¿Qué ha sido?

—¡No lo siento, está muerto!

—¿Qué está muerto?

—Mi brazo. ¡Era tan grande! —Sus palabras se convirtieron en un balbuceo aterrado.

—¿Qué ocurre? —preguntó Rick por la radio. Se había quedado en la cavidad del tronco, cuidando de Amar.

—Algo ha picado a Danny —le dijo Peter—. Danny, no te muevas. Enseguida bajamos.

Danny se acurrucó en la rama. No quería mirar el agujero de su hombro. La sangre seguía manchándole la camisa. Se tocó la frente. ¿Tenía fiebre? ¿Estaba delirando?

—Veneno, no —farfulló—. No es veneno. Estoy bien... No es veneno.

Peter cogió el botiquín de primeros auxilios. El descenso fue fácil y rápido. Bajó descolgándose de mano en mano y encontró a Danny en posición fetal, con el rostro muy pálido. Su brazo izquierdo parecía inerte.

—No lo noto —gimió.

Peter le abrió la camisa y examinó la herida del hombro.

Era un orificio pequeño. Lo limpió y le aplicó un poco de yodo, esperando que Danny diera un respingo de dolor, pero este no reaccionó.

Buscó señales de envenenamiento y le miró las pupilas por si las tenía anormalmente contraídas o dilatadas, pero parecían normales. Luego le tomó el pulso y comprobó su respiración, intentando detectar cambios en el tono de la piel o señales de delirio. Danny parecía muy asustado. Le miró el brazo. La piel tenía un color normal, pero estaba inerte. Se lo pellizcó.

—¿Lo has notado?

Danny negó con la cabeza.

—¿Náuseas? ¿Dolor?

—No es veneno... No es veneno...

—No me parece que te hayan envenenado —le dijo Peter.

De lo contrario, Danny estaría mucho peor, con fuertes dolores, quizá incluso hubiera muerto. Sin embargo, sus constantes vitales parecían estables.

—Creo que asustaste al bicho que te picó. Por cierto, ¿qué era?

—Una abeja o una avispa. No lo sé exactamente.

Las avispas eran mucho más abundantes que las abejas. En Hawai debía de haber cientos de tipos distintos de avispas, y seguramente muchas de ellas estaban todavía por clasificar. No había forma

de saber qué clase de avispa era la que había picado a Danny; suponiendo, claro, que hubiera sido una avispa.

Peter le vendó el hombro e improvisó un cabestrillo arrancándose la manga de su camisa mientras se preguntaba cómo hacerlo bajar hasta el suelo.

—¿Te sientes capaz de saltar?

—No lo sé. Puede.

—No nos haremos daño —le dijo. Acto seguido, llamó a Erika y a Karen, que seguían en lo alto del árbol—. Danny y yo vamos a saltar hasta el suelo. Creo que deberíais hacer lo mismo.

Las dos jóvenes se asomaron entre las hojas y miraron la caída. Desde donde se hallaban no podían divisar el suelo. Karen miró a Erika, y esta asintió.

—De acuerdo, saltaremos —respondió Karen por radio mientras comprobaba que la cerbatana que llevaba a la espalda estuviera bien sujeta—. Uno... Dos... ¡Tres!

Erika saltó la primera, seguida inmediatamente por Karen.

Nada más empezar a caer, Karen abrió los brazos y las piernas, frenando el descenso y empezando a planear.

—¡Uau! —gritó. Vio a Erika debajo de ella, y también gritaba.

Las dos planeaban de forma controlada. Karen movió los brazos y las piernas y aumentó su ángulo de caída. Notaba cómo el aire se deslizaba por su cuerpo, denso y espeso, sosteniéndola. Era como hacer *bodysurfing*, solo que en el aire en lugar de en el agua. Golpeó contra una hoja, rebotó sin hacerse daño y volvió a extender los brazos y las piernas mientras descendía a lo largo del tronco por el aire líquido. Comprobó que Erika caía a mayor velocidad y decidió aminorar, maniobrando con sus extremidades y aullando de placer. Ante ella vio unas cuantas hojas. Perdió a Erika de vista y la oyó gritar.

Atravesó las hojas y se encontró con una tela de araña que se cruzaba de pleno en su trayectoria. Erika había quedado atrapada en ella y se debatía frenéticamente para liberarse. Una araña de color verde la observaba desde un extremo de la tela.

Era una araña cangrejo, grande y muy venenosa.

Karen decidió no maniobrar para esquivar la trampa. Si quería salvar a Erika, debía caer en la tela de araña. No tenía miedo. Se sentía capaz de enfrentarse ella sola al arácnido.

Cayó lejos del centro de la tela y se quedó allí rebotando en el aire.

Para ella, la tela tenía más de veinte metros de diámetro. Se le antojó bastante más grande que la red de seguridad de un circo; pero, a diferencia de esta, era pegajosa. Notó que las gotas que salpicaban el entramado radial le traspasaban la ropa y entorpecían sus movimientos. Erika gritaba y luchaba para liberarse, presa de un terror ciego, fuera del alcance de Karen. La araña cangrejo pareció vacilar. Karen pensó que seguramente no reconocía a aquellos humanos como presas, pero no tardaría en atacar. Y el ataque sería brutal.

—¡Quédate quieta! —gritó a Erika.

Luego rodó a un lado y se levantó, desenvainando el machete y encarándose con la araña. Sus ojos buscaron rápidamente entre los hilos de la tela. Buscaba el hilo de hilvanar y lo encontró. Salía de una de las patas del arácnido y cruzaba los hilos del entramado espiral hasta llegar al centro.

La araña lo utilizaba para notar la presencia de alguna presa en su tela. Cortarlo equivalía a

cortar su conexión nerviosa.

Se lanzó hacia el hilo y lo seccionó con un golpe de machete.

La araña pareció asustarse y se retiró tras unas hojas.

Karen se acercó hasta donde estaba Erika.

—La mayoría de las arañas se asustan fácilmente —le dijo. Cortó un par de hilos más, y ambas volvieron a caer por el aire—. Lo siento, cariño —se despidió Karen de la araña.

Aterrizaron juntas en el suelo, envueltas en restos de tela pegajosos. Erika temblaba visiblemente.

—Pensaba que iba a morir.

Karen la ayudó a quitarse los restos de tela.

—No hay de qué preocuparse si conoces cómo funcionan las arañas.

—Sí, pero lo mío son los escarabajos.

Peter y Danny habían aterrizado cerca, sobre un montón de hojas. Rick no tardó en aparecer, bajando a Amar con la ayuda de una cuerda. Se reagruparon todos al pie del *ohia*, y Peter les explicó el cambio de planes. Se dirigirían hacia la base Tántalo.

Diez minutos más tarde, mientras Rick y Peter cargaban con Amar, se adentraron en un bosque de helechos, un laberinto aparentemente interminable que goteaba humedad y formaba túneles abovedados en todas las direcciones. Árboles *koa*, *olopuas* e *hibiscos* crecían entre los helechos y ascendían, retorciéndose hacia lo alto.

Peter consultó la brújula.

—Por aquí —indicó.

Se adentraron por un camino largo y serpenteante que discurría entre los helechos. Los largos tallos se arqueaban sobre sus cabezas, envolviéndolos en un mundo de verdor.

Danny caminaba, medio arrastrando los pies, cuando se detuvo y contempló a Amar. Los ojos se le salían de las órbitas.

—¡Está sangrando! —exclamó.

Nadie había reparado en ello. Rick dejó a Amar, y este cayó de rodillas en el suelo. Un hilillo de sangre manaba de su nariz y le caía desde el labio superior. El goteo fue a más.

—Dejadme —susurró el botánico—. Son las microhemorragias.

Bajo la bóveda de helechos

30 de octubre, 12.00 h

—Están en los helechos —dijo Telius a su compañero Johnstone mientras observaba con los prismáticos la masa de verdor que se extendía por el suelo del bosque tropical.

Los dos hombres se hallaban colgando boca abajo de los arneses de sus asientos, en la cabina del hexápodo. A su vez, el andador pendía de la hoja de un *pandanus*, agarrado a ella gracias a sus nanocerdas. Los mercenarios por fin habían logrado rastrear por radio las conversaciones de su objetivo.

Telius observó un momento más y después hizo un gesto a su compañero con el pulgar, señalando el suelo. «Abajo».

Johnstone pulsó un botón y el andador se soltó de la hoja, cayendo en caída libre. A continuación, manejando los controles, plegó las patas del vehículo. Este dio contra el suelo, rebotó unas cuantas veces y se detuvo boca abajo, con sus ocupantes protegidos por las barras de seguridad y a salvo.

Johnstone desplegó nuevamente las patas con garras. El andador se incorporó, rodeó a grandes zancadas el bosque de helechos y se internó en él. Telius se levantó y aguzó el oído. Había oído hablar a los espías. Señaló con el dedo el lugar donde se encontraban e indicó a Johnstone que trepara por el tallo de un helecho.

El hexápodo se encaramó sin dificultad, se adentró en el follaje y se detuvo. Telius miró con los prismáticos. Allí estaban sus objetivos, más abajo. Los seis. Uno de ellos parecía enfermo y le sangraba la nariz. Quizá fueran las microhemorragias.

Tenía aspecto de indio. Los demás estaban reunidos a su alrededor. Enfocó mejor y vio el constante goteo de sangre. Sí, aquel tipo sufría microhemorragias. Estaba listo.

—Uno de esos pobres diablos ya ha empezado a sangrar —le dijo a Johnstone en voz baja.

Este masculló algo inaudible.

Telius siguió observando al grupo. No le costó identificar al líder: un joven alto y delgado, de cabello castaño y ondulado, que se mantenía ligeramente aparte mientras hablaba con el resto. Los demás lo escuchaban con atención. Telius comprendió que se trataba del cabecilla del grupo. Tenía buen olfato para reconocer a los oficiales. Y un oficial era siempre el primero en caer.

Tenía una buena posición. Telius hizo un gesto afirmativo a su compañero, cogió el rifle de gas y apuntó al líder mientras Johnstone se colocaba en posición de observador, con los prismáticos. Ajustó la mira telescópica y situó su blanco en el centro. Estaba lejos, a unos cuatro metros. Una ligera brisa agitó el helecho y el andador. Telius vio que la mira oscilaba y negó con la cabeza. No era una posición estable. Habría sido un disparo al azar, y a Telius no le gustaba dejar nada al azar. Tendría que disparar en rápida sucesión porque, en cuanto abatiera al líder, los demás se escabullirían en todas direcciones, igual que conejos asustados. Hizo un gesto a Johnstone para indicarle que bajase.

El mercenario manejó los controles y el vehículo descendió en busca de una posición más firme. Telius le indicó que se detuviera, desató su arnés de seguridad y se dejó caer. Dio una voltereta en el aire y aterrizó de pie, en el suelo, igual que un gato. Se echó el rifle a la espalda y se arrastró para acercarse a sus presas.

Peter abrió el botiquín y se agachó junto a Amar para aplicarle una compresa en la nariz. No sabía qué hacer. La hemorragia no remitía.

—Estoy acabado —dijo el botánico—. Por favor, seguid vosotros.

—No vamos a dejarte.

—No soy más que un montón de proteínas. Marchaos.

—Amar tiene razón —dijo Danny, tocándose el brazo inerte—. Tenemos que dejarlo si no queremos morir todos.

Peter hizo caso omiso de sus palabras y retiró la compresa de la nariz de Amar. Estaba empapada. El joven había perdido mucha sangre y se encontraba muy débil. Eso sin contar con los moretones de sus brazos. Parecía como si el veneno de la escolopendra hubiera acelerado las microhemorragias. Un cambio dimensional era el único tratamiento posible, pero seguían igual de lejos de Nanigen que al principio.

—Deberíamos pedir ayuda por radio —dijo Danny mientras se dejaba caer al suelo y miraba a los demás con expresión ceñuda.

—Es posible que Danny tenga razón y que en Nanigen haya alguien dispuesto a ayudarnos —convino Erika.

—Quizá deberíamos intentarlo —aceptó Karen—. Puede que sea nuestra única oportunidad para salvar a Amar.

Peter se incorporó y cogió la radio.

—Conforme —dijo.

Telius se parapetó junto a un helecho y apuntó. Situó al líder en el punto de mira de su rifle, pero entonces su objetivo se agachó para ayudar al compañero enfermo. Telius se dijo que quizá pudiera abatirlos a los dos de un solo disparo. El cabecilla y el que sangraba. Sí, señor. Apuntó cuidadosamente y apretó el gatillo. La culata del arma lo golpeó en el hombro.

Oyeron un repentino siseo. Una punta de acero, de casi un dedo de largo, pasó junto a Peter, desgarrándole la camisa, se hundió en el cuerpo de Amar y detonó. La explosión lanzó en todas direcciones sangre y fragmentos metálicos. El cuerpo de Amar se estremeció, pareció levantarse del suelo y se convirtió en picadillo. Peter fue incapaz de reaccionar y contempló con horror cómo su amigo se desintegraba.

Se levantó, cubierto de la sangre de Amar.

—¿Se puede saber qué...?

Los demás lo miraron como si la escena fuera parte de un sueño.

—¡Un tirador! —gritó Karen—. ¡Poneos a cubierto!

Corrió a guarecerse tras el helecho más próximo, pero vio que Peter se había quedado petrificado, como si no pudiera asimilar lo que acababa de ocurrir.

El segundo disparo de Telius impactó en una hoja situada justo por encima de la cabeza de Peter y la hizo añicos. La onda expansiva lanzó a Peter por los suelos.

Karen comprendió que el tirador intentaba acabar con él.

Corrió hacia él, lo cogió del brazo y lo empujó a un lado.

—¡Agáchate y corre! ¡Zigzaguea! —le gritó—. ¡Vamos!

Peter tenía que huir, pero sin correr de forma predecible; de lo contrario, se convertiría en un blanco fácil para el tirador.

Lo comprendió. Echó a correr, haciendo quiebros a derecha e izquierda, pero sin dejar de buscar la cobertura de los helechos. Karen también corrió en la misma dirección, pero manteniéndose a cierta distancia, preguntándose si el siguiente disparo...

Peter tropezó y cayó de bruces al suelo.

—¡Peter! ¡No! —gritó Karen, viendo que se había convertido en una diana fácil.

—¡Karen, aléjate! —gritó, poniéndose en pie.

Aquellas fueron sus últimas palabras. La aguja de acero le atravesó el pecho, estallando al penetrar en él. Peter se derrumbó, muerto antes de tocar siquiera el suelo.

TERCERA PARTE

Tántalo



Fern Gully

30 de octubre, 12.15 h

Rick notó que Karen lo agarraba por la camisa y lo arrastraba fuera de lo que él creía que era un buen escondite.

—¡Levántate y corre! —la oyó decir.

Vio la cerbatana en el suelo, la recogió, junto con los dardos, y corrió en busca de cobertura. Había perdido de vista a Karen y no tenía idea de dónde podía estar. Pasó bajo una rama, se abrió paso entre un montón de hojas y siguió corriendo entre los helechos que se alzaban sobre él. Fue entonces cuando vio el vehículo, una especie de insecto mecánico de seis patas que se desplazaba por uno de los tallos, con un ligero zumbido eléctrico. Lo conducía un individuo vestido con una especie de armadura. El hombre era de su mismo tamaño, un microhumano, y parecía experimentado y seguro de sí mismo.

El desconocido detuvo el hexápodo, cogió un arma que parecía un rifle de gran calibre con mira telescópica, la cargó con un dardo metálico, apuntó y disparó. El rifle escupió el proyectil con un siseo.

Rick se arrojó tras una piedra y permaneció allí, boca arriba y jadeando, viendo cómo el hombre disparaba sin inmutarse. Comprendió que, para aquel individuo, matar era algo carente de importancia y sintió que una ira despiadada se apoderaba de él. Aquel tipo había asesinado a Amar y a Peter a sangre fría. Entonces reparó en que tenía la cerbatana en la mano.

«Karen acaba de salvarme la vida al sacarme de ese escondrijo. Lánzale un dardo, a ver si le das», se dijo.

Abrió la caja, cogió un dardo y lo miró con cierta sensación de futilidad. Al fin y al cabo no era más que una astilla con una punta metálica hecha afilando el pincho de un tenedor. Nunca conseguiría traspasar la armadura de aquel maldito asesino.

Abrió el frasco de curare, contuvo la respiración e impregnó bien el dardo. Luego lo introdujo en la cerbatana y se asomó por encima de la piedra.

El vehículo había desaparecido.

¿Adónde había ido?

Salió de detrás de su refugio, aguzando el oído y mirando en todas direcciones. Oyó un zumbido a su izquierda. El insecto mecánico. Corrió en su dirección y, cuando oyó que se hacía más fuerte, se escondió en un montón de musgo y aguardó. El sonido se aproximó. Rick levantó la cabeza.

Vio que el vehículo había trepado por el musgo y se había detenido casi encima de él. Desde su posición, no alcanzaba a ver al conductor, pero oyó otro siseo. El hombre volvía a disparar.

Rick no sabía si quedaba alguien más con vida. Karen podía haber muerto, lo mismo que Erika. Aquello era una matanza.

Se sentía furioso y deseaba matar, aunque le costara la vida.

El hombre dejó de disparar. El hexápodo avanzó y se detuvo a escasa distancia. Rick oyó al conductor hablando por radio.

—Tienes una mujer a las tres. La cabrona lleva una navaja.

«La cabrona».

Karen.

Iban a matarla. Se arrastró frenéticamente por el musgo hasta situarse bajo una hoja muerta. Desde allí veía claramente al hombre. Este iba equipado con casco y una armadura que le cubría los brazos y el torso. Pero tenía el cuello desprotegido.

Rick apuntó la cerbatana a la yugular. Respiró hondo, sin hacer ruido, y sopló con todas sus fuerzas.

El dardo erró el cuello, pero se le clavó en la piel blanda de debajo de la barbilla, justo por encima de la nuez. Rick oyó un grito ahogado, vio que el hombre se desplomaba en la cabina y desaparecía de su vista. Oyó toses, jadeos y golpes. El asesino se debatía en el vehículo igual que un pez fuera del agua. Luego todo quedó en silencio.

Rick cargó otro dardo en la cerbatana y trepó al andador, listo para disparar. El hombre yacía despatarrado. Tenía el rostro enrojecido, los ojos muy abiertos, y un hilillo de espuma asomaba entre sus labios. Los síntomas de un envenenamiento con cianuro. Solo se veía la cola del dardo. La punta le había atravesado la boca y el paladar y le había alcanzado el cerebro.

—¡Esto es por Peter! —espetó Rick.

Le temblaban las manos. Todo él temblaba. Nunca había matado a nadie, y jamás pensó que sería capaz de ello.

Oyó otro siseo a su derecha.

«¡Mierda! ¡Hay otro! —pensó—, ¡y está disparando a mis amigos!».

Saltó del hexápodo y echó a correr hacia el sonido, sujetando con fuerza la cerbatana. Mientras corría reparó en que la bóveda por encima de su cabeza se había oscurecido. Entonces la vio, una sombra que se movía entre los helechos.

Se detuvo y se sintió repentinamente pequeño, muy pequeño e indefenso. Apenas podía dar crédito a lo enorme que era aquella cosa.

Karen vio que el hombre se ponía en pie entre dos helechos. Era bajo y ágil de movimientos, como un gato. Llevaba una armadura con colores de camuflaje y un guante en la mano derecha. La izquierda estaba desnuda y cerrada alrededor de la culata del rifle con el que la apuntaba. Se hallaba a un metro de distancia. Suficientemente cerca.

Ella llevaba la navaja en la mano, pero sabía que no tenía nada que hacer ante un rifle. Miró a su alrededor. No había donde ponerse a cubierto.

Telius salió de detrás de los helechos sin dejar de apuntarla.

Parecía estar jugando con ella, porque habría podido dispararle en cualquier momento. Habló a través del micro que llevaba al cuello.

—La he encontrado —dijo, y tras una pausa añadió—: ¿Me recibes? —Evidentemente no obtuvo respuesta, por lo que insistió—: ¿Me recibes?

Nadie contestó a su llamada, de modo que dio un paso al frente.

Fue entonces cuando Karen vio la sombra que se alzaba tras el hombre. Al principio no supo qué

era, solo creyó ver algo grande y cubierto de pelo, oculto entre un racimo de helechos, que se movió ligeramente y se detuvo. A causa del tamaño y el pelaje, pensó que quizá fuera un mamífero, tal vez una rata; pero entonces apareció una pata, un exoesqueleto largo y articulado, recubierto de duras cerdas oscuras. La criatura apartó los helechos y Karen le vio los ojos. Los ocho.

Era una araña enorme, tan grande como una casa, tan enorme que costaba apreciar que se trataba de una araña. Sin embargo, Karen reconoció la especie: una araña Huntsman, también llamada araña de la madera, carnívora y muy abundante en los trópicos. Estas arañas no tejían telas, sino que cazaban directamente en el suelo tendiendo emboscadas a sus presas. Aquella se mantenía pegada al suelo, señal de que estaba de caza. Era una hembra, de cuerpo aplastado y peludo, con grandes colmillos plegados bajo apéndices bulbosos, y cargaba con un saco de huevos. Karen comprendió que estaría hambrienta de proteínas, la inmovilidad del arácnido la sorprendió; pero, sabiendo que era un depredador que cazaba permaneciendo al acecho, supuso que si estaba tan quieta era porque había localizado una presa.

Telius se hallaba de espaldas a la araña, ajeno por completo a su presencia. Esta se había quedado totalmente inmóvil y lo miraba con sus múltiples ojos, parecidos a cuentas de cristal negro. Karen la oyó respirar a través de los orificios del abdomen.

—¡Johnstone! ¿Me recibes? —dijo Telius, deteniéndose para hablar con su compañero.

—¿Qué le ha pasado a tu amigo? —susurró Karen, para hacerlo hablar.

Él la miró, sin abrir la boca.

Karen no se movió. Nada de movimientos bruscos. Sabía que, a pesar de sus múltiples ojos, la araña no veía bien, pero que tenía un oído excelente. Disponía de diez «orejas» distribuidas en cada pata, en total ochenta orificios en su exoesqueleto que captaban el sonido. A eso había que añadir los miles de pelos que funcionaban como sensores de vibración. Gracias a todos ellos, la araña podía captar una imagen tridimensional del mundo.

Karen se dijo que si hacía ruido, aquel monstruo se haría una imagen tridimensional de ella y la reconocería, como presa.

Sabía que el ataque, cuando se produjera, sería fulgurante. Se arrodilló lentamente y cogió una piedra del suelo. Levantó el brazo muy despacio.

—Adelante, inténtalo si te hace feliz —dijo Telius, sonriendo.

Ella le lanzó la piedra, y el proyectil rebotó con un ruido sordo en la armadura del mercenario.

Telius alzó el fusil, apuntó a través de la mira telescópica y soltó una risita. En ese momento, los colmillos del arácnido se cerraron en torno a él y lo levantaron en el aire, convirtiendo su risa en un alarido y partiendo en dos el fusil.

La araña avanzó unos pasos y entonces, sorprendentemente, levantó las patas delanteras. Karen aprovechó la ocasión para refugiarse en lugar seguro. El arácnido clavó en profundidad los colmillos, atravesando la coraza de Telius e inyectándole veneno.

El cuerpo del mercenario se hinchó con el veneno a presión, hasta que las juntas de su coraza empezaron a saltar.

Cuando las toxinas hicieron efecto en su sistema nervioso, Telius arqueó la espalda y sacudió frenéticamente la cabeza, presa de tremendas convulsiones. Sus ojos, que parecían a punto de salirse de las órbitas, se quedaron en blanco y, de pronto, se tornaron rojos. El veneno de la araña

contenía enzimas digestivas que al extenderse por el organismo reventaban los vasos sanguíneos. Una serie de hemorragias internas inundaron el cuerpo de Telius hasta que su corazón dejó de latir.

El veneno lo había fulminado igual que el Ébola, pero en menos de medio minuto.

La araña siguió inyectándole veneno hasta que el cuerpo reventó, esparciendo sus vísceras.

Karen se había refugiado tras unos helechos, donde encontró a Rick, agachado y con la cerbatana en la mano.

Juntos contemplaron cómo el animal procesaba a su presa.

Tras haberla matado con las patas todavía alzadas, volvió a su posición normal y empezó a trocearla. Sujetó el cuerpo con sus apéndices bucales, desplegó sus colmillos con dientes de sierra y la convirtió en una sanguinolenta masa de carne, tripas y huesos rotos mezclada con fragmentos de Kevlar y trozos de plástico. A continuación, le dio forma de bolo alimenticio y la roció con los jugos gástricos que manaban de sus colmillos. En un par de minutos, los restos se habían convertido en una especie de papilla salpicada de astillas de hueso y coraza.

—Es interesante, ¿verdad? Las arañas digieren el alimento fuera del cuerpo —explicó Karen.

—No lo sabía —dijo Rick.

Una vez digerida la presa, la araña acercó la boca a la papilla y empezó a sorber los fluidos restantes, haciendo un sonoro ruido de bombeo. Sus ojos brillaban con una expresión distante, y Karen pensó que quizá fuera de satisfacción.

—¿Todavía es peligrosa? —preguntó Rick.

—No, está demasiado ocupada, pero deberíamos marcharnos de aquí, no sea que quiera seguir cazando.

Buscaron a Erika y a Danny. A ella la encontraron escondida tras un hibisco; y a él, agazapado bajo una raíz.

Solo quedaban cuatro supervivientes: Rick, Karen, Erika y Danny. Una vez reunidos y recuperadas las mochilas, se alejaron rápidamente de los helechos, abandonando los cuerpos de Peter y Amar con una terrible sensación de vacío. Amar Singh, un joven bueno y amable que adoraba las plantas, se había ido.

Y también Peter Jansen. Ninguno de ellos había creído que Peter pudiera morir. Su pérdida los había afectado profundamente.

—Era tan sereno —comentó Rick—. Siempre creí que nos sacaría de esta.

—Peter era nuestra esperanza —dijo Erika, rompiendo a llorar—. Para mí, representaba la salvación.

—Todo esto es lo que yo predije —aseguró Danny, sentándose para ajustarse el cabestrillo con la mano buena y hundiendo la cabeza entre las piernas—. Ha ocurrido lo inevitable, la catástrofe, y ahora sí que estamos completa y definitivamente condenados.

—Pues a mí me parece que seguimos con vida —replicó Rick.

—No por mucho tiempo —murmuró Danny.

—Todos teníamos fe en Peter —terció Karen—. Era tan... tranquilo. Nunca perdía la cabeza ni se acobardaba. —Se secó el sudor del rostro y se ajustó la mochila. Le costaba reconocerlo, pero era

la primera vez que dejaba que el miedo la dominara. Se sentía completamente aturdida y no veía cómo iban a regresar a Nanigen—. Peter era el único que podía guiarnos. Ahora nos hemos quedado sin líder.

—Sí, y está claro que Drake sabe que estamos vivos y quiere matarnos —dijo Rick—. Ya ha enviado a dos matones. Hemos conseguido deshacernos de ellos, pero quién sabe si hay más esperándonos.

—¿Has dicho dos? —preguntó Karen.

Rick le respondió con una triste sonrisa.

—Mira ahí delante.

El hexápodo se hallaba encima de un montón de musgo.

Rick saltó al interior del vehículo y, segundos después, un cuerpo salió volando y aterrizó a los pies de Karen. Esta vio el dardo que tenía clavado bajo la barbilla, los ojos desmesuradamente abiertos y la boca llena de espuma.

Dio un respingo. Había dos tiradores. Rick no le había dicho nada hasta ese momento.

—¿Tú... has matado a este tío...?

—Subid —dijo Rick poniéndose a los mandos del andador—. Nos vamos a Tántalo y tenemos un arma.

Valle de Manoa

30 de octubre, 13.45 h

La ranchera subía por la carretera llena de curvas que conducía al valle de Manoa. Se trataba de un viejo Toyota en el que se apreciaban distintas capas de pintura y que iba equipado con una baca para tablas de surf y con unos neumáticos desmedidamente grandes. Llegó a la verja que cerraba el acceso al túnel y se detuvo. Un hombre se apeó, se acercó y leyó el cartel: PROPIEDAD PRIVADA. PROHIBIDO EL PASO.

—¡Mierda! —exclamó Eric Jansen, zarandeando la verja.

Estaba cerrada. Examinó el sistema. Era un teclado numérico. Introdujo distintas contraseñas de la empresa, pero ninguna funcionó. Seguro que el condenado Drake había cambiado el código de entrada, pensó Eric.

Volvió a la ranchera, dio media vuelta y bajó por la carretera un corto trecho, se internó por un desvío y ocultó el vehículo entre la maleza. Si alguien de Nanigen lo descubría, pensaría que pertenecía a algún agricultor que estaba por allí, ocupándose de sus campos. A nadie se le ocurriría relacionarlo con el vicepresidente de Nanigen, en busca de su hermano.

Se echó una mochila al hombro y corrió carretera arriba, se deslizó bajo la verja y entró en el túnel. Cuando salió por el otro extremo, abandonó la carretera y se adentró en el bosque tropical. Entonces abrió la mochila y sacó un ordenador portátil y una caja llena de complicados circuitos electrónicos que, con sus cables a la vista y su antena, tenía un aspecto totalmente casero. Se colocó unos auriculares y empezó a escuchar la banda entre los 60 y los 90 gigahercios. No oyó nada, de modo que cambió de frecuencia para escanear la onda de red de comunicación inalámbrica de Nanigen. Escuchó un zumbido ininteligible. Era lo que siempre se escuchaba. Las conversaciones de la empresa. El problema consistía en descifrarlo.

Estuvo tres horas a la escucha, hasta que las baterías empezaron a agotarse. Entonces recogió todo su equipo, volvió a la carretera, entró en el túnel y fue en busca de su ranchera. Nadie lo había visto, y él tampoco había visto a nadie. Al día siguiente regresaría para reanudar la escucha, por si Peter y los demás se encontraban en algún lugar del valle. No sabía si estaban allí o no. Lo único que sabía era que habían desaparecido.

Honolulu

30 de octubre, 13 h

Dan Watanabe llamó al oficial encargado de Personas Desaparecidas desde su despacho sin ventanas.

—Por favor, tenme informado si esos estudiantes aparecen en alguna parte.

—Tiene gracia que lo menciones. Creo que deberías hablar con Nanci Harfield. En estos momentos está en el Distrito Octavo.

La sargento Harfield pertenecía a Tráfico, y el Distrito Octavo cubría el sector sudoeste de Oahu.

—Estoy en Kaena —le dijo la oficial—. Tenemos un coche de lujo que ha saltado del puente 1929 y se ha estrellado en un remanso de marea. El vehículo figura a nombre de una tal Alyson Bender, una ejecutiva de Nanigen MicroTechnologies. Hay un cuerpo atrapado bajo el coche. Según parece se trata de una mujer. No hemos encontrado más.

—Me gustaría echar un vistazo.

Subió a su Ford Crown Victoria sin distintivos policiales y condujo pausadamente por el cinturón que rodeaba Pearl Harbor. Desde allí, siguió por Waianae, una población situada en la costa sudoeste de Oahu. Aquel era el lado de sotavento de la isla, seco y soleado, donde el oleaje de las playas era suave y donde los niños podían jugar y chapotear. Sin embargo, en lo referente a la delincuencia, también era la zona más complicada de la isla, donde se producían más robos y abundaban los carteristas, aunque con escasa violencia. Allá por 1800, en la época del reino de Hawai, aquel sector había sido el paraíso de los bandidos, que desvalijaban y asesinaban a todos los que osaban aventurarse por allí. En aquellos momentos, los más frecuentes eran los delitos contra la propiedad.

El coche yacía volcado y medio hundido en las aguas someras del cabo Kaena. El camión grúa más potente de la policía estaba aparcado en la carretera. Tras no pocos esfuerzos, habían logrado atar un cable a los restos del vehículo. El cabrestante se puso en marcha y el cable tiró del coche hasta ponerlo derecho. Era un Bentley descapotable azul oscuro, con la capota puesta. La lona estaba aplastada y desgarrada. Del interior salía agua de mar y arena. Al volante, había una mujer, sentada muy erguida.

Watanabe bajó por la pendiente hasta el remanso de marea.

Patinó y se desgarró el pantalón. En ese momento lamentó llevar sus mocasines de ciudad.

Cuando llegó al lugar del accidente, el cable había arrastrado los restos del Bentley hasta las rocas. La mujer muerta llevaba un traje de chaqueta oscuro. El pelo mojado se le pegaba a la cara y a la boca. No tenía ojos: los peces del arrecife los habían devorado.

Se asomó al interior del coche y lo recorrió con la mirada.

Vio prendas de ropa tiradas por todas partes y enganchadas en el armazón retorcido de la capota: unos pantalones cortos de surf, un cinturón de piel de serpiente mordisqueado por los peces; unas

bragas de color verde lima; otros pantalones cortos, recién comprados y con la etiqueta todavía puesta; una camisa estampada, unos vaqueros ceñidos con un agujero en la rodilla derecha...

—¿Qué pasa, acaso esta mujer iba a la lavandería? —preguntó a uno de los agentes.

Las prendas eran las que solía llevar la gente joven. Entonces reparó en un bidón que había bajo el salpicadero. Lo cogió y miró la etiqueta. «Etanol». También encontró una cartera en el asiento de atrás. En su interior había un permiso de conducir, emitido en Massachusetts, a nombre de Jenny Lynn, una de las estudiantes desaparecidas. Sin embargo, en el coche no había más cuerpos que el de la mujer muerta, que quizá fuera Alyson Bender o quizá no. Eso lo confirmaría el forense.

Decidió que ya había visto bastante y subió a la carretera.

Allí, Nanci Harfield y otro agente habían medido y fotografiado las huellas de los neumáticos que conducían al vacío.

—¿Qué opinas? —preguntó Watanabe a la sargento.

—Parece como si el coche se hubiera detenido aquí un momento antes de saltar. —Había examinado el terreno circundante en busca de huellas de pisadas en la gravilla. Esta estaba revuelta y no se veía nada con claridad—. Se diría que el conductor se detuvo justo aquí y que después saltó. No hay señales de que perdiera el control y frenara bruscamente. Si lo hubiera hecho, habría marcas en el terreno. Que no las haya significa que no intentó detenerse. Es posible que estuviera un rato aquí, decidiéndose y que después acelerara y saltara.

—¿Suicidio? —preguntó Watanabe.

—Es una posibilidad. Al menos encajaría con las huellas que hemos encontrado.

Los agentes del departamento forense tomaron fotografías del escenario, metieron el cadáver en una bolsa y lo depositaron en una ambulancia que se alejó, con las luces centelleando pero sin hacer sonar la sirena. A continuación, le siguió el camión grúa, cargado con los restos del Bentley, que seguía goteando agua de mar.

Watanabe regresó a su oficina de la comisaría central y se quedó contemplando la arañada pared de metal, como solía hacer cuando deseaba poner en orden sus pensamientos. No podía desprenderse de la sensación de que alguien había colocado aquella ropa en el coche, sobre todo la cartera. La gente que planeaba un suicidio no solía olvidarse la cartera. Si Jenny Linn se hubiera matado voluntariamente, se habría llevado su cartera con ella.

Pero ¿y si no lo había hecho de forma voluntaria? ¿Y si se trataba de un secuestro o de un accidente de navegación? Un barco hundido explicaría la desaparición simultánea de tanta gente.

Llamó a los guardacostas y preguntó si tenían alguna noticia de la desaparición de un barco. Le contestaron que no recientemente. Siguió contemplando la pared. Quizá necesitara otra ración de *makis* de Spam.

En ese momento sonó el teléfono. Era un agente del departamento de Personas Desaparecidas.

—Tengo otro caso para ti —anunció.

—No me digas. ¿De qué se trata?

—Una tal Joanna Kinsky ha llamado para informar de la desaparición de su marido. Según parece, el señor Kinsky era ingeniero y trabajaba para Nanigen MicroTechnologies.

—¿Otra desaparición en esa empresa? ¿Bromeas?

—Su mujer dice que les ha llamado y que le han dicho que allí no han visto a su marido desde ayer por la tarde.

El jefe de seguridad de Nanigen no había informado de aquello. Ya eran demasiados los casos de gente de esa empresa que desaparecía en la tranquila Honolulu.

El teléfono sonó de nuevo. Era Dorothy Girt, del departamento Forense.

—Dan, ¿te importaría venir? Se trata del caso Fong. He encontrado algo.

Mierda. El lío de Willy Fong. No era precisamente lo que más necesitaba en esos momentos.

Don Makele entró en el despacho de Drake con expresión contrariada.

—Telius y Johnstone han muerto —anunció.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Drake, frunciendo los labios.

—Perdí el contacto por radio con ellos. Habían localizado a los supervivientes y puesto en marcha la operación de..., de rescate. —Estaba sudando—. Pero me parece que fueron atacados. La verdad es que oí gritar a Telius. Creo que algo se lo comió.

—¿Que algo se lo comió?

—Oí los gritos por la radio. Fue un depredador. Luego, su radio enmudeció. Estuve un buen rato intentando comunicar, pero no hubo más transmisiones.

—¿Y qué opinas?

—Creo que están todos muertos.

—¿Por qué?

—Porque mis hombres eran los mejores. Algo consiguió traspasar sus corazas y fue superior a sus armas.

—Así que esos estudiantes...

—Ni la más remota posibilidad —aseguró Makele, meneando la cabeza.

Drake se echó hacia atrás en su asiento.

—De modo que han tenido un accidente con un depredador.

—En Afganistán aprendí algo acerca de los accidentes.

—¿Qué? —quiso saber Drake.

—Que siempre suelen ocurrirles a los idiotas.

—Cierto —repuso Drake, riendo.

—Debo decir, señor, que ese rescate que me encargó ha fracasado.

Drake se dio cuenta de que el jefe de seguridad comprendía perfectamente lo que significaba la palabra «rescate» en ese caso. Sin embargo, no estaba totalmente convencido.

—¿Cómo puedes estar tan seguro de que el rescate ha fracasado?

—No hay supervivientes, señor, seguro.

—Entonces, muéstrame los cuerpos.

—Pero si no hay...

—No creeré que esos estudiantes han muerto hasta que tenga alguna prueba de su fallecimiento.

—Drake apoyó los codos encima de la mesa—. Mientras haya alguna esperanza, no escatimaremos

esfuerzos para salvarlos. ¿Está claro?

Makele salió del despacho de Drake sin decir palabra. Sabía que no había nada que decir.

En cuanto a Vin Drake, se sentía razonablemente satisfecho con lo ocurrido a Jonhstone y a Telius. Al menos, ya no tendría que pagarles con valiosas acciones. No obstante, no podía dar por hecho que aquellos estudiantes hubieran muerto. Habían demostrado una gran capacidad de supervivencia y tenacidad, de modo que seguiría intentando eliminarlos, por si alguno de ellos seguía con vida.

El Pali

30 de octubre, 16.00 h

—Este trasto haría furor en las calles de Boston —comentó Karen mientras conducía el hexápodo por una pronunciada pendiente, guiándolo entre un montón de piedras y tallos de plantas. El vehículo dio un bandazo.

—¡Cuidado con mi brazo! —chilló Danny, que iba sentado en el puesto del copiloto sujetándose el brazo izquierdo, que colgaba del cabestrillo como una salchicha. Se le había hinchado mucho, y la manga de la camisa se lo oprimía.

El andador se desplazaba con paso firme, acompañado por el zumbido eléctrico de sus motores, trepando por un vasto mundo vertical que resplandecía con múltiples tonos verdes.

Erika iba sentada en el compartimiento de carga, asegurada con una cuerda, mientras que Rick caminaba junto al vehículo, con el rifle en la mano y una canana de puntas explosivas cruzada sobre el pecho, vigilando la presencia de posibles depredadores.

El terreno se había vuelto muy empinado. El suelo de la parte inferior de la falda del cráter del Tántalo se había convertido en un lecho inestable de piedrecillas de lava, donde se alzaban grandes rocas, todo ello cubierto de helechos y vegetación. Los árboles *koa* y las guayaberas se alzaban aquí y allá, entremezclándose con los troncos rectos y delgados de las palmeras. La mayoría de los árboles estaban cubiertos de plantas trepadoras y sus ramas se agitaban bajo el viento que soplaba contra la cara de la montaña, zarandeando de vez en cuando a los microhumanos y su vehículo. El velo de bruma de alguna nube flotaba ocasionalmente entre la vegetación, seguido de la luz del sol.

Las muertes de Peter y Amar pesaban en el ánimo de los estudiantes. El grupo se había visto reducido de ocho a cuatro supervivientes perdidos en el micromundo. En apenas dos días, solo quedaban la mitad de ellos. Un cincuenta por ciento de bajas. Esa era la siniestra estadística, pensaba Rick. Peor que la de los soldados que desembarcaron en Normandía. Y no creía que fuera a disminuir, a menos que se produjera algún milagro y los rescataran. Sin embargo, no podían revelar su presencia a nadie de Nanigen, ya que Drake había movilizado todos sus recursos para encontrarlos y hacerlos desaparecer.

—Estoy seguro de que Drake sigue buscándonos —comentó.

—Déjalo ya, Rick —contestó Karen. No tenía sentido que siguieran hablando de Drake, porque solo conseguían sentirse más desamparados—. Peter no se rendiría —añadió, más tranquila, mientras manejaba los controles y guiaba el hexápodo por la abrupta cara de una roca.

Rick se encaramó al vehículo de un salto.

Se habían adentrado en la vegetación de la montaña. De vez en cuando, una abertura en la bóveda verde les permitía contemplar el impresionante paisaje. Grandes barrancos y cortadas se precipitaban hacia el fondo del Pali, y una cascada rugía no lejos de allí. En algún lugar por encima de ellos, la cresta curvada del risco formaba el cráter del Tántalo.

El hexápodo se abría paso por aquel terreno, entre todo tipo de seres vivientes. Los saltamontes saltaban por el aire, asustados; el suelo era un hervidero de gusanos y nematodos, y había ácaros por todas partes, que incluso llegaban a trepar por las patas del vehículo. El aire estaba lleno de insectos que volaban en todas direcciones, zumbando y brillando a la luz del sol.

—No puedo soportar tanta exuberancia de vida —se quejó Danny, con aire desdichado, protegiéndose el brazo.

—Si las baterías aguantan —dijo Rick, haciendo caso omiso—, es posible que alcancemos la base Tántalo al anochecer.

—Y luego, ¿qué? —quiso saber Karen, que manejaba los controles.

—Haremos un reconocimiento del sitio. Inspeccionaremos la base y después decidiremos.

—¿Y si no está? ¿Y si resulta que se la han llevado, como las demás?

—¿Se puede saber por qué tienes que ser tan pesimista?

—Solo intento ser realista, Rick.

—Perfecto, pues dime cuál es tu plan.

Karen no tenía ninguno, de modo que no contestó. Subir hasta Tántalo confiando en tener un golpe de suerte no era ningún plan, simplemente una acción a la desesperada. Mientras seguían avanzando, Karen sopesó la situación. Debía reconocer que estaba muy asustada; pero, al mismo tiempo, el miedo hacía que se sintiera particularmente viva. Se preguntó cuánto tiempo le quedaría de vida, quizá un día o tal vez solo unas horas. «Lo mejor que puedes hacer es aprovecharlo al máximo, si no quieres que tu vida acabe siendo tan corta como la de un insecto», se dijo.

Miró a Rick de soslayo y se preguntó cómo lo conseguía.

Allí estaba, con el rifle al hombro y el aspecto de quien no tenía el menor problema en esta vida. Por un momento, y a pesar de lo mal que le caía, le envidió.

Oyó un gemido. Se trataba de Erika, que estaba sentada en la parte de atrás del andador, abrazándose las rodillas.

—¿Estás bien? —le preguntó.

—Sí, bien —repuso ella.

—¿Tienes... miedo?

—¡Claro que tengo miedo!

—Procura no darle tantas vueltas, todo saldrá bien —dijo Karen, intentando tranquilizarla.

Erika no contestó. Parecía incapaz de soportar la tensión de aquella aventura. Karen sintió lástima por ella.

Don Makele entró en el centro de comunicaciones de Nanigen, un pequeño despacho dotado de equipos de radio encriptadas y sistemas de transmisión inalámbricos, y se dirigió hacia una joven que supervisaba la actividad de los distintos canales.

—Quiero que busques la señal de un equipo que hemos perdido en el valle de Manoa —le dijo, dándole el número de referencia.

—¿Qué clase de equipo es? —preguntó ella.

—Es experimental —contestó secamente Makele, que no tenía la menor intención de contarle que

se trataba de un hexápodo avanzado del Proyecto Omicron.

Manejándolo por control remoto, la joven puso en marcha el transmisor de alta potencia montado en el tejado del invernadero del jardín botánico de Waipaka; el aparato trabajaba en la banda de los 72 gigahercios.

—¿Hacia dónde quiere que lo oriente?

—Hacia el noroeste, en dirección a la estación Eco.

—Entendido —repuso ella. Alineó el transmisor con el teclado y lanzó una serie de señales acústicas. Observó el monitor un momento y dijo—: Nada, señor.

—Pues sigue buscando por toda la zona circundante.

Ella obedeció, pero sin obtener ningún resultado.

—Está bien —dijo Makele—. Ahora apunta el transmisor hacia la ladera de la montaña y lanza una secuencia de señales.

La joven hizo lo que le decían. Al cabo de un momento, su rostro se iluminó.

—¡Lo tengo! —exclamó—. ¡Me ha devuelto la señal!

—¿Dónde está el equipo?

—¡Caramba! ¡Está en el acantilado, a medio camino de Tántalo! —Hizo aparecer una imagen en la pantalla y señaló un punto elevado, en la ladera de la montaña—. ¿Cómo ha podido llegar ese equipo hasta allí? —preguntó.

—No tengo ni idea —contestó el jefe de seguridad.

Estaba claro que alguien había sobrevivido y que conducía el hexápodo, montaña arriba. «Interesante», pensó.

Makele se dirigió hacia el despacho de Drake.

—Acabo de hacer un rastreo y he recibido una señal de respuesta —explicó—. ¿Y sabe qué? He encontrado el hexápodo. Se dirige hacia el cráter del Tántalo.

Drake frunció el entrecejo. Estaba claro que alguno de esos malditos estudiantes había sobrevivido al depredador que había acabado con Telius y Jonhstone.

—¿Puedes localizar el andador y recogerlo?

—Esa ladera es muy abrupta. No creo que podamos llegar allí inmediatamente. Además, no tenemos su ubicación exacta. Lo máximo que podemos conseguir es un punto aproximado en un radio de un centenar de metros.

Una ligera sonrisa asomó en los labios de Drake hasta convertirse en una mueca siniestra.

—Me pregunto si estarán dirigiéndose a la base del Tántalo.

—Podría ser perfectamente.

Drake soltó una carcajada.

—Pues me gustaría ver sus caras cuando vean Tántalo. Se van a llevar una desagradable sorpresa, eso suponiendo que consigan llegar. —Se puso repentinamente serio—. Escucha Don, vas a subir hasta allí para asegurarte de que se llevan una sorpresa. Ah, y no dejes de rastrear ese andador. Quiero estar informado de sus progresos.

Rick se hallaba a los mandos del hexápodo cuando sonó un «bip» y el panel de comunicaciones del

aparato se encendió y apareció un mensaje: «Respuesta 23094-451».

—¿Qué demonios es eso? —preguntó.

Danny se movió en el asiento del pasajero, junto a él.

—Apaga esa cosa —dijo.

—No puedo. Este trasto funciona por sí solo.

Rick se preguntó si alguien estaría intentando contactar con ellos. Quizá fuera Drake. El panel se apagó, y tuvo el presentimiento de que Drake sabía dónde se encontraban. Si así era, ¿qué podían hacer ellos? El rifle de gas resultaba inofensivo contra un humano de tamaño normal. Miró a Karen, que caminaba junto al andador y se preguntó si debía decírselo.

—La radio está haciendo cosas raras —dijo al fin, pero ella se limitó a encogerse de hombros.

El terreno proseguía cuesta arriba. Se hallaban en algún punto de la ladera del Tántalo. Llegaron a un montículo y el hexápodo trepó por él. Cuando alcanzaron la cima, rodearon un obstáculo de hierba y llegaron a una piedra.

—¡Alto! —dijo Rick, que había visto algo debajo, algo negro y brillante—. Creo que ahí se esconde un escarabajo. —Se volvió hacia Erika—. ¿Podrías decirme de qué tipo?

Ella se incorporó y miró atentamente. Era un *Metromenus*, igual que el que habían visto nada más llegar al micromundo.

—Ten cuidado —le advirtió Erika—. Suelta una sustancia muy desagradable.

—A eso me refería —repuso Rick.

—¿Qué quieres decir? —le preguntó Karen.

—Quiero decir que estamos en plena guerra química y necesitamos armas químicas.

—No, no las necesitamos. Ya tenemos el spray de benzoquinonas —contestó Karen, cogiendo el envase que ella y Erika habían preparado en el laboratorio para mostrárselo a Drake. Sin embargo, cuando lo agitó vio que estaba vacío. Lo había gastado todo rociando al ciempiés.

Estaba claro que Rick pretendía volver a llenarlo. Bajó del andador, se arrastró por el suelo hasta poder apuntar al escarabajo y disparó. La punta atravesó el caparazón del insecto. Se oyó una explosión apagada y el escarabajo se estremeció, rociando todo lo que lo rodeaba con sustancias químicas. El aire se llenó del hedor del ácido.

Rick se puso su atuendo de científico loco, los guantes, las gafas y el delantal, mientras Erika le aseguraba que el insecto todavía conservaba una buena cantidad de benzoquinonas y le explicaba cómo encontrarlas.

Primero Rick dio una vuelta alrededor del escarabajo, y a continuación fue golpeando las partes segmentadas de su abdomen, buscando una manera de abrirlo.

—Corta entre los segmentos seis y siete —le aconsejó Erika—, y luego levanta con cuidado las placas de esclerito.

Rick hundió la hoja del machete entre los segmentos y levantó con cuidado las placas del exoesqueleto, que se desprendieron con un crujido, revelando una capa de grasa. A continuación, hundió la cuchilla en la masa blanquecina.

—Tienes que buscar un par de sacos llenos de sustancias químicas que hay en la base del abdomen —le indicó Erika, arrodillándose a su lado—. No se te ocurra perforarlos, porque lo lamentarías.

Rick apartó la capa de grasa, metió las manos y sacó dos órganos del tamaño de una pelota de fútbol; eran las glándulas de benzoquinonas. Siguiendo las instrucciones de Erika, cortó el músculo que las recubría. Los órganos empezaron a supurar un líquido apestoso.

—Ahí tienes tus benzoquinonas —dijo Erika—. Están mezcladas con ácido caprílico, un detergente que sirve para que se adhieran a las superficies y de esa manera aumente su poder ofensivo. Ten cuidado, no deben tocarte la piel.

A Karen le agradó ver que Erika se interesaba en algo y, al menos durante unos momentos, abandonaba su actitud silenciosa y deprimida.

Rick llenó una botella con aquel líquido, la cerró y se la entregó a Karen.

—Toma, para que te sirva de protección.

Karen lo miró con asombro. Rellenar la botella tendría que habersele ocurrido a ella. Estaba claro que Rick tenía iniciativa.

Además, parecía desenvolverse sin problemas en el micromundo; es más, casi parecía disfrutar con ello. Nada de aquello hacía que le cayera mejor; pero, para su sorpresa, se alegraba de tenerlo a su lado en aquella aventura.

—Gracias —le dijo, guardando la botella.

—De nada.

Rick se quitó los guantes, las gafas y el delantal, y siguieron su camino.

El terreno se volvió terriblemente empinado, casi vertical, cuando llegaron al pie de lo que semejaba un acantilado interminable. La pared se alzaba hasta donde llegaba la vista, una extensión de roca volcánica, salpicada de líquenes, musgo colgante y helechos uluhe. No parecía haber forma de rodearlo.

—¡A la mierda con la pared! —exclamó Rick—. ¡Vamos allá!

No tenían elección. Se aseguraron de fijar bien todo el equipo. Acto seguido, Rick se ató en la parte de atrás, con Erika, mientras Karen se ponía a los mandos y se sujetaba con el arnés. Las patas del andador se aferraron a la pared de roca sin dificultad y el vehículo empezó a ascender a buen ritmo. Ganaron altitud rápidamente.

Sin embargo, el acantilado no parecía acabar nunca.

El día llegaba a su fin, y no sabían qué distancia habían recorrido ni la que les quedaba por recorrer. El indicador de las baterías señalaba que estas se habían ido gastando regularmente. Les quedaba una tercera parte de reserva.

—Creo que deberíamos acampar y pasar la noche en el acantilado —dijo Rick, finalmente—. Es posible que aquí estemos más seguros que en cualquier otra parte.

Cuando el sol empezaba a ponerse, descubrieron un saliente y detuvieron el hexápodo. Era un mirador fantástico, con unas vistas formidables sobre el valle. Descansaron y dieron buena cuenta de las últimas raciones de carne de saltamontes.

Danny se acomodó lo mejor que pudo en la parte de atrás del andador, donde pensaba pasar la noche. Tenía el brazo muy hinchado, y lo notaba inerte y dormido. Era como si hubiese dejado de ser una de sus extremidades y se hubiera convertido en un peso muerto.

—¡Buf! —suspiró, cogiéndose el brazo y torciendo el gesto.

—¿Y ahora qué te pasa? —le preguntó Rick.

—Nada, que el brazo me ha hecho «pop».

—¿Qué?

—Nada, solo ha sido un ruido.

—Deja que eche un vistazo —dijo Rick, inclinándose sobre él.

—No.

—Vamos, no seas tonto. Súbete la manga.

—No pasa nada, ¿vale?

Danny había llevado el brazo en cabestrillo todo el día y se le había hinchado dentro de la manga, que además estaba sucia y rígida.

—Sería mejor que te subieras esa manga, para que le diera un poco el aire —insistió Rick—. Si no, podría infectarse.

—Déjame en paz —espetó Danny—. No eres mi madre.

Se acurrucó y se volvió para dormir.

La oscuridad cayó sobre el Pali, y con ella se alzaron los ruidos de la noche, con su desfile de insectos.

Rick se instaló en el asiento del conductor.

—Será mejor que duermas un rato —le dijo a Karen—. Yo haré la primera guardia.

—No tengo sueño. ¿Por qué no lo hacemos al revés, tú duermes y yo vigilo?

Al final permanecieron despiertos los dos. Se quedaron sentados haciendo guardia en silencio, sin nada que decirse el uno al otro, mirando cómo Erika y Danny dormían. Los murciélagos iniciaron su cacería nocturna, y el valle se llenó con sus gritos mientras atrapaban polillas e insectos voladores.

Danny se agitó.

—Estos malditos bichos no me dejan dormir —protestó; sin embargo, no tardó en volver a roncar.

La luna se alzó sobre el valle de Manoa, convirtiendo las cascadas de agua en hilos de plata que desaparecían en la oscuridad. Alrededor de una de ellas se formó un arco resplandeciente; Rick se quedó mirándolo, preguntándose qué era aquel resplandor que parecía oscilar y cambiar.

Karen también lo vio.

—Sabes qué es, ¿verdad? —preguntó, señalando el fenómeno con el arpón.

—Ni idea.

—Es un arco iris de luna. Mira, ahora se ven dos.

Rick ni siquiera sabía que existieran los arcos iris de luna.

Allí estaban los dos, a la aventura en un peligroso edén. Y de todas las posibles compañías, ya era mala suerte que le hubiera tocado la de Karen. La miró de reojo. Sí, era guapa, especialmente a la luz de la luna. Lo cierto era que nada parecía abatirla mucho tiempo, nada parecía capaz de derrotarla. A pesar de que no se llevara bien con ella, tenía que admitir que Karen King era una estupenda compañera para una situación como aquella. Desde luego, no le faltaba valor. Lástima que fuera tan áspera, tan negativa. Se adormeció y, al cabo de un rato, se despertó de repente. Karen se

había quedado dormida, con la cabeza apoyada en su hombro, y respiraba pausadamente.

Calle Beretania, Honolulu

30 de octubre, 16.30 h

—Es curioso —dijo Dorothy Girt, la jefa forense del departamento de policía de Honolulu, sin levantar los ojos de la lente del microscopio Zeiss—. Nunca había visto nada parecido.

Se levantó y Dan Watanabe ocupó su sitio en el microscopio. Se encontraban en una zona abierta dividida en áreas de trabajo abarrotadas de material de laboratorio, equipos de análisis y ordenadores. Miró por la lente y enfocó la imagen.

Lo que vio fue un objeto diminuto con aspecto metálico.

—¿Qué tamaño tiene? —preguntó.

—Un milímetro.

Apenas era más grande que una semilla de lino, pero se trataba de una máquina. Al menos lo parecía.

—Pero ¿qué demonios...? —preguntó Watanabe.

—Eso mismo he pensado yo.

—¿De dónde ha salido? —quiso saber el detective.

—Del despacho de Willy Fong —contestó la forense—. El equipo de investigación lo encontró pegado a una lámina adhesiva mientras buscaba huellas en una ventana.

Watanabe cambió el enfoque y examinó el objeto más de cerca. Estaba estropeado. Parecía como si lo hubieran aplastado y estaba recubierto de una sustancia similar al alquitrán. Recordaba vagamente a un aspirador, salvo que tenía incorporado algo parecido a un ventilador. Palas de ventilador dentro de un tubo. Como una turbina de avión en miniatura. También vio que tenía una especie de cuello largo y flexible terminado en dos piezas afiladas de metal que sobresalían.

—Seguramente debe de haberse caído del ordenador de alguien.

La forense, que estaba junto a él, apoyada en la mesa de trabajo, se incorporó.

—¿Crees que los ordenadores llevan cuchillos incorporados?

Watanabe volvió a mirar. Lo que había creído que eran dos piezas que sobresalían del cuello alargado tenían en realidad aspecto de cuchillas. Dos dagas cruzadas en el extremo de un brazo flexible.

—¿Tú crees que...? —empezó a decir.

—Quiero saber cuál es tu opinión, Dan —repuso Girt.

El inspector volvió a mirar por la lente y amplió la imagen de las dagas hasta que vio que eran instrumentos de precisión, forjados y pulidos. Las hojas le recordaban a las espadas samuráis empleadas por los japoneses. Estaban manchadas con una sustancia oscura. Fue entonces cuando vio las células, células de sangre seca, mezcladas con fibrina.

—Está manchado de sangre —dijo.

—Sí, ya lo he visto.

—¿Qué longitud tienen esas hojas?

—Menos de medio milímetro —contestó Girt.

—Entonces no encaja —repuso Watanabe—. Las víctimas murieron desangradas por cortes de unos dos centímetros de profundidad. Estas hojas son demasiado pequeñas para cortarle la garganta a alguien. Sería como intentar matar una ballena con un cúter.

Ambos guardaron silencio unos instantes.

—Salvo en los cumpleaños —añadió Watanabe.

—¿Cómo dices?

—Cuando envuelves un regalo de cumpleaños, ¿cortas el papel con...?

—Tijeras.

—Esas hojas son precisamente eso —dijo—. Podrían haber cortado y causado heridas de importancia en las víctimas.

Volvió a examinar el artefacto, buscando alguna señal que lo identificara, un número de serie o un logotipo. No encontró nada. Fuera quien fuese el que había fabricado aquello, no había dejado señales o las había borrado cuidadosamente. En otras palabras: no deseaba dejar ningún rastro.

—¿Han aparecido más artefactos como estos en las autopsias, en la sangre o las heridas? —preguntó.

—No —contestó Girt—, pero es posible que los forenses no los vieran.

—¿En qué estado se hallan los cuerpos?

—Fong ha sido incinerado; Rodríguez, enterrado; y nuestro desconocido sigue en la nevera.

—Habrá que echarle otro vistazo.

—Yo me ocuparé.

Watanabe se levantó y empezó a caminar arriba y abajo con las manos en los bolsillos y expresión ceñuda.

—¿Por qué se encontró esto en una ventana? Si salió de un cuerpo, ¿cómo es que llegó a una ventana? Y para empezar, ¿cómo llegó al cuerpo? —Volvió a mirar por el microscopio y examinó lo que parecía una turbina—. ¡Por Dios, Dorothy, creo que esta cosa puede volar!

—Tu comentario me parece bastante especulativo —repuso ella, secamente.

—Es posible que estuviera nadando en la sangre.

—Sí, es posible.

—¿Podrías analizar el ADN de la sangre que hay adherida en las cuchillas?

—Podría analizar el ADN de una cagada de mosca.

—Me gustaría comprobar si esta sangre concuerda con la de las víctimas.

—Eso sería interesante —repuso la forense con una chispa de interés en su dura mirada.

—Fabrican pequeños robots —murmuró Watanabe.

—¿Qué?

El detective se levantó.

—Buen trabajo, Dorothy.

La forense respondió con una débil sonrisa. ¿Qué creía aquel policía que hacía todo el día encerrada en el laboratorio, si no era precisamente un buen trabajo? Recogió el objeto diminuto con unas pinzas y lo depositó en un frasco que guardó bajo llave. Al fin y al cabo, quizá se tratara del

arma de un crimen.

Watanabe se marchó pensando en Nanigen y en robots pequeños. En esos momentos parecía existir una conexión entre el lío de Willy Fong y Nanigen MicroTechnologies.

Había llegado el momento de tener una charla con su presidente.

Vin Drake entró en el centro de comunicaciones, mandó salir a la joven operadora, cerró la puerta y se ocupó personalmente del rastreador de señales. Miró la pantalla en la que aparecía una imagen tridimensional de la ladera noroeste del valle de Manoa que culminaba en el cráter del Tántalo, a seiscientos metros de altura. Cerca de lo alto de las cortadas, en la base del cráter, vio un círculo con un punto de mira.

La señal indicaba la posición aproximada del hexápodo robado. Estaba claro que los supervivientes habían logrado llegar hasta las pendientes inferiores del cráter. Con aquel ritmo de ascenso, llegarían a la base del Tántalo por la mañana, eso suponiendo que algún depredador no acabara con ellos primero.

Drake no podía controlar a los depredadores, pero sí la base del Tántalo.

Sentado en la sala de comunicaciones, cogió su móvil encriptado a nombre de la empresa y llamó a Don Makele.

—El hexápodo se acerca —le dijo.

Laderas del Tántalo
 31 de octubre, 9.45 h

El andador trepó hasta un saliente rocoso y salió a un pequeño claro de musgo. Una cascada en miniatura goteaba en el pequeño estanque que rielaba en su centro.

Karen, Erika y Rick saltaron a tierra y se acercaron al estanque. Su superficie era como un espejo.

—Estamos tan sucios... —comentó Erika.

—A mí no me vendría nada mal nadar un poco —convino Karen.

Contemplaron sus reflejos en la superficie. Tenían un aspecto sudoroso y cansado, y su ropa estaba sucia y desgarrada.

Karen se arrodilló y tocó el agua. Su dedo alteró la superficie, pero no la atravesó. Estaba tocando el menisco del agua, producido por la tensión superficial de las moléculas. Hizo fuerza con la mano hasta que esta penetró la superficie.

—Es tentador —dijo.

—No lo hagas. Puedes morir —la advirtió Danny.

—Aquí no hay nada que sea peligroso —repuso Karen.

Rick no estaba tan seguro, de modo que cogió el arpón y lo hundió en distintos lugares, agitando el agua. Confiaba en que, si alguna criatura desagradable vivía allí, saldría con todo aquel movimiento. En el agua nadaban organismos unicelulares que se retorcían, pero no parecían peligrosos.

El estanque era lo bastante pequeño y poco profundo para que pudieran verlo en su totalidad. No había nada que pareciera amenazador.

—Voy a darme un baño —dijo Erika.

—Pues yo no —replicó Danny.

Karen y Rick cruzaron una mirada.

Erika se ocultó detrás de un montón de musgo y salió de allí desnuda.

—¿Hay algún problema? —preguntó, mientras Danny la miraba fijamente—. Al fin y al cabo, somos todos biólogos.

Dio un paso sobre la superficie del agua y esta se combó bajo sus pies, pero no cedió. Erika aplicó un poco de presión hacia abajo y, de repente, se encontró hundida y con el agua hasta el cuello. Caminó hasta la cascada y se puso debajo. Las gotas de agua cayeron sobre su cabeza, estallando en otras más pequeñas.

—Venid, es estupendo —dijo a los demás.

Karen se desnudó sin el menor reparo. Rick no sabía qué hacer. Se sentía incómodo viendo cómo Karen se quitaba la ropa, y no sabía si se sentiría todavía peor nadando con ella y Erika desnudas. Al final se decidió. Se desvistió y se zambulló rápidamente.

—Bienvenido al paraíso —dijo Erika.

—Un paraíso peligroso —repuso Rick, hundiendo la cabeza y frotándose el cabello.

Mientras tanto, Karen exploró el estanque, que estaba lleno de seres vivos. No eran peces, sino organismos unicelulares que nadaban en todas direcciones; uno de ellos, en forma de torpedo, pasó junto a ella.

Se trataba de un paramecio, un protozoo unicelular muy común en las aguas estancadas. Estaba cubierto de una especie de pelos que utilizaba para impulsarse. Empezó a chocar contra el brazo de Karen, haciéndole cosquillas en la piel. Karen lo recogió junto con un poco de agua, con las manos ahuecadas, y notó el contacto en las palmas. La célula emitió un leve sonido que a Karen le recordó el maullido de un gato al que no le gustara que lo sostuvieran en alto. Estaba claro que deseaba escapar.

—No te haré daño —le dijo Karen, acariciándola con la yema de los dedos.

Cuando tocó los pelos, estos reaccionaron invirtiendo la dirección y chocando contra sus dedos. Era como acariciar un trozo de terciopelo que se resistiera.

«¿Qué hago hablando con una célula? —se dijo Karen—. Menuda tontería. Una célula es una máquina, un mecanismo de proteínas en un envoltorio acuoso». Sin embargo, no podía evitar pensar que la célula también era un ser diminuto, con sus propósitos y deseos. Naturalmente, no era inteligente en el sentido humano de la palabra; no podía imaginar galaxias ni componer una sinfonía. Pero constituía un sistema biológico complejo, adaptado a la vida en aquel medio y dedicado a producir tantas copias de sí misma como pudiera.

—Buena suerte —se despidió Karen en voz alta, y a continuación abrió las manos y se quedó mirando cómo se alejaba. Se volvió hacia Rick y le dijo—: ¿Sabes?, no somos tan distintos de ese protozoo.

—Pues yo no veo el parecido.

—El día que es concebida, una persona no es más que un protozoo. Tal como dijo el biólogo John Tyler Bonner: «Un ser humano no es más que un organismo unicelular con un complicado sistema reproductor».

—Pues ese sistema reproductor es la mejor parte —dijo Rick con una sonrisa maliciosa.

—Grosero —respondió Karen.

Una sombra cruzó el estanque, y en lo alto resonó un graznido. Instintivamente, todos metieron la cabeza bajo el agua.

Cuando emergieron, Rick miró en derredor.

—Pájaros —dijo.

—¿De qué clase? —quiso saber Karen.

—No lo sé. En cualquier caso, se han marchado.

Lavaron la ropa en el estanque y la pusieron a secar mientras tomaban un rato el sol, tumbados en el musgo. Sus prendas no tardaron en secarse y volvieron a vestirse.

—Debemos seguir —dijo Rick, abrochándose la camisa.

Justo en ese momento los gritos se hicieron más fuertes y diversas formas oscuras revolotearon por encima de ellos. Los cuatro se pusieron en pie de un salto.

Una bandada de pájaros volaba ante la empinada ladera, posándose y volviendo a levantar el

vuelo. Buscaban comida, y sus gritos desgarraban el aire.

Un pájaro aterrizó ante ellos. Era enorme, con plumas negras y brillantes, un pico amarillo y ojos despiertos. Dio unos cuantos saltos, examinando el terreno, lanzó un graznido penetrante y salió volando repentinamente. Más aves llenaron el cielo. Inspeccionaron los alrededores y se posaron en los árboles de la ladera. Los estudiantes comprendieron que los observaban. Los graznidos de las aves resonaban alrededor del estanque.

Rick corrió al hexápodo y cogió el rifle de gas.

—¡Poneos a cubierto! —gritó—. ¡Son minás y comen carne!

Danny saltó del andador y buscó refugio bajo el vehículo. Karen se lanzó tras una piedra y Erika se acurrucó entre dos montones de musgo, mientras Rick permanecía al descubierto, con el rifle en la mano, observando el vuelo de los pájaros en lo alto, cuyos gritos eran arrastrados por el viento.

Los minás lo vieron. No tenían nada que temer de algo tan pequeño. Uno de ellos descendió hasta posarse en el suelo y se le acercó dando saltos. Rick apuntó y disparó. El rifle escupió su dardo con un fuerte retroceso, pero el pájaro levantó el vuelo de inmediato y se alejó. Rick había fallado. Recargó lo más rápidamente que pudo. El arma era de cerrojo y solo disparaba un proyectil cada vez.

Calculó que había unos veinte o treinta sobrevolando la ladera y graznando.

—Cuidado, cazan en bandadas —avisó.

Otro miná se posó en el suelo.

Rick apretó el gatillo, pero no pasó nada.

—¡Mierda! —exclamó.

Se había encasquillado. Manipuló el cerrojo frenéticamente. El pájaro dio un salto hacia él y lo miró, ladeando la cabeza.

Entonces, lanzó un picotazo y le arrebató el rifle de las manos.

Había atraído su atención porque se trataba de un objeto brillante. El pájaro arrojó el arma contra una roca, haciéndola pedazos. A continuación, abrió el pico y lanzó un graznido que hizo que se estremecieran el aire y el suelo.

Entretanto, Rick se había arrojado cuerpo a tierra y se arrastraba en busca del arpón, que yacía cerca del estanque.

El miná se volvió hacia Erika, que se acurrucaba entre el musgo. La joven levantó la cabeza, vio al pájaro y perdió el control de sus actos: se puso en pie y echó a correr, con la cabeza agachada, gritando de terror.

—¡No, Erika! —gritó Rick.

La carrera de la joven hizo que el pájaro fuera hacia ella.

Karen, que había contemplado toda la escena, tomó una decisión: se sacrificaría por Erika, le daría una oportunidad de seguir con vida.

«Estuvo bien mientras duró», pensó mientras se levantaba y corría hacia el ave, agitando los brazos y gritando:

—¡Eh, estoy aquí!

El pájaro se volvió y le lanzó un picotazo, pero falló, y Karen cayó de bruces al suelo.

Erika se había encaramado al hexápodo e intentaba ponerlo en marcha. El pánico la dominaba por completo y no sabía lo que hacía. Su única obsesión era escapar de allí.

—¡Para! —le gritó Danny—. ¡Te ordeno que pares!

La joven no le prestó atención. El vehículo se puso en marcha de forma brusca y empezó a trepar por las rocas, completamente al descubierto.

Erika estaba abandonando a sus compañeros.

—¡Erika! ¡Vuelve! —vociferó Karen.

Pero Erika no oía nada ni a nadie.

El andador, con sus seis patas relucientes, llamó la atención de la bandada de pájaros. Uno de ellos pasó en vuelo rasante sobre el vehículo y, de un solo picotazo, se llevó limpiamente a Erika y de paso lanzó el hexápodo por los aires. El vehículo cayó por la ladera y desapareció, rebotando y lanzando en todas direcciones su cargamento de bolsas y pertrechos.

El miná se posó llevando a Erika todavía en el pico. Para matar a su presa, el pájaro la golpeó varias veces contra el suelo y agitó la cabeza violentamente. Entonces remontó el vuelo y se enzarzó en un combate con otros minás que intentaban arrebatarse lo que llevaba en el pico. La joven quedó despedazada y sus restos volaron por el aire.

Pero aquello todavía no había acabado. Rick agarró el arpón y miró a su alrededor, buscando a Karen. La vio tendida en el suelo, a los pies de un miná que tenía una curiosa mancha negra en el pico y que la miraba como si se preguntase si aquella criatura sería comestible o no...

—¡Karen! —gritó Rick, lanzando el arpón contra el pájaro.

El arma penetró en el plumaje del pájaro, pero no llegó a mucha profundidad. El ave agitó las alas y el arpón cayó al suelo.

Karen se ovilló en el suelo, intentando hacerse lo más pequeña posible.

—¡Eh, aquí! —gritó Rick, echando a correr para llamar la atención del miná.

—¡No, Rick!

El pájaro miró a Karen, atraído por su voz. Lanzó un picotazo, la cogió, la engulló rápidamente y remontó el vuelo con rápidos aleteos.

—¡Maldito seas! —gritó Rick, blandiendo en alto el arpón contra el pájaro, que se había convertido en un puntito en medio de la bandada—. ¡Vuelve y lucha!

Habría llorado de rabia y dado cualquier cosa para que aquel miná regresara. De repente, recordó algo referente a los pájaros: no tenían estómago, sino buche.

Borde del Tántalo

31 de octubre, 10.15 h

Karen estaba ovillada, en posición fetal, dentro del buche del miná, aguantando la respiración. Las paredes de músculo la mantenían en aquella posición, dificultándole cualquier movimiento. Eran resbaladizas y pegajosas. El hedor resultaba insoportable. Aun así, no había jugos gástricos. El buche no era más que un recipiente para almacenar comida antes de que esta pasara al resto del sistema digestivo.

Se dio cuenta de que el pájaro volaba, porque notaba el movimiento regular y sordo de los músculos pectorales que movían sus alas. Se llevó los brazos a la cara e hizo fuerza para apartar las paredes y lograr algo más de espacio para respirar.

Tomó una bocanada de aire.

El olor a insectos podridos era nauseabundo, pero al menos había aire. Sin embargo, escaseaba. Al poco, notó un calor sofocante y empezó a jadear. Una sensación de claustrofobia se apoderó de ella. Le entraron ganas de gritar con todas sus fuerzas; pero, si lo hacía, consumiría rápidamente el escaso aire disponible y se asfixiaría. La única manera de seguir con vida era conservar la calma y aprovechar el aire todo lo posible. Enderezó la espalda y extendió las piernas. De ese modo logró dilatar ligeramente el buche y ganar un poco de espacio. Aun así, se estaba quedando sin aire.

Intentó coger la navaja, pero se la había guardado en el bolsillo. Las paredes del buche le entorpecían los movimientos.

«¡Maldita sea! Tienes que coger esa navaja», se dijo, mientras juraba para sus adentros que, en adelante, la llevaría colgada del cuello. Si había futuro... Bajó el brazo, luchando contra la resistencia de las paredes, que parecían de goma. Metió a duras penas los dedos en el bolsillo y se detuvo para tomar una bocada de aire hediondo. Tosió, y sus dedos se cerraron alrededor de un recipiente. ¿Qué era aquello? Un atomizador. Un atomizador lleno de benzoquinonas. El que Rick había llenado.

Un arma.

Haciendo un supremo esfuerzo, sacó el recipiente.

En ese preciso instante el vuelo del miná cambió de dirección. El buche se estrechó y las paredes aplastaron a Karen, viciándole los pulmones. La invadió una sensación de liviandad y de estar cayendo. Luego notó un golpe brusco y que se detenían. El pájaro se había posado. En ese momento perdió el conocimiento.

El miná había regresado al lugar donde había cogido a Karen, en busca de más alimento, y allí se encontró con Rick.

Este reconoció la mancha del pico. A pesar de que se trataba del mismo pájaro que había

engullido a Karen, no tenía forma de saber si ella seguía con vida. Agitó el arpón en alto, frente al miná.

—¡Vamos, ven a por mí, hijo de puta!

La maniobra de los Masai. Eso era lo que tenía que hacer con aquel pájaro. Los jóvenes guerreros de esa tribu eran capaces de abatir a un león con su lanza.

«Si ellos pueden, yo también. Solo es cuestión de técnica», se dijo.

El miná dio un par de saltos hacia él.

Rick lo observó, calculando la distancia y planeando lo que haría, cómo se movería y el ángulo con el que inclinaría el arpón. Iba a tener que utilizar el peso y la fuerza del pájaro en su favor, como hacían los Masai con los leones. Estos azuzaban al felino para que los atacase y, cuando este saltaba sobre ellos, plantaban la lanza en el suelo, apuntando al león, y se agachaban detrás de ella. De ese modo, el animal se empalaba y moría.

El miná fue a por él. Cuando Rick vio llegar el picotazo, se agachó, clavó el arpón en el suelo con la punta hacia arriba y se lanzó cuerpo a tierra para esquivar la arremetida.

El pájaro se clavó el arpón en la garganta al intentar picotear a Rick. Con su punta afilada e impregnada de veneno, el arma le atravesó las plumas y se le clavó en la piel. El miná retrocedió con el arpón en el cuello y agitó la cabeza para quitárselo. Rick aprovechó el momento para levantarse y desenvainar el machete.

—¡Vamos! ¡Lucha! —gritó.

Karen oyó la voz de Rick. Había perdido el conocimiento durante unos momentos. Empezó a respirar entrecortadamente y vio unas lucecitas bailando ante sus ojos, debido a la falta de oxígeno. Se estaba quedando sin aire por momentos. Entonces se acordó del atomizador que seguía aferrando. Presionó la válvula y notó una sensación abrasadora cuando las irritantes benzoquinonas se extendieron por todas partes. Las paredes del buche se contrajeron, estrujándola. Las lucecitas se tornaron borrosas y después todo se volvió negro.

El miná percibió que algo no iba bien. El arpón le picaba en el cuello y notaba una sensación desagradable en el buche, así que regurgitó.

Karen cayó violentamente en el musgo y el pájaro se alejó volando.

Rick se arrodilló junto a ella y le tomó el pulso. El corazón le latía, pero estaba inconsciente. Rápidamente, le hizo el boca a boca y le llenó los pulmones de aire.

Karen se estremeció, tosió y respiró una gran bocanada de aire. Entonces abrió los ojos.

—Sigue respirando, Karen. Enseguida te encontrarás bien —le dijo Rick, quitándole de la mano el atomizador que ella seguía sujetando con fuerza.

A continuación, la llevó debajo de unos helechos, donde la ayudó a sentarse y la abrazó. Karen tenía el cabello y la ropa manchados por los fluidos del buche del miná.

—Respira hondo —le dijo, apartándole un mechón de cabello de la cara.

No sabía dónde estaban los pájaros, si seguían revoloteando por encima de ellos en busca de alimento o si se habían marchado, pero sus graznidos sonaban con menos fuerza.

Dejó a Karen apoyada en el tallo de un helecho y se sentó a su lado, rodeándola con el brazo.

—Gracias, Rick.

—¿Estás herida?

—Solo un poco aturdida.

—No respirabas. Pensé que...

Los graznidos de los pájaros se desvanecieron. La bandada se había alejado.

Mientras seguía abrazando a Karen, Rick hizo un rápido repaso del equipo que les quedaba. Sus posibilidades de supervivencia acababan de recibir un duro golpe. El hexápodo había desaparecido. Erika estaba muerta. La mayor parte de sus provisiones se habían esfumado con el andador. Ya no contaban con el arpón, porque el miná se lo había llevado clavado en el cuello. Les quedaba una mochila, la que Karen había cogido en la sala del generador y que había dejado junto al estanque, y conservaban la cerbatana, con sus dardos y el curare, además de dos machetes. En cuanto a Danny, no había rastro de él.

Entonces oyeron su voz, que provenía de lo alto. Presa del pánico, se había encaramado a una planta trepadora que lo había llevado hasta lo alto de una roca. Lo vieron agachado en ella, agitando su brazo sano.

—¡Desde aquí veo el Gran Peñasco! ¡Casi hemos llegado!

Nanigen

31 de octubre, 10.20 h

Drake se había adueñado de la sala de comunicaciones y en esos momentos estaba mirando fijamente la pantalla del sistema de rastreo que le había mandado las señales del hexápodo.

Estaba perplejo. El icono en forma de punto de mira que indicaba la posición del andador en lo alto de la ladera había descendido bruscamente ciento cincuenta metros. Al principio, creyó que se trataba de un error del sistema; pensó que el emisor de señales se había estropeado. Sin embargo, siguió insistiendo, enviando y recibiendo señales que indicaban que el vehículo había dejado de moverse. Esperó un poco más, hasta que se convenció.

Entonces se permitió una leve sonrisa. Sí, estaba claro que el maldito andador se había despeñado. No podía ser otra cosa.

Aquellos infelices habían cometido un error. El hexápodo había perdido pie y en esos momentos no se movía.

Sabía perfectamente que el cuerpo de un microhumano era capaz de salir ileso de cualquier caída, aunque fuese desde una gran altura; sin embargo, que el vehículo no se moviera significaba que estaba dañado, que podía haberse roto.

De ser así, el pánico se habría apoderado de los supervivientes. Ya no podían ascender hasta la cima del Tántalo y las microhemorragias no tardarían en presentarse. Llamó a Makele por teléfono.

—¿Estás en el Tántalo?

—Sí. No he hecho nada. No ha hecho falta. Está...

—Bueno, no creo que lleguen. Esos infelices han dado un mal paso.

Polígono industrial Kalikimaki

31 de octubre, 10.30 h

El teniente Dan Watanabe aparcó su Ford marrón en el único y solitario espacio señalado para visitantes. El edificio de metal se alzaba entre un almacén a medio terminar y un solar vacío donde crecían los matojos y las malas hierbas. Cerca de allí vio una zona despejada y cubierta de gravilla. Se acercó y recogió un poco. «Arenisca triturada. Interesante», se dijo. Parecía el mismo tipo de tierra que habían encontrado en los neumáticos de Rodríguez, el detective privado. Se la guardó en el bolsillo para que Dorothy Girt le echara un vistazo.

El aparcamiento de Nanigen estaba lleno de coches.

—¿Qué tal va el negocio? —preguntó a la recepcionista.

—No me cuentan gran cosa —repuso ella.

De una máquina del rincón salía el olor acre del café que lleva demasiado tiempo recalentado.

—¿Le apetece que le prepare un café? —preguntó la recepcionista.

—Me parece que ya está preparado.

En ese momento entró el jefe de seguridad de la empresa.

Don Makele era un tipo corpulento y musculoso.

—¿Alguna noticia de los estudiantes desaparecidos? —preguntó.

—¿Qué le parece si hablamos en su despacho? —propuso Watanabe.

Entraron en la parte principal del edificio y pasaron ante una serie de puertas cerradas. Las ventanas de las paredes daban al interior de unas salas, pero todas tenían unas cortinas negras que estaban echadas por dentro. Watanabe se preguntó por qué las habían cerrado y por qué eran negras. Mientras caminaba notó un zumbido grave, una vibración de baja frecuencia que parecía provenir del suelo. Algo así solo podía significar que había un intenso flujo eléctrico recorriendo el edificio. ¿Para qué se utilizaría?

Makele lo hizo entrar en su despacho. Era un cubículo desprovisto de ventanas. El detective se fijó en la foto de una mujer con dos niños hawaianos. Seguramente eran la esposa y los hijos de Makele. También vio en la pared una placa del cuerpo de marines de Estados Unidos.

Se sentó en una silla.

—Unos niños encantadores —dijo.

—Sí, los quiero con locura —repuso Makele.

—¿Sirvió usted en los marines?

—Sí, en la Inteligencia.

—Impresionante. —Watanabe era de los que creían que siempre se podía conseguir algo interesante de un poco de charla, pero decidió ir al grano—. He venido a comunicarle que hemos localizado a su directora financiera, la señorita Bender.

—Lo sabemos. Estaba muy deprimida.

—¿Cuál era el motivo de su depresión?

—Hace poco perdió a su pareja, Eric Jansen, que se ahogó.

—Deduzco que la señorita Bender y el señor Jansen estaban muy unidos —dijo el detective.

Cuando notó la incomodidad de su interlocutor, prosiguió—: La verdad es que resulta realmente extraño que siete personas desaparezcan a la vez en estas islas, así que he hecho unas cuantas llamadas para saber si esos estudiantes habían aparecido por alguna parte, como por ejemplo en Molokai. Allí todos se conocen. Si siete jóvenes de Massachusetts se hubieran dejado caer por allí, la gente de Molokai hablaría de ello.

—Lo sé bien. Yo nací en Moloka'i —contestó Makele.

Watanabe se fijó en que pronunciaba el nombre al estilo antiguo y se preguntó si hablaría hawaiano. Los nacidos en Molokai a veces lo hablaban, porque lo aprendían de algún abuelo o de algún profesor tradicionalista.

—Molokai es un sitio precioso —contestó.

—Es el viejo Hawai, lo que queda de él.

Watanabe cambió de conversación.

—¿Conoce a un individuo llamado Marcos Rodríguez?

—No —repuso Makele, con rostro inexpresivo.

—¿Y a Willy Fong, un abogado de origen chino? —prosiguió Watanabe sin mencionar que habían muerto. Aun así, Makele lo sabía.

—Tampoco, pero ¿no fueron dos de los tipos que encontraron muertos a puñaladas en un despacho?

—Así es. Los encontramos en el despacho de Fong. Tres personas en total: Fong, Rodríguez y un tercero que todavía no hemos identificado.

Makele parecía confundido.

—Discúlpeme, teniente, pero ¿me estoy perdiendo algo? —preguntó, extendiendo las manos.

—No lo sé.

El jefe de seguridad pareció sorprendido e irritado, y a Watanabe le gustó ver que se agitaba en su asiento. «Está nervioso», pensó.

—Lo único que sé de esos asesinatos es lo que vi en las noticias —dijo Makele.

—¿Qué le hace pensar que fueron asesinados?

—Es lo que dijeron en... las noticias.

—Lo cierto es que dijeron que fue un suicidio —declaró Watanabe—. ¿Por qué creyó usted que se trataba de un asesinato?

Makele se tomó mal la pregunta.

—Teniente, ¿hay alguna razón para que quiera hablar de este caso conmigo?

—Ni Fong ni Rodríguez trabajaban para Nanigen, ¿verdad?

—¿Bromea? Una empresa como Nanigen nunca contrataría a ese tipo de gentuza —contestó Makele.

El jefe de seguridad sabía perfectamente lo que les había ocurrido tanto a Fong como a Rodríguez. La noche del suceso habían desaparecido diecinueve «bots» de seguridad. Se habían abalanzado sobre un intruso, le habían hecho cortes y habían entrado en su sistema circulatorio,

desgarrando arterias y tejidos desde dentro. Sin embargo, se suponía que los «bots» no debían hacer eso. No estaban programados para matar a nadie. Se suponía que debían fotografiar al intruso, hacerle un leve corte para que dejara un rastro de sangre y disparar una alarma silenciosa. Nada más. Nada peligroso, y desde luego nada letal. Pero alguien los había reprogramado para que mataran y Makele sospechaba que eso era cosa de Drake.

Los «bots» habían hecho trizas al intruso y después de acabar con él se habían abalanzado contra los demás, igual que pulgas, pulgas sedientas de sangre y muy mortíferas. Tanto el intruso como sus amigos habían sido asesinados. Los idiotas son más propensos a los accidentes. Pero ¿qué sabía en realidad ese detective? Makele no estaba seguro, y eso lo ponía nervioso.

Decidió ponerse duro; se inclinó hacia delante y adoptó un tono de fría profesionalidad.

—¿Esta empresa o alguno de sus empleados es objeto de una investigación criminal?

Durante unos segundos, Watanabe se abstuvo deliberadamente de contestar.

—No —respondió finalmente, dejando claro que «no» solo significaba «por el momento».

—Me alegra oírlo, teniente, porque esta empresa mantiene un elevado compromiso ético. Su fundador, Vicent Drake, es conocido por invertir su dinero en buscar medicamentos para curar las enfermedades de los huérfanos, enfermedades que nadie más se molesta en curar porque no resulta rentable. El señor Drake es un buen hombre que pone su corazón allí donde pone su dinero.

El teniente Watanabe escuchó todo aquello con rostro impasible.

—Querrá decir que pone su dinero allí donde tiene el corazón.

—Eso he dicho —contestó Makele, mirando fijamente al policía.

Watanabe sacó una tarjeta, escribió un número de teléfono en ella y la dejó sobre la mesa del jefe de seguridad.

—Aquí tiene mi móvil. Llámeme si surge algo. Creo que el señor Drake debe de estar esperándome.

Vin Drake se hallaba sentado tras su escritorio. Una antigua alfombra oriental cubría el suelo, y se respiraba un agradable aroma a cigarro. Watanabe dedujo por la calidad del humo que aquel puro había costado bastante más de diez dólares. El despacho carecía de ventanas y estaba iluminado con una suave luz indirecta. A través de una puerta contigua entreabierta atisbó un lujoso aseo de mármol. Semejante lujo en lo que aparentaba ser un simple almacén le resultó curioso. Aquel tipo se cuidaba.

—Estamos realmente consternados por los últimos sucesos —dijo Drake—. Esperábamos que ustedes pudieran ayudarnos.

—Hacemos todo lo que podemos —repuso Watanabe—. Solo deseo un poco más de información acerca de las desapariciones.

—Naturalmente.

El policía había estado contemplando el retrato de Drake que colgaba de la pared. No estaba mal. Quizá un poco pretencioso, pero tenía vida.

—¿Podría explicarme a qué se dedica su empresa?

—Básicamente fabricamos pequeños robots que utilizamos para explorar la naturaleza y descubrir así nuevos medicamentos que puedan salvar vidas.

—¿Cómo de pequeños?

Drake indicó con el pulgar y el índice una altura de unos dos centímetros.

Watanabe arqueó una ceja.

—¿Tan pequeños?

—Puede que incluso más —dijo Drake.

—¿Cuánto?

—Bastante.

—¿Digamos que un milímetro?

Drake sonrió brevemente.

—Eso es muy difícil de conseguir.

—Pero ustedes lo han hecho, ¿verdad?

—¿Hecho qué?

—Fabricar robots de un milímetro.

—Lo siento, pero estamos hablando de asuntos confidenciales de la empresa —repuso Drake, recostándose en su asiento.

—¿Y sus robots no han sufrido ningún tipo de accidente industrial?

—¿Accidente? —repitió Drake con una risita—. Desde luego que sí, con frecuencia.

—¿Y alguien salió herido?

—Es más bien al revés. Son las personas las que suelen pisar los robots accidentalmente. Y los robots son los que salen perdiendo. —Miró el reloj y suspiró—. Lo siento, detective, pero tengo otra reunión.

—Claro. Solo una cosa más. —Le habría gustado describir a Drake lo que había visto en el microscopio, pero no deseaba enseñarle una foto, porque una foto constituía una prueba y las pruebas no se mostraban así como así—. Tenemos conocimiento de un artefacto muy pequeño que parece estar dotado de un sistema de propulsión, además de un mecanismo de cuchillas, y que podría volar o moverse por el sistema circulatorio. ¿Podría ser uno de sus productos?

Drake se tomó su tiempo para contestar, y a Watanabe le pareció que ese tiempo era demasiado largo.

—No —respondió al fin—. No fabricamos robots como el que acaba de describir.

—¿Y sabe de alguien que los fabrique?

Drake le lanzó una mirada escrutadora. ¿Adonde pretendía llegar aquel policía?

—Me parece que lo que está describiendo es un artefacto teórico.

—¿De qué tipo?

—Bueno, podría tratarse de un microrrobot quirúrgico.

—¿Un qué?

—Un microrrobot quirúrgico. También se llaman quirubots. Se trata de robots muy pequeños que se utilizan en medicina. En teoría, un quirubot debería ser lo bastante pequeño para poder circular por el torrente sanguíneo. Equipado con microescalpelos, un quirubot podría realizar operaciones de microcirugía. Por ejemplo, lo inyectarían en un paciente y el quirubot se dirigiría por el torrente sanguíneo hasta el tejido que tuviera que extirpar o también podría eliminar las células cancerígenas. De todas maneras, en estos momentos los quirubots solo son un sueño y no una realidad.

—Así que ustedes no fabrican estos... quirubots, ¿no?

—No, como esos no.

—Disculpe, pero no lo entiendo —dijo Watanabe.

—Lo siento —repuso Drake, con un suspiro—. Estamos entrando en lo que es materia reservada de la empresa.

—¿Por qué?

—Porque Nanigen investiga para... usted.

—¿Para mí? —preguntó el policía, perplejo.

—¿Usted paga impuestos?

—Desde luego.

—Pues Nanigen trabaja para usted.

—Entiendo, desarrollan cosas para el gobierno.

—Será mejor que no entremos en detalles, teniente.

Estaba claro que allí se hacía un trabajo secreto para el gobierno, algo relacionado con robots pequeños, y que Drake le estaba advirtiéndole que podía tener problemas con sus superiores si seguía con aquella línea de investigación. Decidió cambiar de conversación.

—¿Por qué su vicepresidente saltó al agua y abandonó el barco?

—¿Cómo? ¿A qué se refiere?

—Eric Jansen era un navegante experimentado. Sabía que era mejor quedarse a bordo aunque las olas fueran fuertes. Sin embargo, algo lo impulsó a saltar al agua. ¿Por qué lo hizo?

Drake se levantó, con el rostro arrojado.

—No sé adonde pretende llegar, teniente. Hemos pedido a la policía que localizara a nuestros estudiantes desaparecidos y no han conseguido nada. También hemos perdido a dos de nuestros principales ejecutivos, y ustedes tampoco nos han ayudado.

Watanabe se levantó.

—Hemos encontrado el cadáver de la señorita Bender y seguimos buscando a Eric Jansen.

Sacó su tarjeta y se la entregó a Drake, que la miró con aire de disgusto.

—Para ser sincero, debo decir que nos sentimos muy decepcionados con la policía de Honolulu —dijo, dejando caer la tarjeta sobre la mesa—. Nos preguntamos qué están haciendo realmente.

—No sé si sabe, señor Drake, que el departamento de policía de Honolulu es más antiguo que el de Nueva York. Le aseguro que seguiremos trabajando como siempre hemos hecho.

—Tenemos cinco más de esas cosas —dijo Dorothy Girt, extendiendo una serie de fotografías sobre la mesa del laboratorio para mostrárselas a Watanabe. En ellas se veía el mismo tipo de artefacto, con su turbina y sus cuchillas—. Los encontré en nuestro asiático sin identificar.

—¿Cómo diste con ellos, siendo tan pequeños?

Dorothy le lanzó una breve sonrisa de triunfo. Acto seguido, abrió un cajón y sacó un objeto muy pesado. Era un electroimán industrial.

—Pasé esto sobre las heridas. No sabes cómo pesa el maldito trasto.

Lo dejó a un lado y le mostró la foto ampliada de uno de los robots. El artefacto estaba cortado

en dos y se podía apreciar cómo era por dentro. Se veían circuitos y mecanismos extraordinariamente diminutos junto a algo que parecía una batería y varios engranajes.

—Oye, esto está cortado a la perfección. ¿Cómo lo has hecho, Dorothy?

—Fue muy sencillo. Lo monté en una placa de epoxi y lo corté con un microtomo, el mismo aparato que utilizamos para cortar muestras de tejidos. Fíjate en esto.

Watanabe se inclinó sobre una de las imágenes y siguió el dedo de la forense, que señalaba un objeto de forma rectangular en el interior del aparato. En uno de los lados tenía impresa una «n» en minúscula.

—Bien —dijo—. Esto significa que ese ejecutivo me ha mentado. —Deseó dar una palmada en la espalda a Girt, pero se contuvo. La forense no parecía ser una persona que apreciara ese tipo de gestos. Optó por una cortés inclinación de cabeza—. Excelente trabajo, Dorothy.

—Bah —respondió ella, sabedora de que su trabajo siempre lo era.

*Cráter del Tántalo**31 de octubre, 13.00 h*

—¡Maldita madre naturaleza! —masculló Danny—. ¡No alberga más que monstruos insaciablemente voraces!

Avanzaba arrastrando los pies, enfundados en sus zapatos de hojas y cinta adhesiva, y sujetándose el brazo en ademán protector. Este parecía haberse hinchado más todavía, hasta el punto de que la manga de la camisa mostraba incipientes desgarrones. Karen y Rick caminaban a su lado; ella con el machete y él con la mochila. Eran los últimos tres supervivientes y estaban cruzando una vasta extensión ondulada cubierta de arena y tierra que constituía el borde del cráter del Tántalo. El terreno se extendía hasta una línea frondosa de bambúes que se levantaba a lo lejos hasta alturas inalcanzables. Entre estos surgía un peñasco del tamaño de una montaña, cubierto de musgo y surcado de barrancos. Tuvieron la impresión de que el Gran Peñasco se hallaba a kilómetros de distancia, al menos para seres de su tamaño.

El sol era abrasador. Hacía horas que no llovía en el Tántalo, y sus pequeños cuerpos se deshidrataban rápidamente.

Karen se sentía vulnerable. Eran presas en potencia; se movían por un terreno abierto, sin abrigo posible. Un pájaro surcó el cielo y ella dio un respingo, sujetando con fuerza el machete. Por suerte, no se trataba de un miná, sino de un halcón que sobrevolaba el cráter, y ellos eran demasiado pequeños para resultarle apetecibles. Al menos, en eso confiaba Karen.

—¿Estás bien? —le preguntó Rick.

—Deja de preocuparte por mí —contestó ella.

—Pero...

—Estoy bien. Prefiero que cuides de Danny. Tiene mal aspecto.

Danny se había sentado en una piedra y parecía incapaz de proseguir. Se sujetaba el brazo que llevaba en cabestrillo y estaba muy pálido.

—¿Te encuentras bien?

—¿Qué quieres decir con esa pregunta?

—¿Cómo tienes el brazo?

—¡No me pasa nada en el brazo! —exclamó.

Sin embargo, lo miraba fijamente. Un músculo del hombro se contrajo de pronto, se relajó y volvió a contraerse en una serie de espasmos. Parecía algo involuntario; daba la sensación de que Danny había perdido el control de los músculos.

—¿Por qué hace eso? —preguntó Rick, viendo que las contracciones se extendían a lo largo de la extremidad, igual que ondas en un estanque. El brazo parecía dotado de vida propia.

—¡No hace nada! —insistió Danny.

—¡Pero si se mueve solo!

—¡No! —gritó Danny, empujando a Rick y apartándose de él mientras se protegía el brazo herido con el sano.

Rick empezaba a sospechar que su compañero había perdido el control motor de su extremidad.

—¿Puedes moverlo? —le preguntó.

—Es lo que acabo de hacer.

De repente sonó como si algo se desgarrara y se partiera.

—No..., no... —empezó a gemir Danny, viendo que la manga se desgarraba a causa de la presión ejercida por su brazo.

A medida que la tela gastada y sucia se abría, revelaba una visión horrible. La piel se había vuelto traslúcida, como un viejo pergamino, y bajo ella se agitaban unas formas blancas y ovoides del tamaño de pelotas de golf.

—¡La avispa te inyectó huevos! —exclamó Rick—. Son parásitos.

—¡No! —gritó Danny.

Los huevos habían eclosionado, convirtiéndose en larvas, en gusanos que se alimentaban de los tejidos de su brazo.

Danny lo miraba fijamente, gimiendo y acunándolo. El «pop» que había oído lo habían producido los huevos al eclosionar. Aquellos gusanos le estaban devorando partes del brazo, pero sin afectar a zonas vitales.

—¡Van a convertirse en avispas! —gritó entre gemidos.

Rick intentó tranquilizarlo.

—Conseguiremos ayuda médica. Estamos muy cerca de Tántalo.

—¡Voy a morir!

—No. No te matarán. Son parásitos y saben que deben mantenerte con vida.

—¿Para qué?

—Para poder seguir alimentándose.

—¡Oh, Dios mío!

Karen lo ayudó a levantarse.

—Vamos, tenemos que seguir caminando.

Prosiguieron la marcha, pero por culpa de Danny, que no dejaba de tropezar y sentarse, tenían que ir más despacio. No podía apartar la vista de su brazo, como si aquellos gusanos lo hubieran hipnotizado.

Cuando llevaban recorrida media extensión de terreno vieron una especie de tubo hecho de trozos de tierra pegados entre sí, que brotaba del suelo como una chimenea torcida.

—Ojalá Erika estuviera con nosotros ahora —dijo Karen—. Seguramente podría decirnos qué clase de bicho ha hecho esto.

Dieron por sentado que aquella chimenea albergaba algo peligroso, seguramente algún tipo de insecto, y la evitaron dando un amplio rodeo, listos para echar a correr y ponerse a cubierto. El Gran Peñasco parecía cada vez más cerca.

Era una madre. Al igual que las mariposas, se alimentaba únicamente del néctar de las flores; pero

también era una depredadora que cazaba para alimentar a sus crías. Y estas comían carne. Como cualquier otro depredador, era inteligente y capaz de aprender y tenía una estupenda memoria. De hecho, tenía nueve cerebros compuestos por un cerebro principal y ocho secundarios repartidos a lo largo de la médula espinal como cuentas de un collar. De entre todos los insectos, era uno de los más inteligentes.

Se había acoplado con un macho, que había muerto después del acto sexual. Era una reina que vivía permanentemente en soledad, una avispa solitaria. Salió por la chimenea, primero la cabeza, seguida por el cuerpo, y contempló el sol. Llevaba las alas plegadas sobre la espalda. Las desplegó y las hizo vibrar, calentando los músculos al calor del sol.

Cuando vieron que asomaba la avispa, los estudiantes se quedaron muy quietos. Era realmente enorme, y su gran abdomen segmentado estaba surcado de rayas negras y amarillas.

El insecto batió las alas con gran estruendo y se elevó en el aire con las patas colgando.

—¡Agachaos!

—¡Cuerpo a tierra!

Los estudiantes se lanzaron al suelo y se arrastraron para ponerse a cubierto bajo cualquier cosa que pudieran encontrar, restos de hojas o piedras en la arena.

Al principio, la avispa no los vio, y empezó a volar en zigzag para orientarse antes de iniciar el vuelo de caza. Durante el proceso de orientación, contempló el suelo con todos sus detalles. Guardaba en su memoria un mapa preciso del terreno.

Entonces vio algo nuevo.

En el cuadrante sudeste de la chimenea había tres objetos.

Tres objetos vivos que se arrastraban por el suelo. Tres posibles presas.

Cambió inmediatamente la dirección de su vuelo y descendió.

La avispa giró y bajó muy rápidamente. Escogió a Rick y aterrizó sobre él. Este se volvió sobre sí mismo, blandiendo el machete, mientras la avispa se situaba a horcajadas encima, batiendo las alas, y lo cogía con delicadeza con las mandíbulas.

—¡Rick! —gritó Karen, corriendo hacia su compañero y blandiendo el machete en alto.

A Rick le costaba respirar porque se había quedado sin aire en los pulmones por la presión de las mandíbulas. Sin embargo, estas no lo habían atravesado. La avispa no pretendía matarlo.

El insecto curvó el abdomen y sacó el aguijón. Unas placas del extremo segmentado se separaron y dos apéndices blandos y erizados de pelos sensoriales asomaron, retorciéndose. Eran los palpos del aguijón. La avispa palpó con ellos el rostro y el cuello de Rick, saboreando su piel.

El sabor le gustó.

El aguijonazo fue muy rápido. De un orificio situado bajo los palpos salieron un par de agujones que se clavaron a la vez en Rick, justo por debajo de las axilas, retirándose enseguida.

Rick notó las dos lanzadas y un dolor fuera de lo normal. Jadeó.

Karen se lanzó contra la avispa, machete en mano, pero llegó demasiado tarde. El insecto se elevó en el aire llevando consigo a Rick entre sus patas. Karen vio cómo movía las piernas y, rápidamente, quedaba inerte.

La avispa se posó en lo alto de la chimenea, metió a Rick por ella, empujándolo con la cabeza, y a continuación se introdujo tras su presa. Lo último que Karen y Danny vieron desaparecer fue el

aguijón.

Solos en la arena, debatieron sus posibilidades.

—Rick está muerto —dijo Danny.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Karen.

Danny se limitó a alzar los ojos al cielo.

—Podría estar vivo —insistió Karen, deseando que Erika estuviera con ellos para darles información acerca de la avispa.

Hizo un esfuerzo por recordar lo que había aprendido sobre las avispas en la clase de entomología.

—Creo que esa era una avispa solitaria —dijo.

—¿Y qué? Vámonos, por favor —pidió Danny.

—Espera. —Intentó recordar lo que había leído en el libro de texto—. Me parece que paralizan a sus presas, pero no las matan porque con ellas alimentan a sus crías —explicó, sin saber contra qué especie de avispa se enfrentaba ni cómo vivía—. Venga, vámonos. —Danny se puso en pie y empezó a alejarse.

Karen cogió el machete.

—¿Qué haces? —le preguntó Danny.

—Rick me salvó la vida.

—Estás chiflada.

Karen se limitó a afilar la hoja del machete.

—Ese maldito bicho tiene a Rick.

—No, Karen. No lo hagas.

Karen no le prestó atención. Abrió la mochila y sacó la linterna de cabeza y dos radios con pinganillo. Se puso una y entregó la otra a Danny.

—Póntela —le ordenó.

Echó a correr hacia la chimenea.

—¿Me oyes? —le preguntó por radio cuando llegó.

Danny se había refugiado bajo una pequeña planta.

—¡Estás loca! —le gritó por el micrófono.

Karen apoyó la oreja en la chimenea. Estaba hecha de barro seco y olía raro. Notó una vibración bajo los pies, el batir de las alas de la avispa que se movía en las profundidades. Allí abajo tenía su nido. La vibración continuó durante un momento y después empezó a ascender, acercándose cada vez más. La avispa estaba saliendo por la chimenea.

Karen permaneció en el lado que quedaba en la sombra, intentando confundirse con el terreno.

La cabeza de la avispa asomó por el tubo y Karen se aplastó contra los terrones de tierra. Dos ojos facetados la observaron. Estaba segura de que la había localizado; sin embargo, el insecto se limitó a remontar el vuelo y a alejarse en zigzag mientras reconocía el terreno y se orientaba. Al cabo de un instante, se alejó hacia el noroeste, rumbo a sus zonas de caza predilectas.

Cuando por fin Karen perdió de vista a la avispa, cogió el machete, dio un paso atrás y empezó a

destruirla chimenea.

La hizo pedazos, hasta derribarla por completo, sin dejar de vigilar por si la avispa regresaba. Por suerte, el cielo permaneció tranquilo. Apartó los terrones de barro seco y se metió en el túnel con los pies por delante.

—¡No me dejes! —gritó Danny.

Karen se ajustó el auricular con el pinganillo.

—¿Puedes oírme? —preguntó.

—Sí. Escucha, Karen, si entras ahí morirás, y yo me quedaré solo y...

—Llámame si la avispa aparece.

—¡No! Escucha...

—Corto y cierro —dijo Karen, interrumpiéndolo.

Iba a tener que darse prisa si quería sacar de allí a Rick antes de que la avispa regresara.

Las paredes redondas del túnel estaban hechas de barro endurecido y descendían en una pendiente acusada. Karen bajó por el pasadizo, frenándose con los codos, las manos y los pies.

Era angosto. La luz del sol penetraba por la boca de la chimenea, pero disminuía rápidamente. Karen no tardó en encender la linterna. El túnel olía a algo penetrante, pero no resultaba desagradable. Se dijo que seguramente serían las feromonas de la avispa. Al poco, a aquel olor se añadió un hedor rancio que se hizo más intenso a medida que bajaba.

De repente, llegó a una cortada. A partir de aquel punto, el túnel descendía en vertical. Una terrible sensación de claustrofobia la invadió cuando se asomó. Era una boca oscura que parecía perderse en la negrura, sin final aparente.

«¡Maldita sea mi suerte! —pensó—. Rick está ahí abajo, pero él me salvó la vida y se lo debo, aunque me caiga fatal».

Se dio la vuelta en la estrechez del túnel y se sentó, con los pies colgando en el agujero. Luego se deslizó poco a poco y empezó a descender, apoyando la espalda y los pies en las paredes. No quería caer. Si eso ocurría, podía quedar atrapada en aquella chimenea vertical, y la avispa se precipitaría hacia ella y... «No, no pienses en eso».

En el exterior, Danny abrió la mochila y buscó algo de comer.

Tenía que conservar las fuerzas aunque no importara, aunque ya estuviera muerto. Se quitó la radio, la dejó a un lado y empezó a examinarse el brazo. Realmente tenía un aspecto espantoso.

La radio crepitó. La cogió y se la puso.

—¿Qué hay? —preguntó.

—¿Ves algo?

—No, nada.

—Escucha, Danny, mantente alerta y no dejes de vigilar. Si ves a la avispa avísame para que pueda salir. Lo digo por tu bien.

—Lo haré. Lo haré —respondió, sentándose muy erguido contra una piedra y mirando hacia el noroeste, por donde había desaparecido la avispa.

Karen llegó al fondo de la chimenea. Allí el túnel se ensanchaba un poco y giraba bruscamente hasta desembocar en una cámara más amplia. La iluminó con la linterna. Una docena de túneles partían de allí en forma radial y se perdían en la oscuridad.

—¡Rick! —llamó.

Sin duda estaría en alguno de aquellos pasadizos, y probablemente muerto.

Se metió a rastras por uno de los túneles y enseguida vio que acababa en una pared construida toscamente con trozos de tierra unidos por una especie de pegamento y llena de agujeros.

La iluminó con la linterna intentando ver qué había al otro lado.

Distinguió algo vivo al otro lado, y comprendió que los agujeros eran orificios de ventilación. A través de ellos le llegaron sonidos de succión y un ruido como un «clic-clac». El olor y el ruido le dijeron que allí se escondía algo que estaba vivo y hambriento, algo que no dejaba de alimentarse constantemente.

—¡Rick! —llamó—. ¿Estás ahí?

El cliqueo cesó un instante y se reanudó enseguida. No oyó respuesta alguna.

Acercó el ojo a uno de los orificios y alumbró con la linterna. El rayo de luz cayó sobre una superficie reluciente de color marfileño, dividida en segmentos que se movían. El movimiento duró unos segundos, como el de un tren pasando ante una abertura. Oyó una respiración, pero no era humana. Lo que la aterró de verdad fue el tamaño de lo que había encerrado allí dentro. Era tan grande como una marsopa.

Había otros túneles por investigar. Regresó a la cámara principal y entró en el siguiente, hasta que llegó a un montón de barro seco que lo cerraba e intentó ver algo a través de los agujeros.

—¡Rick! ¿Puedes oírme?

La voz de Danny sonó en sus oídos, débil y llena de estática, debido a lo lejos que se encontraba.

—¿Qué está pasando? —quiso saber.

—He llegado a una gran cámara de donde parten una veintena de túneles en todas direcciones. Los que he inspeccionado parecen terminar en una especie de celda. Creo que en ellas hay larvas.

Golpeó la pared con el machete hasta que abrió un boquete.

—¡Rick! —gritó—. ¿Estás aquí?

«Es posible que pueda oírme pero no pueda hablar, o quizá esté muerto», se dijo.

Amplió el boquete y entró a rastras. La celda albergaba una larva mayor que ella, una masa gorda y blanquecina que siseaba, respirando pesadamente. La cabeza sin ojos tenía una boca de la que sobresalían dos colmillos. La avispa madre había llenado la cámara con comida para que su criatura se alimentara.

Karen vio dos orugas, un insecto *koa* y una araña. En ese momento la larva estaba devorando el *koa* y un bicho de caparazón verde. Toda la celda estaba llena de restos de esqueletos a los que la larva había arrancado la carne, también había tres cabezas de insecto que apestaban a podrido.

Karen se mantuvo pegada a la pared, lo más lejos posible de la larva, que estaba ocupada dando buena cuenta del *koa*.

Aguzó el oído y supo que el desdichado insecto seguía respirando. Bien. Aquello quería decir que los alimentos que llevaba la avispa estaban vivos. Así pues, Rick también podía estarlo.

La larva clavó los colmillos en el *koa* y le arrancó la carne para llevársela a la boca, succionándola como si fueran espaguetis.

Karen resistió el impulso de despedazar aquella larva repugnante. Deseaba acabar con ella, pero no lo hizo. Era parte de la naturaleza. Se parecía a un cachorro de león devorando la carne que le

llevaba su madre. Las avispas eran los leones del reino de los insectos y ayudaban a mantener el equilibrio de otras especies, igual que los leones conservaban el ecosistema.

Aun así, a Karen no le gustaba nada pensar que una larva de avispa devorase vivo a Rick Hutter.

Karen se arrastró fuera de la celda y se dirigió al siguiente túnel, al final de cual encontró otra celda donde una larva más crecida despachaba su última oruga después de haber dado cuenta de todo lo demás.

—¡Rick! —gritó, pero el terreno amortiguaba su voz. Hutter podía estar en cualquier parte, escondido en una de aquellas celdas.

La radio crepitó. Era Danny.

—¿Cómo vas? —quiso saber.

—No encuentro a Rick —repuso—. Este lugar es un laberinto.

Entró en otra celda. Esta contenía un capullo de seda, una avispa que todavía no había eclosionado; podía verla a través de los hilos del capullo, del que saldría como un insecto adulto. Cuando lo iluminó con la linterna, la avispa se agitó. Salió de allí no sin antes haber taponado nuevamente la entrada. Lo último que necesitaba era una avispa recién nacida paseándose por aquellos túneles armada con su aguijón.

—¡Rick, soy yo, Karen! —gritó y aguzó el oído esperando alguna respuesta.

No oyó nada, aparte de los ruidos siniestros de las larvas, devorando sus presas, y los latidos de su aterrorizado corazón.

Rick yacía en la absoluta oscuridad de una celda, incapaz de moverse o hablar. La picadura lo había paralizado, pero conservaba todos sus sentidos. Notaba la tierra contra la espalda y las piernas, y olía la descomposición de los esqueletos de insectos. No podía ver la larva que ocupaba la celda, pero la oía perfectamente. Estaba devorando algo, entre crujidos y ruidos de succión. Respiraba con normalidad y podía parpadear si lo deseaba. Hasta ahí llegaba. Intentó mover un dedo, pero no fue capaz de decir si este se había movido o no.

«¡Socorro! ¡Que alguien me ayude!», gritó en su mente.

Comprendió que el veneno de la avispa solo le había paralizado parte de su sistema nervioso, el simpático, los nervios que se controlaban a voluntad. El parasimpático seguía funcionando. El corazón le latía y respiraba con normalidad.

Todo su cuerpo funcionaba, pero no podía ordenarle que hiciera nada. Era igual que un motor que se hubiera quedado al ralentí, y no encontraba la forma de pisar el acelerador. Notó una molestia en el bajo vientre y, durante un momento, no supo qué era, hasta que notó algo cálido que se extendía bajo él. Su vejiga se había vaciado sin que él se lo ordenara. Fue un alivio bienvenido.

El veneno era la versión de las avispas de una nevera: mantenía a las presas frescas y con vida hasta que fueran devoradas.

A sus pies proseguía la actividad de masticación y succión.

Supuso que la larva debía de estar acabando, porque oyó cómo movía restos de carcasas rotas y

exoesqueletos después de haberlos dejado limpios de materia comestible. A pesar de que no podía verla, sabía exactamente de qué se trataba. Había oído ruido de cosas que se partían y de masticación, lo cual quería decir que la larva tenía mandíbulas. Le asustaba pensar en cómo sería el primer contacto con ellas y no podía dejar de preguntarse qué parte de su cuerpo devoraría primero. ¿Empezaría por el rostro o le arrancaría los genitales antes de abrirle la cavidad abdominal?

A pesar del horror de la situación, Rick se sentía extrañamente aburrido. Paralizado en la oscuridad, no tenía nada que hacer salvo imaginar la muerte que lo aguardaba; así pues, decidió concentrarse en las cosas que le habían hecho feliz en la vida. Aquella podía ser su última ocasión de recordarlas. Rememoró cuando jugaba entre las olas en Belmar, en la costa de Jersey, donde su familia pasaba una semana en verano en un motel, lo máximo que se podía permitir. Su padre había sido camionero para una cadena de tiendas. Recordaba haber estado de pie, en el asiento del camión de su padre, a los cinco años, diciéndole a todo el mundo que iba a ser camionero como su padre. Se vio a sí mismo abriendo la carta de aceptación de Stanford y leyéndola con la más completa incredulidad. ¡Una beca para Stanford! Y después el posgrado en Harvard, también financiado con otra beca. Se vio en Costa Rica, entrevistando a una anciana curandera mientras esta preparaba una tisana tonificante con unas hojas de *Himatanthus*.

Su mente saltó al laboratorio de Harvard. Una noche había intentado extraer ciertos compuestos de una hoja de ese árbol.

Karen también se había quedado a trabajar hasta tarde para terminar un experimento que estaba haciendo con sus arañas. Estaban solos los dos, trabajando codo con codo, sin apenas hablar, rodeados de la tensión que producía el desagrado que sentían el uno por el otro. Sin embargo, en un momento determinado sus manos se habían rozado accidentalmente.

«Quizá debería haber intentado conectar con Karen esa noche —se dijo—, aunque lo más probable es que me hubiera dado un puñetazo».

Un hombre que va a morir piensa sobre todo en los encuentros sexuales que ha desperdiciado. ¿Quién había dicho tal cosa? Quizá fuera cierto.

Empezó a adormecerse.

—¡Rick!

La voz lo despertó. Había sonado débilmente a través de la tierra.

«¡Estoy aquí, Karen!», gritó en su mente, pero no consiguió que de su boca saliera sonido alguno.

—¡Rick! ¿Dónde estás?

«¡Date prisa, estoy encerrado con una larva hambrienta!».

La linterna de Karen centelleó brevemente —era la primera luz que veía desde hacía rato— y desapareció. La oscuridad lo envolvió de nuevo. Karen había pasado de largo.

«¡Vuelve! —gritó en su mente—. ¡No me has visto!».

Silencio. Se había marchado.

Entonces, a través de la negrura, se acercó el horror de los horrores. Algo húmedo y pesado se deslizó sobre sus tobillos, aplastándole los pies contra el suelo.

«¡Esto no puede estar pasando!».

A continuación notó que los segmentos de la larva le subían lentamente por las piernas... y por la barriga... y por el pecho, asfixiándolo.

«¡No, por favor, no!».

Tenía encima la larva de avispa, aplastándolo con su peso, ahogándolo. Notó el latido del corazón de la criatura y oyó un cliqueteo húmedo. Las mandíbulas se habían puesto a trabajar.

«Clac-clac».

La luz regresó. Un rayo perforó la oscuridad, revelando unos colmillos negros que se abrían y se cerraban como unas tijeras alrededor de una boca redonda y blanda como un ano.

La tenía justo ante su cara.

Karen iluminó la celda y vio la escena.

—¡Dios mío, Rick! —exclamó, y empezó a echar abajo frenéticamente la pared agujereada de la celda, apartando terrones de barro seco.

Los colmillos le rozaron la frente. La larva lo estaba palpando en busca de una zona blanda por donde empezar. Notó cómo sus apéndices bucales le dejaban un rastro de baba en los hombros y después le palpaban la nariz. La boca redonda pasó sobre sus labios como un beso baboso y no pudo contener una arcada.

—¡Aguanta, Rick!

«¡Date prisa! ¡Este bicho asqueroso quiere zampárseme!».

Karen entró por él boquete y se lanzó contra la larva, apartándola de la cara de Rick a puntapiés.

—¡Déjalo en paz! —gritó, asestándole un machetazo.

La larva bufó, emitiendo un siseo por sus orificios respiratorios. Karen levantó el machete y de un solo tajo la decapitó.

La cabeza bulbosa rodó por el suelo, sin dejar de mover los colmillos, mientras el cuerpo amputado se retorció con espasmos de agonía. Karen siguió acuchillando la larva decapitada, pero aquello solo pareció aumentar el frenesí de sus convulsiones.

Cogió a Rick por debajo de los brazos y lo arrastró fuera de la celda, dejando a la larva agonizante golpeando las paredes. Un extraño olor pareció seguirlos.

«Esto no me gusta —pensó Rick—, es una alarma de feromonas».

Karen también lo percibió. La larva moribunda llamaba pidiendo auxilio en su lenguaje olfativo. Aquel olor estaba llenando todo el nido. Si la avispa madre lo detectaba.

La voz de Danny sonó en los auriculares de Karen.

—¿Qué está pasando?

—Tengo a Rick. Está vivo. Quédate a la escucha. Voy a sacarlo.

Rick era como un saco de patatas, un peso muerto; sin embargo, Karen tenía una fuerza increíble. Había logrado dar con él y lucharía hasta la muerte antes de entregarlo. Se arrastró hasta la cámara, tirando del cuerpo inerte de Rick, hacia el túnel vertical.

Fue entonces cuando oyó la voz de Danny en la radio.

—¡La avispa vuelve!

*Cráter del Tántalo**31 de octubre, 14.00 h*

La avispa solitaria volaba lentamente llevando una oruga paralizada entre sus patas. Cuando se aproximó a la entrada del nido empezó a volar en zigzag, buscando la entrada de su guarida.

No tardó en detectar que la chimenea estaba derribada y que algo había invadido y destrozado su nido. Había un intruso.

Escondido entre las hojas de la planta, Danny se acurrucó bajo la protección de la piedra, intentando confundirse con su entorno mientras maldecía a Karen para sus adentros por haberlo dejado solo en el micromundo.

La avispa se posó sin soltar la oruga y avanzó hacia la entrada de su nido haciendo vibrar las alas. Fue en ese momento cuando percibió el olor de la muerte de su larva, que salía por la boca del túnel. Batió las alas furiosamente y el aire se llenó con su retumbar. Soltó la oruga y se lanzó de cabeza por el agujero.

Karen oyó un fragor en lo alto, una mezcla del furioso vibrar de unas alas con el roce de un exoesqueleto contra las paredes del túnel.

—¡Danny! —llamó por radio—. ¿Qué está pasando?

No obtuvo respuesta.

—¡Dime algo, Danny!

La avispa se lanzó hacia el interior del nido, con el furioso impulso del instinto maternal.

Karen la oyó llegar y se agachó en la cámara, al pie de la chimenea vertical, dejando a Rick en el suelo, junto a ella. El ruido resultaba terrorífico, pero también informativo. Un olor penetrante invadió la cámara: la ola de feromonas que precedía al furor de la avispa.

Cogió el afilador y empezó a pasarlo frenéticamente por el filo del machete.

—Aguanta, Rick —le dijo, repitiendo una y otra vez el mismo movimiento, hasta dejar el arma afilada al máximo. Aquella hoja iba a tener que abrirse paso a través de una resistente armadura bioplástica.

A continuación se colocó en posición junto a la desembocadura del túnel, blandiendo el machete por encima de su cabeza.

—Vamos, acércate —masculló.

La avispa llegó al final de la chimenea y se detuvo un momento.

De repente, su cabeza, negra y amarilla, asomó por la abertura. Boca abajo.

Karen le asestó un machetazo con todas sus fuerzas.

La hoja rebotó en uno de los ojos del insecto y dejó una marca. Estaban blindados.

La avispa, todavía boca abajo, alargó la cabeza, agarró el machete con sus mandíbulas, lo

arrancó de las manos de Karen y retrocedió con él hacia el interior del túnel. Karen oyó un ruido metálico cuando las mandíbulas del insecto destrozaron su última arma.

La cavidad se estremeció. La avispa batía con sus alas contra las paredes de la chimenea, preparándose para cargar. Karen la oía respirar entrecortadamente.

Miró por encima del hombro y el haz de la linterna iluminó a Rick. Parecía muerto.

Al realizar aquel gesto reparó en la navaja que tenía atada alrededor del cuello tras jurarse que no la llevaría nunca más en el bolsillo. «Mi navaja», se dijo. Tiró de la cuerda de la que colgaba y abrió la hoja con el pulgar.

La avispa asomó de nuevo la cabeza, boca abajo, e intentó atraparla entre sus mandíbulas. En un esfuerzo por apartarse, Karen se lanzó al suelo y se deslizó hasta quedar justo debajo de la cabeza. Esta estaba cubierta de pelos. Karen se aferró a ellos. La avispa sacudió la cabeza, golpeándola contra el suelo.

El insecto la veía claramente con sus tres pequeños ojos situados en lo alto del cráneo.

La avispa siguió dando cabezazos contra el suelo, intentando quitarse a Karen de encima para poder apresarla entre sus mandíbulas y partirla en dos, pero ella seguía agarrada con todas sus fuerzas; la cabeza giraba a un lado y a otro y se estrellaba contra las paredes del túnel, abriendo y cerrando al mismo tiempo las mandíbulas. Karen estaba recibiendo una soberana paliza. No obstante, no solo no se soltó sino que, buscando un agarradero mejor, consiguió meter los dedos en la sutura occipital, una grieta situada entre la cabeza y el protórax, el primer segmento blindado del tórax. En ese punto, los músculos del cuello carecían de blindaje. Karen palpó el tejido blando de la unión.

El cuello era tan estrecho que habría podido rodearlo con una sola mano. Pensó que quizá podría estrangular a la avispa.

En ese momento el insecto retrocedió en el túnel arrastrando a Karen, que quedó atrapada entre la cabeza y las estrechas paredes. La avispa arqueó el cuerpo y Karen comprendió que intentaba sacar el aguijón para picarla. El insecto volvió a dirigirse hacia la cavidad, retorciéndose para quitársela de encima pero Karen siguió aferrada a él y, habiendo localizado la unión del tórax y la cabeza, cogió la navaja, la clavó en el tejido blando y fue cortando a lo largo del contorno del cuello. De punta a punta.

La cabeza de la avispa cayó al suelo entre una salpicadura de hemolinfa. Las mandíbulas se abrieron y se cerraron un par de veces y luego quedaron inmóviles. El cuerpo se desangró rápidamente, rociando a Karen con hemolinfa. Las alas del cuerpo sin cabeza siguieron golpeando las paredes del túnel, pero cada vez con menos fuerza, hasta que por fin el insecto dejó de moverse.

Karen apartó la cabeza de un puntapié, corrió junto a Rick y le cogió la mano. La joven temblaba violentamente.

—Lo he conseguido.

Por el rabillo del ojo, Rick vio movimiento tras ella. Parpadeó frenéticamente mientras en su mente gritaba: «¡Cuidado!».

El cerebro principal de la cabeza había perdido contacto con los ocho cerebros menores repartidos por el cuerpo de la avispa. No obstante, aquellos centros nerviosos seguían enviando mensajes. Las

patas se pusieron en movimiento, arrastrando el cuerpo decapitado hacia la cavidad. El abdomen se arqueó hacia delante y sacó el aguijón.

Un ruido a su espalda hizo que Karen se volviera. Vio el aguijón justo a tiempo y saltó a un lado para esquivarlo, pero no pudo evitar que el tórax la aplastase contra la pared. Forcejeó, sin poder moverse, viendo cómo el aguijón se acercaba de nuevo. Los palpos le tantearon la cara y se le metieron en la boca, pero finalmente dejaron de moverse, y las puntas del aguijón doble se inmovilizaron a escasos centímetros de su hombro. Una gota de veneno se acumuló en sus puntas y quedó suspendida allí. Karen vio su imagen reflejada en la letal esfera de líquido.

Se deslizó de debajo del aguijón, teniendo cuidado de no tocar ni el veneno ni las puntas afiladas. Se arrodilló junto a Rick y le apartó los restos de tierra del rostro.

—¿Qué tal vas, soldado? —le preguntó.

Él parecía completamente paralizado, su rostro tenía el aspecto de una máscara mortuoria y se había orinado encima, aunque al menos seguía respirando y el corazón le latía con regularidad. Se dio cuenta de que el veneno de la avispa tenía efectos complejos: había afectado a una parte de su sistema nervioso, pero no a todo. Tuvo la impresión de que Rick intentaba hablar.

—¿Puedes parpadear? —le preguntó—. Parpadea una vez para decir que sí y dos para decir que no, ¿entendido?

Rick parpadeó una vez: sí. Un músculo tembló en su rostro.

—¿Eso pretende ser una sonrisa?

Un parpadeo. «Lo intento».

—Bien, al menos es un comienzo. ¿Te duele algo?

Un parpadeo: «Sí».

—¿Qué...? Bueno, ahora da igual. Voy a sacarte de aquí. Te llevaré a hombros. ¿Eso te dolerá?

Dos parpadeos: «No».

Levantó a Rick, cogiéndolo por las axilas, y lo arrastró rodeando la avispa muerta y manteniéndose lejos de la gota de veneno que seguía colgando del aguijón. Mientras lo arrastraba se dio cuenta de lo delicado que estaba. No lograría sobrevivir a menos que moviera los músculos. Su sistema nervioso necesitaba que lo ayudaran. Aquel maldito veneno había actuado igual que una bomba inteligente, inutilizando su cuerpo de forma selectiva. Un veneno terrible y también sofisticado.

La naturaleza era capaz de idear obras maestras de la química que ninguna empresa farmacéutica conseguiría igualar.

Rick necesitaba ayuda o moriría.

Karen miró fijamente la gota de veneno y se le ocurrió una idea. La toxina que había paralizado a Rick también podía salvarlo.

Necesitaba recoger un poco. Cogió la botella de agua que llevaba colgando del cinturón del machete, la vació y la acercó a la gota letal. Vio cómo el líquido caía dentro de la botella y la cerró.

—Bien, Rick. Tengo un plan. Puede parecer una locura, pero creo que dará resultado.

Él la miró sin parpadear.

Se echó el cuerpo de Rick a hombros y empezó a ascender del mismo modo que había bajado. Se sentía como Superwoman.

En el mundo normal nunca habría sido capaz de algo parecido.

La subida le pareció interminable; tuvo que hacerla a trechos, parando para descansar. Se alegraba de ser tan fuerte como una hormiga. Por fin alcanzó la boca de la chimenea.

Danny había perdido ya toda esperanza, así que no pudo dar crédito a sus ojos cuando vio aparecer por el agujero del nido a Karen, exhausta, cargando con el cuerpo de Rick Hutter.

—¡Lo tengo! —gritó ella con orgullo.

Cruzó la extensión de arena, lo depositó a la sombra de la planta, con Danny, y se arrodilló a su lado para examinarlo.

Danny se acurrucó junto a Rick para abrigarlo del viento.

—¿Puedes levantarte? —le preguntó Karen.

Rick parpadeó una sola vez.

—¿Sí? ¿Quieres intentarlo?

Lo ayudó a ponerse en pie. Rick se tambaleó y cayó de rodillas antes de desplomarse en el suelo.

Karen le mostró la botella con el veneno.

—Escucha, Rick, quizá esto te salve, pero no puedo garantizártelo. Lo que tenemos que hacer ahora —miró hacia los altos tallos de bambú— es volver al bosque.

Karen pensaba en la muerte de aquel francotirador. En cómo el hombre había sufrido unas convulsiones terribles a causa del veneno de la araña. Pero la muerte de aquel individuo le había aportado una información que podía salvar la vida de Rick.

Base del Tántalo

31 de octubre, 14.30 h

El viento soplaba sobre el cráter del Tántalo. Karen y Danny caminaban lentamente, cargando con Rick en una improvisada camilla hecha con la manta térmica. Karen llevaba la mochila a la espalda y la cerbatana en bandolera. Avanzaban paso a paso hacia el bosque de bambúes y el Gran Peñasco. De repente, la respiración de Rick se tornó jadeante.

—Dejémoslo en el suelo —dijo Karen, arrodillándose para examinarlo.

Tenía el rostro pálido y desencajado, y los labios empezaban a adquirir un tono azulado. No estaba recibiendo suficiente oxígeno. Lo que más preocupaba a Karen era su respiración, entrecortada, irregular e insuficiente. Era posible que el veneno de la avispa hubiera afectado el centro respiratorio del cerebro. Si este fallaba, estaba acabado.

Le abrió la camisa y vio un gran moretón en el pecho de Rick. ¿Qué era eso? ¿Serían las microhemorragias o solo el resultado de su forcejeo con la avispa? Tenían que salir de aquel terreno despejado. Allí no eran más que comida para pájaros o alimento para alguna larva de avispa.

—¿Cómo vas, Rick?

Él movió la cabeza lentamente, de lado a lado.

—No demasiado bien, ¿verdad? Sobre todo, intenta no quedarte dormido, ¿vale? —Karen contempló el bosque de bambúes que se alzaba ante ellos—. Tenemos que llegar hasta allí, Rick. No está lejos.

Rezaba y confiaba en encontrar allí lo que necesitaba, entre las hojas. Oyó un suspiro.

—Rick, ¿me oyes?

Silencio. Rick había perdido el conocimiento. Lo zarandeó.

—¡Rick, despierta! ¡Soy yo, Karen!

Sus ojos se abrieron un momento y se cerraron. Empezaba a no responder a los estímulos.

Muy bien, quizá pudiera hacerlo enfadar. Al fin y al cabo, era una de sus especialidades. Le dio un bofetón.

—¡Rick!

Abrió los ojos de golpe. Había funcionado.

—¡Un poco más y me dejo la vida intentando sacarte de ese agujero, gilipollas! ¡Así que no se te ocurra morirte ahora!

—Es posible que tengamos que abandonarlo —comentó Danny en voz baja.

Karen se volvió hacia él, hecha una furia.

—No vuelvas a decir eso.

Por fin llegaron al bosque de bambúes y dejaron a Rick bajo una sombra. Con las manos, Karen le dio una gota de agua para beber y a continuación examinó la vegetación. No estaba segura de qué tipo de plantas eran, pero daba lo mismo.

Lo que importaba era que las arañas solían vivir entre las hojas.

Y había un tipo concreto de araña que deseaba encontrar.

Se volvió hacia Rick.

—Escucha —le dijo—, lo que necesitas es una buena patada en el culo.

Él sonrió débilmente.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó Danny.

Karen no respondió. Abrió la mochila y sacó un frasco de laboratorio limpio y sin usar. A continuación cogió la cerbatana y los dardos y se dirigió hacia la zona donde la vegetación era más densa.

—¿Adonde vas? —gritó Danny.

—Cuida de Rick —contestó ella por encima del hombro—. Si algo le pasa, te...

—¡Karen!

Echó a correr. Había visto una mancha de color bajo una hoja: verde fosforescente, roja y amarilla. Puede que fuera lo que estaba buscando.

Lo era.

Su intención era encontrar una araña que no fuese demasiado venenosa. Todas las arañas utilizaban veneno para matar a sus presas, generalmente insectos, pero su toxicidad variaba mucho cuando se trataba de seres humanos y de mamíferos en general. La viuda negra se contaba entre las más peligrosas. Su picadura podía fulminar a un caballo. Sin embargo, había muchas otras que no eran tan letales para el ser humano.

Se situó bajo la araña y la observó. Era pequeña, con unas patas tan transparentes que parecían de cristal y un cuerpo salpicado de manchas de colores que parecían formar una sonriente cara de payaso.

Era una *Theridion grallator*, también llamada «araña de cara feliz», una de las más comunes en Hawai. Los científicos la habían estudiado a fondo y era conocida porque su picadura resultaba prácticamente inofensiva para las personas.

La araña descansaba en su pequeña tela, un entramado de hilos tendido bajo una hoja. Eran unos animales muy miedosos y huían corriendo a la primera señal de peligro.

—No te me escapes —dijo Karen en voz baja.

Trepó por el tallo de la planta manteniéndose a cierta distancia y se sentó en una hoja. Entonces sacó la cerbatana, cogió un dardo y abrió la botella que llevaba en la cintura. Estaba llena casi hasta arriba de veneno de la avispa. Impregnó el dardo, lo introdujo en el tubo y apuntó.

La araña la miró y retrocedió. Parecía asustada. Sí, lo estaba y se encogió en el fondo de su tela.

Karen sabía que la araña podía oírla y que, gracias a los «oídos» que tenía en las patas, se estaba formando una imagen sónica de ella. Seguramente nunca se había topado con un ser humano y no sabía qué era Karen.

Sopló con fuerza.

El dardo se clavó en el coloreado abdomen.

La araña movió las patas frenéticamente e intentó correr, pero el veneno tuvo un efecto fulminante. En cuestión de segundos dejó de moverse. Karen oyó que el aire salía de sus pulmones con debilidad y vio el movimiento lento de su abdomen.

Bien. Seguía respirando y su corazón latía. Era importante, porque necesitaba presión sanguínea para que la criatura escupiera su veneno.

Trepó a la tela de araña, agarró un hilo y le dio una sacudida.

—¡Eh!

La araña no se movió. Karen se arrastró por la tela hasta llegar hasta ella. Agarró una de las patas y dio un papirotazo a los pelos sensoriales. No ocurrió nada.

Entonces abrió el frasco y lo colocó bajo las mandíbulas.

Con dos dedos, levantó uno de los colmillos, desplegándolo sin dejar de mirarla a los ojos.

¿Cómo iba a conseguir que escupiera el veneno? Las glándulas que lo producían estaban alojadas en la parte superior de la cabeza, detrás de los ojos. Cerró el puño y le dio un fuerte golpe. La araña se estremeció y unas gotas de líquido cayeron por los colmillos. Karen cerró el frasco rápidamente, esperando que la araña no se despertara peor tras la experiencia. Cortó el hilo de la tela que la sostenía y aterrizó en el suelo.

Karen se inclinó sobre Rick.

—Esto es veneno de araña. —Alzó el frasco para que pudiera verlo—. Contiene toxinas neuroestimulantes, de modo que debería darle una sacudida a tu sistema nervioso. ¿Lo entiendes?

Rick la miró y parpadeó una vez. «Sí, lo entiendo».

—Toxinas neuroestimulantes —prosiguió Karen—. Será como un electroshock y debo avisarte de que puede ser peligroso, porque desconozco cuál es la dosis correcta. —En su mente revivió los espasmos del tirador moribundo. Le cogió la mano y se la apretó—. Te confieso que estoy asustada, Rick. ¿Lo hacemos?

Él deseó poder devolverle el apretón, pero se contentó con parpadear. «Sí».

Karen sacó un dardo de la caja —uno limpio y sin curare— y mojó la punta en el veneno de la araña. Luego lo sostuvo, para que él pudiera verlo.

—¿Estás seguro?

Otro parpadeo: «Sí».

Le cogió la mano, palpó un punto en su antebrazo buscando la vena y clavó en ella la punta del dardo, hundiéndolo solo un poco. Luego estrechó su mano entre las suyas y se inclinó sobre él.

—Rick...

Durante unos minutos no ocurrió nada. Karen se preguntó si la dosis sería suficiente. Pero entonces Rick dio un violento respingo y el ritmo de su respiración aumentó. Ella le tomó el pulso y lo notó acelerado. El veneno estaba haciendo efecto muy deprisa. Rick empezó a temblar y boqueó ruidosamente, llenándose los pulmones de aire.

Fue entonces cuando le sobrevino el ataque. Sus ojos se movieron como locos en todas direcciones y se incorporó violentamente, con la mirada vidriosa y con el cuerpo presa de convulsiones. Karen se echó sobre él, para sujetarle los brazos, pero sin atreverse a aplicar demasiada fuerza. Rick arqueó la espalda, jadeando e hiperventilándose. Karen se dejó caer con todo su peso, temerosa de que se autolesionara.

Rick gruñó, liberó bruscamente sus manos y rodeó con ellas el cuello de Karen. Sus dedos

empezaron a apretar.

Estaba intentando estrangularla de tanto que la odiaba.

Sin embargo, de repente aflojó la presa y lo que había sido violencia se convirtió en caricia. Le recorrió el cuello con los dedos y se los deslizó por las orejas, hundiéndoselos en el cabello. Karen se sorprendió besándolo inesperadamente, y lo más increíble fue que Rick le devolvió el beso.

Al cabo de un momento se separaron.

—¿Cómo te encuentras, Rick?

—Me ha... dolido... horrores... —gimió él—, pero... creo que... podría acostumbrarme.

Karen lo ayudó a sentarse. Rick se sentía aturdido y estuvo a punto de caer hacia atrás, pero ella lo sostuvo, rodeándolo con los brazos y hablándole suavemente, diciéndole que todo iría bien.

—Me salvaste la vida, Rick.

Danny permaneció sentado, contemplando la escena con evidente embarazo. En su opinión, semejantes demostraciones no contribuían a acercarlos a Nanigen. Además, él necesitaba asistencia médica con urgencia. Se miró el brazo y estuvo a punto de vomitar. Las larvas parecían más gordas que nunca.

Al poco rato Rick pudo ponerse en pie. Echaron a andar y se internaron en el bosque de bambúes, cuyos tallos se alzaban hacia el cielo igual que árboles gigantes. Cuando salieron, los recibió una vista impresionante: se hallaban ante el Gran Peñasco, en el borde del Tántalo, mirando hacia la caldera del cráter.

El cráter se extendía bajo sus pies, una cuenca cubierta por un bosque tropical que estaba rodeado de un terreno pelado donde se alzaban unos pocos árboles batidos por el viento. A su alrededor, los picos del Ko'oalu Pali se hundían entre las nubes empujadas por el viento. Al pie del Gran Peñasco se hallaba la base del Tántalo.

La instalación resultaba prácticamente invisible para una persona de tamaño normal. Había una pista de aterrizaje de menos de un metro de longitud. Al menos, eso supuso Karen cuando vio la línea discontinua que la recorría y marcaba los lugares de estacionamiento de los aviones. Junto a ella se levantaba un conjunto de edificaciones de cemento. Las más grandes parecían ser hangares. Las demás tenían aspecto de refugios contra bombardeos. Los edificios estaban medio hundidos en el suelo y parcialmente cubiertos de hojas muertas y tierra, de tal modo que se confundían con el microterreno.

Karen se detuvo.

—¡Vaya! ¡Lo hemos conseguido, Rick!

Él se volvió, la miró y sonrió. Karen le masajeó las manos y los brazos para activarle la circulación.

—Tus manos están más calientes —le dijo—. Me parece que ya te encuentras mejor.

No deseaban llamar la atención, porque no sabían qué podían esperar de la gente que hubiera en la base. Todos ellos eran personal de Nanigen que bien podían obedecer órdenes de Drake. Decidieron observarla durante un rato en busca de señales de actividad, así que se tumbaron bajo una planta *mamaki*, desde donde tenían una buena vista. El Gran Peñasco se alzaba en lo alto, igual que

una montaña.

No vieron movimiento alguno en el aeródromo o sus alrededores. El lugar parecía desierto.

La pista estaba llena de piedras, barro seco y restos de plantas. Junto a ella había surgido un cono hecho de tierra que sin duda era un nido de hormigas. Un camino trazado por ellas cruzaba la pista y descendía hacia el fondo del cráter.

—Esto no me gusta —dijo Danny.

Karen sintió que se le encogía el corazón. Si allí no vivían microhumanos, tampoco habría una lanzadera que comunicara con Nanigen y, por lo tanto, no podrían recibir ayuda.

El lugar parecía abandonado y las hormigas se habían apoderado de él.

Pero cabía la posibilidad de que quedara algún avión.

Descendieron con cuidado por la pendiente y entraron en el hangar. Había cuñas para las ruedas, pero ni rastro de aeroplanos. Karen exploró la base mientras Rick y Danny se sentaban a descansar. Encontró una estancia que, según dedujo, debía de haber servido de almacén de recambios y suministros, pero en esos momentos se hallaba vacía. Solo quedaban unos cuantos tornillos en las paredes que habían sujetado las estanterías. Entró en otro cuarto. También vacío. El siguiente debía de ser el dormitorio, pero se había inundado y estaba medio lleno de barro.

No había rastro de vida humana por ninguna parte. La base del Tántalo estaba abandonada. Tampoco había indicios de una carretera que llevara a Honolulu ni de algún transporte terrestre. Solo el viento, que barría incesantemente el suelo y siseaba por los pasillos desiertos de la base.

Salieron del complejo y se sentaron en la pista, mirando hacia el cráter. Desde allí alcanzaban a divisar la ciudad y, un poco más allá, el azul del océano Pacífico. Nanigen se hallaba a kilómetros de distancia de aquel cráter y no tenían forma de llegar hasta allí.

Danny rompió a llorar, sosteniéndose el brazo. Sus sollozos resonaron en el hangar y se perdieron en el cielo de nubes grises empujadas por el viento.

Karen observó una hormiga que corría por la pista llevando una semilla. Giró la cabeza para mirar el Gran Peñasco y, después, más allá, hacia el horizonte. Algo se movió contra el cielo, cerca del peñasco y, de repente, comprendió que era la silueta de un hombre.

*Base del Tántalo**31 de octubre, 17.00 h*

Karen no habría podido decir cuánto tiempo llevaba aquel hombre allí. Seguramente los estaba observando desde que habían empezado a explorar la base. Vieron cómo su cabello —blanco y largo— ondeaba con la brisa. Llevaba algún tipo de armadura, pero no sabían de qué estaba hecha. Incluso a aquella distancia, sus ojos parecían fríos e implacables. Levantó un objeto y vieron que se trataba de un rifle de gas.

—¡Al suelo! —gritó Karen, agarrando a Rick.

El desconocido disparó. Se oyó un siseo, y un dardo de acero pasó sobre ellos y se enterró en el suelo, donde explotó con un ruido sordo. Karen empezó a arrastrarse, llevando a Rick con ella, pero no había donde esconderse. Otro francotirador. Drake los había encontrado.

La voz del hombre les llegó por encima del silbido del viento.

—¡Esto solo ha sido un aviso! Levántense y muéstrenme las manos. Si llevan algún arma, déjenla ante ustedes.

Obedecieron. Karen sostuvo en alto la cerbatana, para que pudiera verla —su última arma—, y la depositó en el suelo junto con la caja de los dardos.

—¡Ahora, las manos sobre la cabeza!

Karen hizo lo que le decía, pero gritó:

—¡Tenemos dos heridos! ¡Necesitamos ayuda!

El hombre no contestó, pero fue hacia ellos sin dejar de apuntarlos con el rifle. Cuando se acercó vieron que era un hombre mayor, con el rostro atezado por el viento y el sol, de cabello blanco y ojos azules. Era musculoso y parecía en buena forma. Se preguntaron qué edad tendría. Aparentaba entre cincuenta y ochenta. Su coraza estaba hecha con placas de escarabajo. Una cicatriz le recorría la frente y le bajaba por el cuello hasta perderse bajo la coraza.

Los escrutó, mirándolos a los ojos, pero sin dejar de vigilar los alrededores. Karen comprendió que se mantenía alerta por si aparecía algún depredador.

—¿Cómo se llaman? —preguntó, intimidándolos con el rifle.

Karen le dio sus nombres y añadió:

—¿Quién es usted?

El hombre hizo caso omiso de la pregunta.

—Mi brazo... —gimió Danny, que se calló en el acto cuando el otro le apuntó a la cabeza con el rifle.

—Necesitamos asistencia médica —insistió Karen.

El hombre la miró largamente y dejó de apuntar a Danny, pero no bajó el arma.

—Esto es interesante —dijo mirando la cerbatana y agachándose para coger uno de los dardos. Se lo acercó a la nariz—. ¿Envenenado? —preguntó.

Karen asintió.

—¿Dónde tienen las armas?

—Perdimos el único rifle que teníamos durante el ataque de un pájaro —explicó Karen.

—Los envía Vin Drake —declaró—. ¿Por qué?

—Se equivoca —intentó explicarle Karen—. Drake intenta matarnos.

El hombre la interrumpió.

—Esto es una trampa de Drake.

—Tiene que creernos.

—¿De dónde vienen?

—Del jardín botánico de Waipaka.

—¿Y han conseguido llegar hasta aquí? Eso es imposible.

Karen se le acercó y apartó el rifle.

—Devuélvame mi arma.

El desconocido abrió mucho los ojos, puede que de sorpresa o de furia. Luego bajó el rifle y una sonrisa blanca cruzó su rostro.

—Reconozco que me impresionan —le dijo a Karen, y le entregó la cerbatana—. Bienvenidos a Tántalo. Me llamo Ben Rourke y soy el inventor del generador del campo tensor.

Karen lo miró con asombro.

—¿Y cómo es que ha acabado aquí?

—Perdido por accidente, pero eremita por elección —contestó.

Ben Rourke vivía en un laberinto de cuevas situado cerca del Gran Peñasco, a unos dos metros por encima de la base del Tántalo. Los condujo hasta allí, mientras ayudaba a Rick. La entrada a las cuevas era un agujero que penetraba horizontalmente en la montaña, igual que el túnel de una mina. Rourke cogió a Rick del brazo y todos avanzaron por el pasadizo mientras la luz se hacía más débil. Al cabo de un momento llegaron a una puerta tallada en madera. Estaba cerrada y atrancada con un pasador de hierro. Rourke la abrió y todos entraron en la oscuridad que reinaba al otro lado; a continuación, accionó un interruptor y una hilera de bombillas LED que se perdía en la distancia se encendió en el techo del túnel.

—Bienvenidos al Refugio de Rourke, que es como llamo a todo esto —dijo. Cerró la puerta tras él y la bloqueó con el pasador—. Esto es para mantener alejadas a las escolopendras —explicó mientras seguía caminando con paso largo y firme.

Doblaron una curva y empezaron a descender, adentrándose en la montaña. Siguieron por el túnel serpenteante y pasaron ante otros corredores que se perdían en la negrura.

—Esto es un antiguo nido de ratas vacío —les explicó Rourke—. Los empleados de Drake consideraban que las ratas eran una amenaza para los microhumanos de la base del Tántalo, de manera que las envenenaron y cerraron el nido. Yo lo reabrí y me instalé aquí.

Cada cierta distancia, las LED del techo arrojaban una luz azulada.

—¿De dónde proviene la electricidad? —preguntó Karen.

—De un panel solar que tengo en un árbol. Un cable lo conecta a unas baterías. Tardé tres

maldivas semanas en traer las baterías de la base del Tántalo, aun con la ayuda de un hexápodo. Drake no tiene ni idea de los tesoros que su personal dejó cuando abandonó la base. Cree que he muerto.

—¿Qué relación tiene con Drake? —quiso saber Karen.

—De odio.

—¿Qué ocurrió?

—Las explicaciones, a su debido tiempo.

Ben Rourke era un personaje misterioso. ¿Cómo había acabado allí? ¿Y cómo había logrado sobrevivir a las microhemorragias?

Rick se palpó las extremidades. Con aquella luz vio que estaba lleno de moretones, pero al menos podía moverse. Se preguntó cuánto tiempo les quedaba, a él, a Danny y a Karen, antes de que la enfermedad empezara a afectarlos. ¿Cuánto llevaban en el micromundo? Tenía la sensación de que hacía una eternidad, pero en realidad solo llevaban tres días. Se acordó de las palabras del técnico de Nanigen: «Los síntomas aparecen al tercer o cuarto día».

Llegaron ante otra pesada puerta de madera. Cada una funcionaba como los mamparos de un barco, aislando las distintas zonas del laberinto. Rourke atrancó la puerta y les explicó que todas las precauciones eran pocas con algunos de los depredadores que merodeaban por allí. Luego encendió las luces y estas iluminaron una sala con un techo muy alto y generosamente amueblada, con estantes llenos de libros y abarrotada de equipos de laboratorio y provisiones de todo tipo. También hacía las funciones de dormitorio.

—Hogar, dulce hogar —dijo Rourke, quitándose la armadura y colgándola en un armario.

Unos pasadizos laterales daban a otras habitaciones, una de ellas con abundante equipo electrónico. Encima de una mesa había un ordenador y varias sillas hechas de mimbre trenzado: Un hogar circular ocupaba el centro de la sala principal, y en un armazón cercano colgaban varias tiras de carne de insecto ahumada. Rourke también disponía de abundante fruta seca, semillas comestibles y otros alimentos propios del micromundo.

Su cama consistía en media cascara de nuez, rellena de virutas de corteza de árbol. Contra la pared había una pila de nueces de *kukui*.

Rourke echó un par en la chimenea y encendió un fuego con un mechero de gas. Las llamas iluminaron y calentaron la sala, mientras el humo escapaba por un agujero del techo.

Rourke parecía ser una especie de «manitas» y estaba claro que se trataba de una persona muy culta que sabía bastante de casi todo. Aparentaba sentirse feliz en su refugio, como si hubiera encontrado el tipo de vida que le gustaba de verdad. Karen, Rick y Danny se preguntaron cuál sería su historia.

¿Cómo había acabado allí arriba? ¿Por qué odiaba a Drake y qué le había hecho este? Karen y Rick se miraron los brazos y vieron que estaban llenos de moretones. Debían convencerlo para que los llevara a Nanigen sin pérdida de tiempo o, en su defecto, que les explicara cómo había superado las microhemorragias.

Sin embargo, lo más importante era que examinara a Rick y a Danny y les atendiera. Rourke empezó con Rick: le palpó las extremidades, le examinó los ojos y las pupilas y le hizo varias preguntas. Acto seguido, cogió una caja y la abrió. Se trataba de un botiquín, parecido a los que

acostumbraban a llevar los capitanes de barco durante las travesías largas. Contenía numerosos medicamentos, además de fórceps, tijeras, vendas, un escalpelo muy largo, una sierra cortahuesos, yodo y una botella de Jack Daniel's.

Rourke examinó la picadura que Rick tenía bajo la axila, la roció con yodo, provocando que diera un respingo, y le dijo que cicatrizaría sin problemas.

—Creo que los tres necesitan un baño urgentemente —añadió mientras los miraba de arriba abajo.

—Llevamos tres días en este micromundo —dijo Karen.

—¿Tres días? —preguntó en tono pensativo—. La verdad es que deben de llevar más tiempo. Supongo que se habrán dado cuenta de cómo se comprime el tiempo.

—¿A qué se refiere? —quiso saber Rick.

—A que para nosotros el tiempo transcurre más rápidamente. Sus cuerpos envejecen más deprisa y sus corazones laten como el de un colibrí.

—Tuvimos que dormir durante el día.

—Pues claro, y además el tiempo se les está acabando. Las microhemorragias ya les están afectando. Lo veo. La crisis no tardará en producirse, los moretones, el dolor en las articulaciones, la nariz que sangra y después es el fin.

—¿Y usted cómo las evitó? —preguntó Karen.

—No las evité. Estuve a punto de morir por su culpa, pero encontré una manera de superarlas. Es posible que haya personas que puedan sobrevivir.

—¿Qué hizo?

—Se lo mostraré, pero ahora debemos ocuparnos del brazo de su compañero —contestó, mirando a Danny.

Este se había sentado en una silla, cerca del fuego. La silla estaba hecha con fibras vegetales trenzadas, pero era grande y cómoda. Danny se sujetaba el brazo malo. La manga se le había desgarrado por completo y las larvas que tenía bajo la piel sobresalían como protuberancias siniestras. Rourke examinó el brazo, tocándolo con delicadeza.

—Lo más probable es que le picara una avispa *braconidea*. Confundió su brazo con una oruga y depositó los huevos en él.

—¿Voy a morir?

—Claro que sí. —Danny abrió la boca del susto, pero Rourke añadió—: La cuestión es cuándo. Hay que amputar este brazo. —Cogió el escalpelo y entregó a Danny la botella de bourbon—. Anestesia. Ya puede ir bebiendo mientras esterilizo los instrumentos.

—Ni hablar.

—Si no amputamos ese brazo, las larvas podrían migrar.

—¿Adonde?

—A su cerebro. —Rourke sacó la sierra y examinó el filo serrado.

Danny saltó de la silla y retrocedió, agarrando la botella de bourbon por el cuello, a modo de arma defensiva.

—¡No se me acerque!

—Cuidado con ese whisky. Casi no me queda...

—¡Usted no es médico! —Tomó un trago y tosió—. ¡Quiero que me vea un médico de verdad! —añadió, limpiándose la boca con el dorso de la mano.

—En este momento no va a ir a ninguna parte, señor Minot —contestó Rourke, devolviendo los instrumentos al botiquín—. Falta poco para que anochezca, y cuando se hace de noche los chicos listos se quedan bajo tierra.

Refugio de Rourke
31 de octubre, 19.00 h

Rourke echó más leña al fuego y puso una olla encima de las llamas. El cacharro colgaba de un brazo de hierro articulado clavado en el suelo y hecho con restos aprovechados de la base del Tántalo. El agua, equivalente a un par de cucharadas de café, hirvió casi al instante. Rourke descolgó la olla, cogió un cazo más pequeño y lo llevó todo hasta una bañera de madera que estaba oculta tras un nicho de la pared.

Era un cuarto de baño totalmente privado. La llenó con el agua caliente y después añadió un poco de fría que sacó de un depósito alimentado por gravedad.

Rick se metió en la bañera con un suspiro de placer y sintió cómo sus músculos se relajaban. Seguía teniendo veneno en su sistema circulatorio y se notaba rígido y entumecido, además de un poco mareado. Encontró una especie de jabón casero, seguramente preparado por Rourke con grasa de insecto. Después de tres días revolcándose entre la mugre, fue un placer enjabonarse; pero no pudo evitar ver los morados que se extendían por sus brazos y sus piernas.

Intentó convencerse de que se los había hecho durante su enfrentamiento con la avispa. Se sentía raro, pero lo atribuyó al veneno.

Danny no quiso bañarse, temeroso de que el agua pudiera estimular a las larvas, y se quedó sentado en la silla, tomando tragos de bourbon con la mirada fija en el fuego.

Karen fue la siguiente en disfrutar de un baño caliente. ¡Resultaba tan increíble sentirse limpia! Al salir, se envolvió con una bata que le prestó Rourke, lavó su ropa, la puso a secar y fue a sentarse junto al fuego. Rick se había puesto un pantalón de Rourke y una de sus camisas de trabajo, ropa tosca pero cómoda.

Entretanto, su anfitrión había preparado algo de cenar.

Puso agua a hervir, le añadió unas tajadas de carne de insecto ahumada, trozos de raíz vegetal, un puñado de hojas y sal. El guiso estuvo listo en un santiamén y llenó la sala de un aroma apetitoso. Todos lo encontraron delicioso y repusieron fuerzas con él. Luego, sentados alrededor de la chimenea, escucharon el relato de Rourke.

Ben Rourke había cursado estudios de física y era ingeniero especializado en campos magnéticos. Se tropezó por casualidad con retazos de información sobre los experimentos que el ejército había llevado a cabo en Huntsville y decidió explorar la posibilidad de encoger materia en un campo tensor. Poco después logró resolver las complejas ecuaciones que determinaban las turbulencias de los campos tensores. Fue entonces cuando Drake se fijó en él y lo contrató como uno de los ingenieros fundadores de Nanigen. Junto con otros técnicos de la empresa, logró construir el generador del campo tensor partiendo de equipos industriales estándar modificados por él y

comprados principalmente a proveedores asiáticos. Drake había logrado reunir una gran cantidad de capital procedente del Davros Consortium. Era un individuo con un talento especial para esas cosas y sabía cómo hacer que todo pareciera fácil y un camino seguro para ser millonario.

Rourke se presentó voluntario para ser el primer humano en pasar por el campo tensor. Intuía que podía ser peligroso y quería ser el primero en asumir el riesgo. Los organismos vivos eran delicados y complejos. Los animales sometidos a un cambio dimensional habían muerto, casi siempre a causa de graves hemorragias, desangrados.

—Drake aseguraba que no había ningún peligro —explicó—. Decía que todo iría sobre ruedas.

Rourke solo permaneció unas pocas horas en situación de cambio dimensional. A medida que cada vez más personas entraban en el generador y pasaban más tiempo en el micromundo, estas empezaron a sentirse mal y a sangrar sin motivo aparente. A todas ellas se les devolvió rápidamente al tamaño normal y se las examinó a fondo. Los análisis demostraron una degradación inexplicable del número de plaquetas en la sangre.

Entretanto, Nanigen, que disponía de capital más que suficiente, se lanzó a la exploración del micromundo. Para empezar, la empresa decidió centrarse en el cráter del Tántalo. La zona contaba con una gran biodiversidad y ofrecía una enorme riqueza en todo tipo de compuestos químicos. La base del Tántalo se construyó por módulos.

—Fabricamos cada módulo a escala 1:10 y después los metimos en el campo tensor y los redujimos hasta que tuvieron el tamaño adecuado para los microhumanos.

Una vez debidamente equipados con suministros y provisiones, los llevaron al cráter.

Al principio, los equipos de campo solo estaban autorizados a permanecer treinta y seis horas en la base del Tántalo.

Transcurrido ese tiempo, eran devueltos a Nanigen y a su tamaño normal. Poco tiempo después la empresa distribuyó estaciones de suministros en el jardín botánico de Waipaka y las dotó de personal. La constante rotación de los técnicos dificultaba el manejo de los robots de extracción y el trabajo de recogida de muestras. A pesar de los riesgos, Drake estaba impaciente por que los operarios pudieran pasar más tiempo en el micromundo, y preguntó a Rourke si estaría dispuesto a permanecer en Tántalo durante un período más largo, a modo de prueba, para comprobar si el cuerpo humano podía adaptarse al micromundo con el paso de los días.

—Yo tenía fe en Drake y en mi invento —reconoció Rourke—. Nanigen patentó mi diseño y me ofreció dinero. Así que estuve dispuesto a correr el riesgo para que Nanigen progresara.

Rourke se comprometió a dirigir un grupo de voluntarios que intentarían aguantar una semana en la base del Tántalo.

—Dado que yo había diseñado el generador del campo tensor, creí que era mi deber ser el primero en probar una estancia más larga y asumir un riesgo personal.

Otros dos voluntarios se le unieron: un ingeniero llamado Fabrio Farzetti y una médica llamada Amanda Cowells, que sería la encargada de monitorizar el estado físico de sus compañeros. Así pues, fueron llevados al generador y depositados en la base del Tántalo.

—Al principio las cosas marcharon bien —explicó Rourke—. Realizamos experimentos y probamos diversos equipos en la base. Durante todo ese tiempo nos mantuvimos en contacto con Nanigen a través de un sistema especial de comunicación, un enlace de vídeo dotado de un variador

de frecuencias que nos permitía hablar con la gente de tamaño normal. —Señaló una puerta abierta de la estancia, tras la que se veía una pantalla de vídeo y otros aparatos electrónicos—. Ese es el enlace de vídeo —explicó—. Lo trasladé aquí desde la base. Es posible que algún día Drake deje de estar al frente de Nanigen, y entonces podré llamar a casa; pero, mientras Drake siga al mando, no puedo utilizar ese sistema de comunicación. Drake me cree muerto. Sería un error fatal hacerle saber que sigo con vida.

Al cabo de unos días en la base, los tres voluntarios empezaron a presentar los primeros síntomas de microhemorragias.

—Nos salieron morados por todo el cuerpo. Entonces Farzetti se puso muy enfermo. La doctora Cowells descubrió que sufría fuertes hemorragias internas, de modo que solicitó que lo evacuaran. Farzetti necesitaba que lo hospitalizaran de inmediato o, de lo contrario, moriría.

»Fue entonces cuando Drake nos dijo que no era posible evacuar a Farzetti porque el generador se había estropeado, aunque nos aseguró que estaba haciendo todo lo posible por repararlo.

Rourke sabía más que nadie acerca de aquella máquina, de modo que empezó a dirigir los trabajos de reparación desde el micromundo, utilizando el enlace de vídeo mientras los técnicos de Nanigen seguían sus instrucciones. Sin embargo, por alguna razón, no pudieron arreglarla y Farzetti murió a pesar de los esfuerzos de la doctora Cowells por salvarlo.

—Estoy convencido de que Drake sabotó el generador del campo tensor —aseguró Rourke.

—Pero ¿por qué? —preguntó Karen.

—Nosotros éramos sus conejillos de Indias —contestó el ingeniero—. Drake quería tener los datos médicos completos hasta el momento de nuestra muerte.

La siguiente en caer enferma fue la doctora Cowells. Rourke la atendió lo mejor que pudo mientras seguía pidiendo ayuda a través del enlace de vídeo.

—Al final comprendí que no iban a ayudarnos. Drake estaba decidido a llevar el experimento hasta sus últimas consecuencias: la muerte de todos nosotros. Quería reunir todos los conocimientos posibles acerca de las microhemorragias, así que experimentó con nosotros igual que los nazis en los campos de concentración.

»Intenté contárselo a otros técnicos de la empresa, pero nadie me creyó. La verdad es que me parece que Drake disfruta viendo sufrir a la gente. Es como si olvidara que los que sufren un cambio dimensional siguen siendo seres humanos. Nadie parecía dispuesto a aceptar lo que Drake había hecho. La gente como él se mueve fuera de los límites de la moralidad. Su perversidad puede pasar inadvertida para las personas normales, porque a estas les cuesta creer que alguien sea capaz de tanta maldad. Siempre que sea un buen actor, un psicópata puede tardar años en ser descubierto —concluyó Rourke.

Karen le preguntó si creía que Drake trabajaba solo.

—¿Tiene algún cómplice?

—Hay gente en Nanigen que sospecha de Drake. Los que trabajan en el Proyecto Omicron deben de saber algo.

—¿Qué es eso?

—¿El Proyecto Omicron? Es el lado oscuro de Nanigen.

—¿A qué se refiere?

—Nanigen desarrolla proyectos secretos para el gobierno estadounidense. Eso es el Proyecto Omicron.

—¿Y en qué consiste?

—Creo que es un programa armamentístico, pero no sé mucho más.

—¿Y cómo se ha enterado?

—Por comentarios de los empleados. Es inevitable.

Sonrió, se acarició la barbilla y fue a buscar unas nueces *kukui*. Las echó al fuego y las llamas se reavivaron.

Karen pensó que Rourke parecía bastante contento para tratarse de un eremita. Contempló el fuego y se puso a reflexionar sobre la vida que había llevado en la costa Este. También ella había vivido como una especie de ermitaña en su pequeño apartamento de Somerville, dedicando la mayor parte de su tiempo al laboratorio. Pasar las noches trabajando se había convertido para ella en algo normal. No tenía amigos íntimos. No salía con nadie. Ni siquiera iba al cine. Había sacrificado tener una vida normal para conseguir su doctorado y convertirse en científico. Hacía más de un año que no se acostaba con un hombre. Los hombres parecían tener miedo de ella, de sus arañas, de su mal genio y de su actitud en el laboratorio. Sabía que tenía mal genio. «Quizá sea mi forma de ser, puede que me sienta más feliz estando sola, como parece ocurrirle a Rourke». En esos momentos tenía la impresión de que su vida en Cambridge estaba a millones de kilómetros, casi en otro universo. Se volvió hacia Rourke.

—¿Qué pasaría si quisiera quedarme en el micromundo? —le preguntó—. ¿Cree que podría sobrevivir?

Se produjo un largo silencio y Rick la miró. Rourke echó otra nuez en la chimenea.

—¿Por qué iba a desear tal cosa, señorita King?

Karen fijó la mirada en algún punto del espacio.

—Esto es muy peligroso, pero también muy hermoso. He visto cosas que nunca había imaginado siquiera.

Rourke se levantó para servirse un poco más de guiso y volvió a sentarse. Sopló un poco para enfriarlo y permaneció pensativo un momento.

—Hay un dicho zen —dijo al fin— que reza que un hombre sabio es capaz de vivir hasta en el infierno. La verdad es que esto no es tan malo. Solo hace falta desarrollar algunas habilidades nuevas.

Karen observó el humo que salía por el agujero del techo y se preguntó adonde iría. Comprendió que Rourke tenía que haber excavado aquella chimenea él mismo. ¡Cuánto trabajo solo para poder encender un fuego! ¿Cómo sería la experiencia de intentar sobrevivir en el micromundo? Rourke lo había logrado. ¿Podría conseguirlo ella también?

Rick la miró.

—Lamento recordártelo, Karen, pero se nos acaba el tiempo.

Tenía razón.

—Debemos volver a Nanigen, señor Rourke.

Él los observó con aire escrutador.

—Me pregunto si puedo confiar en ustedes.

—Puede.

—Eso espero. Vengan conmigo y veremos qué podemos hacer. ¿Llevan algo metálico encima?
Karen tuvo que dejar su navaja.

Al final de la estancia había un túnel corto que llevaba a otra habitación más pequeña, cuya puerta de acceso estaba cerrada.

Rourke la abrió. Al otro lado, un disco enorme de color grisáceo y con un agujero en el centro descansaba en el suelo. Parecía una rosquilla gigante.

—Es un imán de neodimio —les explicó Rourke—. Dos mil gauss, un campo muy intenso. Tras la muerte de Farzetti y de Cowells, yo también me puse muy enfermo; sin embargo, tenía la teoría de que un campo magnético especialmente potente podría estabilizar las fluctuaciones dimensionales que alteraban las reacciones enzimáticas del cuerpo, como la coagulación de la sangre. Así pues, me instalé en el centro del campo magnético de este imán y me quedé aquí durante un par de semanas. Me encontraba fatal y estuve a punto de morir, pero al final me recuperé y creo que ahora soy inmune a las microhemorragias.

—O sea, ¿que si nos metemos en ese imán es posible que sobrevivamos? —preguntó Rick.

—Sí, pero solo es una posibilidad —insistió Rourke.

—Yo preferiría meterme en el generador del campo tensor —dijo Rick.

—Naturalmente. Por eso voy a mostrarles el secreto de Tántalo.

Rourke los condujo fuera de la sala del imán por un largo túnel que descendía. Ellos lo siguieron, preguntándose adonde los llevaba. Ben Rourke parecía disfrutar haciéndose el misterioso. Entraron en una gran sala sumida en las sombras y llena de formas imposibles de identificar. Rourke giró un interruptor y una hilera de bombillas LED la iluminó. Era un hangar subterráneo y había tres aeroplanos aparcados. Unas puertas de tela cerraban la entrada de la cueva.

—¡Dios mío! —exclamó Karen al verlos.

Los aviones tenían la cabina abierta, unas alas cortas y rechonchas, inclinadas hacia atrás, un timón de cola doble y una hélice entre los dos alerones. Los aparatos descansaban sobre un tren de aterrizaje plegable.

—Estaban estropeados —explicó Rourke—, de modo que los técnicos de Drake los abandonaron aquí. Yo los arreglé con las piezas que pude encontrar. He sobrevolado todas estas montañas con ellos.

—¿Podrían llevarnos hasta Nanigen? —quiso saber Karen.

—Es un vuelo muy largo y la velocidad máxima de estos aparatos es de doce kilómetros por hora. Los alisios que suelen soplar en Oahu lo hacen a unos veinte. Si intentan volar contra el viento acabarán yendo hacia atrás. Con viento de cola tal vez consigan llegar hasta Pearl Harbor o tal vez no. También dependerá de que les permita utilizar mis aviones. Como ven, son monoplazas y solo pueden llevar una persona. Ustedes son tres y hay tres aparatos, lo cual no deja ninguno para mí.

—Doctor Rourke —dijo Danny—, estoy dispuesto a pagarle una gran cantidad de dinero a cambio de uno de estos aviones. Dispongo de un fideicomiso que sería suyo.

—No me interesa el dinero, señor Minot.

—¿Y qué le interesaría?

—Me gustaría ver cómo se hunde Vin Drake. Si creen que pueden acabar con él, entonces les dejaré mis aviones.

—¡Claro que acabaremos con él! —exclamó Danny.

Karen permaneció en silencio y Rick la miró. ¿Qué demonios le pasaba? Luego se volvió hacia Rourke y le preguntó cómo sobreviviría sin poder contar con un avión.

—Construiré otro —contestó, como si fuera lo más natural del mundo—. En la base hay piezas más que suficientes.

Rourke les pidió que se sentaran en las cabinas y les explicó el manejo de los controles.

—Es muy sencillo, todo está controlado por ordenador. Esta es la palanca, pero si cometen un error, el ordenador lo corregirá. También disponen de radio.

Podían hablar entre ellos durante el vuelo, pero no tenían radar ni instrumentos de navegación. ¿Cómo encontrarían Nanigen?

—Debería ser fácil localizar el polígono industrial Kalikimaki desde el aire. Es un conjunto de almacenes situado junto a la autopista Farrington. Les marcaré el rumbo.

—De acuerdo —dijo Rick—. Supongamos que llegamos a Nanigen. ¿Y entonces qué?

—Habrá «bots» de seguridad vigilando el Núcleo Tensor.

—¿«Bots» de seguridad?

—Sí, son microrrobots voladores. De todas maneras, no creo que tengan problemas. Ustedes son demasiado pequeños para que sus sensores los localicen. No los verán y podrán pasar volando por su lado sin despertarlos. Hay una manera de poner en marcha el generador desde el micromundo. Yo mismo diseñé el dispositivo. Está en el suelo, bajo una trampilla situada en el centro del Hexágono 3, marcada con un círculo blanco. Deberían verlo fácilmente desde el aire.

—¿Es complicado?

—No. Basta con que abran la trampilla y pulsen el botón de emergencia. Enseguida volverán a su tamaño... —Se interrumpió porque miraba el brazo de Rick, que estaba apoyado contra el avión y arremangado. Todo el brazo era un gran moretón—. Está empezando a caer.

—¿A caer? —repitió Rick, creyendo que Rourke se refería al avión.

—Cuando empiecen las hemorragias, estará acabado. Será mejor que lo metamos en el imán —dijo Rourke—. Le queda poco tiempo.

Karen se miró los brazos. También los tenía bastante mal.

Iba a ser una carrera contrarreloj. No tenían más remedio que esperar a que amaneciera y confiar en que entretanto nadie sufriera una hemorragia.

Rourke les aconsejó que durmieran en el interior del imán.

No podía garantizarles nada, pero quizá el campo magnético retrasaría los síntomas. La sala del imán tenía su propia chimenea, así que Rourke llevó varias nueces de *kukui* y encendió otro fuego. Karen y Rick treparon al imán, se metieron en el agujero con unas cuantas mantas y procuraron ponerse cómodos para pasar la noche. Ninguno de los dos se sentía demasiado tranquilo. Ambos estaban agotados. El tiempo pasaba muy deprisa en el micromundo, y no veían la hora de poder descansar.

Danny se negó a entrar en el imán y dijo que prefería dormir en la sala principal. Se sentó en una

de las sillas de Rourke y se tapó con una manta.

Rourke echó otra nuez al fuego y se levantó.

—Me voy al hangar a preparar los aviones. Tendrán que salir con las primeras luces del día.

Tenía trabajo por delante. Debía comprobar que los microaviones funcionaran correctamente, revisar los instrumentos y cargar las baterías para que pudieran despegar con los primeros rayos de sol.

Danny se encontró solo en el gran dormitorio, pero se sentía incapaz de dormir. Apuró lo que quedaba de Jack Daniel's y tiró la botella. El brazo se le movía, como dotado de vida propia, y la piel se contraía y se estiraba haciendo ruidos siniestros.

Bajó los ojos y vio a los gusanos retorciéndose. Apartó la vista. No podía soportarlo y se echó a llorar. Tal vez fuese por el alcohol, por el lamentable estado de su brazo o por la situación en general; pero el caso fue que perdió los nervios. Miró en dirección al túnel por donde había desaparecido Rourke, preguntándose cuánto tiempo estaría fuera.

Fue entonces cuando el brazo se abrió.

Oyó un ruido, como de papel desgarrándose. Aunque no notó nada, miró en la dirección del sonido. Vio la cabeza de un gusano asomando por un corte en la piel de su brazo. Tenía una cabeza reluciente. Era enorme y se retorció a medida que salía.

—¡Dios mío! —susurró, hipnotizado por aquella visión.

En ese momento, la larva empezó a hacer algo extraño y espantoso. Sacó un líquido por la boca, un hilillo pegajoso que no era baba, sino hilo de seda. La larva, con medio cuerpo fuera y el resto todavía incrustado en el brazo de Danny, comenzó a formar un capullo a su alrededor. Con rápidos movimientos de la cabeza lanzó hilo de seda sobre sí misma, envolviéndose con él a pesar de seguir sujeta al brazo de su anfitrión.

¿Qué hacía? No pretendía salir sino entrar en una nueva fase. Estaba formando un capullo, ¡pero al mismo tiempo se negaba a abandonar su brazo!

Aterrorizado, tiró de la larva, intentando quitársela. Esta reaccionó retorciéndose violentamente y escupiéndole mientras trataba de morderlo con sus pequeños dientes. No quería salir de su brazo, quería quedarse allí, aferrada para terminar su capullo de seda.

—¡Karen! ¡Rick! —llamó, pero la puerta de la sala del imán estaba cerrada y no podían oírlo. De todas maneras, tampoco habrían podido ayudarlo—. ¡Aaah!

Se levantó, apartó la manta y sin mirarse el brazo caminó hasta una mesa donde había un ordenador. Pulsó una tecla y la pantalla se encendió. ¿Habría internet? ¿Podría enviar un correo electrónico a alguien pidiendo auxilio? Abrió el buscador, pero la pantalla no mostró nada. No. Rourke no disponía de conexión.

¿Y el ordenador que había en la otra habitación? Rourke había dicho que era un sistema de comunicación que conectaba con Nanigen. ¿Se controlaba desde el ordenador? Rick y Karen estaban en la sala del imán, a cierta distancia; y Rourke en el hangar. Entró en el cuarto de comunicaciones, inspeccionó la pantalla de vídeo y vio que tenía una minicámara montada encima. También había una cubierta en la base de la pantalla. La levantó y descubrió un interruptor de puesta en marcha y un

botón rojo marcado como «Enlace».

Más sencillo imposible.

Conectó el interruptor de encendido y, al cabo de unos segundos, la pantalla se iluminó con un resplandor azulado. Entonces pulso el botón rojo.

Casi al instante sonó una voz de mujer, aunque la pantalla no mostró ninguna imagen.

—Servicio de Seguridad de Nanigen—dijo la voz—. ¿Desde dónde llama?

—Desde Tántalo. ¡Que alguien me ayude!

—Señor, ¿quién es usted? ¿Cuál es su situación?

—Soy Daniel Minot.

De repente, el rostro de la mujer apareció en pantalla. Tenía un aspecto de fría eficiencia.

—Póngame con Vin Drake, por favor—le dijo.

—Es muy tarde, señor.

—¡Es una emergencia! ¡Dígale que estoy en Tántalo y que necesito ayuda!

Playa de Waikiki

31 de octubre, 22.30 h

Vin Drake se hallaba sentado a la mejor mesa de The Sea con su amante del momento, Emily St. Claire, surfista y diseñadora de interiores. El restaurante disfrutaba de una gran vista sobre la playa de Waikiki y era uno de los mejores de Honolulu.

La mesa de Drake estaba en un rincón, junto a un ventanal desde donde se divisaba Diamond Head. Una brisa fresca los acompañaba y agitaba las ramas de una palmera cercana. Habían acabado de cenar. Emily picoteaba unos *petits fours* de chocolate con una copa de Chateau D'Yquem en la mano, mientras que Drake hacía girar el Macallan 1958 en su vaso de whisky.

—Tengo que ir unos días a la costa Este —comentó.

—¿Para qué? —preguntó Emily.

—Me esperan unas reuniones con unos socios. ¿Quieres venir?

—¿Boston en noviembre? Creo que no.

Las luces de las casas que rodeaban Diamond Head brillaban en la oscuridad.

—Después podríamos ir a París —propuso Drake.

—Si viajamos en un Gulfstream...

Justo en ese momento se oyó un zumbido y Drake se llevó la mano a la americana. Era su móvil encriptado de la empresa.

—Discúlpame —dijo, y cogió el aparato.

Se levantó, dejó la servilleta sobre la mesa y salió al exterior. En la pantalla del móvil había aparecido una emisión de vídeo en directo que le mostraba la cara de Danny Minot, mirándolo.

—¿Dice que están en la base del Tántalo? —preguntó Drake.

—No exactamente —repuso Danny—. Estamos en el refugio de un tal Ben Rourke.

—¿Qué?

—Tiene toda clase de equipos...

—¿Me está diciendo que Ben Rourke sigue con vida? —lo interrumpió Drake.

—Desde luego —le aseguró Danny—, y parece que usted no le cae demasiado bien.

—Describame ese refugio.

—Es un antiguo nido de ratas. Oiga, necesito ayuda médica porque...

Drake volvió a interrumpirlo.

—¿Y dónde está exactamente ese nido?

—A unos dos metros por encima de la base del Tántalo.

Drake permaneció en silencio unos instantes. Los estudiantes habían trepado por aquellas pendientes y habían sobrevivido a una jungla que tendría que haberlos matado en cuestión de minutos.

—¡Señor Drake, necesito un hospital! —insistió Danny—. Tengo el brazo infectado, mire.

Drake lo vio acercarse el brazo a la cámara. La extremidad se había convertido en una llaga supurante donde se agitaban unos gusanos enormes. El estómago le dio un vuelco.

—¡Me están devorando, señor Drake! —Danny acercó el brazo un poco más, y Drake vio claramente las cabezas blancas de las larvas, empujando y abriéndose paso a través de la piel. Una de ellas tenía la boca abierta y escupía un hilo de seda. Otra se estaba envolviendo en un capullo sin haber abandonado el brazo de Danny. Aquellas larvas estaban en fase de pupación.

—Muchas gracias, señor Minot, ya he visto suficiente.

—No siento nada. Tengo el brazo como muerto.

—Lo lamento. —Notó un nudo en la garganta y miró a Emily, que parecía impacientarse.

—¡Por el amor de Dios! ¡Tiene que ayudarme! —El rostro del móvil le suplicaba.

—¿Quién más está con usted? —preguntó Drake con sequedad, llevándose el móvil a la oreja.

—¡Oiga, así no puedo verlo! —protestó Danny.

Drake colocó el aparato de manera que este pudiera ver su rostro.

—Le ayudaremos —dijo en tono repentinamente conciliador—. ¿Quién más lo acompaña?

—¡Quiero ir al mejor hospital!

—Sí, de acuerdo, irá al mejor, pero dígame quién más lo acompaña.

—Karen King y Rick Hutter.

—¿Y los demás?

—Están todos muertos, señor Drake.

—¿Incluido Peter Jansen?

—Sí, también él.

—¿Está seguro?

—Sí. Le dispararon y el pecho le reventó. Lo vi con mis propios ojos.

—Terrible. ¿Dónde están King y Hutter?

—¡Qué más da dónde están! ¡Lléveme a un hospital!

—Dígame dónde están.

—Están durmiendo —contestó Danny a regañadientes—. Rourke está en el hangar.

—¿Hangar? ¿Qué hangar?

—Rourke se llevó unos cuantos aviones de la base del Tántalo. Es un ladrón, señor Drake.

Así pues, Rourke disponía de microaviones. Pero ¿cómo había logrado sobrevivir a las microhemorragias? Aquella información tenía un valor incalculable.

—¿Cómo ha conseguido Rourke sobrevivir en el micromundo?

—Ah, eso... —Una expresión maliciosa apareció en el rostro de Danny—. Es fácil.

—Dígame cómo lo hizo.

—Se lo diré, si me ayuda.

—Danny, estoy haciendo todo lo humanamente posible para ayudarlo.

—Rourke conoce el secreto.

—¿Qué secreto exactamente?

—Es algo muy sencillo.

—¡Dígamelo de una vez!

Danny sabía que tenía a Drake en el puño. No se fiaba de él, pero se sabía más astuto.

—Lléveme a un hospital, señor Drake, y le diré cómo se puede sobrevivir a las microhemorragias.

—De acuerdo —contestó Drake, frunciendo los labios.

—Ese es el trato, y no es negociable.

—Estoy de acuerdo, Danny. Ahora escúcheme: tiene que hacer exactamente lo que yo le diga.

—¡Usted ayúdeme y ya está!

—¿Sería capaz de volar en uno de esos aviones?

«Hasta el más idiota de los idiotas podría hacerlo, mi querido Danny», pensó Drake.

—Oiga, tiene que ayudarme.

—Eso es lo que estoy intentando.

—¡Pues sáqueme de aquí! —gritó Danny a través del móvil.

—¿Quiere hacer el favor de escucharme?

Drake se apoyó en la balaustrada que miraba a la playa. Tenía que sacarlo de allí y enterarse de cómo Rourke había logrado sobrevivir. Luego se ocuparía de todos ellos. Contempló la playa de Waikiki. El pequeño Daniel iba a necesitar un punto de referencia. Vio una luz que parpadeaba.

El faro de Diamond Head.

A su izquierda, hacia el interior, vio las nubes que flotaban sobre los picos de las montañas. Eso significaba que soplaban los alisios, que soplaban desde Tántalo hacia Diamond Head.

Eso era importante.

—Daniel, usted sabe qué forma tiene Diamond Head, ¿verdad?

—Claro, todo el mundo lo sabe.

—Bien, pues quiero que coja uno de esos aviones y vuele hasta allí.

—¿Qué?

—Soy muy fáciles de pilotar. No se preocupe, no se estrellará. Como mucho rebotará contra el suelo.

Se hizo un largo silencio.

—¿Me está escuchando, Daniel?

—Sí.

—A medida que se vaya acercando a Diamond Head, verá una luz que parpadea cerca del mar. Es el faro. Vuele hacia él. No tiene pérdida. Yo lo estaré esperando en un coche deportivo de color rojo que habré aparcado lo más cerca posible del faro. Aterrice en el capó.

—Quiero que me esté esperando un helicóptero para una evacuación médica de urgencia.

—Antes tenemos que devolverlo a su tamaño original. Es usted demasiado pequeño.

Danny rió tontamente.

—Sí, podrían perderme en el helicóptero. Tendría gracia, ¿no le parece?

—Sí, mucha gracia. No se preocupe, Danny. Lo llevaremos al mejor hospital.

—¡Me están devorando!

—Usted límitese a llegar hasta el faro.

Drake desconectó el móvil, se lo guardó en el bolsillo y regresó a la mesa. Dio un beso en la mejilla a Emily.

—Lo siento, pero se ha producido una emergencia de primer orden. Tengo que marcharme.

—¡Por Dios, Vin! ¿Adonde vas ahora?

—Tengo que ir a Nanigen. Me necesitan. —Hizo un gesto al camarero, que se acercó.

Emily St. Claire meneó la cabeza con disgusto y tomó un sorbo de vino.

—Haz lo que te plazca —dijo, sin mirar a Drake.

—Te lo compensaré, Emily. Lo prometo. Iremos a Tahití con el Gulfstream.

—Eso está muy visto. Prefiero Mozambique.

—Dalo por hecho.

Metió la mano en el bolsillo, sacó un fajo de billetes de cien y, sin contarlos, se los entregó al camarero.

—Ocúpese de que a la señora no le falte de nada —le dijo antes de dar media vuelta y salir precipitadamente.

Subió al coche, condujo hasta un comercio del bulevar Kapiolani, abierto las veinticuatro horas, y llamó a Don Makele.

—Reúnete conmigo en el faro de Diamond Head tan pronto como puedas y lleva contigo una radio de micro comunicaciones. Ven con el camión de seguridad. Vamos a necesitarlo.

Salió de la tienda cargado con una bolsa de plástico en cuyo interior había algo voluminoso, y la guardó en el maletero de su coche.

Danny apagó la pantalla, volvió a la sala principal y cogió un poco de agua de un cubo. Sentía una sed insoportable. Su brazo no había dejado de supurar desde que las larvas habían eclosionado, y tenía la camisa y el pantalón empapados. El corazón le latía acelerado. Estaba muerto de miedo, pero sabía lo que tenía que hacer. La vida se resumía en matar o que te mataran.

Se acurrucó junto al fuego. Cuando Rourke volvió del hangar, cerró los ojos y se hizo el dormido, roncando, para no dejar lugar a dudas.

Disimuladamente, observó cómo añadía unas nueces al fuego y se metía en la cama.

Al cabo de un momento, Danny se levantó y se dirigió hacia el túnel sin hacer ruido.

—¿Adonde va? —le preguntó Rourke.

Danny se quedó petrificado.

—Solo voy al baño.

—Avíseme si necesita algo.

—Lo haré. Gracias.

Se internó por el túnel, dejó atrás el aseo de Rourke y se apresuró hasta llegar al hangar. Una vez allí, encendió las luces.

Vio tres microaviones. ¿Cuál elegir? Escogió el más grande, confiando en que fuera el más veloz y el de mayor autonomía de vuelo. Había un cable que iba desde las baterías del aparato hasta un enchufe del suelo. Lo desconectó. Había olvidado abrir las puertas del hangar.

Estaban cerradas con unos pasadores metálicos. Los retiró, abrió las puertas y se asomó a un cielo tropical tachonado de estrellas, en el que la luna iluminaba las siluetas fantasmagóricas de los árboles.

Subió a la cabina del avión, se abrochó el cinturón de seguridad, tocó el panel de instrumentos y sintió una oleada de terror.

No tenía llave de contacto.

Buscó en el panel y encontró un botón con la señal de «Encendido». Lo pulsó y los controles se iluminaron. El avión se estremeció cuando el motor se puso en marcha. Estaba listo para despegar. Apoyó el brazo en el regazo, inerte, como si fuera una prótesis sanguinolenta sacada de una película de miedo. Dos gusanos más habían empezado a tejer sus capullos, pero lo más espantoso era que seguían aferrados a su brazo.

¿Cómo podía ser tan cruel la naturaleza? Todo aquello le parecía grotesco e inhumano; pero, sobre todo, no le parecía justo.

Movió la palanca y vio que los alerones respondían. Pulsó el acelerador y la hélice giró con un zumbido. El avión empezó a traquetear por el hangar. Sujetó la palanca con fuerza y logró controlar el aparato hasta que este cobró velocidad, salió volando del hangar y se perdió en la noche voraz.

Waikiki

31 de octubre, 23.15 h

Eric Jansen había salido a buscar algo de comer a la calle Kapiolani. Era tarde y volvía con una bandeja para llevar de cerdo kalua y arroz. Al pasar por la acera saludó a dos individuos que estaban sentados en unas sillas plegables, junto a una llamativa ranchera, bebiendo cerveza y escuchando música. Dobló la esquina y subió hasta su apartamento del segundo piso por la escalera de atrás.

Era un dormitorio minúsculo con un salón-cocina. Se sentó a la mesa y empezó a comer, pero se levantó y fue a comprobar el monitor, pues había estado fuera durante una hora.

Entró en el dormitorio y abrió un cajón de la cómoda. Dentro había un ordenador portátil y una caja de metal llena de dispositivos electrónicos, además de alicates, un soldador, estaño y cinta adhesiva.

Una luz parpadeaba en la caja, lo cual significaba que alguien había realizado una llamada de emergencia a través de la red de comunicación de Nanigen. ¡Y él se la había perdido!

¡Mierda!

El mensaje estaba codificado. Tecleó en el ordenador y lo pasó por el descodificador. Tardó un minuto en descifrar la llamada. Entonces escuchó las voces.

—¿Dice que están en la base del Tántalo? —preguntó Drake.

—No exactamente —repuso Danny—. Estamos en el refugio de un tal Ben Rourke.

—¿Qué?

—Tiene toda clase de equipos...

—¿Me está diciendo que Ben Rourke sigue con vida? —lo interrumpió Drake.

—Desde luego —le aseguró Danny—, y parece que usted no le cae demasiado bien.

Eric se inclinó sobre la cómoda, escuchando atentamente.

Aquello era una llamada de emergencia realizada a través del enlace de videoconferencia con Tántalo. No recibía imagen, pero al menos tenía sonido. Las voces siguieron.

—¿Y los demás?

—Están todos muertos, señor Drake.

—¿Incluido Peter Jansen?

—Sí, también él.

—¿Está seguro?

—Sí. Le dispararon y el pecho le reventó. Lo vi con mis propios ojos.

Eric dio un respingo, como si lo hubieran golpeado.

—¡No! —exclamó, cerrando los ojos—. ¡No! —Dio un puñetazo en la cómoda.

Se volvió y golpeó la cama con ambos puños. Luego se sentó y hundió el rostro entre las manos.

—Peter..., oh, Peter... ¡Maldito seas, Drake! ¡Maldito seas!

Eric no podía permitirse el lujo de seguir llorando. No tenía tiempo. Rebobinó la grabación y

volvió a escucharla de principio a fin.

—A medida que se vaya acercando a Diamond Head, verá una luz que parpadea cerca del mar. Es el faro. Vuele hacia él.

No tiene pérdida.

Había estado interceptando la mayoría de las intercomunicaciones de la empresa, esperando y confiando en enterarse de alguna noticia referente a su hermano y a los demás posgraduados. Estaba seguro de que Drake los había dejado tirados en alguna parte, quizá en el jardín botánico. Había ido hasta allí con el equipo para rastrear cualquier llamada o mensaje, pero no había conseguido nada. Aun así, había seguido confiando en que Peter aparecería tarde o temprano. Tenía fe en la capacidad de improvisación de su hermano, así que había aguardado un poco más con la esperanza de poder rescatarlo, a él y a los demás.

Pero había cometido un terrible error. Tendría que haber acudido a la policía desde el primer momento, aunque eso significara jugarse la vida.

La llamada se había producido hacía casi una hora. ¡Maldición! Había perdido demasiado tiempo yendo a buscar la cena.

Maldijo para sus adentros, recogió el ordenador con el resto del equipo y bajó corriendo por la escalera. Los dos individuos de la ranchera seguían sentados en el mismo sitio. Como no tenía coche, había hecho un trato con ellos para que le prestaran el vehículo siempre que lo necesitara a cambio de cincuenta dólares. Les entregó la cantidad, dejó el ordenador en el asiento del pasajero y se puso al volante.

—¿Cuándo volverás?

—No lo sé —contestó, y arrancó el motor.

—¿Estás bien, tío?

—Se ha muerto un familiar.

—Lo siento, tío.

Enfiló por la avenida Kalakaua y enseguida comprendió que se había equivocado. Kalakaua era la vía principal de Waikiki y al ser sábado estaba abarrotada de coches y peatones.

Tendría que haber escogido otro camino para ir a Diamond Head, pero lo más probable era que todos estuvieran igual.

Mientras se desplazaba a paso de tortuga ante los hoteles más importantes, de semáforo en semáforo, rompió a llorar nuevamente, y esta vez no se contuvo.

«Ha sido todo por mi culpa —se dijo—. Mi hermano está muerto y ha sido culpa mía».

Drake había planeado su asesinato de modo que intervinieran varios elementos a la vez y Eric no pudiera escapar a su destino.

Eric no estaba seguro de cómo lo había hecho, pero no solo se las había arreglado para que el motor del barco dejara de funcionar, sino que había montado un dispositivo para que tres Hellstorms lo atacaran al mismo tiempo. Los «bots» asesinos salieron de la cabina justo cuando el barco se

detuvo. Al principio, creyó que eran moscas, pero enseguida vio las hélices y las armas. No tuvo más remedio que saltar al agua y permanecer bajo la superficie para que dejaran de perseguirlo. Antes de saltar había tenido el tiempo justo de enviar un mensaje de texto a Peter, avisándole de que no fuera a Hawai, pero no pudo añadir más.

Era buen nadador y sabía cómo arreglárselas con un fuerte oleaje. Había saltado sin chaleco salvavidas y se había sumergido cada vez que pasaba una rompiente. En aquel momento, y por culpa de los Hellstorms, consideró que el mar era el lugar más seguro para él. Nadó hasta una pequeña cala donde había una playa llamada Secret Beach, que no se divisaba desde lo alto de los acantilados y a la que solo se accedía por un sendero accidentado.

Cuando se hubo asegurado de que no había nadie merodeando por allí, salió del agua e hizo autoestop para regresar a Honolulu. Lo recogieron unos isleños a los que les importaba un pimiento de dónde venía y que no le hicieron preguntas.

No le pareció buena idea acudir a la policía. Las autoridades nunca creerían su historia, nunca creerían que el presidente de una empresa importante hubiera sido capaz de enviar aquellos diminutos robots armados con supertoxinas para que lo mataran. Lo tomarían por un loco. Además, si se presentaba ante la policía, Drake se enteraría de que seguía con vida y enviaría más Hellstorms, que no volverían a fallar. Una vez en Honolulu no volvió a su piso, porque Drake podía haberle tendido una trampa, así que buscó una casa de empeños y cambió su reloj de pulsera Hublot por unos miles de dólares. Luego alquiló un modesto apartamento donde ocultarse y planear la manera de llevar a Drake ante la justicia.

Como vicepresidente de Nanigen, conocía muy bien la red de comunicaciones de la empresa. Además, sus estudios de física lo ayudaron. Tras una visita al Radio Shack más cercano, construyó su propio aparato de escucha y empezó a rastrear los canales de Nanigen. No tardó en descubrir que Peter había llegado a Hawai y que había desaparecido con el resto de sus compañeros. Enseguida sospechó que aquello era obra de Drake. No creyó que quisiera asesinarlos, porque eso sería demasiado obvio, y Drake no era tonto. Así pues, dio por sentado que los había hecho desaparecer temporalmente en el micromundo y que acabarían reapareciendo.

Había decidido esperar al momento en que Peter diera señales de vida porque tenía fe en él. Había creído que conseguiría salir del apuro y que él acabaría rescatándolo. Si podían presentarse juntos ante la policía, serían dos para corroborar los crímenes de Drake.

Sin embargo, eso ya no iba a ocurrir.

Se había equivocado de medio a medio. Aunque la policía no lo hubiera creído, aunque Drake hubiera intentado matarlo de nuevo, tendría que haber acudido a la policía desde el principio, porque de esa manera quizá habría logrado salvar la vida de Peter. La causa de todos los problemas era el Proyecto Omicron. Eric había tenido buen cuidado de no explicarle a su hermano lo que sabía de dicho proyecto. Su intención era protegerlo, pero había sido inútil. Nada de lo que había hecho había servido. Deseó amargamente que el muerto fuera él y no Peter.

Tomó el desvío de Kapiolani Park y empezó a adelantar coches, confiando en llegar a tiempo al faro.

Montañas Ko'olau
31 de octubre, 23.10 h

A seiscientos cincuenta metros de altitud, Danny elevó el morro del microavión para ganar altura y salvar sin problemas las laderas del cráter del Tántalo. La boca del volcán estaba rodeada de árboles oscuros y amenazadores que podían constituir una trampa mortal. Salió del cráter a través de una grieta y siguió ascendiendo por prudencia. Miró hacia atrás, preguntándose si sus compañeros lo seguían con los otros aparatos, pero no vio nada.

Aquello era más fácil que un videojuego. Los microaviones habían sido diseñados para que fuera prácticamente imposible estrellarse con ellos. Se preguntó si el avión tendría luces de navegación. Encontró el interruptor y en las alas aparecieron unas luces verdes y rojas, además de otra blanca en el morro. Las apagó, porque no quería que nadie pudiera seguirlo, pero al cabo de un momento volvió a encenderlas. Se sentía más seguro viendo los familiares destellos en la punta de las alas.

Enseguida distinguió la ciudad de Honolulu, extendiéndose a sus pies. Los hoteles de Waikiki se alzaban hacia el cielo y parecían increíblemente grandes. Vio las luces de los coches moviéndose por las calles y un gran crucero de recreo amarrado en el puerto. Más allá de la ciudad, el mar era una mancha negra como la tinta, y una gran luna rielaba su superficie. A la izquierda de la playa de Waikiki sobresalía un promontorio oscuro. Era Diamond Head. Visto desde lo alto, era un cráter, en forma de anillo. Unas cuantas luces brillaban en el centro.

Danny distinguió sin dificultad el extremo del cabo, un abrupto promontorio en lo más alto del cráter, pero no vio ninguna luz parpadeante, solo la silueta oscura del brazo de tierra.

¿Dónde estaba el faro?

Aumentó la potencia y voló hacia Diamond Head.

De repente el avión se bamboleó violentamente y empezó a volar medio de lado. Danny gritó de terror. Había entrado en los alisios que se arremolinaban en las laderas de la montaña.

Maldijo para sus adentros mientras forcejeaba con la palanca del timón para contrarrestar las corrientes. Pero de pronto el avión se estabilizó y empezó a volar en línea recta y muy rápidamente. Había entrado en un flujo laminar. Era como nadar en la corriente principal de un río. Miró hacia el suelo. Estaba sobrevolando un bosque, y el altímetro le indicaba que había ascendido a mil metros. La claridad de la luna le permitía disfrutar de una vista fantástica.

A su espalda se extendía el cráter del Tántalo. Estaba oscuro como una cueva y no se veían luces o señales del refugio de Rourke ni de la base del Tántalo. Justo a sus pies, las carreteras serpenteaban por las laderas de la montaña, punteadas por los faros de los vehículos. Delante de él, los rascacielos de la ciudad se fueron acercando hasta que parecieron arder de energía y adquirir unas proporciones inimaginables. Por un momento tuvo la sensación de estar aproximándose a la capital de algún imperio galáctico extraterrestre. Sin embargo no era más que Honolulu, pero seguía sin divisar el faro de Diamond Head.

El viento lo empujaba hacia los hoteles que rodeaban la playa de Waikiki. Tenía que ir más hacia la izquierda si quería llegar a Diamond Head. Manipuló la palanca del timón y el acelerador, ladeando el avión hacia la izquierda, al tiempo que mantenía la potencia. Miró en derredor.

No quería que el viento lo arrastrara a la ciudad. Eso significaría una muerte segura. El tráfico lo aplastaría o lo absorbería el aire acondicionado de algún edificio. Así pues, aceleró hasta «Emergencia máxima» sin desviarse de su rumbo hacia Diamond Head. En el tablero se encendió una luz: «Consumo excesivo de las baterías», y se puso en marcha un contador: «Tiempo restante de vuelo, 20.25 min... 18.05 min... 17.22 min...». La autonomía de vuelo estaba cayendo en picado. Se quedaría sin energía en cuestión de minutos.

Comprobó la velocidad del aire: once kilómetros por hora.

Localizó la radio en el panel y la encendió.

—¡Mayday! ¡Mayday! Aquí Daniel Minot. Estoy a bordo de un avión muy pequeño. ¿Me oye alguien? Señor Drake, ¿está usted ahí? No puedo llegar a Diamond Head. ¡Oh, Dios mío, el viento me arrastra hacia la ciudad!

Un hotel se alzaba ante él como un crucero espacial de otro planeta. Vio dos gigantes de pie en un balcón, un hombre y una mujer que sostenían sendas copas en la mano. El avión se precipitaba hacia ellos, arrastrado incontrolablemente por el viento. Sus cabezas eran más grandes que las del Monte Rushmore. El hombre dejó su copa y bajó el tirante del vestido de la mujer, dejando al descubierto un pecho colosal cuyo pezón erecto alcanzaba casi dos metros de altura. El hombre lo acarició con una mano gigantesca y sus caras se aproximaron en busca de un beso. Danny vio que iba a chocar contra ellos.

Gritó y luchó con la palanca de mandos. El avión pasó dando tumbos bajo las narices de la pareja, fue arrastrado por otra corriente al salir de la terraza y desapareció en la noche.

El hombre se apartó bruscamente de la mujer.

—¡Qué demonios...! —exclamó.

Ella también había visto algo extraño: un hombrecillo volando en un avión diminuto, un hombrecillo que gritaba a pleno pulmón. Ella lo había visto, con la boca abierta y los ojos desorbitados, y también había oído el inconfundible zumbido de un motor eléctrico... No podía ser. Era imposible.

—Por aquí hay unos bichos rarísimos, Jimmy —dijo a su pareja.

—Tienes razón —contestó él—. Vamos dentro.

Danny recuperó el control del avión cuando la corriente de aire disminuyó. Sobrevoló la avenida Kalakaua y contempló el gentío nocturno. Entonces reparó en que el viento ya no lo arrastraba de lado y que su avión volaba más rápido. Giró hacia el nordeste, en paralelo a la playa de Waikiki y recto hacia Diamond Head.

Al poco, con la mirada fija en la silueta del famoso cabo, vio parpadear una luz. El faro.

—¡Estoy salvado! —exclamó.

Redujo la potencia y la dejó en velocidad de crucero. Sería un desastre si se quedaba sin baterías en ese momento. Estaba empezando a controlar la situación. Solo era cuestión de técnica.

Ganó altura. Prefería mantenerse muy por encima de los edificios. Se le ocurrió que era curioso cómo la vida podía cambiar en un abrir y cerrar de ojos. En un instante uno pensaba que estaba a punto de morir, y al siguiente se veía sobrevolando Waikiki en una noche preciosa, camino del mejor hospital de la isla. La vida era hermosa, se dijo.

Una forma difusa surgió de la oscuridad. Danny vio unas alas y obligó al avión a dar un bandazo para esquivar aquella cosa.

—¡Estúpida polilla! —gritó—. ¡Mira por dónde vas!

Un poco más y habrían chocado. Una colisión en pleno vuelo con una polilla lo habría precipitado al mar. Vio las olas rompiendo en la playa.

Entonces un sonido peculiar llegó a sus oídos. Era como un eco extraño. Lo oyó de nuevo. Cambiaba de frecuencia. ¿Qué demonios podía ser? Algo hacía unos ruidos rarísimos en la oscuridad. De repente oyó lo que le pareció el redoble de un tambor. Vio otra polilla y tuvo la sensación de que el sonido provenía de ella. De pronto la polilla desapareció.

Algo la había barrido del cielo.

—¡Joder! —exclamó Danny.

Murciélagos.

Habían salido de caza y localizaban a las presas con su radar sónico. Seguramente se había metido en plena bandada.

Aquello no pintaba bien.

Aceleró hasta «Emergencia máxima».

Podía oír las pulsaciones acústicas resonando en la oscuridad. A la derecha, a la izquierda, por arriba, por abajo, cerca, lejos... Pero no alcanzaba a ver los murciélagos. Eso era lo peor.

Aquellos feroces depredadores estaban por todas partes a su alrededor. Era como nadar en un mar lleno de tiburones. No alcanzaba a verlos, pero podía oír cómo atrapaban a sus presas.

Escuchó un sonido que se fue haciendo cada vez más agudo, hasta que cesó bruscamente. Una polilla menos.

Entonces lo vio. El murciélago acababa de matar al insecto justo delante de él. Atisbó una forma alada y puntiaguda que desapareció rápidamente. Las turbulencias creadas por el murciélago zarandearon el avión. ¡Santo Dios! ¡Era mucho más grande de lo que había pensado!

Debía aterrizar, en cualquier sitio, aunque fuera en la azotea de un hotel. Bajó el morro del avión y picó con el motor a plena potencia, buscando la azotea más próxima. Sin embargo se desvió hacia la playa. ¡Mierda! Demasiado lejos de los edificios y demasiado cerca del mar.

Los ecos de los murciélagos se intensificaron. Una onda de radar sónico lo barrió y luego desapareció. Hubo una pausa hasta que otra onda lo golpeó con todas sus fuerzas. Se estremeció. El depredador lo estaba ubicando en el espacio, lanzándole ultrasonidos. Los «pings» se hicieron más breves. Un caos de sonidos envolvió a Danny.

—¡No soy una polilla! —gritó.

Ladeó la palanca bruscamente y cambió la dirección de su caída mientras daba patadas en la cabina, imitando el tamborileo de las polillas. Quizá así lograría confundir el radar de los murciélagos.

Se dio cuenta demasiado tarde de que con ese ruido había delatado su posición exacta.

Vio algo peludo, un par de alas membranosas y gigantescas que ocultaron la luna, y enseguida una boca enorme, con unos colmillos como sables.

El microavión cayó en picado, con las alas destrozadas y la carlinga vacía. Se estrelló entre la espuma de las olas y desapareció.

Faro de Diamond Head

31 de octubre, 23.45 h

Rourke dormitaba, pero se despertó cuando el instinto le avisó de que Danny no había regresado del aseo. Había pasado un buen rato y el fuego estaba casi apagado. Se levantó y corrió por el túnel hacia el baño. Danny no estaba allí.

El refugio estaba formado por una extensa red de túneles, y los pasadizos en desuso eran numerosos. Cabía la posibilidad de que Danny se hubiera extraviado en alguno de ellos. Rourke se asomó a varios y gritó:

—¡Señor Minot! ¿Está usted ahí?

El silencio fue la única respuesta. Entonces Rourke notó una corriente de aire que salía del túnel que conducía al hangar.

¡El hangar! Corrió hasta allí. Encontró las puertas abiertas y vio que faltaba un aparato.

Las cerró y fue a despertar a Karen y a Rick.

—Su amigo se ha subido a un avión y se ha largado.

Ninguno de ellos sabía qué le había ocurrido a Danny.

Quizá le había entrado un ataque de pánico a causa del mal estado de su brazo y había decidido intentar llegar a Nanigen por su cuenta. Sin embargo, hacer algo así requería más valor del que había demostrado hasta aquel momento.

—¿Y si cogemos un avión y salimos a buscarlo? —propuso Karen.

Rourke se lo prohibió.

—El viento puede haberlo arrastrado a cualquier rincón de la isla. Además, resulta demasiado peligroso volar de noche. Con el cielo lleno de murciélagos sería un suicidio.

Danny podía estar muerto. Y aunque hubiera sobrevivido al vuelo, no estaba claro cómo planeaba introducirse en Nanigen.

—Lo que ha hecho no tiene sentido —dijo Karen.

—Ha sido un simple ataque de pánico —concluyó Rick.

Drake estaba sentado en su coche. El haz de luz del faro giraba sobre su cabeza iluminando las ramas de los árboles con su barrido. La luna bañaba el paisaje con su luz plateada. El mundo era realmente bonito. Drake se sentía invadido por una sensación de placidez, como si se hallara caminando por una maroma, muy por encima del mundo, y haciéndolo bien.

Una ranchera negra entró en el aparcamiento y se detuvo junto a él. Drake salió de su coche, subió al otro vehículo e hizo un resumen de la situación a Makele.

—Está en el aire. Conoce una cura para el problema de las microhemorragias. Me ha dicho que me dirá cuál es cuando aterrice.

—¿Y entonces?

Drake no respondió. Se puso la radio con los auriculares y empezó a llamar, sin apartar la vista de las montañas.

—Daniel, ¿me recibes? Responde, Daniel.

No oyó nada salvo el ruido de la estática. Se volvió hacia Makele.

—Permanece atento a sus luces de navegación. Son verdes y rojas, muy pequeñas.

—¿Qué piensa hacer con el joven? —preguntó el jefe de seguridad.

Drake hizo caso omiso de la pregunta.

—El viento sopla de Tántalo. Debería llegar en cualquier momento.

Otro coche entró en el aparcamiento. Drake se quitó los auriculares y lo miró fijamente.

—Compruébalo —ordenó a Makele.

Este se acercó y vio a una pareja ocupada con sus arrumacos. Volvió y dijo a Drake que no tenía de qué preocuparse.

Este reanudó las llamadas, pero no obtuvo respuesta.

El faro siguió girando mientras los coches entraban y salían del aparcamiento. Los dos hombres acabaron por apearse de la ranchera para escrutar el cielo e intentar divisar las luces de navegación contra el fondo de estrellas.

—El pequeño Danny mentía —comentó Drake.

—¿Sobre qué?

—Sobre la cura para las microhemorragias.

«Mentía para que lo salvara —se dijo—. Y un cuerno iba a hacerlo».

Aguzaron el oído para percibir el zumbido de un microavión. Makele vio que el viento soplaba con fuerza. Si aquel chico no aparecía era porque había sido arrastrado hacia el mar.

Drake sacó algo del maletero de su coche y lo dejó en la plataforma de la ranchera.

—Voy a darte tres acciones más —le dijo—. Con estas tendrás siete en total, que ascienden a siete millones.

El jefe de seguridad masculló algo ininteligible.

—¿Qué haremos con ese joven? —preguntó.

—Interrogarlo. —Se dio un golpecito en los auriculares. El dispositivo permitía comunicarse con microhumanos.

—¿Y después de eso?

Drake no respondió enseguida. Se apoyó en la ranchera y dio una palmada en el capó.

—Esta noche hay muchos bichos —dijo, mirando hacia el cielo.

—Desde luego —convino Makele.

Estuvieron observando y esperando un rato más. Makele retrocedió unos pasos y echó una ojeada al objeto que su jefe había depositado en la plataforma: Era un bidón de gasolina.

Le llegó el olor del combustible.

Drake llamó unas cuantas veces más, hasta que se cansó y se quitó los auriculares.

—Está claro que el señor Minot o bien ha tenido un accidente o bien ha cambiado de parecer —dijo, y subió a la ranchera y le entregó las llaves de su coche a Makele.

—¿Qué quiere que haga con él, señor?

—Déjalo en Nanigen y vete a casa en taxi.

Drake puso en marcha la ranchera y salió del aparcamiento del faro. Makele meneó la cabeza cuando vio desaparecer las luces.

*Refugio de Rourke**1 de noviembre, 1.00 h*

Karen y Rick estaban arrebujados en el interior del imán, esperando que la noche pasara.

—Somos los últimos —le dijo Karen.

Él sonrió débilmente.

—La verdad es que no esperaba que acabáramos juntos, tú y yo.

—¿Y qué esperabas?

—Creía que tú sobrevivirías, y que yo no.

Se hizo un breve silencio, hasta que Karen le preguntó:

—¿Cómo te encuentras ahora?

—Perfectamente —mintió Rick. Tenía el rostro surcado por moretones y le dolían las articulaciones.

Mientras lo miraba, Karen se preguntó qué aspecto tendría ella. «Debe de parecer que un camión me haya pasado por encima», pensó.

—Tienes que meterte en el generador, Rick —le dijo.

Él la miró a los ojos, bajo el resplandor de la chimenea.

—Y tú también.

—Escucha, Rick... —Se preguntó cuál sería la mejor manera de decirle lo que había decidido, y finalmente optó por no andarse con rodeos—. He decidido que no voy a volver.

—¿Qué?

—Estaré bien, de verdad.

—No te entiendo.

—Es sencillo, no voy a volar hasta Nanigen. Prefiero jugármela aquí.

Estaban sentados hombro con hombro, envueltos con mantas, contemplando el fuego que agonizaba. Karen notó que Rick se ponía tenso.

—¿De qué estás hablando? —preguntó él, dándose la vuelta para mirarla.

—No hay nada que me haga desear volver, Rick. En Cambridge me sentía muy desdichada, pero no me daba cuenta. En cambio, aquí he sido más feliz que en toda mi vida. Es peligroso, lo sé; pero se trata de un mundo nuevo que solo espera ser explorado...

Rick notó un repentino peso oprimiéndole el pecho y no supo si era debido a las microhemorragias o a sus sentimientos.

—Pero ¿qué...? ¡No me dirás que te has enamorado de Rourke o algo así!

Karen se echó a reír.

—¿De Rourke? ¡Pero qué dices! No estoy enamorada de nadie. Es más, aquí no tengo que estar enamorada de nadie. Aquí puedo estar sola y ser libre, puedo dedicarme a estudiar la naturaleza, dar nombres a cosas que no lo tienen.

—¡Karen, por el amor de Dios!

—¿Podrás volar a Nanigen tú solo? —preguntó al cabo de un rato—. Es posible que Rourke acceda a acompañarte.

—No puedes hacerme esto —contestó Rick.

Las llamas chisporrotearon. Sintió que el desengaño le retorcía el estómago como un puño. Intentó hacer caso omiso de aquella sensación. La miró y vio cómo el fuego se reflejaba en sus oscuros cabellos, pero no pudo apartar la mirada del moretón de su cuello. Aquella contusión le preocupaba.

¿Se la había hecho él cuando la había agarrado por el cuello?

Pensar que había intentado hacerle daño le resultaba insoportable.

—Karen, yo...

—¿Qué?

—Por favor, no te quedes aquí. Podrías morir.

Ella le cogió la mano, le dio un breve apretón y la soltó.

—No lo hagas —insistió Rick.

—Procuraré no correr riesgos.

—Eso no es suficiente para mí.

Karen lo miró fijamente.

—La decisión me corresponde a mí.

—Pero a mí también me afecta.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo es eso?

—Porque la verdad es que te quiero.

La oyó contener el aliento. Karen agachó la cabeza, dejando que el cabello le cubriera el rostro de modo que él no pudiera ver su expresión.

—Escucha, Rick... —empezó a decir.

—No puedo evitarlo, Karen —interrumpió él—. De alguna manera, durante estos días me he enamorado de ti. No sé cómo ha ocurrido, pero ha ocurrido. Cuando aquel pájaro te engulló, creí que habías muerto; en ese momento habría dado mi vida a cambio de poder salvarte. Y ni siquiera sabía que te amaba. Luego, cuando conseguí que el pájaro te regurgitara y vi que no respirabas, me asusté tanto que... Creí que no soportaría perderte.

—Rick, por favor... Ahora no.

—Muy bien, entonces ¿por qué me salvaste?

—Porque tenía que hacerlo —repuso Karen con voz ahogada.

—No, lo hiciste porque tú también me quieres —insistió Rick.

—Escucha, quítatelo de la cabeza, ¿vale?

Rick pensó que había ido demasiado lejos. Seguramente ella no lo amaba. Lo más probable era que ni siquiera le gustase. Lo que debía hacer era cerrar la boca. Pero no podía.

—Me quedaré contigo, sufriremos juntos las microhemorragias y las superaremos, igual que hemos superado todo lo anterior.

—Rick, no soy una persona a la que le guste la compañía. Suelo estar sola.

La estrechó entre sus brazos, notando su cuerpo tembloroso, y le cogió la cara, obligándola

suavemente a mirarlo.

—No estás sola —le dijo.

Inclinó la cabeza y la besó. Karen no intentó impedirselo y, de repente, se vio devolviéndole el beso y abrazándolo. Fue entonces cuando él se dio cuenta de hasta qué punto le dolía todo. Sentía un dolor difuso que parecía extenderse por todas partes, igual que un líquido derramado. Se preguntó si estaría sufriendo una hemorragia interna. Karen dio un respingo y Rick se preguntó si a ella le estaba ocurriendo lo mismo.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó.

Ella lo apartó.

—No te quedes —le dijo.

—¿Por qué? Dame una razón.

—No te quiero. No puedo querer a nadie.

—Karen...

Se interrumpieron porque las luces del techo se apagaron y el cuarto quedó sumido en la penumbra, rota únicamente por la luz de la chimenea. Al instante percibieron un fuerte olor.

Olía a gasolinera. Cada vez con más intensidad.

Rourke llegó gritando.

—¡Gasolina! ¡Salid!

*Cráter del Tántalo**1 de noviembre, 1.20 h*

Se oyó un grave rugido que sacudió las paredes de los túneles igual que un terremoto. Un resplandor amarillo apareció en el agujero del techo que hacía de chimenea. Karen y Rick apartaron las mantas de golpe y saltaron fuera del imán cuando vieron a Rourke irrumpiendo en la habitación.

—¡Al hangar! —gritó este.

Corrieron por el túnel, pero los golpeó una vaharada de aire caliente saturado de vapores de combustión. Karen se cayó, y Rick la levantó y empezó a arrastrarla. Intentó zafarse de él y levantarse, pero cayó de rodillas y se desmayó. Rick no veía nada. El túnel se había llenado repentinamente de humo.

Se echó a Karen al hombro y siguió corriendo, siguiendo a Rourke. La cabeza le daba vueltas y le costaba respirar. Entonces comprendió que el oxígeno empezaba a escasear en los túneles. Rourke gritó algo y tiró de él, pero Rick cayó, y Karen con él.

Fue ella la que se despertó entonces. Se levantó, lo cogió por las axilas y comenzó a arrastrarlo.

—¡Vamos, Rick! ¡No te derrumbes!

Corrieron por el túnel, tropezando, tosiendo y asfixiándose a causa del humo que se acumulaba en lo alto del pasadizo.

—¡Agáchense! —gritó Rourke—. ¡Vayan por debajo de la capa de humo!

Se arrastraron por el suelo, manteniendo la cabeza lo más lejos posible de las volutas negras, mientras un rugido tremendo hacía temblar la tierra. Llegaron al hangar. Rick y Karen saltaron a los aviones mientras Rourke abría las puertas. En ese momento una de ellas se vino abajo y vieron el muro de llamas que bloqueaba la boca de la cueva.

Rourke cayó de espaldas, tosiendo.

—¡Ben! —gritó Karen, que vio cómo se levantaba y les hacía gestos frenéticos para que salieran.

—¡Váyanse!

Solo quedaban dos aviones. Rourke no podría escapar.

—Pero ¿y usted?

—¡Lárguense! —gritó, retrocediendo hacia el túnel, de donde salía muchísimo humo.

Asfixiándose y con la cabeza dándole vueltas, Karen puso en marcha su avión e hizo un gesto a Rick.

—¡Despega! —le ordenó.

Arrancaron a la vez y rodaron juntos por la cueva mientras Rourke retrocedía. Karen miró por encima del hombro y lo vio caer de rodillas. Se arrastraba hacia el refugio, pero no podía respirar. No lo conseguiría.

El muro de fuego estaba cada vez más cerca. Se agachó tanto como pudo en la cabina. El microavión atravesó las llamas y se lanzó al frescor de la noche. Karen miró a un lado y vio que Rick

volaba junto a ella. Parecía estar bien.

Karen se ladeó ligeramente, probando los controles del aparato. El refugio de Rourke se había convertido en un mar de fuego. Las llamas se alzaban hacia el Gran Peñasco, iluminándolo con su resplandor. La figura gigante de un hombre se recortó contra la luz. Sostenía un bidón de gasolina que derramaba sobre la base del Tántalo. El hombre dio un paso atrás, arrojó una cerilla encendida y el líquido prendió con un fogonazo que le iluminó la cara. Era Vin Drake. Bañado por el resplandor, su rostro parecía tranquilo, como si estuviera encendiendo una hoguera en una inocente acampada. Entonces alzó la cabeza, como si hubiera oído algo que llamara su atención.

Rick perdió el control de su aparato y este cayó en picado contra el Gran Peñasco. Por un momento creyó que se mataría, pero el microavión simplemente rebotó, describió un tirabuzón, se estabilizó y siguió volando. Aquellos artefactos eran realmente resistentes. Miró en derredor. Había perdido de vista a Karen. Los árboles se alzaban formando un muro enmarañado. Buscó entre ellos con la mirada, pero no vio rastro de luces, nada que le indicara el paradero de Karen. En la cabina había una radio y se preguntó si debía usarla o no. Justo en ese momento vio una luz roja y otra verde. Las luces de navegación de Karen.

Encendió las suyas y balanceó las alas del aparato para indicarle su presencia. Ella respondió haciendo lo mismo y se adentró en la copa de un árbol. Rick la siguió. Apenas podía ver las ramas que lo rodeaban por todas partes. Estaba volando en medio de un laberinto oscuro, siguiendo a Karen.

Rick aceleró y se situó junto a ella sin dejar de dar vueltas dentro del árbol. Entonces conectó la radio. Aunque pudiera oírlos, Drake no podría alcanzarlos.

—¿Estás bien, Karen?

—Sí, ¿y tú?

—Me las apaño —contestó mientras comprendía que no tenían otro lugar al que ir aparte de Nanigen. Karen ya no podía quedarse en el cráter del Tántalo porque el refugio había sido destruido. Decidió que era mejor no recordárselo.

Vio a Drake a través de las ramas mientras seguían dando vueltas. Caminaba pendiente abajo, quemándolo todo a su paso. Parecía decidido a borrar todo rastro de la base y del refugio de Rourke. Las llamas ardían en el húmedo bosque tropical y seguramente se extinguirían sin llamar la atención, dejando un rastro de ruinas.

Drake se movió por el bosque agitando la linterna. Al cabo de un momento oyeron el ruido de un motor y vieron una ranchera que avanzaba por el camino de tierra que bordeaba el cráter. Las luces del vehículo desaparecieron por la pendiente y todo quedó sumido en las sombras. Sin embargo, la oscuridad no era total, ya que las luces de Honolulu brillaban a través de las ramas. Karen voló hasta lo alto del árbol y salió a cielo abierto.

—Esto está lleno de murciélagos —le advirtió Rick—. Deberíamos aterrizar.

—Sí, pero dónde. Si aterrizamos en tierra nos veremos expuestos a los depredadores terrestres.

—Sígueme —le dijo.

Aceleró para adelantarla y siguió volando con Karen tras él.

Vio ramas y obstáculos y voló entre ellos, girando a derecha e izquierda pero manteniéndose siempre dentro de las copas de los árboles, donde los murciélagos no se adentraban. Cada vez que miraba hacia atrás veía las luces de navegación de Karen. El resplandor de los fuegos se fue apagando tras ellos hasta que estos quedaron circunscritos al interior del cráter, en una zona protegida por las pendientes y donde el viento soplaba con menos fuerza. No tardaron en perderlo de vista.

—Voy a buscar un sitio donde aterrizar —dijo Rick por la radio.

Sobrevoló una rama larga. Le pareció ancha y limpia de musgo y líquenes, con espacio sobrado para posarse. Redujo la velocidad y aterrizó con suavidad. Aquellos aparatos podían tomar tierra en cualquier parte. Karen lo siguió y detuvo su avión junto al suyo.

La rama oscilaba, movida por el viento, y amenazaba con empujar los aviones al vacío.

—Tenemos que sujetarlos de alguna manera —dijo Rick, saltando de la cabina e inspeccionando el microavión.

Entonces descubrió que en la cola y el morro disponían de unos sistemas de sujeción, seguramente inventados por Rourke. Aferró ambos aparatos a la rama.

Karen empezó a llorar, acurrucada en la cabina.

—¿Qué te ocurre?

—Rourke. Quedó atrapado en el fuego. No creo que haya sobrevivido.

Rick no estaba tan seguro de ello.

—No creo que debamos darlo por muerto tan fácilmente —contestó, a pesar de que no tenían forma de saber si Rourke había podido escapar de las llamas.

Entonces comenzó la espera. Los relojes de las cabinas marcaban la 1.34 h. A pesar de que todavía faltaban varias horas para que amaneciera, estaba claro que no podían volar de noche.

Los alisios soplaban con fuerza, y la rama se agitaba y oscilaba como la cubierta de un barco durante una tormenta. Rick miró a Karen y vio los moretones de sus brazos, unas manchas oscuras a la luz de la luna. Le pareció que estaban aumentando de tamaño y se preguntó qué aspecto tendría el resto de su cuerpo.

Las oscilaciones de la rama acabaron por marearlo. No sabía si las microhemorragias lo estaban afectando por fin o si se debía a los efectos de los venenos de la araña y la avispa. Pensó en la distancia que tendrían que cubrir en cuanto amaneciera.

Veinte kilómetros más o menos, incluido el largo vuelo por encima de Pearl Harbor, sobre aguas abiertas.

«Es imposible —se dijo—. No lo conseguiremos».

Carretera del Tántalo
1 de noviembre, 1.40 h

Eric Jansen entró en el aparcamiento del faro de Diamond Head. El lugar estaba desierto. No había rastro del coche de Drake. Había llegado demasiado tarde. ¿O quizá demasiado temprano? Cabía la posibilidad de que Drake no hubiera aparecido todavía. Estacionó en una esquina y meditó lo que debía hacer a continuación. ¿Y si esperaba a Drake? Pero no podía descartar que Drake hubiera estado allí y se hubiese marchado.

¿Y si acudía a la policía? Sin embargo, eso podía costarles la vida a los supervivientes, porque Drake sabía dónde estaban y en esos momentos era probable que estuviera de camino hacia el cráter del Tántalo.

Decidió que debía subir hasta allí.

Enfiló la carretera haciendo rugir y petardear el motor y dejando atrás las lujosas mansiones de la ladera. El asfalto terminaba en una verja de madera; a partir de ahí seguía un camino de tierra. La abrió y se internó por él. El sendero ascendía entre bosques tropicales y llegaba hasta el borde del cráter. En ese punto descendía hacia la caldera salvando quebradas y gargantas. Realmente era un camino para vehículos todoterreno, y Eric se alegró de conducir una ranchera con neumáticos grandes. Al final llegó a un claro donde podría dar media vuelta. El lugar estaba desierto.

No llevaba linterna, y eso era un problema, así que se apeó de la ranchera dejando los faros encendidos hacia el Gran Peñasco y se quedó allí, aguzando el oído. A través de los árboles divisó un resplandor rojizo y se internó por la maleza en aquella dirección. Cuando llegó al Gran Peñasco vio lo que había pasado. Los rescoldos se estaban apagando, el suelo humeaba y apestaba a gasolina.

Drake lo había hecho. Había matado a todo el mundo.

Lamentando no llevar una linterna, se agachó y buscó hasta que localizó la entrada de la ratonera, el refugio de Rourke.

—¿Hay alguien ahí? —gritó.

No hubo respuesta. Aun así, aguardó unos momentos, rebuscando en el suelo con los dedos y preguntándose si alguien habría sobrevivido. Estaba demasiado oscuro para ver algo y ellos eran muy pequeños. Temía pisar a alguien accidentalmente.

De todas maneras, seguro que no había habido supervivientes. Cualquiera podía verlo.

Regresó a la ranchera caminando entre la maleza.

Al cabo de un buen rato, después de que Drake se hubiera marchado, Rick y Karen vieron las luces de otro vehículo que se acercaba al borde del cráter dando tumbos por el camino.

No sabían de quién podía tratarse, solo que era una ranchera.

Rick la observó un momento.

—Voy a ir a investigar —dijo a Karen.

—No lo hagas.

Él hizo caso omiso de su comentario, desató su avión y despegó. Karen lo oyó ascender y dirigirse hacia el cráter.

—¡Maldito seas, Rick! —gritó.

No estaba dispuesta a quedarse sola, así que puso en marcha su avión y lo siguió.

Rick vio que un hombre se apeaba del vehículo. Siguió volando entre las ramas, aguzando el oído en busca de murciélagos, pero como no oyó sus ultrasonidos decidió acercarse al desconocido. Este estaba arrodillado en la oscuridad, cerca del Gran Peñasco. Su rostro no resultaba visible. Al cabo de un momento se levantó y regresó a su vehículo. Rick lo siguió.

El hombre llegó a su ranchera. El vehículo estaba pintado de forma extraña y tenía unos neumáticos enormes. El desconocido se sentó al volante y la luz de la cabina le iluminó el rostro.

Rick lo vio y le resultó familiar. ¿Dónde lo había visto antes? Pasó volando junto a la ventanilla cuando la ranchera arrancó.

—Karen, ¿no te suena ese tipo? —le preguntó por la radio.

Ella inclinó su aparato e hizo una limpia pasada junto a la cabina de la ranchera. Se había familiarizado con el avión y volar le parecía de lo más fácil.

—¡Claro! —exclamó—. ¡Es el hermano de Peter!

—Pensaba que había muerto. ¿Crees que está en esto con Drake?

—¡Cómo quieres que lo sepa! —repuso Karen.

La ranchera se puso en marcha y empezó a desandar el camino. Karen y Rick pusieron sus motores a la máxima potencia, pero aun así sus aviones a duras penas lograban mantenerse junto al vehículo, que circulaba lentamente y dando brincos por el camino lleno de baches. En cuanto llegara a la carretera asfaltada, aceleraría y lo perderían de vista irremediablemente.

Tenían que llamar la atención del hermano de Peter lo antes posible.

Eric conducía con la ventilla cerrada. Karen se situó con su avión junto al cristal y osciló las alas de su aeroplano para llamar su atención. No lo consiguió. Eric aceleró y los dejó atrás, en medio de una nube de polvo.

—Sitúate en su cola —dijo Rick, creyendo que la ranchera dejaba una zona libre de turbulencias.

Descendió, sin apartar la vista del conductor, pero de repente su avión empezó a subir y a bajar descontroladamente.

La estela del vehículo era un caos de turbulencias y estuvo a punto de estrellarse contra la plataforma de carga.

Eric llegó a un tramo del camino en muy mal estado y aminoró, bajó la ventanilla y asomó la cabeza para ver por dónde debía pasar.

Karen aprovechó la ocasión y se coló en el interior de la cabina. El hermano de Peter volvió a meter la cabeza y ella hizo una pasada lenta ante sus ojos. De repente Eric vio unas luces de navegación diminutas.

—¡Eh! —exclamó, deteniendo el vehículo—. ¿Qué es esto?

Siguió con la mirada el microavión, que se ladeó, giró y voló lentamente por encima del salpicadero. Alargó la mano, con la palma hacia arriba, y Karen aterrizó en ella. La joven saltó de la

carlinga y se quedó de pie, mirando a Eric.

Entretanto, Rick aterrizó en el salpicadero.

—¿Quién... sois? —preguntó con voz tronante pero sosteniendo a Karen con mucho cuidado y procurando no derribarla con la fuerza de su aliento.

Ella señaló los auriculares con radio que llevaba puestos.

Así podrían hablar sin distorsión.

—Claro —repuso Eric.

La depositó delicadamente en el salpicadero junto con el microavión, luego abrió la guantera, sacó otra radio con auriculares y la enchufó al equipo electrónico que tenía en el asiento del pasajero.

—Sintonizad... los... 71,25... gigahercios.

Karen y Rick obedecieron.

—¿Podéis entenderme ahora? —preguntó Eric.

Las palabras sonaron con total claridad en los oídos de Karen y Rick.

Ellos le explicaron la situación.

—Tenemos que llegar al generador lo antes posible —dijo Karen.

—Sí, pero primero decidme qué ha sido de mi hermano.

Cuando Karen le describió la muerte de Peter, Eric golpeó con tanta fuerza el volante que ella y Rick salieron volando por los aires y cayeron en el salpicadero en medio de una nube de polvo. Le dieron un momento para que se repusiera de la impresión.

Al cabo de unos segundos Eric abrió los ojos y los miró con fría serenidad.

—Está bien, os llevaré a Nanigen y después ajustaré cuentas con Drake.

Chinatown, Honolulu
1 de noviembre, 2.30 h

Dan Watanabe se despertó con el zumbido de su móvil. Alargó la mano en la oscuridad para cogerlo, pero lo empujó y lo oyó caer al suelo. Encendió a tientas la luz, temiéndose lo peor, algo relacionado con su hija de siete años que vivía con su madre. Sin embargo, el que llamaba era el jefe de seguridad de Nanigen.

—¿Tiene un momento, teniente?

Watanabe masculló algo y se pasó la lengua por la boca seca.

—Sí.

—Esta noche ha habido un incendio en el cráter del Tántalo.

—¿Qué? —gruñó el policía.

—Fue pequeño, seguramente nadie informará de ello, pero ha muerto gente en él.

—No sé si lo entiendo.

—Esos estudiantes... han sido asesinados.

Watanabe se irguió de golpe, repentinamente despierto. Lo primero que pensó fue que debía encerrar a Makele en lugar seguro y hacerle firmar una declaración.

—¿Dónde está? Le haré llegar un coche...

—No. Solo quiero hablar con usted.

—De acuerdo. ¿Conoce el Deluxe Plate? Está abierto toda la noche.

Watanabe estaba sentado en un reservado del fondo, con una taza de café en la mano. Era el único cliente del establecimiento cuando entró Makele. El jefe de seguridad de Nanigen parecía resignado. Se sentó en el banco, frente al policía.

Watanabe no perdió el tiempo con charlas intrascendentes.

—Cuénteme qué les ha ocurrido a esos estudiantes.

—Están muertos. Vin Drake ha matado al menos a siete personas. Eran muy pequeños.

—¿Cómo de pequeños?

Makele indicó con el pulgar y el índice una altura de un par de centímetros.

—Muy pequeños.

—Está bien —repuso Watanabe—. Supongamos que le creo.

—Nanigen tiene una máquina que puede reducir el tamaño de cualquier cosa, incluidas las personas.

Una camarera se acercó y le preguntó si deseaba desayunar.

Makele negó con la cabeza y esperó en silencio hasta que la mujer se hubo alejado.

—Esa máquina de la que me habla, ¿puede encoger a otra máquina? —preguntó Watanabe.

—Sí, claro.

—¿Reduciría de tamaño unas tijeras?

Makele lo miró sin comprender.

—¿De qué me está hablando?

—De Willy Fong y de Marcos Rodríguez.

Makele no respondió, y Watanabe prosiguió.

—Entiendo que desea hablarme de lo ocurrido a esos estudiantes desaparecidos, pero yo quiero que me explique lo de esos microrrobots que hicieron picadillo a Fong y Rodríguez.

—¿Cómo sabe lo de esos «bots»?

—¿Cree que el departamento de policía de Honolulu no tiene un maldito microscopio?

Makele miró hacia otro lado.

—Se suponía que esos «bots» no tenían que matar a nadie.

—¿Qué salió mal?

—Los «bots» fueron reprogramados para matar.

—¿Quién lo hizo?

—Supongo que Drake.

—Está bien, cuénteme lo ocurrido con esos estudiantes.

Makele le habló de las estaciones de aprovisionamiento del valle de Manoa y del cráter del Tántalo.

—Esos chicos tuvieron que descubrir algo sobre Drake, porque este no ha dejado de insistir en que me deshiciera de ellos.

—¿Que los matara?

—Sí. Acabaron en el valle de Manoa. Drake quería asegurarse de que no salían de allí con vida, pero ellos consiguieron escapar. Algunos llegaron al Tántalo. —Le explicó la presencia de Rourke en el cráter—. Drake ha quemado toda la zona.

También estoy bastante seguro de que ha asesinado al vicepresidente de Nanigen y a su directora financiera.

El número de asesinatos hizo que a Watanabe le diera vueltas la cabeza. ¡Drake parecía haber asesinado a trece personas!

Si era cierto, se trataba de un individuo sumamente peligroso.

—Deme una buena razón para que no crea que se ha vuelto loco —dijo al jefe de seguridad de Nanigen.

Makele se recostó en su asiento.

—Puede creer lo que le dé la gana, pero acabo de contarle la verdad.

—¿Está usted implicado en esas muertes?

—Sí, a cambio de siete millones de dólares.

A lo largo de sus años como detective, Watanabe había sido testigo de numerosas confesiones; sin embargo, no dejaba de sorprenderse cada vez que escuchaba una nueva. ¿Por qué alguien decidía de repente decir la verdad? Nunca los beneficiaba. La verdad no los hacía libres, sino que los enviaba a prisión.

—La última vez que hablamos, teniente, usted me dijo algo acerca de Moloka'i.

Watanabe frunció el entrecejo. No se acordaba... Ah, sí.

Makele había utilizado la pronunciación tradicional.

—Usted dijo —continuó el jefe de seguridad— que Moloka'i era la mejor de las islas, pero me pareció que se refería a sus gentes, no a la isla en concreto.

—No recuerdo a qué me refería —contestó el policía, recostándose en su asiento sin dejar de mirar a Makele.

—Yo nací en Puko'o —prosiguió el jefe de seguridad—. Es una pequeña aldea al este de Moloka'i, solo unas pocas cabañas junto al mar. Me educó mi abuela, quien me enseñó el poco hawaiano que sé, y también a hacer lo correcto. Me alisté en los marines y serví a mi país, pero luego... no sé qué me pasó. El caso es que empecé a hacer cosas por dinero. Esos chicos no se merecían lo que les hicimos. Los abandonamos para que murieran. Y como no murieron, Drake envió mercenarios para que los liquidaran. Estoy dispuesto a hacer muchas cosas a cambio de siete millones de dólares, pero hay algo que no volveré a hacer y es aceptar órdenes de Vincent Drake. *So y pan hana*. El trabajo está hecho.

—¿Dónde se encuentra el señor Drake en estos momentos? —quiso saber Watanabe. Consideraba a ese hombre extremadamente peligroso.

—En Nanigen, supongo.

El policía sacó el móvil.

—Lo cogeremos.

—Entrar ahí no es buena idea, teniente.

—¿Ah, no? —preguntó fríamente el teniente—. Yo diría que los despliegues tácticos son muy efectivos.

—No con los microrrobots. Pueden olerte y pueden volar. Lo que hay en Nanigen es un nido de avispas.

—De acuerdo, dígame cómo entrar.

—No hay forma de hacerlo, a menos que Drake lo permita. Él controla los «bots» con una especie de mando a distancia. Se parece al mando de un televisor.

Watanabe marcó un número y esperó respuesta.

—¿Marty? Tenemos un problema en Nanigen.

Eric Jansen giró el volante de la ranchera, entró en el polígono industrial Kalikimaki y pasó frente al edificio de Nanigen.

Aparte de una farola de sodio que iluminaba la entrada, en la madrugada de un domingo el lugar parecía desierto y sumido en las sombras. Karen y Rick iban de pie en el salpicadero de la ranchera, junto a sus aeroplanos. A su lado, una muñeca hawaiana, sujeta al cristal con una ventosa, se contoneaba con su falda de hojas de palmera.

Eric guió la ranchera hasta el interior de un almacén a medio construir, con unas pocas columnas y un par de paredes de ladrillo, junto a Nanigen, y allí ocultó el vehículo. Paró el motor, se apeó y aguzó el oído mientras miraba a su alrededor.

Había llegado el momento de entrar en Nanigen. Se colocó los auriculares y encendió la radio.

—Subid a los aviones y seguidme —dijo por el micrófono.

Karen y Rick pusieron en marcha los motores y despegaron. Eric oyó el zumbido de las hélices junto a su oreja mientras cruzaba la calle y comprendió que volaban detrás de su cabeza para evitar el viento.

—¿Va todo bien? —preguntó por la radio.

—Perfecto —repuso Karen.

En realidad no se encontraba bien. Le dolía todo el cuerpo, cada hueso y cada articulación, y pensó que Rick debía de encontrarse aún peor ya que arrastraba un montón de toxinas en la sangre. Eso seguramente aceleraba el proceso de las microhemorragias.

La puerta principal estaba cerrada con llave. Eric abrió con la suya y la mantuvo abierta un momento para que Karen y Rick pudieran entrar. Se adentró por el pasillo principal, caminando lentamente y oyendo las hélices a su espalda. Miró por encima del hombro y vio los dos microaviones, flotando cerca del techo y subiendo y bajando en las corrientes provocadas por el sistema de reciclado de aire.

—Tened cuidado de que no os absorba alguna rejilla de ventilación —les advirtió.

—¿No sería mejor si aterrizáramos en tu hombro y nos llevaras? —le preguntó Karen.

—Creo que es mejor que os mantengáis en el aire. Si surgen problemas podréis huir rápidamente.

Eric se aseguró de que seguían detrás de él antes de detenerse y asomarse a una esquina. Ante él había otro pasillo con ventanas a ambos lados, oscurecidas con cortinas negras. No había nadie a la vista. Recorrió el pasillo y siguió por un corredor lateral hasta una puerta. La abrió y entró, con los aviones siguiéndolo de cerca.

—Este es mi despacho —dijo por la radio.

La oficina de Eric estaba patas arriba. Había papeles tirados por todas partes y el ordenador había desaparecido. Eric abrió un cajón y rebuscó en su interior.

—¡Menos mal! —exclamó, y sacó un dispositivo que parecía un mando a distancia—. ¡Todavía está aquí! Es mi controlador de los «bots». Con él debería poder desactivarlos —explicó a Karen y a Rick.

A continuación volvieron a salir al pasillo principal y dejaron atrás las ventanas tapadas con cortinas. Eric se detuvo ante una puerta en cuyo rótulo se leía: NÚCLEO TENSOR, e intentó abrirla. Estaba cerrada y no tenía un teclado de seguridad, sino una simple cerradura.

—¡Mierda! —dijo—. Alguien la ha cerrado desde el interior. Eso significa que...

—¿Que hay alguien dentro? —aventuró Rick.

—Podría ser, pero existe otra manera de entrar en la sala del generador. Podemos acceder a través de la zona Omicron.

Los «bots» de la zona Omicron podían estar programados para matar a cualquier intruso. No había forma de saberlo sin entrar y ver cómo reaccionaban. Eric rogó para que su controlador funcionara. Dobló una esquina con los microaviones zumbando tras él, giró a la derecha y se detuvo ante una puerta en la que un cartel rezaba: ZONA DE PELIGRO MICRO.

Rick lo sobrevoló un par de veces.

—¿Qué quiere decir eso? —preguntó.

—Significa que al otro lado hay «bots» capaces de provocar lesiones graves e incluso matar en

caso de que hayan sido programados para ello. Debo advertiros que las cosas pueden ponerse realmente feas ahí dentro. —Eric sostuvo en alto el controlador para que todos pudieran verlo—. Esperemos que siga funcionando. —Eric probó el tirador de la puerta. No estaba cerrada, pero todavía no la abrió. Introdujo una secuencia numérica en el teclado del controlador—. Drake cree que he muerto —explicó a través de la radio—, así que confío en que no anulara el código de seguridad de mi controlador. —Hizo un gesto de impotencia y añadió—: Bueno, en todo caso lo comprobaremos enseguida.

Se detuvo un instante, sopesando el peligro que podía acechar al otro lado de la puerta. Al fin la abrió y entró. Los microaviones lo siguieron rápidamente.

Habían entrado en el laboratorio principal del Proyecto Omicron. Las luces brillaban a media potencia y la sala estaba sumida en la penumbra. No era particularmente grande, y tenía el aspecto de un laboratorio de ingeniería normal. Contaba con unas cuantas mesas y varias estaciones de trabajo con grandes lentes de aumento. Había numerosos estantes llenos de componentes y piezas de repuesto. Una ventana con un grueso vidrio blindado daba al Núcleo Tensor. Junto a ella había una puerta por la que se accedía al generador.

Eric se quedó de pie, en medio del laboratorio Omicron, sosteniendo el controlador en la mano y mirando a su alrededor. Hasta el momento todo iba bien. No podía ver los «bots», pero sabía que estaban allí, agarrados al techo. Aguzó el oído por si oía su zumbido en caso de que lo hubieran localizado y se hubieran desprendido. Si no los había desactivado, no lo sabría hasta que empezara a sangrar. Sin embargo no oyó nada, no vio nada y no notó nada. Al parecer, su controlador había funcionado. Suspiró de alivio.

—Todo en orden —dijo.

Sobre las mesas había extraños objetos cubiertos con trapos negros. En la oscuridad resultaba difícil adivinar qué eran.

—Voy a enseñaros por qué Drake quiso matarme y por qué asesinó a vuestros compañeros —dijo Eric por la radio. Extendió el brazo y añadió—: Aterrizad en mi antebrazo, así podréis tener una visión más clara de lo que quiero enseñaros.

Karen y Rick se posaron en su antebrazo. Caminando con cuidado y protegiéndolos con la mano para que no los arrastrara el viento, Eric se acercó al banco de trabajo más cercano y retiró la tela que cubría uno de los objetos. Era un avión, pequeño, afilado y de aspecto amenazador. Carecía de cabina.

—Esto es un VANT Hellstorm. Un vehículo aéreo no tripulado.

—¿Te refieres a un *drone*?

—Exacto, sin piloto.

El aparato medía unos veinticinco centímetros. Eric acercó el brazo para que Rick y Karen pudieran verlo bien.

—Lo que veis es el prototipo gigante de un Hellstorm —explicó Eric—. Cuando haya superado las pruebas de vuelo, lo reducirán a un par de centímetros de tamaño.

En lugar de tren de aterrizaje, el Hellstorm tenía cuatro patas articuladas, iguales que las del hexápodo. Bajo las alas llevaba misiles, dos cilindros de cristal con unas puntas de acero muy afiladas.

—¿Para qué sirve? —preguntó Rick.

—¿Para qué sirve? —repitió Eric—. Buena pregunta. Lo que estás viendo se convertirá en un VANT militar del tamaño de una polilla. Se podrá utilizar para tareas de vigilancia, pero también para matar a personas. Es capaz de burlar los sistemas de vigilancia más complicados y puede pasar por el resquicio de una puerta. También puede aferrarse a cualquier cosa, ya sea ropa o la piel de una persona. Puede volar por los conductos eléctricos de una pared para llegar donde quiera en un edificio.

Puede matar donde sea y cuando sea. ¿Veis estos cohetes bajo las alas? Son micromisiles cargados con toxinas que Nanigen ha encontrado en el micromundo, veneno de arañas, hongos o bacterias. Los misiles tienen un alcance de diez metros, lo cual quiere decir que estos VANT tienen capacidad ofensiva. Si uno de estos misiles se clavara en la piel de alguien, esa persona moriría en cuestión de segundos. Con sus dos misiles, un solo VANT es capaz de matar a dos personas.

—¿Qué son esas aberturas en el fuselaje? —quiso saber Rick—. ¿Son las entradas de aire a los motores?

—No. Son rastreadores de aire. Se utilizan para seleccionar los objetivos.

—¿Cómo es eso? —preguntó Karen.

—Un Hellstorm puede «oler» a su víctima. Cada persona tiene su propia huella olfativa. Todos olemos de forma distinta. Nuestro ADN es único, al igual que las feromonas que desprenden nuestros cuerpos. Se puede programar un Hellstorm para que busque el olor de una persona concreta. Aunque estuvieras en medio de un concierto de rock, el VANT podría localizarte entre la multitud y acabar contigo.

—Suenan a pesadilla —repuso Karen.

—Y lo es, una pesadilla terrible. Imaginad una inauguración presidencial y que alguien soltara un millar de estos Hellstorms, todos ellos programados para buscar y localizar al presidente de Estados Unidos. Bastaría con que solo uno de ellos consiguiera llegar hasta él para que muriera. Estos *microdrones* podrían acabar con el gobierno de cualquier país: Japón, China, Reino Unido, Alemania... Cualquier país podría derrumbarse tras un ataque en masa de estos aparatos. —Se volvió lentamente, mientras Rick y Karen contemplaban el laboratorio desde su brazo—. Toda esta sala es una gran caja de Pandora.

—O sea, ¿que Nanigen no se dedica a la medicina? —preguntó Karen.

—Sí que se dedica a ella, pero juega con dos barajas. Por un lado investiga nuevas maneras de salvar vidas y, por otro, nuevas maneras de acabar con ellas. Este Hellstorm —tocó las alas del VANT— no es más que un portador de toxinas.

—Así que tú lo descubriste y por eso Drake tuvo que matarte.

—No exactamente. Yo estaba al corriente del programa Omicron. Nanigen tiene un contrato con el Departamento de Defensa para desarrollar *microdrones*. La investigación dio mejores resultados de los esperados, pero no se lo dijimos a Defensa. Drake empezó a mentirles y les dijo que el programa de los microdrones había fracasado.

—¿Por qué? —quiso saber Rick.

—Porque Drake tenía sus propios planes para esos aparatos. Había un problema con las patentes. Hay una empresa de Silicon Valley llamada Rexatack que es la que inventó parte de esta tecnología.

Drake es uno de los inversores de Rexatack; robó las patentes y las utilizó para construir los Hellstorms. Entonces llegó a la conclusión de que necesitaba venderlos rápidamente, porque Rexatack se disponía a demandar a Nanigen. El motivo de mis problemas con Drake fue que descubrí que pretendía vender la tecnología de los *microdrones* al mejor postor.

—¿Y no al gobierno de Estados Unidos?

—No. Drake buscaba dinero rápido y fácil, y este abunda más fuera de nuestro país. Hay gobiernos que tienen mucho dinero para gastar, países cuyas economías crecen a mayor velocidad que la nuestra y que estarían encantados de pagar lo que fuera para disponer de esta tecnología. No estoy diciendo que nuestro gobierno hiciera solo cosas buenas con esos artefactos, pero hay gobiernos que serían capaces de cometer auténticas barbaridades si dispusieran de ellos. Algunos odian abiertamente este país, sienten desprecio por Europa, temen a sus vecinos y no respetan a su propio pueblo. Esos gobiernos no dudarían en utilizar los *microdrones* para sus fines.

»Y luego están los grupos terroristas internacionales, a los que les encantaría tenerlos. Me enteré de que Drake había viajado a Dubai para hablar con funcionarios de varios países acerca de la posibilidad de venderles la tecnología Hellstorm de Nanigen. Me enfadé con Drake y le dije que estaba violando las leyes de nuestro país, que lo que estaba haciendo era muy peligroso para el resto del mundo. Sin embargo, vacilé.

—¿Por qué? —preguntó Rick.

Eric suspiró.

—Drake me había dado acciones de Nanigen valoradas en millones de dólares. Si me presentaba ante las autoridades y lo denunciaba, la empresa se hundiría y mis acciones no valdrían nada. Así pues, vacilé, vacilé por codicia. Me había dedicado a la física porque me gustaba, pero nunca imaginé que me haría millonario. Si denunciaba a Drake, todo ese dinero desaparecería. Esa fue mi debilidad. Fue entonces cuando Drake decidió asesinarme. Yo estaba en mi barco nuevo, haciendo las primeras pruebas de mar, y había quedado en reunirme con Alyson Bender para comer en Kaneohe, que está en el lado de barlovento de la isla. Alyson o Drake dejaron varios Hellstorms en mi barco. Eran prototipos, pero estaban programados para asesinarme. Los motores del barco se pararon y fue entonces cuando vi una de estas malditas cosas volando por la cabina. Al principio creí que se trataba de un bicho, pero entonces me di cuenta de que tenía misiles bajo las alas y comprendí que era un Hellstorm. Enseguida localicé dos más fuera de la cabina.

Fue en ese momento cuando envié un mensaje de texto a mi hermano y me lancé al agua. El fuerte oleaje me protegió. Los *microdrones* no podían localizarme por el olfato si permanecía bajo el agua. Logré alcanzar tierra y llegar a Honolulu, donde hallé un lugar en el que esconderme. Si hubiera acudido a la policía, Drake me habría dado caza con los Hellstorms. Se ha emborrachado con el poder de esas máquinas.

Eric dejó escapar un suspiro y se hizo el silencio hasta que se oyó otra voz que decía:

—Has hecho una magnífica descripción de mi persona, Eric. No sabes cuánto he disfrutado con ella.

Se encendió una luz pequeña y brillante, y Vincent Drake se alzó detrás de una batería de ordenadores, con el rayo de luz oscilando ante él.

*Polígono industrial Kalikimaki**1 de noviembre, 3.40 h*

Drake se había escondido en un rincón oscuro tras los ordenadores. Llevaba puesto un auricular de botón y sostenía una pistola en su mano derecha. Era una FN belga, semiautomática, con láser montado bajo el cañón. La luz se movía en todas direcciones. En la mano izquierda sostenía un controlador de «bots». Iba vestido con vaqueros negros, una camiseta del mismo color y unas botas de campo manchadas de barro. Caminó hasta situarse en el centro de la sala y apuntó a Eric, primero a los ojos y después a su antebrazo, iluminando los dos microaviones.

—Os veo, chicos —dijo.

Karen y Rick lo oyeron con toda claridad. Obviamente utilizaba un sistema de comunicación como el de Eric.

—¡Despega! —le dijo Rick a Karen.

Pusieron en marcha sus aparatos y se lanzaron en picado.

A Drake no pareció importarle lo que pudieran hacer.

Apuntó con el láser a Eric, entre los ojos, mientras sostenía el controlador con la otra mano, iluminada por el resplandor de la pantalla. Pulsó un botón.

—La verdad es que tu controlador no funciona, Eric. Solo funciona el mío.

Rick ladeó su avión y empezó a volar en círculos sobre la cabeza de Eric. No veía a Karen, así que la llamó por radio.

—Karen, ¿me oyes? Mantente cerca de mí.

—Rick, ¿sabes si Drake puede oírnos?

—¡Claro que puedo oírlos! —exclamó la voz de Drake en sus radios.

Este movió la pistola y el láser bailó entre los microaviones.

Por un momento Rick creyó que Drake les dispararía, pero no tardó en comprender que una bala difícilmente los alcanzaría.

Eran demasiado pequeños y se movían de un lado a otro a gran velocidad.

Drake volvió a apuntar a la cabeza de Eric mientras pulsaba un botón del mando controlador.

—Ya está —dijo.

—¿Qué has hecho?

Drake miró a su alrededor y sonrió.

—Acabo de activar los «bots» —repuso, y dio un paso atrás.

—Te atacarán a ti también.

—No lo creo.

Drake se adelantó y lo golpeó en la cara con la pistola. Eric cayó de rodillas con un gruñido de dolor.

—No sé qué os pasa a los Jansen. Parece que necesitáis una paliza de vez en cuando —dijo

Drake, y le asestó una fuerte patada en las costillas.

Eric se quedó sin aliento, cayó a cuatro patas y empezó a arrastrarse.

—¿Se puede saber adonde vas? ¿Buscas algo, Eric?

—Vete al infierno.

Drake le asestó un puntapié en la sien. Eric quedó tendido en el suelo, aparentemente inconsciente, con el láser de la pistola bailando sobre él.

Eric intentó ponerse en pie, pero no lo consiguió.

—Hay algo que no sabes, Eric. A los «bots» no les interesa mi olor. Perseguirán a cualquiera menos a mí. —Soltó una risita—. A mí me respetan.

Eric se tocó la cabeza y miró su mano. Estaba manchada de sangre. En su frente acababa de abrirse un corte.

—¡Qué lástima, Eric! Parece que uno de ellos acaba de encontrarte.

Eric se arrastró hacia Drake, pero este dio un paso atrás y sonrió al ver que empezaba a agitar las manos alrededor de la cabeza, como si apartara frenéticamente una avispa.

—¿Intentando quitarte los «bots» de encima? No te preocupes, no duele. Simplemente verás cómo te desangras.

Mientras Drake estaba ocupado con Eric, Rick voló hacia la puerta que daba a la sala del generador. Allí era donde tenían que ir Karen y él. La sobrevoló y pasó un par de veces ante ella, lentamente. Encima del marco había una rejilla de ventilación. Quizá fuera lo bastante ancha para poder pasar por ella con el avión. No estaba seguro. Voló hacia Karen y se acercó hasta que sus alas casi se tocaron. Entonces desconectó la radio y le dijo a gritos:

—Así no podrá oírnos. Tienes que volar hacia la puerta de la sala del generador. Yo diría que hay una forma de pasar al otro lado.

Ladeó el aparato y Karen lo siguió.

Rick ganó altura hasta situarse por encima de la rejilla, aceleró a plena potencia y se lanzó hacia la abertura. Las puntas de las alas golpearon las aletas al pasar, y entró en la sala del generador dando tumbos y girando sin control. Karen lo siguió instantes después. Rick recuperó el mando de su aparato y voló directamente hacia el centro de la sala. El suelo con su dibujo hexagonal pasó bajo sus alas. Localizó el hexágono central y descendió hacia él, sin apartar la mirada hasta que distinguió en su centro el pequeño círculo blanco que indicaba la ubicación del panel de control. Vio que Karen volaba a su derecha.

—Voy a aterrizar junto a ese círculo —le gritó, confiando en que ella lo oyera por encima del ruido del motor.

Fue entonces cuando la voz de Drake sonó nuevamente en sus auriculares.

—Sé lo que pretendéis. Os he visto entrar en la sala del generador. Quizá os guste saber que los «bots» que hay en ella pueden veros perfectamente y también oleros.

Vieron el rostro de Drake, que los observaba a través del cristal blindado. Sus ojos seguían sus trayectorias de vuelo. Drake sostenía en alto el mando de los «bots» para que pudieran verlo. Pulsó una serie de botones.

—He cambiado las órdenes. Ahora pueden encontraros —dijo, y miró hacia el techo de la sala.

Karen siguió la dirección de sus ojos y los vio: unos puntos relucientes esparcidos por el techo. Empezaron a moverse y a caer como gotas de lluvia, abriéndose en abanico. Localizó a uno que se había lanzado hacia Rick y empezaba a seguirlo.

Rick descendió hacia el suelo y el «bot» fue tras él. Iba propulsado por una turbina, y tenía un cuello largo, flexible y rematado por unas cuchillas. Cuando pasó junto a ella, Karen vio que tenía un par de ojos compuestos, parecidos a los de los insectos, que en realidad eran un sistema de visión complejo. Eso significaba que aquella máquina disponía de una visión tridimensional.

—¡Rick! —gritó—. ¡Cuidado! ¡A tu espalda!

Pero él no la oyó y siguió descendiendo hacia el suelo y el círculo blanco. El «bot» redujo la distancia. Karen se dijo que debía hacer algo para alejarlo y se lanzó en su persecución. Por el rabillo del ojo detectó más objetos voladores. Miró por encima de su hombro y vio decenas de «bots» —quizá más— volando y convergiendo hacia ellos. Sin embargo, no se desplazaban en línea recta, sino que su movimiento era un tanto errático, como si siguieran un rastro.

—¡Cuidado! —gritó de nuevo—. ¡A tu espalda!

Rick se volvió y vio el «bot» que lo seguía. Tiró de la palanca inmediatamente. Se ladeó, saliendo del picado y elevándose en un intento de zafarse de su perseguidor, pero el «bot» volaba tan bien como él y no dejaba de reducir la distancia.

Karen aceleró y se situó detrás del perseguidor. Quizá pudiera derribarlo si le daba un golpe con el morro. El microavión tenía la hélice en la cola, de modo que podía utilizar el morro como arma. Apuntó al «bot» y dio un acelerón. Se agarró fuerte y se preparó para el impacto.

Ambos aparatos chocaron con un ruido metálico y salieron disparados, dando tumbos en direcciones opuestas. El choque no había dañado ni el microavión ni el «bot», simplemente habían rebotado. El «bot» giró y se inmovilizó en el aire. Se orientó de nuevo y fue tras Karen. Esta recuperó el control de su aparato y se alejó sin dejar de vigilar al «bot». El artefacto aceleró hasta ponerse a su altura y entonces, para sorpresa de Karen, desplegó dos brazos articulados y se agarró al ala de su avión. Karen intentó quitárselo de encima, agitando las alas, pero la máquina no parecía dispuesta a soltarla. Entonces empezó a cortar el ala con sus cuchillas.

La estaba destrozando.

Rick dio media vuelta cuando vio que el «bot» se agarraba al aparato de Karen y voló hacia ella, preguntándose cómo conseguiría que aquella cosa se soltara. Su avión no iba armado, no tenía ametralladoras ni cañones. Sin embargo, en la cabina tenía el machete. Lo desenvainó y blandiéndolo en alto, como un sable de caballería, se lanzó contra el «bot». Cuando llegó a su altura descargó un machetazo y le cortó el cuello. Las cuchillas soltaron su presa y cayeron por el aire mientras el artefacto mutilado saltaba del ala y zigzagueaba, aparentemente desorientado. Karen recuperó el dominio de su aparato.

Los «bots» daban vueltas en lo alto. Docenas de ellos.

Rick voló a su alrededor. Uno salió disparado, se agarró a su ala y zarandeó el microavión antes de empezar a cortar el ala con sus cuchillas. Rick entró en barrena, pero otro «bot» sujetó la otra ala

evitando su caída. Los dos «bots» sostenían el avión de Rick mientras lo hacían pedazos. Comenzaron a caer piezas del aparato.

Rick agarró el machete y saltó de la cabina. Mientras caía por el aire, se dio la vuelta y vio el avión de Karen, por encima de él. Tenía varios «bots» agarrados a él y caía sin control.

Uno de ellos había destrozado la hélice, mientras que otro le agujereaba las alas. En ese momento Rick dio contra el suelo, de espaldas, y se levantó ileso y machete en mano.

La sala del generador parecía gigantesca. No tenía la menor idea de dónde se encontraba el panel del microcontrol y no veía el círculo blanco. El suelo de plástico, que parecía resplandecer por debajo, estaba sembrado de bolas de suciedad del tamaño de pelotas de golf. Miró a su alrededor intentando localizar el avión de Karen, pero no la vio por ninguna parte. El suelo estaba hecho un asco.

Oyó un «puf», y Karen aterrizó de pie, como un gato, a unos cien metros de distancia. También ella se había lanzado de la cabina. Llevaba su machete y miraba a los «bots» que seguían destrozando su aparato en el aire. Por todas partes llovían piezas y fragmentos. Los «bots» parecían momentáneamente ocupados.

—¡Por aquí! —gritó Karen, señalando con el machete.

Rick vio entonces el círculo blanco y le sorprendió lo lejos que estaba. Los dos se lanzaron a una carrera desesperada, saltando por encima de los restos de los aviones y sorteando las bolas de mugre del suelo. Rick tropezó con un cabello humano y cayó despatarrado. Cuando se levantó, había perdido de vista a Karen.

—¿Karen, dónde estás? —gritó.

En lo alto, los «bots» habían acabado de triturar el avión y daban vueltas desplegándose por la sala en busca de su objetivo. Rick se preguntó si los verían corriendo por el suelo. Muchos otros se desprendieron del techo hasta que hubo un centenar de ellos buscando a los intrusos. ¿Acaso se comunicaban entre sí? Solo era cuestión de tiempo que los localizaran.

Núcleo Tensor

1 de noviembre, 5.10 h

—No es una mala manera de morir —dijo Drake, mientras manejaba el controlador—. Apenas sentirás nada.

Eric yacía en el suelo, con la espalda apoyada contra la pared del laboratorio Omicron, junto a la puerta de la sala del generador, aturdido por la paliza que Drake le había propinado.

Este sostenía la pistola ante su cara, haciendo oscilar el láser.

Notaba que un «bot» le había hecho un corte en la frente. La sangre manaba de la herida y se le metía en los ojos. Vio puntitos bailando ante él; las turbinas zumbaban como mosquitos.

Según parecía, Drake podía controlarlos con su mando, porque de repente todos volaron hacia su rostro. Notó cómo aterrizaban en sus mejillas y en su cuello, explorándole los párpados. Un «bot» trepó por su camisa. Podía sentirlo y oír el zumbido de su motor.

—¿Ves como no me prestan la menor atención? —Drake manejó el controlador—. Eso es porque yo tengo el mando. —Empujó una palanca y un «bot» se encaramó a la mejilla de Eric, deteniéndose junto a su ojo—. Puedo hacer que penetren por todos los orificios de tu cuerpo.

—¿Por qué me haces esto?

—Investigación, Eric.

Sintió un pinchazo en la comisura del ojo. El «bot» había clavado las cuchillas y estaba abriendo un agujero. Metió la cabeza y la agitó de un lado a otro, cortando los tejidos cutáneos con sus tijeras afiladas. Una gota de sangre corrió por la mejilla de Eric.

Los coches de la policía cerraron los accesos al polígono industrial y montaron un perímetro de seguridad alrededor de Nanigen. Las furgonetas se colocaron en posición, y el equipo de rescate de rehenes se desplegó. El destello de las luces se reflejaba en las paredes metálicas del edificio.

Dan Watanabe esperaba detrás de uno de los vehículos, sin apartar los ojos de la entrada principal. Había pasado el mando a la unidad de los SWAT, de modo que carecía de autoridad operativa; no obstante, quería que su comandante, Kevin Hope, le prestara atención.

—¿Dónde está Dorothy? —preguntó.

—De camino —repuso Hope.

—¿Y qué hay de la unidad de descontaminación?

En respuesta, un camión amarillo entró en el perímetro y se detuvo con un chirrido. Un grupo de miembros del cuerpo de bomberos se apeó, vestidos con trajes protectores amarillos de Tyvek, y empezaron a montar un centro de descontaminación, con su tienda y su zona de limpieza para las víctimas.

—¿Qué hay en ese edificio? ¿Un virus? —preguntó Hope.

Había recibido la llamada de aviso hacía menos de veinte minutos y no sabía con qué se enfrentaba.

—No es un virus, son «bots».

—Repíte eso.

—«Bots». Pequeños robots. Muerden.

El comandante de los SWAT lo miró como si estuviera loco.

—No me dirás que vamos a tener un tiroteo con robots, ¿verdad?

—Lo cierto es que no podemos abatirlos.

—¿Hay rehenes?

—No que sepamos, aunque no descarto nada.

Alguien entregó a Watanabe un chaleco antibalas y una radio multicanal. El policía conectó el aparato y se volvió hacia Hope.

—¿Quieres hacer tú esta llamada?

El oficial le sonrió maliciosamente.

—Tú has pedido este despliegue. Ocúpate tú.

Watanabe se encogió de hombros y sacó un papel donde tenía anotado un número de teléfono. Lo marcó.

Eric notaba cómo una docena de «bots» se introducían en su piel, pinchándolo a medida que perforaban mientras Drake seguía apuntándole con la pistola. Se preguntó qué sería mejor, si obligar a que Drake le pegara un tiro o esperar unos minutos a que los «bots» le desgarraran las arterias.

Justo en ese momento algo zumbó en la chaqueta de Drake. Este sacó un teléfono y leyó en la pantalla «Llamada anónima». Decidió que era mejor contestar y respiró hondo.

—¿Diga?

—¿Vincent Drake?

—¿Quién llama?

—Dan Watanabe, señor, de la policía de Honolulu. ¿Hay alguien más con usted en el edificio?

—¡Por Dios, Dan, estoy solo! Me he quedado a trabajar hasta tarde. ¿Se puede saber de qué va todo esto?

—Señor, tenemos el edificio rodeado. Haga el favor de salir con las manos en alto. Le garantizo que no le pasará nada.

—Oiga, Dan, debe de tratarse de un error. No se preocupe, solo concédame un momento.

—Señor, es necesario que salga inmediatamente.

—Desde luego, ahora mismo.

Drake apagó el móvil y se acercó a Eric con el rostro contraído de furia.

—¡Has ido a la policía!

Eric negó con la cabeza. Estaba perdiendo mucha sangre.

Las manchas se extendían por su camisa y notaba el líquido caliente cayéndole por el cuello.

Drake se inclinó sobre él, lo cogió y lo obligó a ponerse en pie.

—Eres igual que tu maldito hermano. ¡Siempre metiendo las narices donde no debes! —Estaban

cara a cara—. ¡Vaya! —exclamó tocándole la mejilla—, creo que tienes uno en el ojo.

«Hazte con el mando».

Eric tenía la mano en el picaporte de la puerta, justo detrás de él. Lo giró. La puerta se abrió bruscamente y Eric cayó de espaldas en la sala del generador, con Drake encima de él. Aprovechó el efecto sorpresa para alargar la mano y cerrar los dedos alrededor del mando, quitandoselo a Drake mientras caían.

Este soltó un juramento, cayó de bruces en la sala y disparó. Eric notó el impacto en la pierna, cómo la bala la atravesaba y le rompía algo al pasar, seguramente el fémur. Curiosamente, no sintió dolor alguno. Se hallaba en estado de shock. Sin embargo tenía el mando, y eso era lo importante.

Sabía lo que debía hacer con él. Lo golpeó contra el suelo, una y otra vez, hasta que notó que se hacía añicos. A partir de ese momento nadie podría controlar los «bots». Ni siquiera Drake.

Entonces, para su sorpresa, vio la pistola tirada en el suelo, ante él, y a Drake que se ponía en pie. Se le había caído el arma.

Ambos se lanzaron a por ella a la vez.

Karen y Rick vieron que la puerta se abría de golpe y que dos gigantescas figuras caían en la sala. Sonó un disparo y la onda expansiva los hizo trastabillar. Momentos después, los dos hombres dieron contra el suelo con tanta fuerza que el impacto los levantó en el aire. Una gota de sangre estalló en múltiples gotas diminutas. Karen y Rick se pusieron en pie y siguieron corriendo hacia el círculo blanco.

Uno de los hombres —vieron que se trataba de Eric— rodó a un lado. Tenía en la mano el mando que controlaba los «bots» y lo golpeó repetidas veces contra el suelo. El dispositivo se hizo añicos; las piezas salieron despedidas en todas direcciones. Una de ellas derribó a Karen. La joven vio que una pistola caía y se deslizaba por el suelo hacia ella. Tuvo la certeza de que iba a aplastarla. Se apartó como pudo mientras los dos hombres se lanzaban a por el arma. Segundos después Eric empuñaba la pistola y apuntaba a Drake, que yacía de espaldas.

Eric estaba en el suelo junto a Drake. Se incorporó, con la sangre goteando por su pierna, y apuntó a Vince.

—Si te mueves, te dispararé a la cabeza.

—Espera, Eric —imploró Drake—. Podemos salir de aquí vivos. Juntos.

—Eso no ocurrirá. Mataste a mi hermano pequeño. —Su dedo se tensó sobre el gatillo.

—Pero, Eric, estás equivocado. Hice todo lo posible para salvarlo.

—Estás loco.

Rick y Karen llegaron al círculo. Podían oír el zumbido de las turbinas de los robots a su alrededor y habían perdido de vista lo que estaban haciendo los humanos grandes. En el centro del círculo había una tapadera con un tirador empotrado. Lo cogieron al mismo tiempo.

Rick se arrodilló y tiró de él.

No pasó nada.

La tapa parecía atascada. Varios «bots» habían convergido hacia ellos y volaban agresivamente por encima de sus cabezas.

Uno de ellos se lanzó contra Karen y la atacó con sus cuchillas.

Ella se defendió con el machete y lo mandó por los aires con un golpe de la hoja.

—¡Pongámonos espalda contra espalda! —gritó a Rick, blandiendo en alto el arma.

Rick se levantó y se puso tras ella, desenvainando el machete. Los «bots» los rodearon y empezaron a lanzarse contra ellos, haciendo sonar sus tijeras. Rick asestó un machetazo a uno de ellos y lo dejó ciego, arrancándole los ojos. El «bot» dio contra el suelo y reanudó el vuelo, erráticamente.

Siguieron derribándolos entre los dos, pero los «bots» no tenían miedo ni instinto de conservación.

—¡Abre esa maldita tapa! —le ordenó Karen—. ¡Yo te cubriré!

Rick se agachó y tiró de nuevo de la manija mientras Karen se situaba sobre él, asestando machetazos a diestro y siniestro.

La trampilla no se abría. Intentó introducir la hoja del machete en la rendija para hacer palanca, pero era demasiado estrecha. Golpeó el tirador con el mango, y al ver que no servía de nada intentó cortarlo. La hoja rebotó contra la superficie de plástico.

—¡No consigo abrirla!

—¡Date prisa, Rick! ¡Ay! —gritó Karen cuando un «bot» le clavó las cuchillas—. ¡Inténtalo de nuevo!

Rick agarró la manija con ambas manos y tiró de ella hasta que creyó que la espalda se le rompería. Funcionó. Bajo la trampilla había un botón rojo.

Saltó sobre él con ambos pies.

El suelo se estremeció y el hexágono empezó a descender hasta que se encontraron en el interior de una cámara hexagonal. Uno de los «bots» había entrado con ellos y parecía confundido. Rick lo derribó con su machete, aprovechando que chocaba constantemente contra las paredes de la cámara.

Las luces cambiaron de color y oyeron un zumbido. Rick se sintió invadido por una extraña sensación, como si flotara en el espacio junto a Karen y el «bot», dando vueltas y más vueltas en un baile enloquecido.

El generador del Núcleo Tensor se puso en marcha. Los campos se cruzaron y entrecruzaron formando bucles coloidales hasta que el hexágono ascendió y se detuvo, dejando a la altura del suelo a Karen y a Rick junto con un «bot» ampliado a tamaño natural. Ellos dos habían recobrado sus proporciones normales, pero el «bot» era tan grande como una nevera.

Eric yacía en el suelo, sangrando profusamente por la herida de la pierna y por los cortes producidos por los «bots», pero seguía consciente y apuntando con la pistola a Drake, que se arrastraba por el suelo hacia él, con el miedo dibujado en el rostro.

—Coge a Eric —le dijo Rick a Karen.

Entre los dos lo levantaron por los hombros y empezaron a arrastrarlo fuera de la sala. La pistola resbaló de los dedos de Eric y cayó al suelo. Drake se puso en pie de un salto y cometió un error: en lugar de correr hacia la puerta, corrió hacia el arma.

Rick y Karen aprovecharon esa fracción de segundo para salir de la sala del generador y cerrar

la puerta con llave.

Drake se quedó en el interior de la sala con cientos de diminutos «bots» y con otro «bot» gigante por toda compañía.

Este yacía en el suelo, girando sus ojos facetados y moviendo el cuello articulado. Las turbinas giraban a toda potencia, pero no tenían fuerza suficiente para elevarlo. Se había vuelto demasiado pesado para volar.

Drake lo miró y se levantó con la pistola en la mano. A través del cristal blindado, Rick y Karen vieron cómo recogía el mando a distancia destrozado y lo arrojaba lejos con un gesto de enfado.

Drake dijo algo. Sus labios se movieron silenciosamente al otro lado de la ventana blindada. «Dejadme salir».

Rick negó con la cabeza.

Drake disparó contra la ventana. La bala agrietó el vidrio, pero este no se rompió. Drake se acercó. «Por favor, lo siento mucho». Una gota de sangre brotó en la punta de su nariz. Retrocedió unos pasos y miró a su alrededor con expresión enloquecida. Apartó de un manotazo un «bot» que daba vueltas alrededor de su cabeza. Lanzó una maldición y blandió la pistola en alto, haciendo bailar el rayo láser por toda la sala.

Atrapó un «bot» en el haz de luz y disparó. Siguió disparando a los «bots» hasta que todo se llenó de humo de cordita.

Entonces se detuvo y sacó el móvil del bolsillo. El aparato sonaba de nuevo.

—Hola, teniente. ¿Sería tan amable de venir por mí? Se lo explicaré todo, naturalmente. En estos momentos estoy encerrado en la sala del generador y tengo problemas. Sí, la sala del generador, en el centro del edificio. ¿«Bots»? No hay «bots» aquí. Esto es perfectamente seguro...

El teléfono se le escapó de los dedos ensangrentados y cayó al suelo ruidosamente. Una hemorragia nasal le manchaba la camisa.

Drake tosió, escupiendo un roción de sangre. Dio un par de pasos vacilantes y se apoyó en la ventana, mirando a Rick y a Karen.

—¡Os mataré! ¡Lo juro!

Tenía los ojos desorbitados. Una gota de sangre brotó de la comisura de uno de ellos. Un «bot» apareció en su ojo y dejó una huella de sangre a medida que avanzaba por él. Drake se llevó la mano al ojo.

—¡Fuera de aquí! —gritó.

Cuando la retiró, la tenía llena de sangre.

Aulló.

Entonces se puso la pistola en la sien y disparó.

No ocurrió nada: había vaciado el cargador contra los «bots».

A su espalda, el «bot» gigante había vuelto los ojos hacia él y se acercaba, arrastrándose con sus brazos articulados. Agitó su largo cuello y lo lanzó hacia delante. Las afiladas cuchillas atravesaron a Drake por la parte baja de la espalda y surgieron por la cavidad torácica, reventándole el pecho. El «bot» lo alzó en el aire, dio un latigazo con el cuello y arrojó el cuerpo sin vida de Drake al otro extremo de la sala.

Rick y Karen se volvieron hacia Eric. Rick le hizo un torniquete en la pierna con la manga de su camiseta. Luego lo cogió por las axilas y empezó a arrastrarlo por el laboratorio. Eric apenas estaba consciente y había perdido mucha sangre. Entonces oyeron el ominoso zumbido de los «bots». Unos cuantos los habían seguido fuera del núcleo. Karen notó un pinchazo en el cuello y apartó el artefacto de un manotazo. Su mano quedó manchada de sangre.

—¡El laboratorio está contaminado! ¡Larguémonos, Rick!

Sin pensarlo, agarró a Eric con una sola mano para echárselo a los hombros, como había hecho en el micromundo con Rick, pero no tenía fuerza suficiente. Aparentemente, sus poderes se habían desvanecido.

Entre los dos consiguieron arrastrar a Eric hasta el pasillo, y allí se toparon con un par de agentes que corrían pistola en mano con sus chalecos antibalas. Tras ellos iba un barrigudo policía de paisano. También llevaba un chaleco, pero saltaba a la vista que no era un miembro de los SWAT.

—¡Atrás! —les gritó Rick—. ¡Está lleno de «bots»!

—Lo sé —repuso el detective, sin alterarse—. ¿Hay alguien más en el edificio? —preguntó a Rick.

—Drake, pero está muerto.

—Está bien, sáquenlos de aquí —ordenó Watanabe, dirigiéndose a los SWAT.

Dos agentes escoltaron hasta el exterior a Rick y a Karen, mientras que otros dos cargaban con Eric, que estaba inconsciente.

Watanabe fue el último en salir. A la luz del amanecer todos vieron que tenía un corte en la frente. Los «bots» lo habían localizado.

—¿Dónde está Dorothy? —preguntó.

La forense se apeó de su Toyota y se acercó.

—¿Has traído tus imanes?

—Pues claro —repuso, y le mostró el potente electroimán que había cogido en el laboratorio de la policía.

—¡Muy bien! ¡Todos a descontaminación! —ordenó Watanabe, quitándose el chaleco—. ¡Tanto los heridos como los agentes! ¡Dorothy os limpiará y os dejará como nuevos!

Un equipo de paramédicos llevó a Eric a la tienda de descontaminación y después lo metieron en un helicóptero ambulancia.

Cuando todos hubieron pasado por las manos de Dorothy, Watanabe entró y dejó que la forense lo dejara limpio de «bots».

El pozo
1 de noviembre, 5,15 h

Lo único que se movía en la sala del generador del Núcleo Tensor era el «bot» gigante. Exploraba la estancia, pasando por encima del cadáver de Drake, buscando el modo de salir de allí; pero, al no encontrarlo, su programa entró automáticamente en modo «Perforación». Inclinó el cuello hacia el suelo de plástico, hizo girar sus cuchillas como un molinete y empezó a taladrar.

Cuando hubo abierto un agujero, se lanzó por él, cayendo en el pozo lleno de equipos electrónicos. Luego el «bot» siguió cortando y despedazando, haciendo lo que mejor sabía hacer.

Un torrente de crujidos y desgarraduras surgió de debajo del suelo de la sala del generador, mezclándose con la luz azulada de los chispazos y las descargas eléctricas. De pronto se oyó el siseo de algo sometido a presión, y una nube de vapor brotó del agujero. Era el sonido y la furia de los imanes superconductores desmoronándose. El edificio se estremeció cuando los campos magnéticos del generador entraron en fase caótica y cedieron. Al derrumbarse, se calentaron bruscamente, y la temperatura hizo hervir el helio líquido que rodeaba los imanes. El vapor de helio empezó a brotar del pozo.

De repente, los fusibles saltaron y las luces de todo el edificio se apagaron. No obstante, el «bot» siguió abriéndose paso a través de las entrañas de la maquinaria de Drake.

Pero todavía había alguien con vida dentro de Nanigen. En el pozo, un hombre alto y delgado observaba mientras el gran «bot» seguía destrozando los equipos. Se movía lentamente, con cuidado, sin hacer movimientos bruscos ni nada que pudiera llamar la atención del «bot». Retiró un disco duro de una batería de ordenadores, y desmontó las unidades de memoria junto con las bases de datos. Luego se guardó el disco, salió rápidamente del pozo por una escalerilla y huyó por el túnel de emergencia. Tras él, oyó un golpe sordo y algo que se inflamaba: el «bot» había provocado un incendio.

El túnel, revestido de plancha ondulada, discurría horizontalmente y terminaba en una escalera. El doctor Edward Catel trepó por ella. El disco duro que llevaba en el bolsillo contenía todos los diseños del Núcleo Tensor realizados por Ben Rourke, además de todos los datos de incalculable valor de las pruebas realizadas con el generador. Tras sumar dos más dos y haber llegado a la conclusión de que Drake había ordenado el asesinato de sus propios colaboradores, Catel había decidido que se trataba de una persona inestable y peligrosa, y que, en consecuencia, ya no podía seguir siendo el presidente ejecutivo de Nanigen. A continuación se había puesto en contacto con cierta gente que llevaba tiempo deseando averiguar a qué se dedicaba la empresa y les dijo que, a cambio de cierta cantidad de dinero, estaba dispuesto a entregarles los diseños del generador. Para eso había ido a Nanigen aquella noche. Lo que no sabía era que Drake estaría allí.

Se detuvo en lo alto de la escalerilla, bajo una tapa de hierro, y aguzó el oído. Algo ocurría arriba. Oyó sirenas y el rotor de un helicóptero. Quizá lo mejor fuera esperar un rato allí, hasta que las cosas se calmaran.

Notó que algo caliente y húmedo le rodaba por la mejilla y el cuello. Se llevó la mano a la cara y vio que estaba sangrando.

Sí, tenía un «bot» en la mejilla. Notó que se hundía en sus tejidos. El túnel de emergencia estaba contaminado. No quería que aquella cosa llegara a una arteria. Desde allí podía alcanzar el cerebro y provocarle una embolia. No tenía más remedio que salir y arriesgarse.

Empujó la tapa de hierro, que se abrió entre unas acacias, cerca del aparcamiento. Un camión de bomberos estaba aparcado ante la esquina del edificio. Los hombres desenrollaban una manguera, pero estaban concentrados en el humo que salía de Nanigen.

Se escabulló silenciosamente entre la vegetación mientras se pellizcaba la mejilla con los dedos. Tenía que quitarse aquel «bot» de la cara como fuera. Se metió los dedos en la boca y, tras mucho tantear, consiguió arrancarlo de la mucosa bucal y lo aplastó con fuerza con la uña hasta que lo oyó crujir y romperse. Siguió caminando. Los pinchos de las acacias se le engancharon en la ropa. Fue pasando de solar en solar, ocultándose tras los almacenes hasta que salió del polígono industrial.

Una vez fuera, siguió caminando a paso vivo por la acera hasta que llegó a una parada de autobús, en la autopista Farrington, y se sentó bajo la marquesina. El sol bañaba el paisaje con su luz dorada. Era domingo, y el autobús podía tardar horas en llegar. Tendría que esperar. Llevar una chaqueta desgarrada y manchada de sangre le producía cierta satisfacción y una sensación de seguridad. Podría ser un mendigo sin techo, alguien enfermo, el tipo de persona a la que nadie desearía acercarse demasiado. Y, por si fuera poco, llevaba encima el único juego completo de planos con el diseño de Ben Rourke para un generador de Núcleo Tensor. El único.

Una mancha oscura empezó a extenderse por su pantalón.

Era sangre. Aquello no le gustó. Se lo desabrochó y se palpó la herida del muslo. Al final atrapó el «bot» con las uñas. Se lo acercó a los ojos y vio las pequeñas cuchillas, centelleando a la luz del sol.

—¿Adonde ibas? —le preguntó en voz baja, pensando con satisfacción que si alguien lo veía hablando con sus dedos lo tomaría por loco. En esos momentos era un agente independiente que solo se representaba a sí mismo.

Aplastó el «bot» y se limpió la sangre en el fondillo del pantalón. Fue como aplastar una garrapata. Un camión de bomberos pasó ante la parada a toda velocidad, haciendo sonar la sirena.

Una semana después, acompañado de Dorothy Girt, el teniente Watanabe ajustaba el portátil sobre la mesita de noche junto a la cama del hospital en la que descansaba Eric Jansen. La pantalla mostraba la imagen de un «bot» cortado limpiamente por la mitad, con sus tripas a la vista.

—Hemos conseguido identificar por fin al asiático del que le hablé, el que encontramos en la escena del crimen de Willy Fong y Rodríguez. Se llama Jason Chu.

Eric asintió. Tenía la pierna vendada, y un aspecto pálido y demacrado a causa de la anemia producida por la pérdida de sangre.

—Sí —dijo—. Jason Chu trabajaba para Rexatack, la empresa que poseía las patentes con las que construimos los Hellstorms.

—Creemos que el señor Chu organizó la intrusión en Nanigen para averiguar lo que estaban haciendo allí con sus patentes.

—Seguramente —convino Eric.

—¿Programó usted los «bots» de seguridad?

—No los programé para que mataran. Eso fue cosa de Drake. —Cerró los ojos y los mantuvo así unos segundos. Después los abrió y miró al policía—. Puede acusarme de lo que quiera, teniente. Mi hermano ha muerto y ha sido por mi culpa. Me trae sin cuidado lo que pueda ocurrirme.

—Esta vez la policía no va a presentar cargos —contestó Watanabe, midiendo sus palabras.

Entró una enfermera.

—El tiempo de visita ha terminado, señores —anunció, mientras comprobaba las constantes de Eric. Se volvió hacia el policía y la forense—. ¿Me han oído o hace falta que avise al doctor?

—No soy ningún «señor» —protestó la forense, poniéndose en pie.

Watanabe también se levantó.

—A Dorothy le gustaría mucho tener un «bot» de Nanigen que funcionara, para poder analizarlo —dijo, mirando a Eric.

Este hizo un gesto de indiferencia.

—Eso es fácil. Puede encontrarlos por toda la zona del Núcleo Tensor de Nanigen.

—Ya no. Nanigen ardió hasta los cimientos. Con todo ese plástico, se convirtió en una enorme hoguera tóxica. Los bomberos tardaron varios días en apagarla. No quedó nada, ni siquiera los «bots». Eso sí, encontramos unos restos que creemos que son los de Drake. Los registros dentales lo confirmarán. En cuanto a esa máquina de encoger, no es más que un montón de cenizas.

—¿Piensa presentar cargos contra alguien, teniente? —preguntó Eric, cuando Watanabe salía.

—Por una parte, los culpables están muertos; y por otra, el fiscal del distrito está recibiendo presiones, digamos que de ciertas autoridades del gobierno, para que se hable lo menos posible de esos robots. Tengo la sensación de que este asunto se tratará como un simple accidente industrial. — En la voz del policía había aparecido una nota de decepción—. De todas maneras, nunca se sabe —añadió, mirando a Eric—. Es justo la clase de embrollo en el que tanto a Dorothy como a mí nos gusta meter las narices.

—Me encantan los embrollos —dijo Dorothy Girt, y cogió a Watanabe del brazo—. Vámonos, Dan. Este caballero necesita descansar.

Molokai

18 de noviembre, 9.00 h

La lluvia sobre Molokai había cesado y los alisios habían cobrado fuerza. En esos momentos agitaban las copas de las palmeras que se extendían a lo largo de la playa y levantaban crestas blancas en las olas. Lejos del agua, un puñado de tiendas de campaña, hechas de lona y bambú, aguantaba como podía los embates del viento. El ecocámping Dixie Maru había conocido tiempos mejores.

Pero era asequible para el bolsillo de unos estudiantes.

Karen se incorporó en el camastro y se estiró. El viento agitaba la fina cortina de la ventana de la tienda, descubriendo una vista de la playa, las palmeras y las aguas azules. No muy lejos de la orilla se produjo una explosión en la superficie del mar.

Karen agarró a Rick por el hombro y lo zarandeó.

—¡Despierta! ¡Una ballena!

Rick abrió los ojos y bostezó.

—¿Dónde? —preguntó con voz adormilada.

—Déjalo, me parece que no te interesa.

—Sí que me interesa —protestó—. Lo que ocurre es que estaba profundamente dormido.

Se sentó y miró por la ventana.

Karen admiró los músculos de sus hombros y su espalda.

En Cambridge nunca se le había ocurrido que, bajo las raídas camisas de franela que solía ponerse, pudiera tener un cuerpo tan atractivo.

—No veo nada.

—Sigue mirando. Quizá vuelva a emerger.

Observaron el mar en silencio. A lo lejos, al otro lado del canal de Molokai, el perfil del Ko'olau Pali de Oahu se alzaba en el horizonte. Sus picos estaban cubiertos de nubes algodonosas. Llovía en el Pali. Rick rodeó a Karen por la cintura, y ella le cogió la mano.

Ocurrió de nuevo, sin previo aviso; primero apareció la cabeza y después el lomo de una ballena jorobada, saltando fuera del agua y dando una voltereta en el aire antes de caer y levantar un enorme roción.

Siguieron contemplando la superficie del mar durante un buen rato, pero no se repitió. Quizá la ballena se había marchado.

Rick fue el primero en romper el silencio.

—Me ha llamado ese policía, el teniente Watanabe.

—¿Ah, sí? No me lo habías dicho.

—Según él, podemos marcharnos de Hawai cuando queramos.

Karen soltó un bufido.

—¡Están echando tierra sobre el asunto!

—Eso parece. En cuanto a nosotros, tenemos que volver al aburrimiento de nuestro laboratorio de Cambridge.

—Habla por ti —dijo Karen, volviéndose para mirarlo—. Yo no pienso regresar, no ahora.

—¿Por qué?

—Porque pretendo encontrar la forma de volver a ese... sitio.

—¿Te refieres al micromundo?

Karen no respondió, pero sonrió.

—Pero eso es imposible. No hay manera, y aunque la hubiera estarías loca si lo intentaras. —Se miró los brazos. Los moretones no habían desaparecido por completo—. El micromundo mata a los seres humanos como si fueran moscas.

—Desde luego. Todos los nuevos mundos resultan peligrosos. Sin embargo, piensa en los descubrimientos que podríamos... —Suspiró—. Rick, soy científica. Tengo que volver allí. La verdad es que no me imagino no haciéndolo. La tecnología existe, y sabes tan bien como yo lo que pasa con la tecnología: cuando has inventado algo, no hay forma de desinventarlo.

—Sí, y eso también ocurre con los malos inventos —objetó Rick.

—Exacto. Los «bots» asesinos y los *microdrones* están aquí para quedarse. La gente morirá en guerras nuevas y terribles. Gracias a esta tecnología, las guerras se librarán de otra manera, y el mundo nunca volverá a ser el mismo.

Una racha de viento azotó la tienda y la lona golpeó sus bolsas, tiradas en un rincón.

—¿Y qué hay de nosotros? —preguntó Rick cuando la racha cesó.

—¿Nosotros?

—Sí, tú y yo. Me refiero a que...

Intentó atraerla de vuelta a la cama, pero Karen estaba perdida en sus pensamientos. Mentalmente, volvió a contemplar el paisaje que habían visto desde su zona de acampada en las laderas del Tántalo: un valle verde sumido en la bruma, con cascadas de agua precipitándose desde las alturas. Un valle perdido, un valle por explorar, apenas visto por los ojos del hombre.

—Tiene que haber una manera...

Algo llamó su atención, un destello metálico en una de sus bolsas. Un escalofrío le recorrió la espalda, mientras su cerebro se llenaba con imágenes de cientos de «bots» volando como insectos.

Fuera lo que fuese, salió volando por la ventana, tan pequeño que pasó a través de la tela de la cortina.

«No es nada», pensó Karen.

Luego se volvió hacia Rick y le dijo:

—Tiene que haber una manera de volver.

Bibliografía

El lector con conocimientos básicos tiene la suerte de contar con los mejores escritores científicos en este campo, y los lectores de nivel universitario la de contar con las exposiciones académicas más claras.

Agosta, William, *Bombardier Beetles and Fever Trees, A Close Up Look at Chemical Warfare and Signals in Animals and Plants*, Addison-Wesley, Reading, Massachusetts, 1995.

–, *Thieves, Deceivers and Killers, Tales of Chemistry in Nature*, Princeton University Press, Princeton, New Jersey, 2001.

Arnold, Harry A., *Poisonous Plants of Hawaii*, Tuttle, Tokio, 1968.

Attenborough, David, *Life on Earth*, Little-Brown, Boston, 1979. (Existe edición española: *El planeta viviente*, Salvat Editores, Barcelona, 1989.)

–, *The Private Life of Plants*, Princeton University Press, Princeton, New Jersey, 1995. (Existe edición española: *La vida privada de las plantas*. Planeta, Barcelona, 1995.) Ayres, Ian, *SuperCrunchers*, Bantam Books, Nueva York, 2007.

Ball, Jr., y Stuart M., *Hiker's Guide to O'ahu*, University of Hawaii Press, Honolulu, 2000.

Balaska, Frantisek; Mancuso, Stefano, y Volkman, Dieter, eds., *Communication in Plants: Neuronal Aspects of Plant Life*, Springer Verlag, Berlín, 2006.

Beerling, David, *The Emerald Planet, How Plants Changed Earth's History*, OUP, Oxford, Nueva York, 2007.

Belknap, Jody Perry, et al, *Majesty: The Exceptional Trees of Hawaii*, The Outdoor Circle, Honolulu, 1982.

Berenbaum, May R., *Bugs in the System: Insects and Their Impact on Human Affairs*, Perseus, Nueva York, 1995.

Bier, James, et al y el departamento de geografía de la Universidad de Hawaii, *Atlas of Hawaii*, University of Hawaii Press, Honolulu, 1973.

Bodanis, David, *The Secret Garden*, Simon&Schuster, Nueva York, 1992.

Bonner, John Tyler, *Why Size Matters: From Bacteria to Blue Whales*, Princeton University Press, Princeton, New Jersey, 2006.

–, *Life Cycles: Reflections of an Evolutionary Biologist*, Princeton University Press, Princeton, New Jersey, 1993.

Bryan, William Alanson, *Natural History of Hawaii*, Hawaiian Gazette Co. Ltd., 1915.

- uhner, Stephen Harrod, *The Lost Language of Plants: The Ecological Importance of Plant Medicines to Life on Earth*, Chelsea Green Publishing, White River Junction, Vermont, 2002.
- hippeaux, Jean-Philippe, *Snake Venoms and Envenomations*, Krieger Publishing, Malabar, Florida, 2006.
- lox, George W., *Alien Species in North America and Hawaii, Impacts on Natural Ecosystems*, Island Press, Washington DC, 1999.
- arwin, Charles, *The Power of Movement in Plants*, John Murray, Londres, 1880. (Disponible online en: <http://darwin-online.org.uk/>.) Dicke, Marcel, y Takken, Willem, *Chemical Ecology, From Gene to Ecosystem*, Springer, Dordrech, Países Bajos, 2006.
- isner, Thomas, *Eisner's World: Life Through Many Lenses*, Sinauer Associates, Sunderland, Massachusetts, 2009.
- , *For Love of Insects*, The Belknap Press of Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts, 2003.
- isner, Thomas; Eisner, Maria, y Siegler, Melody, *Secret Weapons: Defences of Insects, Spiders, Scorpions and Other Many-Legged Creatures*, The Belknap Press of Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts, 2005.
- isner, Thomas, y Meinwald, Jerrold, eds., *Chemical Ecology: The Chemistry of Biotic Interaction*, National Academy Press, Washington DC, 1995.
- leming, Andrew J., *Intercellular Communication in Plants*, *Annual Plant Reviews*, vol. 16, Blackwell, Oxford, Reino Unido, 2005.
- oelix, Rainer D., *Biology of Spiders*, George Thieme Verlag, Oxford University Press, Nueva York, 1996.
- alston, Arthur W., *Life Processes of Plants*, Scientific American, Nueva York, 1994.
- otwald, Jr., y William H., *Army Ants: The Biology of Social Predation*, Cornell University Press, Ithaca, Nueva York, 1995.
- ullan, Penny J., y Cranston, Peter S., *The Insects: An Outline of Entomology*, 4.a edición, Wiley-Blackwell, Oxford, Reino Unido, 2010.
- all, John B., *A Hiker's Guide to Trailside Plants in Hawaii*, Mutual Publishing, Honolulu, 2004.
- illyard, Paul, *The Private Life of Spiders*, Princeton University Press, Princeton, New Jersey, 2008.
- olldobler, Bert, y Wilson, Edward O., *The Ants*, The Belknap Press of Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts, 1990.
- omero, *La Odisea*, Espasa-Calpe, Madrid, 2000.
- lowarth, Francis G., y Mull, William P., *Hawaiian Insects and Their Kin*, University of Hawaii

Press, Honolulu, 1992.

enofonte, *El Anábasis*, discurso a sus tropas. (Un buen ejemplo de liderazgo en momentos de crisis.

Sirve de modelo para las palabras de Peter a sus compañeros.) Jones, Richard, *Nano Nature: Nature's Spectacular Hidden World*, Metro Books, Nueva York, 2008.

Kealey, Terence, *The Economic Laws of Scientific Research*, St. Martin Press, Nueva York, 1996.

Kepler, Angela Kay, *Trees of Hawaii*, University of Hawaii Press, Honolulu, 1990.

Kraus, Beatrice H., *Native Plants Used as Medicine in Hawaii*, Harold L. Lyon Arboretum, Honolulu, 1981.

Kriebherr, James K., y Zimmerman, Elwood C., *Insects of Hawaii, vol. 16: Hawaiian Carabidae (Coleóptera), Part I: Introduction and Tribe Platynini*, University of Hawaii Press, Honolulu, 2000.

Magnacca, Karl N., «Conservation Status of the Endemic Bees of Hawaii», *Pacific Science*, vol. 61, n.º 2, págs. 173-190, abril de 2007.

Marshall, Stephen A., *Insects: Their Natural History and Diversity*, Firefly Books, Nueva York, 2006.

Martin, Gary J., *Ethnobotany: A Methods Manual*, Chapman&Hall, Londres, 2004.

McBride, L. R., *Practical Folk Medicine of Hawaii*, Petroglyph Press, 1975.

McMonagle, Orin, *Giant Centipedes: The Enthusiast's Handbook*, Elytra&Antenna (www.ElytraandAntenna.com), 2003.

Meier, Jürg, y Wlilte, Julián, eds., *Handbook of Clinical Toxicology of Animal Venoms and Poisons*, Taylor&Francis, Boca Ratón, 1995.

Moffett, Mark W., *Adventures Among Ants*, University of California Press, Berkeley, 2010.

Palmer, Daniel D., *Hawaii's Ferns and Ferns Allies*, University of Hawaii Press, Honolulu, 2002.

Perkins, R. C. L., «Insects of Tantalus», *Proceedings of the Hawaiian Entomological Society*, vol. 1, págs. 38-51, Google Books.

Pukui, Mary Kawena, y Elbert, Samuel H., *Hawaiian Dictionary*, University of Hawaii Press, Honolulu, 1986.

Ridd, Susan, y Thomas, Craig, *Poisonous Plants of Paradise: First Aid and Medical Treatment of Injuries from Hawaii's Plants*, University of Hawaii Press, Honolulu, 2000.

Rorty, Michel, y Latour, Bruno, *Conversations on Science, Culture and Time*, University of Michigan, Ann Arbor, 1990.

Sharp, David, ed., *Fauna Hawaiiensis, or the Zoology of the Sandwich (Hawaiian) Isles*, vols. 1-3, Cambridge University Press, Cambridge, 1899-1913.

Simonson, Douglas et al, *Pidgin to Da Max Hana Hou (Pidgin Hawaiian Dictionary)* The Bess Press, Honolulu, 1992.

- Ohmer, S. H., y Gustafson, R., *Plants and Flowers of Hawaii*, University of Hawaii Press, Honolulu, 1987.
- Pradbery, Philip J., *Wasps: An Account of the Biology and Natural History of Solitary and Social Wasps*, University of Washington Press, Seattle, 1973.
- Stamets, Paul, *Mycelium Running*, Ten Speed Press, Berkeley, 2005.
- Stone, Charles P., y Pratt, Linda, *Hawaii's Plants and Animals: Biological Sketches of Hawaii Volcanoes National Park*, Hawaii Natural History Association, Honolulu, 1994.
- Wartz, Tim, *The Lost Journals of Nicola Testa*, Global Communications, New Brunswick, New Jersey, s/f.
- Wright, Sabina F., y Goff, M. Lee, «Mite (Acari) Communities Associated with Ohio», *Pacific Science*, vol. 55, n.º 1, págs. 23-55, 2001.
- Valter, David Evans, y Proctor, Heather Coreen, *Mites: Ecology, Evolution and Behaviour*, University of New South Wales Press, Sidney, 1999.
- Vard, Peter D., y Brownlee, Donald, *Rare Earth: Why Complex Life Is Uncommon in the Universe*, Copernicus (Springer Verlag), Nueva York, 2000.
- Wilson, Edward, *Naturalista* Warner Books, Nueva York, 1995.
- Volfe, David W., *Tales from the Underground: A Natural History of Subterranean Life*, Basic Books, Nueva York, 2001.
- Zimmer, Cari, *Parasite Rex: Inside the Bizarre World of Nature's Most Dangerous Creatures*, Simon&Schuster, Nueva York, 2000.
- Zimmermann, Elwood C., *Insects of Hawaii*, vol. 1, University of Hawaii Press, Honolulu, 2001.

[1] En hawaiano, alguien listo y guay. (*N. del t.*) <<

[2] Rama de la bioquímica que se ocupa del estudio de las funciones e interacciones de las proteínas que se manifiestan en el material genético de los organismos. (*N. del t.*) <<

[3] Abreviatura de «robot». (*N. del t.*) <<

[4] Término acuñado para definir la creencia de que las demás especies de animales son inferiores y pueden ser utilizadas en beneficio del ser humano sin importar el sufrimiento infligido. (*N. del t.*) <<

[5] En hawaiano, «zona interior». (*N. del t.*) <<

[6] Marca comercial de carne de cerdo enlatada. (*N. del t.*) <<